



Fermín Bocos

# EL INFORME SAN MARCOS

Lectulandia

Las agencias de todo el mundo se hicieron eco de la noticia: unos ladrones que habían entrado en la basílica intentaron forzar el sarcófago que contiene los restos del apóstol san Marcos, uno de los cuatro evangelistas. El comisario jefe de Venecia, Marco Sforza, y el inspector Benzoni serán los encargados de emprender una investigación que, a medida que van atando cabos, se complica, y que transcurre por diferentes escenarios de Italia, Francia, Inglaterra, Croacia, Macedonia, Grecia y la comunidad monástica del Monte Athos.

La red «Echelon», un sofisticado sistema de escuchas y espionaje creado durante los años de la guerra fría; la alargada sombra del Vaticano; los intereses ocultos de los políticos y sus tejemanejes con la prensa; la participación de la Interpol; los últimos adelantos científicos en materia de investigación criminal... son algunos de los elementos que convergen en esta intriga política de cuyo desenlace podría derivarse otro conflicto armado en los Balcanes, con las disputas nacionalistas como trágico telón de fondo.

**Lectulandia**

Fermín Bocos

# **El informe San Marcos**

ePub r1.0

Paquito 22.05.14

Título original: *El informe San Marcos*

Fermín Bocos, 2009

Retoque de portada: Paquito

Editor digital: Paquito

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mi hijo Alejandro, que sueña con Venecia*

«Todo lo que es pasado es prólogo».

# Capítulo 1

Todo el mundo tiene un mal día; incluso Venecia.

La noticia ocupaba la portada de todos los periódicos. «Robo en San Marcos. La alarma impidió que los ladrones saquearan la Pala de Oro», informaba *La Stampa*. «Los asaltantes de San Marcos llegaron hasta el altar mayor de la basílica donde se guardan las reliquias del santo», precisaba *Il Corriere della Sera*. «Los ladrones huyeron aprovechando la confusión provocada por el humo y la llegada de los bomberos», apostillaba *Il Messaggero*.

Era la novedad del día en Italia y las agencias de noticias la estaban transmitiendo al resto del mundo.

A las ocho de la mañana, Marco Sforza, comisario jefe de Venecia, estaba sentado detrás de una mesa en la que un ordenador parecía a punto de naufragar en medio de un mar de papeles. Había leído ya todo lo que publicaban los periódicos y, pendiente del televisor en el que también hablaban del caso, apuraba un café. No estaba solo en su despacho. Frente a él, descorbatado, de pie y llevando de vez en cuando una mano a la boca con un invisible pitillo, estaba el inspector Tarsizio Benzoni. Su aspecto delataba que tampoco él había dormido gran cosa aquella noche.

—Lo que más me mosquea —dijo el inspector— es que, teniendo a pocos metros la Pala de Oro, no se hayan llevado nada y hayan perdido el tiempo intentando abrir el sarcófago que está debajo del altar mayor. No lo entiendo.

—Yo tampoco, a mí tampoco me cuadra; llevo dándole vueltas a lo de la Pala desde que esta madrugada me avisaron del asalto —replicó el comisario, cuyo rostro flaco de galán antiguo se reflejaba en la pantalla apagada del ordenador—. Es posible —prosiguió— que se asustaran al oír las alarmas y no les diera tiempo a llegar a donde querían; parece que son profesionales, pero la verdad es que no sabemos nada y espero que los análisis de las huellas nos den alguna pista, algún hilo del que empezar a tirar —concluyó sin despegar la mirada del televisor colocado en un rincón del despacho.

—¡Ojalá! ¡Ojalá que sea pronto! Porque si no, éstos —añadió el inspector señalando a una reportera de la televisión que aparecía en la pantalla informando desde la plaza de San Marcos— nos van a volver locos; de momento no paran de repetir que los asaltantes huyeron aprovechando la confusión de los primeros momentos cuando parecía que era un incendio.

—Ésos y los de arriba —puntualizó el comisario—. No te quiero contar cómo estaba el director. Me ha llamado hace un rato al móvil y no veas en qué tono me ha preguntado que qué coño había pasado, que si estábamos tocándonos las narices, que si nos dedicábamos a pasear a las estrellas de Hollywood que vienen a la Mostra mientras dejábamos que unos chorizos robaran en San Marcos y se fueran de rositas

confundidos entre los bomberos. Ya te digo, un chorreo total. Supongo que a él le habrá llamado el ministro y puede que al ministro le hayan dado un toque hasta desde el Vaticano. Me ha dicho que, o encontramos pronto algo, o me mandará a patrullar por los canales. Ya sabes cómo son estas cosas, Benzoni, si yo caigo, tú caerás conmigo y si tengo que volver a las góndolas, tú tendrás que llevar el remo.

—¡Hombre, jefe! No diga eso, que de otras guerras más complicadas hemos salido. Algo se nos ocurrirá.

—¡Ah! —añadió el comisario—, espera, que todavía no te lo he contado todo. También me ha dicho el director que hay que enviar a Roma una muestra de las huellas encontradas en el sarcófago, para que las analicen en el laboratorio de la Policía Científica.

—¡Joder! Siempre Roma, Roma, Roma... ¿Qué pasa? ¿Que en Venecia no sabemos mirar por el tubo de un microscopio? Estamos en las de siempre: en Italia hay cosas que no cambian nunca —replicó airado el inspector Benzoni.

—¿A ti qué más te da? Hablas como esos amigos tuyos de la Liga Norte. No me interesa la política, somos policías, y lo que importa es hacer bien las cosas, no quién las hace; además, me ha dicho que hay que analizar todo para ver si por las huellas se puede averiguar el ADN de alguno de los ladrones. Esas pruebas, como sabes, no podríamos hacerlas aquí en Venecia, en nuestro laboratorio.

—¡El ADN de San Marcos! ¡Menuda movida! Ya estoy viendo los titulares de los periódicos: «¡En busca del ADN de San Marcos!», «¡La Policía remueve los huesos del apóstol!». Menudo culebrón, ahora me explico por qué han madrugado tanto en el Vaticano.

—¡Qué cosas dices, Benzoni! Estás desbarrando. Nadie dirá nada de nada. En primer lugar, porque vamos a tratar de mantener en secreto lo del traslado de los restos; en segundo lugar, porque, si llegara a saberse, a nadie le sorprendería que se hiciera la prueba del ADN. ¿No comprendes que la gente ha visto la serie esa del *CSI* por la televisión? Ahora todo es científico, Benzoni, que ya no vamos por ahí con una lupa en el bolsillo, como Sherlock Holmes.

—Sí, jefe, todo es muy científico, pero pese a todos los circuitos electrónicos de alarma, resulta que un «mangui» se ha colado en San Marcos y no se ha llevado un kilo de diamantes de la «Pala de Oro» porque ha calculado mal el tiempo. Cinco minutos más y se lo lleva puesto.

—No estoy tan seguro de eso, Benzoni.

—¿De qué?

—De que hayan ido a por el retablo, a por la Pala de Oro; puede que estemos ante un caso raro. Ya sé que suena extraño y seguramente es una tontería, pero dándole vueltas al caso he llegado a pensar que el asalto podría ser obra de satánicos. Ya sabes, sectas de esas que celebran misas negras y rituales diabólicos. Reconozco que



parece como de coña, pero sería lo que explicaría por qué se han entretenido intentando abrir el sarcófago que está debajo del altar mayor. Por cierto, ¡que ésa es otra! ¿Cómo han podido levantar una losa que pesa más de cien kilos? Estoy esperando el informe de los peritos; hace un rato uno de ellos me decía que probablemente habrían empleado un gato hidráulico de esos que llevan los camioneros, pero no me lo garantizaba, quería estar seguro y esperar al resultado del análisis de las fibras de una de las alfombras.

—¿Satánicos? La verdad es que no se me había ocurrido pensarlo. Pero ¿para qué se iban a arriesgar tanto?

—No lo sé, ya te digo que seguramente no es más que una ocurrencia mía, pero, en fin, piensa que lo que se dice que hay bajo el altar mayor es el cuerpo, los restos, del apóstol San Marcos, uno de los cuatro evangelistas, un discípulo de Jesús de Nazaret. Puestos a ser satánicos, la verdad es que una reliquia como ésa a estos «piraos» les debe de volver locos.

—La verdad, jefe. No estoy nada puesto en esas cosas, pero para mí que estamos ante un robo, un intento de robo puro y duro que les ha salido mal aunque no sabemos por qué. En realidad todavía no sabemos nada de nada: ni cómo ni por dónde consiguieron entrar en San Marcos, ni cómo consiguieron mover la lápida del sarcófago.

—Para esas preguntas —declaró el comisario mirando al inspector—, todavía no tengo respuesta. También yo he estado dándole vueltas a eso, porque, como sabes, a los turistas que visitan San Marcos les hacen dejar los bolsos antes de entrar. De momento es un misterio. Puede que hayan utilizado algún modelo de gato hidráulico que ocupe poco espacio, o que lo hayan metido dentro camuflándolo de alguna manera, ya te digo que no lo sé. —El comisario respiró hondo y expulsó el aire lenta y ruidosamente—. Lo que sí parece es que nos enfrentamos a gente con recursos. El capitán de los bomberos me ha dicho que el bote de humo que emplearon para simular el incendio es material de última generación del que usan las fuerzas especiales norteamericanas.

—Pues sí que estamos bien —exclamó el inspector, elevando la mirada por encima de la cabeza de su superior y mirando hacia lo lejos distraído por la ruidosa cháchara del televisor.

—Así es, Benzoni —replicó el comisario—, como dirías tú, en realidad lo que estamos es «bien, pero que bien jodidos». Pero vamos a seguir trabajando; mientras yo vuelvo a San Marcos a echar otra ojeada, quiero que te acerques a Mestre y busques un taller de reparación de coches o de barcas. Pregunta qué tipo de gatos tienen. Ya sabes lo que buscamos: el más potente y el que abulte menos —añadió el comisario al tiempo que se levantaba de la silla y buscaba una chaqueta que estaba colgada en el perchero. Antes de dejar el despacho abrió el cajón de uno de los

archivadores y sacó una pistola. Era una Beretta de doce tiros.

—Parece que va usted a la guerra, jefe —comentó el inspector Benzoni.

—Efectivamente, Benzoni. No sabemos quién, pero alguien nos ha declarado la guerra y hay que estar preparados. No me preguntes por qué, pero me huele que detrás de esto hay algo gordo. Venga, a ver qué sacas de Mestre. Llámame al móvil si crees que hay algo que yo deba saber. Estaré por San Marcos —concluyó el comisario ajustándose la pistolera y saliendo del despacho.

Al salir a Fondamenta di San Lorenzo, donde se encuentra la puerta principal de la Questura de Venecia, el lugar parecía tomado por Il Divo, el experimento de moda en temas populares de música clásica. La declaración de guerra a la tranquilidad del lugar procedía de una tienda de regalos para turistas.

## Capítulo 2

La tarde del 2 de septiembre, a muchos kilómetros de Venecia, cerca de la ciudad croata de Dubrovnik —una ciudad fortificada en cuyas murallas están escritas las historias de los comerciantes, santos, guerras y piratas que son el pasado de todo el mar Adriático—, tres hombres y una mujer permanecían sentados alrededor de una mesa situada en el centro del salón principal de una enorme mansión asomada a un acantilado. Otro hombre de edad avanzada y estatura fuera de lo común estaba de pie mirando a la mar y dando la espalda a los allí reunidos. Tras un minuto de silencio que a los presentes les debió de parecer un siglo, el coloso que estaba de pie se volvió.

La mujer, que aguardaba en silencio, sintió un extraño desasosiego cuando el gigante la señaló con un dedo.

—Milena, ¿qué novedades tenemos de Venecia? —preguntó con voz enronquecida por el abuso del tabaco.

—No demasiadas, señor. Tenga en cuenta que estamos a dos de septiembre; todavía es pronto para saber qué reacciones ha provocado la operación. A través de nuestros contactos en la Policía de Roma hemos sabido que sus colegas de Venecia están desorientados; al parecer, manejan dos hipótesis sobre el caso. Creen que se trata de un robo fallido, creen que la intención de los ladrones era llevarse cuanto pudieran del retablo que llaman la «Pala de Oro». Ya sabe que se trata de una tabla llena de piedras preciosas...

—¡Milena! ¡Ahora no nos interesa que nos cuente cómo son los retablos de la basílica de San Marcos! ¿A qué se refería cuando ha dicho que hay una segunda hipótesis? —interrumpió el gigante con tono airado.

—Perdón, Merkurio —se excusó ella—. La Policía italiana no descarta que el asalto haya sido obra de una secta satánica.

—¿Satánicos? ¡Qué tontería!

—Han establecido esa posibilidad, señor, tratando de explicar por qué han encontrado abierto el sarcófago que está bajo el altar mayor donde están guardados los restos del evangelista San Marcos —añadió la mujer tragando saliva.

Aquel hombre la intranquilizaba y no sabía muy bien por qué. Estaba enfadada consigo misma por haber dado pie a sus reproches.

—Bien, me parece una bobada, pero, en cualquier caso, que piensen eso favorece nuestros planes porque les tendrá entretenidos buscando fantasmas —declaró el hombre que se hacía llamar Merkurio—. Milena —prosiguió—, quiero que hable usted con sus colaboradores del Ministerio del Interior en Skopie para que nos tengan informados al minuto de la marcha de las investigaciones de los italianos.

La mujer asintió con la cabeza.

—Y usted, Zorian, ¿qué ha podido averiguar? —preguntó Merkurio dirigiéndose a otro de los asistentes, Costan Zorian, un joven genio de la informática que tenía fama de ser uno de los *hackers* más osados de los Balcanes.

—Pues que van a trasladar las reliquias a Roma. Eso es al menos lo que dice un correo de la Dirección General de la Policía en Roma en el que ordenan a sus colegas de Venecia que les manden los restos que estaban bajo el altar mayor de San Marcos.

—¿Dicen dónde han de enviarlos? —preguntó impaciente aquel hombre de aspecto intimidante.

—Sí, sí, señor, lo dicen. Los van a enviar al laboratorio de la Policía Científica que está en Roma —contestó con suficiencia Zorian, amagando una sonrisa que abortó al instante tras sentir la frialdad de la mirada de aquel a quien llamaban Merkurio.

—Éste es un asunto muy serio, señor Zorian. Límitese a hacer su trabajo y cuando todo termine, no tendrá quejas de nosotros. Mientras tanto, a usted y a todos los demás les recuerdo la estricta confidencialidad a la que se han comprometido. La menor filtración, una sola, pondría en peligro toda la operación y a todos nosotros. Pero eso... les garantizo que no va a ocurrir —añadió, mirando hacia el tercero de los asistentes, un hombre de unos cuarenta años que parecía estar en muy buena forma física y cuyo atuendo y modo de sentarse delataban la aparente incomodidad que sienten algunos militares cuando visten de civiles—. Bien —prosiguió el gigante—, quiero que mañana, a las nueve de la mañana, estén ustedes abajo, en la «burbuja» acondicionada en el sótano. Saben que no deben abandonar la villa sin mi autorización; les servirán la cena en el comedor, a las ocho. Milena y usted, coronel, quédense. Ustedes dos —continuó, dirigiéndose a los otros en un tono de voz que más que una sugerencia había sonado como una orden— pueden retirarse.

Tras aguardar la salida de Zorian y del hombre que había permanecido en silencio, el coloso al que llamaban Merkurio acercó una silla a la mesa y se sentó.

—Saben ustedes cuán importante es esta operación para el futuro de nuestra querida Macedonia. Me consta su patriotismo y estoy convencido de que sabrán dar lo mejor para que podamos llevarla a término con éxito. Usted, Milena, como viceministra del Interior, dispone de información y recursos que nos serán de mucha utilidad en la segunda fase de la operación cuando debamos exponer ante el mundo los fundamentos de nuestra justa causa.

—Señor Lauer —interrumpió la mujer—, a propósito de la segunda fase, hay algo que me preocupa. ¿Cuándo vamos a conocer los resultados de los estudios de ADN realizados aprovechando la campaña de vacunación efectuada en Macedonia?

—Señorita Tomic, no me importa que me llame por mi nombre porque el coronel Bojovic tiene toda mi confianza, pero por la buena marcha de la operación y hasta que todo haya concluido y para evitar descuidos o filtraciones es preferible que para

todos siga siendo Merkurio.

La frialdad con la que había pronunciado aquellas palabras generó en la estancia el mismo efecto que habría provocado una corriente de aire procedente del Polo Norte.

—Lo tendré en cuenta, señor —contestó la mujer con un tono de voz sofocado.

Durante unos segundos el silencio se apoderó de la estancia. Después el anciano habló:

—Coronel, conteste usted a la pregunta de nuestra querida viceministra. ¿Cuándo podremos tener los resultados totales de los análisis de ADN realizados?

—No antes de un mes. Tengan en cuenta que la extracción de muestras se ha realizado aprovechando una campaña general de vacunación. Obtener el ADN es un proceso complejo que exige medios y tiempo.

—Sobre el tiempo no opino, aunque sé que no tenemos todo el tiempo del mundo; sobre los medios, sí. Coronel, ¡llevo gastados más de diez millones de dólares en este proyecto y espero resultados, no palabras!

—Los tendrá. Pero no olvide que los recursos de nuestro Ministerio de Sanidad son limitados. Cuando pertenecíamos a la Federación, Belgrado quedaba lejos; ahora que navegamos solos, se ve más el abandono en el que nos tenían. Además, como bien sabe usted, éste es un asunto que hemos llevado con la mayor discreción posible porque, si hubiera llegado a conocimiento del presidente Mitrovic, habríamos tenido muchos problemas para seguir.

—Lo sé, lo sé, el presidente Mitrovic nunca ha sabido estar a la altura de las exigencias de la patria. No supo defender a Macedonia en tiempos de Tito, no la defendió bajo Milosevic y no sabe hacerlo ahora que somos un Estado independiente. Tiene en su despacho de Skopie el mapa que refleja claramente la tierra que nos pertenece, desde el Vardar hasta Tesalónica, pero no es capaz de verla, ni menos aún de reclamarla. Reclamar lo que nos pertenece, lo que antaño nos robó Roma, después Bizancio, luego los turcos, después Bulgaria y ahora Grecia. Mitrovic dice que es un patriota, pero es un cobarde. ¡Claro que no debe estar al tanto de la operación! Su cobardía nos crearía muchos problemas.

Milena y el coronel se miraron, pero permanecieron en silencio. Su interlocutor se había puesto de pie y ahora les daba la espalda. Frente a él, a los pies del acantilado sobre el que se levantaba la villa, un mar rizado y transparente parecía traer las primeras noticias del otoño. Era una casa grande de tres alturas con terrazas y un pórtico de arquitectura barroca que culminaba en una torre rematada por una cúpula alicatada con mosaicos de color azul. Pese a que había una placa en la entrada en la que se podía leer el nombre de «Villa Cassandra», todos los habitantes del lugar la conocían como la «Casa del Americano». Un recuerdo de su primer propietario, un emigrante croata que había hecho fortuna en el Nuevo Mundo. Su actual propietario,

el coloso de pelo blanco que se hacía llamar Merkurio, había heredado la mansión.

—Mañana vamos a tener mucho trabajo, así que les recomendaría que intenten dormir —dijo a modo de despedida sin volverse para mirar al hombre y a la mujer que abandonaban en silencio la estancia frente a cuyo gran ventanal se recortaba la figura del gigante. Un mar en calma en el que junto a otros yates y embarcaciones de menor porte fondeaba un Versilcraft 77 de bandera maltesa. Era un modelo antiguo pero potente en el que llamaba la atención la pequeña cúpula geodésica que delataba la instalación de un avanzado sistema de radares y escuchas.

Aunque distorsionada por el viento, en los altavoces de cubierta la voz ronca de una mujer desgranaba las notas desgarradas de *Adje Jano*, una tonada balcánica tradicional.

Bajo cubierta, tres hombres permanecían de pie, abstraídos, mirando cómo una línea de grabación de sonido oscilaba en la pantalla de un potente ordenador que era manejado por un cuarto hombre que tenía el pelo cortado a cepillo.

## Capítulo 3

Roma entera es un palacio y los ministerios son estancias regias. Ser ministro del Gobierno de Italia es tener la oficina donde antaño vivieron reyes, duques o príncipes de la Iglesia. Trabajar rodeado de lujo no mejora la acidez estomacal, pero ayuda a sobrellevarla.

El 3 de septiembre, al llegar a la sede del ministerio, Ottavio Agrícola, ministro del Interior, estaba de un humor canino, circunstancia que le impedía apreciar los mármoles, las taraceas y los cuadros de pintores famosos que le rodeaban.

Al entrar en el despacho apenas saludó a su secretaria y con un gesto despidió al camarero que impecablemente uniformado aguardaba en el antedespacho las oportunas instrucciones para acomodar el primer café del día al gusto del principal inquilino del palacio.

—¡Alicia! —clamó a través del interfono—. ¡Póngame con el ministro de Cultura! ¡Ah, y cuando termine, quiero hablar con el cardenal Lorenzi!

—Sí, señor ministro, ahora mismo le pongo —contestó la secretaria sin poder reprimir una mueca de desagrado. Llevaba muchos años con aquel hombre al que había acompañado en su tránsito por distintos ministerios y creía conocerlo bien.

«Más que enfado —pensó—, lo que tiene es preocupación. Debe de ser por lo del robo de Venecia».

Buscó en su agenda el teléfono del despacho del ministro de Cultura y mientras sonaba la llamada evocó la imagen del elegante Marcello Ratti di Desio, el diletante político que era la estrella mediática del Gobierno.

—¿Nos pasamos? —preguntó a su colega, con ese prurito profesional de las secretarías veteranas que defienden el territorio de sus jefes y consideran una mengua de jerarquía el que la otra parte les haga esperar.

—¡Marcello! ¿Cómo estás?

—¡Ottavio! Estoy bien; ya sabes que yo siempre estoy bien. Recuerda mi máxima: para estar bien sólo se necesita buena salud y mala memoria.

—Tú siempre tan guasón, Marcello. Pero ahora tenemos un problema, ¿no crees?

—¿Lo de Venecia?

—Sí. Y, para ser sincero, me preocupan algunas de las cosas que oigo.

—¿Qué cosas? —preguntó Ratti di Desio poniéndose a la defensiva.

—Pues, por ejemplo, que en un asunto como éste en el que tenemos los focos de todas las televisiones del mundo pendientes de Italia, nosotros hayamos empezado a echarnos las culpas unos a otros.

—Si te refieres a mis declaraciones al *Telegiornale*, creo que han sido sacadas de contexto; ya sabes cómo son los periodistas: te preguntan de manera genérica, tú contestas durante dos o tres minutos, te explicas y tratas de razonar, y ellos van, te

cortan y sacan una respuesta de quince o veinte segundos en los que te hacen decir lo que no habías dicho.

—Sí, sí, Marcello, ya sé cómo funcionan los periodistas. ¡Qué me vas a decir a mí! También me tienen hartos; ya sabes que, además, los de algunos canales me han convertido en su bestia negra, pero he oído que decías que el asalto se había producido por negligencia en la vigilancia y, la verdad, me ha parecido injusto. Por eso te llamo. Sabes, como yo, que la seguridad de San Marcos es cosa del Gobierno provincial, del Patronato de la basílica en la que está el Patriarcado de Venecia y también vuestra, de Cultura. Por eso te digo que no me parece justo echar al personal contra nosotros.

—Estás exagerando, Ottavio. Lo que he dicho, y no me han dado oportunidad de explicarlo bien, es que para facilitar las cosas a los veinte millones de turistas que todos los años visitan la basílica quizá se habrían relajado las medidas de seguridad; es todo lo que he dicho, pero como te he aclarado, han cortado mis declaraciones y por eso has escuchado sólo las últimas palabras. En cualquier caso, si te parece oportuno —añadió—, llamo ahora mismo a la RAI y aclaro las cosas.

—No, no es eso; sería mucho peor. Ya sabes cómo es la prensa; enseguida empezarán los periodistas a decir que hay discrepancias en el Gobierno. Sería peor el remedio que la enfermedad. No, déjalo, ya no tiene arreglo.

—Ottavio, te noto más preocupado de lo que esperaba. ¿Hay algo más en este asunto? ¿Algo que yo no sepa?

—¿A qué te refieres? —preguntó el ministro del Interior.

—Quiero decir que si las cosas son como parece: un intento de robo, o hay algo más que... —dijo la voz al otro lado del teléfono sin completar la frase.

—¿Algo más de qué?

—... Algo más de lo que le estamos contando a la gente.

—No, que yo sepa. Parece claro que ha sido un intento de robo; que no se han llevado nada; al menos eso es lo que me dicen los policías. Parece que no se llevaron nada porque el ladrón o ladrones se asustaron al sonar las alarmas y no les dio tiempo a llegar hasta donde está la Pala de Oro.

—Convendrás conmigo en que es raro que intentaran forzar el sarcófago del altar mayor cuando tenían al lado, a cinco metros, la Pala de Oro, ¿no?

—Todos nos hacemos esa misma pregunta, Marcello, y en eso están trabajando los especialistas de la Policía.

—He oído que habían trasladado los restos del sarcófago aquí, a Roma.

—Sí, me consultaron y les dije que me parecía una decisión correcta, pese a que supongo que tus amigos de la Liga Norte me van a crucificar la semana que viene en el Parlamento preguntando si es que no hay laboratorios en Venecia y si es verdad que la Padania sigue siendo una colonia de Roma.



—Creo que más que a los de la Liga, a quienes no les habrá gustado nada ni el traslado ni la investigación de los restos es al patriarca de Venecia y a tus amigos de la Curia —replicó con malicia Marcello Ratti di Desio, recordando el pasado democristiano de su interlocutor.

—¿Por qué les iba a disgustar si de lo que se trata es de investigar si les han robado algo?

—Hombre, Ottavio, ¡parece mentira que precisamente tú me preguntes eso! Estamos hablando de reliquias, de restos de personas santas que murieron hace muchos siglos. En el caso de San Marcos, acuérdate de que murió en el siglo I, que según la tradición fue enterrado en Egipto, en Alejandría, y que, ochocientos años después, dos comerciantes venecianos robaron sus restos y los trajeron a Venecia.

—Conozco la historia, Marcello, pero no sé adónde quieres ir a parar —replicó, suspicaz, el ministro del Interior.

—Pues está muy claro adónde quiero ir a parar, Ottavio. Han pasado más de mil años desde que los huesos de San Marcos arribaron a Venecia; siempre han estado en la basílica, pero no en el mismo sitio. ¿Y si lo que había bajo el altar mayor no era lo que se supone que debía ser? ¿Y si no son los restos del apóstol? Según he oído en la televisión, en el laboratorio de la Policía Científica iban a identificar el ADN de San Marcos.

—¡Eso es un titular de los periodistas! ¡Un titular sensacionalista, hombre! Parece mentira que no te hayas dado cuenta.

—Claro que me doy cuenta. Será todo lo sensacionalista que quieras, pero algo de eso hay y la cuestión de fondo permanece. Vamos a saber si lo que había en el sarcófago corresponde a quien se dice que corresponde: un varón nacido hace veinte siglos en la región de la antigua Galilea, una zona cuyo mapa de ADN es conocido. Por eso te decía que no creo que a tus amigos de la Curia que siempre hilan tan fino les haya gustado mucho la idea de trasladar las tabas de San Marcos a Roma.

—Marcello, por favor, no hables así; sabes que soy creyente y considero que los santos merecen respeto —contestó el ministro del Interior, preocupado no por la irreverencia de su compañero de Gabinete, sino por la inquietante deriva que apuntaba en sus últimas palabras—. ¿En qué te basas para dudar de que los restos son de quien durante siglos se ha dicho que eran: los restos del apóstol San Marcos?

—Pues porque ha llovido mucho desde que hace mil y pico años Rustico da Torcello y Buono da Malamocco robaron en Alejandría el cuerpo del apóstol, y luego desapareció y volvió a aparecer, y, en fin, Ottavio, no quisiera herir tus sentimientos religiosos, sabes que te respeto y respeto cuánto significa la Iglesia y más en Italia, pero si yo fuera el patriarca de Venecia o un miembro de la Curia, me preocuparía por lo que pueda decir el análisis de ADN.

—Gracias, Marcello, lo tendré en cuenta. ¡Cuídate! Y, por favor, si tienes que

volver a referirte al caso, te pediría que extremaras la prudencia y que, en fin, si no te importa, no comentaras esto último que me acabas de decir.

—Cuenta con que así será. Ahora bien, piensa que será inevitable que me pregunten por el caso porque, como sabes, en Venecia se celebra la Mostra y mañana tengo que estar en el Lido para entregar un premio, creo que a Brad Pitt, así que, como estará lleno de periodistas y paparazis, será un milagro que no me pregunten, pero te repito que no debes preocuparte, no hablaré ni del ADN ni de la reliquia, iré por el lado del intento de robo de la Pala de Oro. ¡Adiós, Ottavio, cuídate tú también!

—se despidió el ministro, y colgó el teléfono.

Marcello Ratti di Desio se quedó pensando en Venecia; le vino a la cabeza el Lido y la fantasía barroca de mármol, estuco, trampantojos y arañas de cristal que es el Gran Hotel, el brillante escenario en el que se entregan los premios de la Mostra de Cine de Venecia.

También su interlocutor, el ministro del Interior, se quedó pensando. Pero no era la evocación de la belleza irrepetible de la ciudad de los canales lo que nublaba su mente. Lo que le preocupaba era lo que tendría que decirle al cardenal Lorenzi, el purpurado más influyente del Vaticano. Según indicaba la nota que su secretaria había dejado encima de la mesa, había llamado a primera hora de la mañana diciendo que era urgente. Para un ministro de la antigua Democracia Cristiana, la llamada de un cardenal era la segura antesala de un sermón que, ineluctablemente, acaba en penitencia.

—Alicia, por favor, póngame con el cardenal Lorenzi.

«Y que sea lo que Dios quiera», dijo para sus adentros.

## Capítulo 4

Camino de Vergina, una pequeña población agrícola del norte de Grecia que se encuentra a cincuenta kilómetros de Tesalónica, Dimitri Jorga recordó el día en el que, meses atrás, dos hombres que dijeron ser policías se colaron en su casa de Skopie.

Nunca supo cómo habían dado con él porque llevaba meses quieto, había cambiado de nombre y en el barrio en el que residía nadie sabía nada de su vida de ladrón. Uno de los más hábiles y escurridizos de Belgrado, aunque también en Zagreb sabían de su habilidad para escalar fachadas, penetrar donde hubiera algo de valor, abrir cajas fuertes y salir sin dejar rastro. Un reportero de uno de los periódicos más populares de la antigua Yugoslavia habló de sus «hazañas» comparando su agilidad con la de Spiderman, el héroe norteamericano de los cómics. El mote había hecho fortuna y la propia Policía, que seguía muy de cerca sus pasos, lo había hecho suyo en los informes.

El último que manejaba la Policía de Serbia —heredera de los archivos centrales de la antigua Yugoslavia— le situaba en paradero desconocido, aunque sus datos biográficos consignaban que había nacido en Skopie, la capital de la Macedonia yugoslava. Dimitri Jorga no entendía de política, pero como todos los habitantes de Belgrado, se había visto arrastrado por el torbellino de la guerra; por eso, cuando Milosevic se hizo con el poder, decidió abandonar la capital. Primero estuvo un tiempo en la ciudad croata de Dubrovnik, pero la guerra también llegó hasta allí y Dimitri Jorga se fue antes de que la aviación serbia la bombardeara. Volvió entonces a Skopie, viviendo de la venta de las joyas que había conseguido en sus últimos robos en Belgrado. Pero después de una guerra la vida es muy cara y el dinero se va de las manos con la velocidad de la luz, así que estaba barruntando la posibilidad de trasladarse a vivir a Tesalónica, la gran capital griega del norte en la que ya había estado alguna vez siguiendo a los jugadores de su equipo, el Estrella Roja de Belgrado. Tesalónica es una ciudad grande, cuyas gentes —a juzgar por las muchas ventanas abiertas que vio al pasear por la avenida Tsimiski— a Dimitri Jorga le pareció que vivían muy confiadas.

En ésas estaba cuando una mañana en la que regresaba de hacer la compra en el supermercado que estaba dos manzanas más abajo de su casa recibió la visita de dos hombres en su apartamento del barrio periférico en el que vivía.

Acababa de dejar la bolsa con la compra encima de la mesa de la pequeña cocina en la que él mismo se preparaba la comida cuando sonó el timbre. «Debe de ser la pesada de la portera —pensó—, seguro que viene a cobrar el alquiler». Cuando abrió descubrió el error, pero ya era demasiado tarde.

—¿Dimitri Jorga? ¿Podemos pasar? —preguntó con tono burlón el más

corpulento de los dos visitantes.

—Aquí no vive nadie que se llame así —contestó Jorga, captando al instante la condición de los recién llegados y mirando de reojo a la ventana que comunicaba con el patio interior.

—¿No está Dimitri Jorga? ¿A lo mejor prefieres que preguntemos por Spiderman?

Les dejó pasar.

—Estoy limpio. No tienen nada contra mí —dijo mirando al hombre que todavía no había abierto la boca.

—Lo sabemos, tranquilízate —contestó el grandullón.

Aquello había ocurrido hacía cuatro meses. Ahora aquel hombre que no había despegado los labios viajaba junto a él en un BMW algo pasado de moda.

Cubrieron los doscientos y pico kilómetros que separan Skopie de Vergina en dos horas; al avistar la población habían disminuido la velocidad. Su acompañante, que era quien conducía, comentó que no debían llamar la atención. Era la segunda vez que hacían aquel viaje. La anterior había sido a finales de julio, en medio de un calor que Dimitri Jorga creyó que no podría soportar.

Cuando llegaron a Vergina, la antigua Egea, capital que fue del rey Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, se mezclaron con los grupos de turistas que acudían a visitar el túmulo en cuyo interior se encuentran las tumbas de aquel rey y de un príncipe que, según decía la guía que habían comprado, podía ser Alejandro IV el infortunado hijo del conquistador de Babilonia. Confundidos con los grupos de visitantes, entraron en la sala hipogea donde se hallaban las tumbas excavadas. En el mismo lugar, bajo tierra, se encuentra expuesto el tesoro hallado en las tumbas. Entre otras maravillas tales como coronas de hojas de roble elaboradas en oro, a los dos hombres les sorprendió ver dos extraordinarias arquetas de oro macizo. Estaban dentro de una vitrina protegida por un cristal blindado.

A Dimitri Jorga, que antes de visitar el lugar nunca había oído hablar del rey Filipo II de Macedonia, lo que más le llamó la atención fue que en la tapa de las arquetas brillaba un sol de rayos destellantes con una luz que parecía brotar del interior del metal. Un sol y unos rayos que le recordaron los de la bandera de su país. En otras de las vitrinas se podía ver la espada, la armadura, la cimera, las grebas y el carcaj de oro del rey macedonio. También había una colección de diminutos retratos tallados en marfil —uno de ellos de Filipo y otro de su hijo Alejandro— y los huesos de aquel monarca, que —según explicó la guía a un grupo de turistas italianos que visitaban las tumbas— era lo que había quedado tras la cremación ritual del cuerpo del rey Filipo II, quien —según añadió— había sido asesinado cerca de allí, en el teatro de la ciudad, el día en el que celebraba la boda de una de sus hijas. Según la guía, tras incinerar el cuerpo del rey, sus restos fueron lavados con vino y tras ser

envueltos en una túnica de púrpura, los depositaron en el interior de aquella maravillosa arqueta de oro macizo en cuya tapa brillaba el sol con dieciséis rayos — ocho principales y ocho secundarios—, que era el símbolo de la Casa Real macedonia.

Aquel sol era el que su hijo, Alejandro el Magno, llevaba en sus estandartes cuando al frente de sus tropas conquistó el Imperio Persa y llegó hasta la India. En el interior de la vitrina, efectivamente, se veían varios huesos, pero faltaba el cráneo.

El acompañante de Dimitri Jorga, hablando en inglés, preguntó por la calavera a una de las mujeres que vigilaban el museo.

—No está aquí en el museo, el cráneo está en el laboratorio. Lo están analizando —contestó señalando en dirección a la puerta.

El laboratorio estaba situado en la parte exterior del recinto en el que se habían excavado las tumbas. Es un edificio de una sola planta que, pared con pared, comparte sus instalaciones con una tienda de recuerdos, una cafetería y los servicios.

Al abandonar el túmulo, durante unos minutos, los dos falsos turistas se dedicaron a hacer fotos. Cambiando de posición y relevándose en la tarea lograron obtener varias imágenes del laboratorio. Después, mezclados con los turistas que hacían un alto en el recorrido, permanecieron un buen rato tomando café bajo un ciprés gigante cuya sombra abarcaba buena parte del tejado de aquel edificio en cuyo interior se encontraba el cráneo de Filipo II, el gran rey macedonio que, tras derrotar a tebanos, atenienses y espartanos, logró reunir bajo su poder a todas las ciudades de Grecia. Observando las ventanas del laboratorio, Dimitri Jorga pensó que los griegos eran gente muy confiada.

Poco antes de terminar la visita, los dos hombres se ocultaron entre la crecida vegetación que rodea el laboratorio y aguardaron la llegada de la noche. Cuando las sombras se apoderaron del recinto, Dimitri Jorga penetró en el edificio por una de las ventanas del piso alto, abriendo después la puerta a su acompañante, que parecía entumecido tras las tres horas de espera que habían permanecido escondidos entre los setos plantados en el interior del recinto arqueológico.

Dimitri Jorga no era un hombre culto; ni conocía la historia de Grecia ni era fetichista. Por eso no sintió la menor emoción al tener en sus enguantadas manos el cráneo del rey Filipo II de Macedonia. Lo había cogido del interior de un pequeño armario de cristal que estaba junto a una mesa en la que había varios microscopios, un par de centrifugadoras y diferente material de laboratorio.

—¡Ten cuidado! No se te vaya a caer y la caguemos —dijo su taciturno compañero, señalando el cráneo.

—No se preocupe, amigo, no se me caerá. Lo que no sé es qué interés puede tener esta calavera. Cuando estábamos en la tumba, el oro que vimos allí sí me pareció que merecía la pena, pero esto... —concluyó Jorga en tono despectivo—, esto me parece

que no vale nada.

—Lo que valga o deje de valer no te importa. Déjalo encima de la mesa con cuidado —ordenó el hombre corpulento que acompañaba a Dimitri Jorga, al tiempo que extraía de un bolso que llevaba colgado al hombro un pequeño taladro y un bote lleno de un líquido transparente.

—¿Qué va a hacer con eso? No irá a cargarse otra vez al muerto.

—¡Calla y no hagas preguntas estúpidas! Hemos entrado bien. No has perdido tus habilidades de ladrón, pero no quiero que me distraigas diciendo sandeces. ¿Entendido?

—Está bien, hombre. No hace falta que se enfade. Sólo era una pregunta —dijo Jorga en tono conciliador.

—Lo que no se sabe no se puede repetir. ¿Me has entendido? —cortó el otro hombre en tono amenazador—. ¿Tienes un pañuelo?

—¿Un pañuelo? ¿Qué tipo de pañuelo? —preguntó Jorga desconcertado.

—Un pañuelo, joder. ¿Es que no te limpias los mocos? —contestó el hombre al tiempo que buscaba en el interior del bolso y le tendía uno de papel. Después extrajo otro y se lo llevó al rostro tapándose la nariz, al tiempo que vertía sobre el cráneo el líquido del bote provocando un olor intenso.

—¡Coño! ¿Qué hace? ¡Me mareo!

—¡Tápate la nariz, hombre! Es cloroformo. ¿No lo hueles?

—¿Cloroformo? —preguntó Jorga, sorprendido.

—Sí, cloroformo.

—¿Y para qué hace eso?

—Ya te he dicho que lo que no se sabe no se puede contar. No preguntes. Y, ahora, sujeta la calavera y no te muevas.

Dimitri Jorga obedeció y permaneció en silencio mientras aquel hombre que había puesto en funcionamiento el minúsculo taladro eléctrico perforaba la pulida calavera de Filipo II de Macedonia a la altura del hueso occipital recogiendo en una bolsa de plástico translúcida el aserrín óseo que provocaba la incisión. Después, tras cerrar herméticamente la bolsa de plástico, extrajo del bolso otro bote y una jeringuilla cuyo grueso émbolo semejaba un torpedo en reposo. Cargó la jeringuilla con el líquido del segundo recipiente y lo inyectó en el angosto orificio que el taladro había perforado en el hueso.

«Espero —se dijo para sus adentros— que el médico inglés sepa lo que se trae entre manos y este “consolidante” o como diablos se llame no vaya ahora a ser un ácido que se coma el hueso».

Los dos hombres aguardaron en silencio unos minutos. Dimitri Jorga paseaba la mirada por las mesas del laboratorio en busca de algo de valor y su acompañante no quitaba ojo de la calavera del famoso rey macedonio. Satisfecho al comprobar que la

incisión prácticamente había desaparecido, ordenó a Dimitri Jorga que devolviera el cráneo al armario de cristal donde lo había encontrado.

—¡Mételo con mucho cuidado, no se te vaya a caer!

—¡Señor! ¡Sí, señor! —replicó con guasa Dimitri Jorga.

—¡Déjate de coñas y haz lo que te digo! Y cuanto antes, porque aquí ya hemos terminado y no tenemos nada que hacer, ¿entendido?

—¿Para esto hemos venido? ¿Para pinchar un hueso nos hemos arriesgado a que nos trinquen los griegos? ¿No vamos a llevarnos el oro de las tumbas esas que hay enfrente?

—La respuesta es ¡no! ¡Y cállate, que no me dejas pensar! ¿Lo has entendido? —dijo el hombre fornido mirando con cara de pocos amigos—. Hay que salir de aquí cuanto antes y sin que se note que hemos entrado.

Dimitri Jorga hizo lo que le había ordenado aquel hombre y depositó el cráneo en el interior del armario. La calavera tenía un surco que cruzaba la parte superior del pómulo izquierdo y llegaba hasta el arco superciliar; la depresión presentaba una tonalidad distinta a la del resto del hueso.

—Menudo tajo tiene aquí —dijo, señalando el hueso—. A este tío le debieron de sacar un ojo, ¿no?

—Sí, era tuerto —respondió el hombretón—. ¡Venga, vamos! Voy a salir y después cierras la puerta por dentro. Te esperaré fuera. No te entretengas ni cojas nada, ¿entendido?

Minutos después, Dimitri Jorga apareció en lo alto de una de las ventanas del primer piso del edificio en el que se encuentra el laboratorio arqueológico de Vergina. Con agilidad, de un salto, salvó la distancia que le separaba del suelo.

—¡Hecho! —dijo con aire de triunfo—. Es sorprendente, pero no hay alarmas.

—Mejor así. Vamos a salir despacio para no llamar la atención.

Así lo hicieron. Amparándose en los setos que flanquean el camino que conduce a la puerta de salida, consiguieron llegar hasta la tapia que bordea el recinto arqueológico sin llamar la atención del policía que montaba guardia.

El agente parecía estar en otro mundo muy lejos de allí, animado por el ritmo de Christos Nikolopoulos, cuyo marchoso *Enthimion Florinis* sonaba en un transistor colocado en lo alto de uno de los rebordes de la garita pintada de azul y blanco.

Habían dejado el coche dos manzanas más arriba del solar en el que se encuentran las tumbas y, escoltados por el ladrido de algunos perros de las casas cercanas, llegaron sin problemas hasta el vehículo.

Despacio, sin apretar el acelerador, Dimitri Jorga y su taciturno acompañante abandonaron la ciudad griega de Vergina por la carretera interior que conduce a Verria; después, enlazando con la autovía nacional que sigue el trazado de la Vía Egnatia, la antigua calzada romana que unía las ciudades del norte del país heleno

con Constantinopla, regresaron a Skopie, la capital de la Antigua República Yugoslava de Macedonia.



## Capítulo 5

Acuciado por las numerosas peticiones que había recibido, Ottavio Agrícola, el ministro del Interior de Italia, había decidido convocar una rueda de prensa. Odiaba a los periodistas casi tanto como los necesitaba. Llevaba muchos años en la política y sabía cuán importante era llevarse bien con aquella tribu en la que había dos tipos de individuos: los que urdían sus preguntas en función de sus afinidades políticas o adscripciones partidistas y los independientes; a estos últimos era a los que más detestaba porque, aunque eran pocos, solían ser insaciables, siempre dispuestos a hacer sangre.

Aconsejado por su jefe de Gabinete, el ministro había optado por guardar silencio hasta la hora prevista para la rueda de prensa. «Si antes de la rueda de prensa habla con alguna emisora, los demás periodistas se cabrearán», le había dicho. Resistió, pues, la tentación de llamar a alguno de los plumillas a los que utilizaba para filtrar noticias interesadas o crear determinados estados de opinión, pero estaba intranquilo. La conversación con el cardenal Lorenzi había contribuido al desasosiego. Según el cardenal, había que evitar a cualquier precio que las reliquias del apóstol fueran manipuladas para tratar de aislar los posibles restos de ADN. «A los santos —había dicho con voz seca— hay que dejarlos en paz. Meter sus restos bajo un microscopio sería una profanación, un verdadero sacrilegio que no estamos dispuestos a consentir». Italia es un Estado laico, pero el peso de la Iglesia es tan grande que ningún político que aspire a seguir en la política se puede permitir el lujo de ignorarlo. «Ni Berlinguer en los tiempos en los que el PCI era omnipresente se atrevió a desairar al Vaticano», pensó Ottavio Agrícola recordando los años en los que en Italia el Partido Comunista era la fuerza política más potente y mejor organizada.

Alicia, la secretaria del ministro, que sabía de la preocupación de su jefe, y era tan profesional como solidaria, trató de ayudarlo a llevar la mañana.

—Perdón, ministro, ¿ha leído usted la columna de Nicola La Bruna en *Il Messaggero*? La verdad es que está muy bien. Creo que debería llamarle. Dice en su análisis que el Gobierno aguanta por la solidez política del titular de esta casa.

—¿Ah, sí? ¿Eso dice La Bruna? No lo he leído, pero lo haré. Viniendo de él, la verdad es que es algo más que un cumplido. Gracias, Alicia. Le prometo que lo leeré más tarde; ahora, por favor, póngame con el director general de la Policía.

—Enseguida le pongo, ministro —contestó la secretaria.

Ottavio Agrícola quería saber si había alguna novedad sobre el caso del intento de robo en San Marcos.

Estaba preocupado por la rueda de prensa y llamó a Riccardo Salcioli, su jefe de Gabinete. Salcioli tenía el despacho junto al suyo, así que apenas un minuto después

de recibir la llamada, entró en el despacho de su jefe casi sin darle tiempo a colgar el teléfono.

—Pasa, Riccardo, pasa —le dijo el ministro al tiempo que con una mano señalaba una de las sillas que tenía delante de su espléndida mesa—. Pasa y siéntate.

—Le veo preocupado... —dijo el recién llegado.

—Lo estoy, Riccardo. Estoy preocupado. No quiero cabos sueltos; no quiero que la jauría de periodistas se me eche encima preguntando sobre alguna cuestión de la que yo no esté al tanto, alguna filtración de la que no tenga ni idea.

—Tranquilo, ministro, todo está bajo control.

—Eso es lo que más me preocupa. Me preocupa que creamos que todo está bajo control. Ya sabes cómo son los periodistas. Seguro que alguien en alguna parte está tratando de sacar mierda de algún pozo negro o pagando a algún resentido para que se invente alguna historia con la que desacreditar al Gobierno en general y al ministro del Interior en particular. No me fío, Riccardo, no me fío —concluyó el ministro.

—Entonces, lo mejor sería suspender la rueda de prensa —dijo Salcioli.

—No, eso daría pie a todo tipo de especulaciones. No; vamos a mantener la conferencia de prensa, pero antes quiero hablar con el director de la Policía para que me informe de las últimas novedades. Quédate, le voy a llamar ahora mismo —añadió, al tiempo que apretaba un botón del interfono que le comunicaba con su secretaria.

—Alicia, por favor, llame al director de la Policía.

—Ministro, creo que le estamos dando más importancia a este asunto de la que realmente tiene; en última instancia se trata de un simple intento de robo y de ese mal nadie está a salvo. El año pasado, en Oslo, robaron *El grito*, de Munch, y recuerde lo que pasó en el Louvre con *La Gioconda*. Aquí, que yo sepa —concluyó el jefe de Gabinete—, no falta nada.

—He hablado con el cardenal Lorenzi y en el Vaticano están preocupados. Temen que el asalto forme parte de algo más que un robo. Sospechan que podría tratarse de una profanación o algo oscuro que iría más allá de un intento de robo.

—¿Una profanación? No entiendo muy bien cómo han podido llegar a esa conclusión.

—Por lo del altar mayor, Riccardo. La Policía todavía no ha encontrado una explicación para el hecho de que los ladrones, en lugar de ir a por la «Pala de Oro», se entretuvieran levantando la lápida de mármol que sellaba el sarcófago que contiene las reliquias de San Marcos.

—Perdone, ministro, no le había dado más importancia a ese detalle; he leído la noticia por encima, en Internet, y supongo que, como la mayoría, he pensado que los ladrones iban a por las piedras preciosas de la Pala de Oro y salieron pitando al sonar las alarmas. Lo del altar, no sé... quizá pensaron que podría contener oro o joyas. Es

sabido que antiguamente junto a los restos de los santos se enterraban objetos de mucho valor. Quizá los salteadores eran modernos ladrones de tumbas como los que antaño saquearon las pirámides de los faraones.

El ministro no contestó. El argumento de su colaborador no parecía haber despejado sus preocupaciones. En eso sonó el teléfono. Era el director de la Policía.

—¿Sí? ¡Pisani! ¡Buenos días! ¿Qué novedades tenemos de Venecia? —preguntó el ministro a bocajarro.

—No hay gran cosa, ministro —contestó Alvisè Pisani, un policía veterano que había logrado cierta notoriedad tiempo atrás, en los llamados «años de plomo», cuando Italia fue sacudida por el zarpazo de organizaciones terroristas de extrema izquierda y de extrema derecha.

Por aquel entonces, Ottavio Agrícola era ya un joven pío y ambicioso que, tras culminar de manera brillante la carrera de Derecho, se había afiliado a la Democracia Cristiana, partido que gobernaba en el país prácticamente sin interrupción desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

El joven y brillante abogado había sido destinado al Gabinete de estudios del partido y de allí había dado el salto al gran juego de la política de la mano de Aldo Moro, un hombre carismático que le había enseñado cuanto sabía en política. El final trágico de su mentor —fue secuestrado y posteriormente asesinado por un comando de las Brigadas Rojas, un grupo terrorista de extrema izquierda— había marcado su vida.

Fue en los días aciagos del secuestro de Aldo Moro cuando conoció al joven inspector Alvisè Pisani. Había seguido toda su carrera en la Policía y cuando a Ottavio Agrícola le nombraron ministro, él, a su vez, llamó a Pisani para que se hiciera cargo de la Dirección General de la Policía.

—¿No me puedes decir nada? ¿No hay nada? ¿Ninguna pista de los ladrones, algún cabo del que tirar?

—He hablado hace media hora con el comisario jefe de Venecia y le he apretado las tuercas, pero me ha dicho que hay que esperar. Tengo a toda mi gente de Venecia trabajando en el caso, pero debe comprender que hay que dejar trabajar a los especialistas, están buscando huellas, están interrogando sospechosos, hablando con confidentes, analizando todo lo que circula por la Red... En fin, que nadie está tumbado en la playa del Lido, perdone que se lo diga así, ministro.

—¿Qué es lo que esperan encontrar en Internet? —preguntó, intrigado, el ministro.

—Pues... no lo sabemos todavía, pero Sforza, el comisario jefe de Venecia, cree que quien ha hecho una cosa así lo mismo necesita jactarse de su fechoría. Hay mucho loco suelto y también mucho exhibicionista, ya sabe la cantidad de cosas que cuelgan en Internet. Es una vía más, pero, en fin, la verdad es que yo no confío

mucho en que de ahí podamos sacar algo en claro.

—Bueno, Pisani, tenme al corriente de cualquier novedad por pequeña que sea.

—Descuide, ministro, así lo haré.

—Adiós —respondió el ministro, y colgó el teléfono—. No hay nada nuevo, estamos como estábamos. A una hora de la conferencia de prensa y sin nada nuevo con que dar de comer a las fieras —añadió dirigiéndose a su jefe de Gabinete, que le contemplaba en silencio.

Riccardo Salcioli había pasado por momentos parecidos y la experiencia le decía que lo mejor era no decir nada porque en el estado de tensión en el que se encontraba su jefe era preferible dejarle hablar, no intervenir tratando de restar importancia al problema que tanto le preocupaba. Cuando alguna vez lo había intentado, el resultado había sido frustrante, así que, aconsejado por la sabiduría que da la experiencia, guardaba silencio.

—Creo, Riccardo, que no ha sido una buena idea convocar a los periodistas.

—Ministro, si quiere, desconvocamos la rueda de prensa.

—No, eso no, ya te he dicho que sería peor. En fin, todavía falta un rato, voy a revisar unos papeles y luego te llamo para que me acompañes a la sala de prensa.

—Claro, ministro. Aquí estaré.

## Capítulo 6

El asalto a la basílica de San Marcos y la noticia del traslado de los restos del apóstol al laboratorio de la Policía Científica cuya sede estaba en Roma, había encendido la imaginación de los periodistas. En uno de los programas de más audiencia del Canale 5 —la cadena del magnate y político Silvio Berlusconi—, Tiziana Marchesi, la estrella del *late night*, entrevistaba al profesor Paolo Galbiati, especialista en antropología molecular y experto en análisis de ADN.

El profesor era un hombre de mediana estatura y rostro agradable punteado por unas gafas de concha cuya forma hacía años que había pasado de moda. Pese a la intensidad de los focos y a estar sentado en una butaca colocada a menor nivel que el de la presentadora, la estancia en el plató no parecía incomodar al profesor, cuya presencia allí había sido recibida con aplausos por parte del público asistente al programa.

Una gran fotografía de la plaza de San Marcos centrada en la fachada de su famosa basílica ocupaba el ciclorama que a modo de friso enmarcaba el escenario del lugar en el que se desarrollaba la emisión.

—Profesor Galbiati —dijo la presentadora—, le agradezco que haya venido y, como el tema que vamos a tratar es complicado, voy a pedirle que haga un esfuerzo divulgativo para que todos nuestros telespectadores y, también, por qué no decirlo —añadió—, quien les habla podamos entender qué es el ADN y qué información se puede obtener de él. ¿De acuerdo?

El profesor asintió con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa que iluminó su cara de chivo.

—Empecemos por el principio. ¿Qué es el ADN? —preguntó Tiziana Marchesi.

—El ADN es el ácido desoxirribonucleico, una biomolécula que forma parte de los cromosomas.

—¿Por qué es tan importante?

—Es importante, Tiziana, porque es el portador de la información genética de la célula. Guarda lo que podríamos llamar el código genético de cada uno de los seres vivos; es, por decirlo así, la clave de la herencia, de la biología y del desarrollo, de la evolución que ha tenido esa vida.

—Tengo entendido, profesor, que al estudiar el ADN de una persona se pueden saber muchas cosas de su vida, ¿no?

—Sí, así es. Analizando el ADN hallado en los restos de un cuerpo humano se puede llegar a establecer lo que los científicos llamamos un «árbol filogenético». Me va a preguntar usted que para qué sirve el conocimiento de esa estructura, ¿no es así? —preguntó el profesor cerrando los ojos y acompañando el gesto con una mueca que delataba picardía.

—Sí, se lo pregunto —aclaró la periodista.

—Pues verá, Tiziana, establecido ese «árbol genealógico», se pueden saber los distintos tipos de patologías padecidas por el individuo y también su evolución. Este aspecto es muy importante porque nos abre puertas a escenarios científicos hasta ahora desconocidos o poco explorados. Le pongo un ejemplo: a partir del conocimiento del ADN de un individuo se puede establecer la ruta seguida por toda una civilización y, en consecuencia, se podrían poner patas arriba las teorías acerca del poblamiento de una determinada región. Como bien saben los espectadores, hay muchas leyendas acerca del origen y posterior asentamiento de determinados pueblos de la Antigüedad.

—¿Cómo se pueden saber cosas así a partir de los restos de un ser humano? Es inquietante, parece cosa de brujería, ¿no le parece? —intervino la entrevistadora.

—Nada de brujería, es ciencia, pura ciencia. Una de las características fundamentales de la vida es el almacenamiento y transmisión de información en la célula, ahí se establece un código genético que pasa de padre a hijo, toda la información cabe en una célula y está escrita a nivel molecular.

—Profesor, le supongo al tanto de que tras el robo perpetrado en Venecia, en la basílica de San Marcos, hemos sabido que los restos del apóstol van a ser sometidos a la prueba del ADN aquí en Roma, en el laboratorio de la Policía Científica. ¿Qué podemos esperar? ¿Qué puede salir de ese estudio?

—Comprenderá, Tiziana, y espero que lo comprendan también quienes nos están viendo, que no puedo contestar a esa pregunta. Supongo que la Policía buscará posibles huellas dejadas por los ladrones, pero ya digo que desconozco el plan de análisis que va a llevar a cabo el laboratorio al que usted se refería.

—Pero —insistió la periodista—, además de las huellas, puestos ya a investigar, ¿podrían averiguar la identidad de los restos contenidos en el sarcófago del altar mayor de la basílica de San Marcos?

—Por poder, podrían, claro está. Ya le digo —concluyó el profesor Galbiati— que el ADN es un libro abierto en relación con los aspectos genéticos de la herencia...

—¿Le he entendido bien? —interrumpió la entrevistadora—. ¿Quiere decirnos que si los investigadores de la Policía quisieran, podrían averiguar si los restos depositados en el altar mayor de la basílica corresponden o no al evangelista San Marcos?

—Eso lo ha dicho usted, pero, efectivamente, esa información está al alcance de los investigadores que analicen las muestras que hayan llegado al laboratorio. Ahora bien, tenga presente que lo que se puede averiguar es una identidad genérica, la región o zona en la que ha nacido el individuo en cuestión, sus características raciales, etcétera, etcétera. Y, cotejándolas con los bancos de datos existentes, pues,

como le digo, se pueden establecer los datos de pertenencia a una determinada etnia o población.

—¿Todo eso se sabe analizando restos de huesos?

—Bueno, verá, en los huesos es donde mayor cantidad de ADN se encuentra, pero también está presente en otros tejidos: en la piel, en los cabellos o en otros restos orgánicos, como la saliva o el semen; los huesos esponjosos son los mejores para llevar a cabo este tipo de estudios. Un fémur, por ejemplo, es el ideal. A partir de una muestra de pocos gramos, siete u ocho, ya se puede hacer fácilmente el correspondiente análisis.

—Me he quedado con una cosa de las que nos ha dicho. ¿De verdad vamos a saber cómo era el apóstol San Marcos?

—Yo no he dicho eso.

—No, ya sé que no lo ha dicho usted, pero creo, profesor, que se desprende de sus palabras.

—Es mucho deducir —contestó el profesor Galbiati, revelando por primera vez cierta incomodidad—. Mire, Tiziana, en el laboratorio no especulamos. Todo lo que averiguamos está respaldado por datos científicos. No ponga, pues, en mi boca palabras que yo no he dicho.

La periodista no se rindió.

—No se enfade, profesor —dijo con un tono de voz que habría derretido un glaciar—; no se enfade. Le pregunto por cosas que estamos empezando a ver al otro lado de una puerta entornada. Y tampoco es tan extraña la pregunta; recuerde que ahora mismo en España están a vueltas con los huesos de Cristóbal Colón para determinar si sus restos están enterrados en Sevilla o en la isla caribeña de Santo Domingo. Precisamente, quieren averiguarlo a través del ADN.

—Sí, algo de eso he leído, pero, mire, le voy a decir una cosa. Como usted sabe, yo soy genovés, y en Génova tenemos una Casa de Colón, porque todos los genoveses y creo que también todos los italianos sabemos que el Almirante nació en Génova. Hay españoles que piensan otra cosa, que era de origen mallorquín, pero, en fin, a nosotros nos basta la Historia para tener esa convicción y pese a la polémica que siempre ha rodeado la noticia de su lugar de nacimiento, como decía, a los genoveses nos basta con la tradición. Hay cosas que, la verdad, lo mejor es no moverlas, ¿no cree que es mejor así? —preguntó el profesor con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bueno, profesor, los tiempos cambian, y la gente, los ciudadanos, como indica el título de nuestro programa, «quieren saber».

»Vamos a dejarlo aquí, despidiendo a nuestro invitado con un fuerte aplauso. Ahora unos minutos de publicidad, y, después, les anuncio la intervención más esperada de esta noche: ¡Eros Ramazzotti! ¡Eros Ramazzotti en directo! ¡No se

vayan, regresamos enseguida!

El plató se vino abajo con los aplausos.



## Capítulo 7

—Coronel, ¿dónde está Zorian? —preguntó el hombre al que los habitantes de Villa Cassandra llamaban Merkurio.

—Hemos desayunado juntos, quizá haya vuelto a su habitación, no sé... —contestó con evidente incomodidad el militar—. Iré a buscarlo.

—Hágalo. Dígale que le esperamos en la «burbuja». No tenemos tiempo que perder. Hoy va a ser un día de mucho trabajo —declaró Merkurio, completando sus palabras con una mueca que parecía resumir su estado de ánimo.

Apenas había traspasado el umbral de la puerta, cuando el coronel volvió a entrar en la estancia. Le acompañaba Zorian, el experto en programas informáticos.

—Buenos días. Siento haberme retrasado —dijo el recién llegado.

—Hace bien en disculparse porque nos tiene a todos esperando —le reprochó Merkurio.

—Reitero mis disculpas, señor. ¿Hay alguna novedad? ¿Algo que deba saber antes de ponerme a trabajar?

—Sí, la hay: el paquete ya está en Roma, así que póngase inmediatamente manos a la obra para averiguar lo que nos interesa.

—No le he entendido muy bien, señor. ¿Qué es lo que nos interesa?

—Todo lo que sepa la Policía italiana sobre el asalto a San Marcos. Cuando digo «todo», es todo, ¿entendido?

—Sí, por supuesto —respondió el hombre, acercándose hasta la mesa en la que varios teclados de ordenador parecían aguardar las manos capaces de dar vida a media docena de pantallas colocadas a diferentes alturas.

El bloque de aparatos informáticos ocupaba uno de los rincones de la estancia.

En otro estaba instalado un sofisticado sistema de escuchas electrónicas del que se ocupaban dos técnicos que permanecían en silencio con la mirada fija en las oscilaciones de la aguja del búmetro colocado junto a uno de los equipos de grabación.

## Capítulo 8

Procedente de Zagreb, adonde había viajado desde Londres, el profesor William Sharp —una eminencia en el diagnóstico de enfermedades genéticas y en análisis de filiación e identificación— llegó a Dubrovnik a media tarde del día 5 de septiembre. El viaje en coche desde la capital de Croacia le había fatigado; los últimos kilómetros por carreteras que serpenteaban entre montañas se le habían hecho eternos. Al llegar a Villa Cassandra le sorprendió la rotundidad del paisaje y el metálico y rizado brillo de la mar.

Le estaban esperando. El coche en el que viajaba, un Mercedes de última generación, penetró a buena marcha en el interior de la villa, deteniéndose a las puertas de una cortina metálica tras la que se abría un espacioso garaje. Al salir del coche, el profesor se dirigió a la parte de atrás a recoger su equipaje, pero el chófer se le había anticipado y tenía ya su maleta en la mano.

—Es por aquí —dijo, señalando a una puerta que parecía ser la de un ascensor—. Sígame, por favor.

Sharp no contestó. Se limitó a caminar hacia el ascensor.

Cuando éste se abrió, apareció otro hombre en su interior. Era un hombre de unos cuarenta años con el pelo muy corto. En un inglés que delataba su origen eslavo se dirigió al profesor.

—¿Ha tenido usted un buen viaje? —preguntó.

—Sí, gracias; se me ha hecho un poco largo, pero ha sido interesante, gracias.

Tras aquellas palabras de cortesía, los dos hombres permanecieron en silencio. El inglés calculó que el ascensor unía el garaje con una segunda o tercera planta, pero en el panel de mandos no había ninguna indicación capaz de corroborar tal suposición.

—Ya estamos —dijo el acompañante haciéndose a un lado para dejar paso al recién llegado.

—Gracias —respondió el profesor al tiempo que salía del ascensor para entrar en un salón cuyos espaciosos ventanales daban al Adriático.

Frente a él, de pie, llenándolo todo con su enorme corpulencia, estaba aquel hombre que se hacía llamar Merkurio.

—¡Bienvenido, profesor Sharp! Le agradezco que haya aceptado mi invitación y que lo haya hecho tan pronto. Pase y tome asiento. ¿Le apetece algo de beber? —preguntó al tiempo que miraba a un hombre vestido de camarero que aguardaba en silencio en un rincón de la estancia.

—Pues no sé qué decirle —contestó el recién llegado—, pero, en fin, dada la hora a la que salí esta mañana de Londres y lo tarde que es, aceptaría un gin-tonic.

El camarero hizo una ligera reverencia y salió de la estancia.

—¿Usted no tomará nada, señor? —preguntó el inglés.

—Ahora no, profesor, quizá más tarde, después de la cena a la que espero que nos acompañe —respondió el anfitrión sin desviar la mirada de su interlocutor—. Profesor —añadió—, he leído en su currículum que es usted especialista en diagnóstico de enfermedades genéticas y en análisis de filiación e identificación.

—Sí, así es.

—La segunda parte de su especialidad es la que nos interesa —dijo Merkurio invitando con un gesto al profesor para que tomara asiento.

—Creía que su interés se centraba en la arqueología y en los vestigios del mundo antiguo —respondió el doctor Sharp, poniéndose instintivamente en guardia.

—Y así es, profesor. Mis socios y yo nos interesamos por conocer el pasado teniendo en cuenta el presente.

—Perdóneme, pero no entiendo muy bien lo que quiere decir.

—Pues es muy sencillo, doctor Sharp. Usted es un gran especialista en ADN y nosotros tenemos un acertijo que someter a su consideración, como supongo le informó la persona que se puso en contacto con usted en Londres. Queremos que nos ayude a interpretar lo que tengo entendido que ustedes, los expertos, llaman un «árbol filogenético» —añadió.

—¿Cómo dice usted? —replicó desconcertado el profesor—. Creía que mi trabajo iba a consistir en analizar restos óseos procedentes de alguna excavación, eso fue lo que creí entender de cuanto me habló la persona que en su nombre se puso en contacto conmigo en Londres.

—Quizá Wilson, nuestro representante, no se explicó bien. Aunque es verdad que también nos gustaría contar con su colaboración para datar las características de un hallazgo arqueológico. Por ambos trabajos será usted espléndidamente recompensado. ¿Qué le parece un primer pago de cincuenta mil libras ahora y otras tantas al terminar su trabajo?

—¿Cien mil libras? —preguntó el profesor cambiando el signo de su desconcierto—. Cien mil libras son...

—Mucho dinero —interrumpió el anciano con sorna.

—Exactamente, es mucho dinero —acertó a decir el recién llegado—. Y ¿qué es lo que quieren ustedes que haga a cambio de tanto dinero? —preguntó.

—Lo sabrá a su debido tiempo. Ahora —añadió el hombre que se hacía llamar Merkurio— lo único que necesito saber es si acepta usted nuestra oferta.

—Pues la verdad es que sí. Sus razones son muy poderosas, así que acepto —contestó el doctor Sharp probando el gin-tonic que minutos antes le había traído el camarero.

—Bien. Ha tomado usted la decisión correcta. A partir de este momento debo pedirle un favor: debe usted comprometerse a que nada de cuanto vea u oiga aquí le pertenece. Exijo a mis colaboradores la máxima eficiencia y también la máxima

discreción. Sobre este aspecto no admito fallos. Debe quedar claro desde el primer momento. ¿Lo ha entendido usted bien? —preguntó, clavando en su interlocutor una mirada fría como un estilete.

William Sharp sintió un escalofrío. De repente se dio cuenta de que aquel hombre tenía el don de ponerle nervioso. Tuvo un mal presentimiento, pero no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza.

—Bien, profesor, empezaremos a trabajar mañana por la mañana. Pero nos veremos antes, nos veremos esta noche en la cena. Ivo —dijo señalando al camarero que había vuelto a entrar en el salón— le acompañará a su habitación. La cena será a las nueve hora local; supongo que un poco tarde para sus costumbres inglesas.

—Sí, la verdad es que para un británico fuera de las islas todo resulta un poco excéntrico, pero, en fin, me acostumbraré —respondió el doctor Sharp con una mueca que quería parecer una sonrisa.

## Capítulo 9

A la espera de noticias del inspector Benzoni, al que había enviado a Mestre a investigar en los talleres mecánicos de la ciudad, Marco Sforza volvió a la plaza de San Marcos. En otras circunstancias, se habría aproximado a cualquiera de los míticos cafés del lugar y habría pedido una *ombretta*, el aperitivo local, pero aquel día no estaba de humor para tomar vinos. Caminaba distraído, sin fijarse en la gente; al pasar junto a las mesas del café Florian, uno de los camareros le reconoció.

—¿Qué tal va la cosa, comisario? ¿Les han cogido ya?

—Estamos en ello. Aún es pronto, pero no te preocupes, que los cogeremos —respondió el policía.

«Lo que no sé es cuándo», pensó. Al escuchar las solemnes campanadas del reloj de la Torre dell’Orologio, echó una mano al bolsillo buscando el teléfono móvil. Después marcó el número de su casa. Vivía solo atendido por una asistenta de nacionalidad rumana, una señora de armas tomar que pasaba de los cincuenta y había sobrevivido a las cárceles de Ceaucescu.

—María, ¿cómo está? —preguntó al escuchar la voz metálica de la mujer—. María —añadió—, no iré a casa en todo el día. Así que coma usted y no me espere.

—Señor Marco, ¿cuánto tiempo cree que aguantará sin comer? No puede ser; si no come, no trabaja, y entonces será usted mal policía.

—No se preocupe, María, aunque no vaya a casa, comeré algo, no se preocupe. Adiós.

—Adiós, señor Marco. Rezaré por usted —contestó la mujer.

«Falta me hará», dijo para sí el comisario, cortando la conexión.

—¡Falta me hace! —añadió en voz alta con un timbre tan alto que espantó a dos palomas que hasta aquel momento habían permanecido ocultas a la vista de los transeúntes, cobijadas bajo el falso techo de una de las arcadas de la galería comercial.

Sforza las miró y, como si una idea nueva hubiera trazado una raya en sus pensamientos, se llevó una mano a la frente y la lanzó después al aire.

—¡Claro, hombre! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —dijo en voz alta, sorprendiendo a una pareja de turistas japoneses que se le quedaron mirando.

Dejándose llevar por la corazonada, salvó a grandes zancadas los pocos metros que le separaban de la puerta principal del templo. Al llegar, uno de los agentes que hacían guardia en la entrada le reconoció y se cuadró.

—Buenas tardes, comisario. Sin novedad en la zona.

—Gracias. Dígame, ¿siguen dentro los del laboratorio de huellas?

—Sí, creo que todavía queda alguno, comisario.

—Bien, gracias. Infórmeme si hay novedades —contestó Sforza despidiéndose

del *carabiniere*. Después entró en el templo y se dirigió hacia la angosta escalera que sube hasta el primer piso de la basílica, en uno de cuyos rincones se halla la Logia de los Caballos, donde, a salvo de la intemperie, se encuentran los famosos caballos de bronce traídos desde Constantinopla. Una réplica de este grupo escultórico único en el mundo corona la parte exterior de la balconada de la basílica que encara la plaza de San Marcos.

Sin detenerse, como impulsado por un resorte, el policía se dirigió hasta la parte posterior de una de las galerías del primer piso que está habilitada como museo de tapices y cuadros. Había estado allí hacía cosa de un año acompañando a Philippe de Vaucluse, un colega francés, ex comisario jefe de París y flamante director de Interpol, que estaba de vacaciones con sus hijos, y recordó que al final del recorrido, junto al recodo de una escalera que se abre sobre el rellano, había unos servicios ante los que la gente mayor guardaba cola. A medida que se acercaba al lugar observó que abajo, en el centro de la nave sobre la que se yergue el baldaquino construido sobre el altar mayor, había tres hombres enzarzados en lo que parecía ser una interesante disputa. No alcanzaba a oír con nitidez sus palabras, pero la articulada gesticulación de los tres no ofrecía dudas: eran italianos. El comisario esbozó una sonrisa. Sin detenerse salvó los últimos metros que le separaban de la zona de los lavabos.

Al llegar frente a ellos, entró en el de caballeros. Una vez dentro, apoyando los pies en la taza del váter, logró alcanzar el techo. Era de yeso. Sacó la pistola y, con la culata, golpeó la superficie. Sonaba a hueco. Guardó el arma y haciendo fuerza con las dos manos consiguió separar una de las placas. Una pequeña nube de partículas de yeso se le vino encima. Se limpió con el dorso de una mano y volvió a empujar. La placa había dejado al descubierto un hueco de dimensiones reducidas. «Aquí no cabría ni un enano», se dijo, decepcionado, al comprobar las reducidas dimensiones del sitio. «Voy a ver en la *toilette* de señoras, a ver si hay suerte». Entró, pues, en el lugar y tras comprobar que el techo era de similares características, repitió la operación.

Apoyando los pies en la taza se encaramó en lo alto y, haciendo fuerza con las dos manos, no sin fatiga, consiguió desplazar uno de los paneles. Sabedor de la lluvia de yeso que le esperaba, cerró los ojos. Al abrirlos miró hacia arriba y fue entonces cuando el asombrado *carabiniere*, que había llegado hasta allí atraído por los ruidos y contemplaba estupefacto la escena, le oyó decir al comisario Sforza aquellas palabras que luego él habría de repetir una y otra vez, en cada ocasión que le pedían que contara lo que había visto en San Marcos.

—¡Bingo! ¡Bingo, coño, bingo!

—Comisario, ¿está usted bien?

—Sí, amigo, estoy estupendamente. Hágame un favor, llame a los del laboratorio de huellas y dígales que suban aquí y empiecen a peinar esto —contestó Marco

Sforza, señalando el hueco que se abría en el techo, un amplio espacio flanqueado por dos robustas vigas. Un hueco en el que una persona de poca estatura podría haber encontrado refugio a cubierto de miradas extrañas.

## Capítulo 10

La historia del asalto a San Marcos se había convertido en un problema político y en culebrón televisivo. Una mina para las cadenas privadas cuyos programas ligeros se estaban llenando de tertulias de periodistas y especialistas —reales o improvisados— en materias tales como historia, biogenética, arqueología y alta política internacional. El *share* que medía las audiencias de los programas describía el interés sostenido de los telespectadores por todo lo que se relacionaba con el caso, así que la empresa productora del programa que dirigía Tiziana Marchesi había decidido realizar una emisión en directo desde Venecia.

—Pero ¿cómo vamos a aguantar dos horas de noche en la plaza de San Marcos? ¡Es de locos! Nos congelaremos —le decía la periodista al realizador del programa.

—Mira, rica. Te pones pantis y aguantas. El jefe está de acuerdo en que hay que hacerlo desde allí, para que tengas detrás la entrada de la basílica y se vean los caballos. Ya estamos gestionando el permiso con el Ayuntamiento de Venecia.

—Si el sitio me parece ideal, Gino; no te enfades. Lo que digo es que sería perfecto en agosto, pero estamos en septiembre y te recuerdo que Venecia son varias islas, los canales y el agua del mar, y por las noches hace frío, pero en fin, si hay que hacerlo, se hará —añadió con resignación la periodista, sabedora de que cuando a un realizador estrella se le mete en la cabeza un escenario, salvo despedirle o matarlo, no hay nada que hacer para obligarle a cambiar de idea—. ¿Cuándo tendremos los permisos del Ayuntamiento y de la Policía? —preguntó.

—Lo ignoro, guapa. Eso, como sabes, lo llevan los de producción. Les he oído decir que la cosa estaba chungu porque había otras teles que también querían lo mismo, pero, bueno, esto es Canale 5 y supongo que de algo servirá que estemos trabajando para Il Cavaliere —contestó el realizador aludiendo a Silvio Berlusconi, el magnate y político italiano propietario de grandes medios de comunicación.

—Eso espero, porque, la verdad, puestos a plantar nuestra carpa en Venecia, lo mejor será hacerlo cuanto antes y por todo lo alto.

Tiziana, que estaba sentada en el borde de la mesa que ocupaba el realizador, buscó en su bolso y extrajo un paquete de tabaco.

—Me voy a fumar; si hay algo nuevo, llámame, Gino, y no seas cascarrabias, que sabes que te quiero —dijo frunciendo los labios hasta cerrar una mueca que simulaba un beso.

—¡Sí, me quieres, me quieres mucho! Y voy yo y me lo creo —replicó el realizador con aire displicente llevándose la mano a la frente para acomodar un rizo de su teñida cabellera.

Tiziana se incorporó de un salto y salió del despacho para dirigirse a una terraza que la redacción había convertido en lo que Gino Gambetta, el realizador



cascarrabias, había bautizado como el «fumadero de opio». Tras encender un cigarrillo, la periodista buscó en su agenda electrónica el número de la redacción del Canale 5 en la delegación de Venecia. Preguntó por el editor local de noticias y cuando le tuvo al aparato, le pidió el teléfono del comisario que llevaba el caso del robo en San Marcos.

—Se llama Marco Sforza, y es un duro; un lobo solitario que tiene fama de duro. No es veneciano, creo que es de Verona, pero lleva aquí muchos años y ha resuelto casos muy difíciles —le dijo el colega de Venecia.

—¿Cuántos años tiene, ese tal comisario Sforza? —preguntó Tiziana Marchesi.

—Pues exactamente no lo sé; si quieres lo pregunto, pero así a ojo yo le echaría unos cuarenta, puede que alguno más, aunque la verdad es que se conserva muy bien y está en forma. Recuerdo que hace cosa de un año se enfrentó solo a dos tipos que estaban molestando a unas turistas, y eso que uno de ellos le sacó una navaja.

—¿Qué pasó?

—Pues creo que los redujo, no sé, con alguna llave japonesa, algo de artes marciales. Se publicó en la prensa de aquí; si quieres voy al archivo, lo busco y te lo envío.

—Te lo agradecería, Flavio. Toma nota de mi correo —respondió Tiziana—. Ah, por cierto, si tenéis alguna foto suya, mándala también.

—Descuida, lo haré. ¿Sabéis ya cuándo va a ser el programa?

—Bueno, la fecha está todavía en el aire, porque los de producción aún no tienen los permisos del Ayuntamiento de Venecia, pero creo que está al caer. No te preocupes, que en cuanto esté, os avisamos.

—No, si avisados estamos. De hecho, producción ha llamado a nuestro director para pedirle que haga gestiones con el alcalde, que, por cierto, es un buen tipo, pero que, como gobierna en coalición con los de la Liga Norte, que ya sabes lo susceptibles que son para con todo lo que viene de Roma, pues parece que todavía no ha resuelto lo de autorizar a emitir desde la plaza de San Marcos. De todas formas, Tiziana, si quieres saber mi opinión, estoy seguro de que acabará dando el permiso. A lo mejor está esperando a que le invites al programa.

—Bueno, es una posibilidad que no hay que descartar. Gracias, Flavio, cariño. ¡Mándame lo antes que puedas lo del *poliziotto*!

Una hora más tarde, al abrir su correo electrónico, Tiziana Marchesi se encontró con la imagen de un hombre de rasgos firmes, pelo corto encanecido por los aladares y mirada directa. La fotografía era en blanco y negro y estaba fechada el año anterior.

«Es guapo y parece que se lo monta de duro», pensó la periodista. «Veremos cómo es al natural».

## Capítulo 11

—Comisario —dijo la voz al otro lado del teléfono—, hemos encontrado el cadáver de un hombre en San Lazzaro. Creo que debería venir a verlo. —Era la voz del inspector Benzoni, su ayudante.

—Tarsizio, estoy muy liado con todo el asunto de San Marcos. Llama tú al juzgado y habla con el juez para que vaya a levantar el cadáver, conoces igual que yo los trámites. Por cierto, Benzoni, te había enviado a Mestre a rastrear los talleres. ¿Qué diablos haces en San Lazzaro?

—Insisto, jefe, en que debería echar un vistazo al fiambre. No quiero decirle nada por teléfono, pero creo que es importante que lo vea. Creo que podría tener algo que ver con el asunto del que me habla —respondió el inspector con tono de voz confidencial.

—¿Benzoni, no te oigo bien! ¿Por qué bajas la voz?

—Sí, sí, jefe, hay periodistas. Seguramente les han avisado desde el monasterio y han venido a cubrir la noticia.

—No puedes hablar porque tienes a los periodistas delante. ¿Es eso lo que me quieres decir, Benzoni?

—Usted lo ha dicho, comisario. Así es. Por eso le digo que creo que debería venir a ver lo que hemos encontrado.

—Voy enseguida. Que no toquen el cadáver, ya sabes cómo se pone su señoría..., y no te quiero decir si está de guardia uno de los jóvenes que han llegado hace poco a la Audiencia.

—Descuide, jefe, así lo haremos, pero no tarde, que esto parece el carnaval.

Marco Sforza tardó veinte minutos en llegar a San Lazzaro degli Armeni, una islita que se encuentra frente al Lido y sobre cuya exigua superficie se levantan un monasterio, una iglesia, una biblioteca, una imprenta, un claustro, una pequeña destilería y minúsculos jardines y huertos cuidados con esmero por un reducido grupo de monjes de origen armenio.

Al desembarcar, observó que en la pequeña explanada que a modo de bandeja se ofrece al visitante como antesala de la sobria belleza del cenobio había un movimiento inusual de gente.

Los *carabinieri* habían acotado una zona formando un perímetro vedado a los curiosos junto a uno de los caminos de tierra que unen el embarcadero con la entrada del monasterio, donde se levanta la estatua en bronce de Manug di Pietro, «Mechitar», el monje armenio fundador de aquel pequeño universo de estudio y rezos.

Aquel punto del embarcadero es el lugar preferido de los turistas porque ofrece una vista incomparable de la Laguna. Los *carabinieri* que estaban de guardia frente a

la entrada del monasterio le reconocieron y, tras cuadrarse, le dejaron pasar.

Una vez en el interior, al llegar al claustro, el comisario preguntó por el inspector Benzoni.

—Creo que está en la biblioteca, comisario —respondió uno de los *carabinieri*, que estaba de guardia bajo los arcos de uno de los corredores del austero claustro, en cuya zona exterior crecían docenas de plantas y flores de diferente familia, color y tamaño.

—Perdone, padre, ¿dónde está la biblioteca? —preguntó el policía a un anciano vestido con una sotana negra que ajustaba con una correa de cuero.

—Le acompaño, hijo.

—Padre, ¿qué es lo que ha pasado?

—Pues la verdad es que no sé exactamente cómo ha ocurrido, pero me han dicho que en la biblioteca ha aparecido un hombre muerto. Perdone que no le pueda dar más detalles, porque, la verdad, yo estaba trabajando en la imprenta cuando ha venido el grupo de turistas en el que iba ese hombre, pero ya le digo que hablo de oídas y me limito a repetir lo que me han dicho mis hermanos.

—¿Un grupo de turistas? Así que esa persona, la que ha fallecido, no pertenecía a la comunidad, no vivía aquí con ustedes.

—No, no pertenecía a la comunidad, pero no le sorprenda, porque al cabo del año por aquí pasan varios miles de visitantes, de turistas que sienten curiosidad por el monasterio y, en el caso de los ingleses, por Lord Byron. ¿Sabía usted que Lord Byron vivió aquí, en San Lazzaro?

—¿Byron, el poeta inglés? Sabía que había estado en Venecia, pero creía que había vivido en el Gran Canal; creo recordar que en el Palazzo Mocenigo hay una placa en la que dice que vivió allí.

—Sí, así es, en 1818, pero antes estuvo aquí en San Lazzaro; el «gran libertino», como le llamaron en su tiempo, también tenía un lado místico y estuvo aquí, tuvo su propia celda, estudió nuestra lengua y le gustaba nuestro licor de pétalos de rosa. Desde aquí salía hacia el Lido para cabalgar por la arena con su amigo Shelley. En la biblioteca, bajo un retrato suyo que recuerda su paso por este santo lugar, es donde apareció a mediodía el cadáver de ese hombre. ¡Dios mío, qué sacrilegio! Un crimen en San Lazzaro, nunca había ocurrido algo así en los tres siglos de vida del monasterio —exclamó el monje con aire de pena.

—Lo siento, padre, pero estas cosas pasan —replicó el comisario, sin saber muy bien qué contestar.

—En fin —añadió el religioso—, hemos llegado. Ésta es la biblioteca —dijo señalando una amplia estancia en forma de recodo cuyas paredes estaban cubiertas por estanterías de madera de peral abarrotadas de libros antiguos. Al entrar, lo primero que llamó la atención del comisario Sforza fue una momia. Estaba en el

interior de un armario colocada en posición vertical.

—No es ése el fiambre, comisario, el muerto que nos interesa es otro —dijo en tono de guasa una voz. Venía de atrás. Era el inspector Benzoni. Le acompañaban dos hombres; uno de ellos era un sargento de *carabinieri*, el otro, un monje.

—Benzoni, en estas circunstancias las bromas están de más.

—Lo siento, jefe. Le presento al padre Bernardo Trevisan, que es el prior del monasterio. Al sargento Muti ya lo conoce —dijo señalando al hombre uniformado, quien, al reconocer al comisario, se había cuadrado llevándose la mano derecha a la cabeza.

—Comisario Marco Sforza, padre.

—Encantado. Como le he dicho al inspector Benzoni, estamos desolados. Nunca había ocurrido nada parecido en San Lazzaro.

—¿Cómo ha sido?

—Ya se lo he contado a sus compañeros. Todos los días, a las once y media, recibimos a los grupos de visitantes. Llegan gentes de todas las naciones y también muchos venecianos que quieren conocer lo que hacemos en San Lazzaro. Le supongo al tanto de nuestro trabajo. Aquí no sólo nos dedicamos a rezar por la paz en el mundo; somos pocos, pero trabajamos mucho; trabajamos para preservar la memoria del pueblo armenio. Nuestra biblioteca es la más importante del mundo en libros de historia de Armenia; tenemos varios incunables. En estos siglos en los que los turcos arrebataron la libertad a nuestros antepasados, aquí, gracias a la generosidad de la ciudad de Venecia, se preservó la memoria del pueblo armenio, de sus luchas, de su saber y también de la tragedia que fue el genocidio al que los turcos sometieron a mi pueblo a principios del siglo xx. Tenemos una imprenta y traducimos libros. Todos los monjes de nuestra comunidad son políglotas. No le quiero aburrir, comisario, pero estamos desolados. La muerte de ese hombre ha venido a quebrar el ambiente de recogimiento y estudio que resume la vida de la comunidad armenia de San Lazzaro.

—Lo comprendo, padre, lo comprendo. Intentaremos molestarles lo menos posible, pero debe entender que la justicia tiene que seguir su camino, y si, como parece, estamos ante un crimen, no nos queda otro remedio que investigarlo.

—De que estamos ante un homicidio no hay duda, jefe. El finado tiene una herida sangrante en una pierna —dijo el inspector.

—¿Una herida en una pierna? Y ¿es eso lo que le ha provocado la muerte? —preguntó el comisario sin disimular el asombro causado por las palabras de su compañero.

—Eso he dicho, comisario. Ahora se lo explicaré con más detalles. Si le parece, vamos a la escena del crimen —añadió, al tiempo que con una mano señalaba hacia un lugar situado en el centro de la estancia. Al llegar hasta el punto indicado, el comisario observó que colgado en lo alto de una de las paredes había un retrato de

Lord Byron. Con una mirada entre melancólica y canalla, el poeta parecía observar cuanto ocurría en la estancia.

—Ahí lo tiene, jefe —exclamó el inspector señalando el cuerpo caído de un hombre de pequeña estatura que por su aspecto debía de rondar la treintena. Llevaba pantalones cortos, calzaba zapatos deportivos de color blanco y calcetines del mismo color. Como había indicado Benzoni, en la pierna derecha tenía una herida, un pinchazo del que había manado un poco de sangre.

—Según han contado algunos de los testigos —dijo el prior—, cuando el grupo de visitantes estaba aquí, escuchando las explicaciones de nuestro guía, el hombre —añadió señalando al cadáver— dio un grito y poco después se desplomó.

—Habla usted de un guía...

—Sí, es el padre Nazarian.

—He hablado ya con él, comisario —terció el inspector Benzoni—. Me ha dicho lo que ha contado el padre Trevisan, que él estaba hablando, contándoles a los turistas la historia de esta momia que al parecer es un príncipe egipcio...

—El príncipe Nehmeeket, un miembro de la familia del faraón que vivió mil años antes de Cristo —añadió el prior.

—¿Y los demás visitantes? ¿Qué sabemos de ellos? —preguntó el comisario.

—Poco, jefe. Se marcharon con el barco al terminar la visita. Nadie les dijo que debían quedarse, tenga en cuenta que esto ha pasado hace dos horas y en medio de la confusión a nadie se le ocurrió pedirles que se quedaran. Ya sabe que son pocos los viajes del *motoscafo* y los turistas van de un lado para otro.

—Pues vaya faena. Vamos a tener que averiguar en la ACTV cuántos billetes han vendido hoy para San Lazzaro. Quizá tengamos suerte, Benzoni, y alguno de los billetes lo hayan pedido desde algún hotel —dijo el comisario al tiempo que se inclinaba sobre el cadáver.

—Jefe, fíjese en la herida de la pierna, parece como si le hubieran clavado un punzón o un estilete. Es un corte limpio.

—¿Ha venido el juez?

—Le estamos esperando. Han llamado del juzgado diciendo que estaba en Burano y que venía hacia aquí.

—¿En Burano? ¿Estando de guardia, qué se le habrá perdido en Burano? —preguntó en voz alta el comisario.

—Por la hora que es, lo mismo se ha ido a comer un *risotto* a Da Romano.

—¿Estando de guardia? No creo. No seas mal pensado, Benzoni. Por cierto, me tienes que informar de tu excursión a Mestre.

—Sí, jefe. Ha sido productiva. Ya hablaremos.

Mientras los policías, agachados, examinaban el cadáver, un hombre joven vestido con descuidada elegancia irrumpió en la escena del crimen.

—Buenas tardes, señores. Soy Giacomo Zanetti, juez de guardia de Venecia. ¿Quién está aquí al mando de la investigación?

—Marco Sforza, señoría, comisario jefe de Venecia —contestó el policía, al tiempo que se incorporaba para saludar al recién llegado.

—¿Usted? ¿Usted está al mando de la investigación? No me han informado de que el asunto fuera tan importante —replicó el magistrado, con un tono de voz impertinente.

—Trabajamos duro para que los ciudadanos puedan vivir felices y confiados —respondió el comisario con sorna.

—Bien, por favor, póngame al tanto de lo ocurrido. ¿Saben ya quién era y de qué ha fallecido? —preguntó señalando el cuerpo del hombre que yacía tendido en el suelo.

—No, la verdad es que todavía no podemos contestar a ninguna de las dos preguntas. Como es lógico, no hemos tocado el cadáver esperando a que llegara su señoría. Por las estimaciones del inspector Benzoni —añadió el comisario, señalando a su subordinado— la víctima parece que podría haber sido agredida con un objeto punzante. Como verá, tiene una herida en la pierna derecha. Los hechos han ocurrido sobre las once, hace dos horas y media.

—Bien, regístrenlo.

—Si no le importa, lo haré yo, comisario —dijo el inspector.

—Como quiera, Benzoni.

El inspector se acercó al cadáver y fue depositando en el suelo los objetos que encontró en los bolsillos del caído.

—No lleva documentación, jefe. Tenía dinero, dos mil... doscientos... treinta y dos euros, dos mil doscientos treinta y dos euros; una guía de Venecia, una llave, unas gafas, un abono de la ACTV y esto —añadió mostrando lo que parecía ser un resguardo de la consigna de la Ferrovía, la estación de ferrocarriles de Santa Lucia, que se encuentra en el lado oeste del Gran Canal.

—Creía que habían suprimido las consignas en la Ferrovía, para evitar amenazas terroristas —dijo el juez.

—Hay un servicio nuevo para los turistas que llegan cargados de maletas y disponen sólo de unas horas para visitar Venecia. Les toman el nombre y les obligan a identificarse presentando el pasaporte. Así que si éste ha seguido el procedimiento, pronto le tendremos identificado.

—¡Ojalá! La verdad es que un muerto en San Lazzaro en plena Bienal no es lo que más favorece la imagen de Venecia. La prensa se va a poner las botas con este asunto.

—Lo peor —añadió el juez señalando al cadáver— es que al contar la historia de este pobre diablo recordarán el caso «todavía sin resolver» de lo ocurrido en San

Marcos.

Había pronunciado las últimas palabras con desdén. El magistrado tenía a gala marcar distancia con los funcionarios de Policía; era una suerte de esnobismo que le había convertido en un hombre muy bien tratado en determinados ambientes periodísticos muy politizados. Por el contrario, los policías le aborrecían y temían el día que estaba de guardia en la sede central de los Juzgados de Venecia. Sforza era un veterano y no se dejó intimidar.

—El asalto tuvo lugar hace tres días, es verdad que «todavía» no está resuelto. En cambio, la Justicia lleva sus asuntos al día...

—¿Qué insinúa, comisario?

—Digo, señoría, que las cosas llevan su tiempo y que el eco mediático que está teniendo el asalto a la basílica no nos debe hacer perder la cabeza. Más pronto que tarde cogemos al culpable, pero debemos estar seguros del terreno que pisamos, ¿no le parece?

—¿Por qué habla de «culpable», en singular? ¿Es que dispone ya de una pista sobre la identidad de quién perpetró el asalto?

—Bueno, culpable o culpables, era una forma de hablar —contestó el comisario eludiendo dar cuenta al juez de sus conjeturas sobre el modo de operar seguido por el intruso. Sin llegar a detestarlo, como abiertamente reconocían sus compañeros de la brigada, tampoco a él le caía bien el magistrado.

—Creo que me oculta algo, Sforza.

—Señoría, hasta que la anguila no está en el plato no se puede decir que la pesca ha sido buena. Ya sabe usted lo escurridizos que son esos bichos.

—Bien, no creo que lo ocurrido en San Lazzaro tenga que ver con el intento de robo de San Marcos, pero, como nunca se sabe, si hubiera algún nexo, entonces el caso caería en mi juzgado; de ser así, comisario, me temo que usted y sus hombres tendrán que hacer horas extraordinarias.

—Espero que, al menos, las paguen, no como viene sucediendo hasta ahora —contestó, sin arrugarse, el policía.

—Bueno, bueno, ya veremos —dijo el juez, dando la espalda al comisario y dirigiéndose a la secretaria del juzgado, que había asistido a la escena en silencio—. Carlotta, tome nota, por favor: «En San Lazzaro, a las trece horas y veinte minutos del día 5 de septiembre, procedemos al levantamiento del cadáver de un varón de unos treinta años, caucásico, pelo de color trigueño, ojos...».

La funcionaría, una mujer joven y despierta a la que unas gafas de concha de color rojo y montura alargada conferían un aire de grulla simpática, empezó a redactar el atestado escribiendo a gran velocidad.

—Si no ordena lo contrario —interrumpió el comisario—, me gustaría seguir con la investigación, todavía hay algunos cabos sueltos que quizá alguno de los religiosos

pueda aclararnos.

—Está bien, hágalo, pero esté localizable. Carlotta —preguntó el juez mirando a la secretaria del juzgado—, ¿tenemos el número del móvil del comisario?

—Sí, señor juez, lo tenemos.

—Bien, entonces no veo inconveniente en que prosiga usted su trabajo y nos deje a nosotros concluir el nuestro.

Marco Sforza no contestó. «Definitivamente —pensó—, este tío es un gilipollas». Tras un gesto que quería remedar un saludo militar, dio media vuelta y se alejó del lugar en el que el cuerpo sin vida del desconocido parecía haber entrado ya en contacto con el misterioso silencio de la Tierra.



## Capítulo 12

Lejos de Venecia, en Dubrovnik, a las diez y media de la mañana de aquel mismo día, una voz chillona quebró el silencio que reinaba en la «burbuja» electrónica instalada en el sótano de Villa Cassandra.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! ¡Soy un genio! —Costan Zorian, el especialista en informática contratado por Merkurio, estaba exultante. Llevaba una hora delante de la pantalla de un potentísimo equipo intentando penetrar en el ordenador de la sede central de la Policía italiana en Roma. Había tardado veinte minutos; acceder al programa del laboratorio de la Policía Científica le había costado algo más. Cuando, por fin, rompió el filtro y, a velocidad de vértigo, empezó a copiar los archivos, se le ocurrió la idea del virus. «Les voy a dejar un regalito», pensó. La idea iluminó su cara de niño malo.

—¿Qué te pasa, Zorian? —preguntó uno de los técnicos que estaba trabajando en las escuchas telefónicas.

—¿Que qué me pasa? Pues lo que me pasa, colega, es que soy un genio, coño. Eso es lo que me pasa.

—Bueno, hombre, yo en tu lugar tampoco exageraría; quien más quien menos, todos hemos tenido una abuelita.

Costan Zorian no contestó. Estaba seriando los archivos que había pirateado del ordenador de la Policía italiana. Cuando concluyó el trabajo, abandonó la burbuja tarareando una melodía que vagamente recordaba los acordes de *Pop corn*, un éxito musical de los años setenta del siglo xx. Al doblar un recodo del pasillo se dio de bruces con Marko, el mayordomo.

—Quiero hablar con Merkurio, es muy urgente —le dijo en un tono de voz que delataba su nerviosismo.

—Veré si él quiere hablar con usted —respondió con displicencia el mayordomo.

—Lo que tengo que decirle es muy importante.

—Eso lo decidirá él. Sígame y espere en el salón —zanjó el mayordomo.

Costan Zorian tenía treinta años, un cociente intelectual muy alto y una personalidad infantiloides. Ni siquiera reparó en la distancia con la que le trataba el mayordomo; estaba tan satisfecho de haber penetrado en el ordenador central de la Policía italiana que, como el niño grande que era, lo único que aguardaba era el reconocimiento de los adultos y el premio a su proeza. Cuando el coronel, el ayudante de Merkurio, entró en el salón, Zorian estaba jugando con la esfera armilar que presidía uno de los rincones de la estancia.

—No sé si conoce el valor de esa pieza, tiene más de cuatrocientos años y es un ejemplar único —dijo el militar subrayando cada una de sus palabras.

—Lo siento, pero no creo que se vaya a romper.

—Déjela, por favor, a Merkurio no le gustaría ver que alguien está jugando con la esfera como si fuera una ruleta. Bien, Zorian, ¿qué es lo que tiene que decirnos?

—Quiero hablar con Merkurio, lo que tengo que decir es muy importante —respondió Zorian, resentido por las palabras del militar.

—Merkurio está muy ocupado. Dígame a mí lo que tenga que decir —respondió el coronel en un tono de voz conminativo.

—Está bien, he conseguido penetrar en el ordenador de la Policía italiana. He hecho lo que me pidió Merkurio, ahora necesito saber qué es lo que le interesa. Tengo todos los archivos; los he copiado todos —añadió, con un deje de superioridad.

—Lo que me dice es muy importante. Le felicito por su trabajo. A Merkurio le gustará la noticia. Espere aquí, veré si puede hablar con usted.

Diez minutos después, seguido del coronel, el gigantesco anciano irrumpió en la estancia. Cuando llegó a la altura de Zorian, el informático sintió miedo. La mirada de aquel hombre era una mirada de fanático.

—Me dice el coronel que ha conseguido entrar en los archivos de la Policía italiana. ¿Es eso cierto?

—Sí, señor. He conseguido descifrar el código y entrar en el ordenador central. He copiado todos los archivos.

—¿También los del laboratorio de la Policía Científica?

—Sí. También los tenemos. Ahora, como le decía al coronel, necesito que me digan ustedes qué documento es el que les interesa ver.

—No perdamos tiempo, veamos si es verdad. ¡Acompañenme hasta la «burbuja»! —ordenó Merkurio.

Todos le siguieron. Al llegar a la estancia, Costan Zorian se sentó frente al ordenador e inició el rastreo de los archivos. Merkurio y el coronel permanecían de pie junto a él.

—¿Qué es lo que buscamos? —preguntó.

—Algo que tenga relación con Venecia, un robo en Venecia, en San Marcos, o algo así —contestó el militar.

—Venecia, Venecia, por Venecia no encuentro nada —dijo el informático mientras seguía rastreando archivos con el ratón.

—Tiene que estar, pruebe con San Marcos —ordenó el coronel.

—Veamos: San Marcos, San Marcos... «Informe San Marcos». ¡Aquí está! —exclamó Zorian señalando con un dedo la pantalla—. Supongo que es esto, vamos a ver qué dice, lógicamente está escrito en italiano. A ver, a ver... Sí, aquí habla de «... revisadas las pruebas de ADN, podemos concluir que...». ¿ADN? Creía que buscaban algo relacionado con un robo.

—¡Zorian! ¡No le pago a usted para que establezca conjeturas! Límitese a hacer su trabajo —cortó con sequedad Merkurio con un registro de voz que sonó como si

fuera un chasquido—. ¡Copie el documento! —prosiguió—. Saque una copia en papel y guarde el programa. Ah, y no lo comente con nadie. He dicho con nadie. ¿Entendido?

—Sí, claro; no hace falta que levante la voz —respondió Zorian, dolido por lo que entendía que era una falta de consideración hacia su persona, sobre todo tras el éxito de su incursión pirática—. Aquí tiene la copia —añadió.

—Está bien. Por hoy, su trabajo ha concluido. Puede hacer lo que quiera, pero ya sabe que no debe abandonar la casa.

—Lo sé, lo sé, no hace falta que me repita tantas veces las instrucciones. No estamos en la milicia.

Merkurio no respondió, hizo una seña al coronel y el militar cogió los papeles que había vomitado la impresora. Los dos hombres miraron con desprecio al joven que tenían delante y abandonaron la «burbuja». Zorian no dijo más. «Estos cretinos —pensó para sus adentros— no saben apreciar mi genio». Estaba muy dolido.

Los dos hombres se dirigieron al despacho de Merkurio. Una vez allí, el anciano de pelo blanco se sentó frente a su mesa y procedió a examinar el documento pirateado por Zorian. Pasado un tiempo —que el coronel respetó de pie y en silencio—, el dueño de la casa habló:

—Coronel, estamos de racha. Según dice aquí —añadió, señalando las fotocopias—, el ADN analizado por la Policía italiana a partir de las muestras obtenidas en San Marcos ¡es similar al que conocemos de las muestras obtenidas hasta ahora en la «campaña de vacunación»!

—¡Enhorabuena, señor! Estaba usted en lo cierto.

—Sí, coronel, yo estaba en lo cierto. Han sido muchos años para hacer realidad un sueño. Ahora ya nadie podrá poner en duda ni nuestras raíces históricas ni nuestros derechos territoriales. Hoy es un gran día para Macedonia, aunque la mayor parte de nuestros compatriotas no lo saben.

—Pero usted se lo hará saber, ¿no es así, señor? —preguntó el coronel queriendo avizorar los planes de Merkurio.

—Todo a su debido tiempo y por su orden. Usted, coronel, es militar y sabe la importancia que tiene el orden. Aguardar a que las piezas encajen. La precipitación es enemiga de la victoria. Nosotros, lo dice aquí, en este papel —afirmó el hombre señalando la fotocopia—, nosotros —repitió—, ya hemos ganado una batalla, pero la guerra no ha terminado. En realidad, para nuestros enemigos ni siquiera ha empezado porque hasta ahora todos nuestros movimientos han sido discretos o secretos. Todavía no ha llegado la hora para navegar en superficie, de momento el submarino debe seguir bajo el agua —concluyó, con aire enigmático, el coloso.

—Bien, señor, yo, como bien sabe usted, no acostumbro a ser indiscreto. Se lo preguntaba por estar al tanto y colaborar en los próximos movimientos. Nada más.

—Sí, sí, coronel. Sé de su lealtad. Nunca me ha fallado y espero que eso nunca suceda. Ya sabe usted que para mí la lealtad lo es todo, y cuando digo todo, quiero decir que es hasta el final. Hasta dar la vida, si fuera necesario.

—Cuenta usted conmigo para siempre, señor —contestó el militar cuadrándose y dando un taconazo. Fue un acto instintivo, reflejo de sus muchos años en la milicia.

—Relájese, coronel, que ya no está usted en la *Milicija*. Quiero que vaya usted a Skopie y que prepare todo lo necesario para reunir el Foro Financiero y de Empresarios para celebrar el lunes de la semana que viene una sesión en el hotel Holiday Inn. Puede invitar, también, a algunos periodistas. Trabaje usted en nuestras oficinas en la capital, hable con mi secretaria para que le dé la lista de los periodistas que quiero que asistan; ella le orientará, también, con los empresarios —ordenó Merkurio, posando de nuevo la mirada sobre las fotocopias que le había entregado Zorian, el *hacker* informático.

—Coronel, ni que decir tiene que no debe comentar ni una palabra de esto —señaló los papeles— a nadie. Nadie en el Ministerio del Interior debe saber que tenemos en nuestras manos lo que los italianos llaman «Informe San Marcos». ¿Me ha entendido usted bien?

—Sí, señor. Nadie, nadie sabrá por mí que tenemos ese informe.

—Eso espero —replicó el coloso inclinando la leonina cabeza y fijando la mirada en la media docena de folios que contenían una copia pirata del informe encargado por la Questura de Venecia sobre el ADN de las muestras tomadas en el sarcófago que se encuentra bajo el altar mayor de la basílica de San Marcos.

## Capítulo 13

—¿Estás seguro? ¿No podría ser un error del sistema? —preguntó el comisario jefe del laboratorio de la Policía Científica de Roma donde estaban siendo analizadas las muestras de ADN recogidas en la basílica de San Marcos de Venecia.

—Estoy seguro, comisario, por desgracia, no hay margen de error posible: alguien ha entrado en el sistema y ha robado los datos. No sé cómo ha podido pasar porque tenemos un filtro *anti-hacker*, pero está claro que quien haya sido es más listo que nosotros, debe de ser un genio de la informática —contestó el especialista del laboratorio sin poder disimular su nerviosismo.

—¡Lo que es es un cabrón! —dijo el policía dando un puñetazo encima de la mesa sobre la que estaba el ordenador en cuya pantalla se reflejaba el resultado de las muestras analizadas.

—Lo siento, señor, nunca nos había pasado una cosa así, estamos desolados.

—¿Cuánta gente lo sabe?

—Pues no estoy seguro; lo saben Franca, Martino, que está hoy de guardia, el jefe de servicio Bonardi y yo —respondió el especialista señalando a las personas que asistían en silencio a la conversación.

—Bien, les voy a dar una orden: tienen prohibido comentar lo sucedido; nadie debe enterarse de la existencia del pirata y del contenido del informe. Les repito que es una orden. ¿Me han entendido?

Los cuatro funcionarios asintieron en silencio.

—Ahora —añadió el jefe del laboratorio— les diré lo que vamos a hacer: ustedes dos pueden irse —añadió señalando a la mujer y al llamado Martino—. Usted, Bonardi, y usted... perdone, no recuerdo su nombre —dijo, señalando al especialista que le había informado del caso.

—Bianchi, señor, Paolo Bianchi.

—Bien, pues usted, Bianchi, y Bonardi, acompañenme a mi despacho.

—Perdón, señor, si me permite, creo que debería guardar el informe y cerrar el ordenador. No tardaré, es un momento.

—Bien, le espero en el despacho —respondió el jefe iniciando la marcha seguido del mencionado Bonardi. El despacho estaba dos pisos más arriba. Cuando llegaron al antedespacho, la secretaria se dirigió al jefe:

—Comisario, ha llamado el director. Le he dicho que estaba usted en el laboratorio y que enseguida le llamaría. Como se ha dejado usted el móvil encima de la mesa, no le he podido avisar.

—No se preocupe, Silvana, ahora le devolvemos la llamada. Ah, Silvana, espero en mi despacho al señor Bianchi del laboratorio. Cuando venga, no le haga esperar, que pase.

—Descuide, señor.

Los dos hombres entraron en el despacho. Bonardi permaneció de pie frente a la mesa de su superior.

—Siéntese, Italo —dijo el comisario.

—Gracias, señor.

—Italo, supongo que no se le oculta la gravedad del caso.

—No, señor; quiero decir que sí, señor, que comprendo que el robo del informe nos puede crear problemas.

—¿Problemas? ¿Sólo problemas dice usted? ¡Pero, hombre, no se da cuenta de que es una bomba! ¡Que nos pueden hacer polvo por lo sucedido! ¡Nos han jodido, hombre, nos han jodido! —contestó airado el comisario.

—Lo siento, señor. Si quiere usted, tiene mi dimisión encima de la mesa —respondió compungido el otro policía.

—¿Su dimisión? ¿Y qué hago yo con su dimisión, Bonardi? ¡No diga tonterías, hombre! ¿Qué solucionaría su dimisión? ¡Nada! Lo que tenemos que hacer es pensar, pensar en cómo podemos reparar el daño averiguando quién nos ha hecho la pirula robándonos el informe.

—De eso, señor, quien más sabe es Bianchi —dijo el policía señalando al informático que en aquel mismo momento estaba llamando a la puerta del despacho del comisario.

—Pase, Bianchi, pase, que le estábamos esperando.

—Siento el retraso, señor —contestó el recién llegado—, encriptar y guardar el informe me ha costado más de lo que esperaba porque el *hacker* nos ha dejado un regalito: un virus que a punto ha estado de arruinar todo el programa. Menos mal que me he dado cuenta antes de cerrar.

—¿Un virus? —preguntó el comisario.

—Sí, bueno, en cierto modo es normal; quiero decir, señor, que es así como suelen actuar los piratas informáticos: es su forma de borrar sus huellas. Pero, como le digo, no lo ha conseguido del todo.

—¿Quiere decir que podemos averiguar quién es, que ha dejado algún rastro? —preguntó el comisario con indisimulado interés.

—Rastro como tal, no, pero al haber neutralizado el virus es probable que se pudiera rastrear.

—¿Puede usted hacerlo?

—Nosotros solos, no, señor, pero el fabricante sí —respondió el técnico mirando a Italo Bonardi, su superior inmediato.

—¿Me está diciendo que tenemos que llamar a Bill Gates? —preguntó el comisario en tono sarcástico.

—A Bill Gates, no; lo que Bianchi quiere decir, comisario —terció Bonardi—, es

que podemos entrar en contacto con la Brigada de Delitos Informáticos de Interpol; ellos tienen medios para rastrear las huellas del pirata.

—¡Fantástico! ¡La solución ideal! Les pedimos ayuda y al día siguiente media Europa se entera de que nos han robado el «Informe San Marcos» y nos convertimos en el hazmerreír de todo el mundo.

Los otros dos hombres —el que permanecía de pie y el que estaba sentado— se miraron sin atreverse a decir palabra.

—Estamos bien jodidos —prosiguió el comisario—. Si la única solución es llamar a Interpol, estamos apañados; y no quiero pensar cuando se entere la prensa... ¡Nos van a cortar los cojones!

—¿Qué vamos a hacer, comisario? —se atrevió a preguntar Bonardi.

—¿Que qué vamos a hacer? Pues empezar a tomar lecciones de canto, Bonardi, ¡como los *castrati!*, ya sabe —exclamó, realizando un gesto muy explícito con dos dedos que simulaban ser unas tijeras—. Llame a Interpol, ande, llamen y pidan ayuda, que yo se lo comunicaré al director... ¡Nos van a fumigar! Venga, pónganse en marcha, no hay tiempo que perder —concluyó señalando con una mano la puerta.

—Si no ordena nada más, señor, nos vamos —dijeron a dúo Bianchi y Bonardi precipitándose en pos de la salida.

—¡No! ¡No pierdan el tiempo! Y usted, Bonardi, téngame informado de cualquier novedad.

Así que los dos hombres hubieron abandonado el despacho, el comisario llamó a su secretaria.

—Silvana, por favor, póngame con Pisani.

—Sí, señor, ahora mismo le pongo con el director.

Sonó el teléfono y al otro lado una voz masculina anunció la llamada.

—Tiene usted al teléfono al director general de la Policía. ¡Hablen, por favor!

—Cicogna, ¿cómo estás? ¿Todo bien en casa?

—Sí, señor, en casa estupendamente, mi mujer, los niños, todos bien, gracias.

—Y por ahí, en el laboratorio, ¿cómo van las cosas, tenéis ya el informe?

—Sí, sí, lo tenemos, ya está listo.

—Bueno, Baldassare, me das una buena noticia. No te puedes imaginar la cantidad de gente que está interesada en lo que la prensa ha bautizado de manera, creo yo, un tanto rimbombante como el «Informe San Marcos».

—Sí, yo también leo los periódicos, director.

—Te noto raro, ¿pasa algo? ¿Dice algo especial el informe?

—Especial... La verdad es que no sabría decir si hay algo especial, aún no he tenido tiempo de leerlo...

—¿Cómo? ¿Que no lo has leído? No me lo puedo creer, Cicogna. Tienes entre manos el informe más requerido de los últimos años ¿y me dices que no lo has leído?

—No es eso, director, no es por falta de interés, es que, verás, ha surgido un problema...

—¿Un problema? ¿Qué tipo de problema? —preguntó el director cambiando el registro de voz.

—Verás, como le digo, tenemos el informe, pero se nos ha colado un *hacker* en el sistema...

—¿Un *hacker*? ¿Quieres decir que han robado el informe?

—Sí, señor, lo siento, pero así ha sido. —Un silencio que al comisario Cicogna le pareció eterno siguió a sus últimas palabras—. Director, ¿está usted ahí?

—Sí, comisario, estoy aquí. ¿Se da usted cuenta de lo que me acaba de decir?

—Claro que me doy cuenta del problema que tenemos, director.

—Los técnicos, los ingenieros informáticos del laboratorio, ¿no pueden hacer algo? No sé, por lo menos saber quién ha sido.

—Están en ello, pero me dicen que nosotros solos no podemos rastrear al pirata, así que les he autorizado para que pidan ayuda a la Brigada de Delitos Informáticos de Interpol. Espero que no le parezca mal.

—¿Lo saben en Interpol? ¿Se da usted cuenta de que en dos días será un secreto a voces?

—Sí, señor, ya he pensado en eso, pero, la verdad, si queremos saber quién ha sido el canalla, no tenemos otra opción.

La verdad es que no hay más remedio que confiar en la discreción de nuestros colegas de Lyon.

—Dos días, Cicogna, incluso menos de dos, tardaremos en leerlo en los periódicos, y si no al tiempo. En fin, vamos a ver cómo se lo explico al ministro y cómo lo cuentan los periodistas. Lo primero que tiene que hacer es reforzar las medidas de seguridad. La verdad es que creía que estábamos protegidos de los ataques de piratas informáticos, el año pasado recuerdo que doblamos el presupuesto del laboratorio.

—También yo lo creía, director, pero lo que me dicen nuestros técnicos es que cada día se inventan nuevos «troyanos», nuevos virus para penetrar en los sistemas. De todas formas, el informe ahora está cifrado y a salvo.

—Cicogna, quiero saber qué dice el informe, así que espero que esta misma mañana hagas llegar una copia a mi despacho. La quiero descifrada. Ah, y que la traiga un motorista, nada de por *e-mail*, ¿de acuerdo?

—Sí, claro; descuide, que, antes de las doce, lo tiene en su despacho.

—Bien, Cicogna, ya hablaremos. ¡Adiós!

—Adiós, director, buenos días —respondió el comisario colgando el teléfono. El «ya hablaremos» con el que se había despedido Alvise Pisani, director general de la Policía, resonaba en sus oídos provocando el mismo desasosiego que la



contemplación de un piano que sólo tuviera teclas de color negro.

## Capítulo 14

Hacía tiempo que en aquel solemne despacho que ocupaba la planta noble del Ministerio del Interior no se escuchaba una voz tan destemplada. Alicia, la secretaria del ministro, no recordaba la última vez que había oído gritar a su jefe. Ottavio Agrícola estaba fuera de sí. Frente a él, Alvise Pisani, director general de la Policía y viejo conocido del ministro, guardaba silencio. Llevaban así cerca de diez minutos desde que entró en el despacho y depositó encima de la mesa del ministro una carpeta de color rojo con una etiqueta en la que bajo un sello rotulado con la palabra «Confidencial» sólo estaban escritas estas tres palabras: «Informe San Marcos».

Contenía doce folios y era una síntesis del resultado de las pruebas de ADN realizadas en el laboratorio de la Policía científica a los restos remitidos días atrás por la Policía de Venecia.

—¿Pero cómo puede ser que la información más confidencial de Italia esté ahora mismo en manos de un desconocido? —preguntó en voz alta sin mirar a su interlocutor—. ¿Cómo puede ser que esté rodeado de tantos inútiles? ¡Dímelo tú, Alvise! ¿Cómo puede ser?

—Ministro, estas cosas pasan. No es por buscar excusas, pero, en América, hace poco entraron en el ordenador del Pentágono y...

—¡No digas sandeces, Alvise! ¿Qué tiene que ver el Pentágono en todo esto?

—No me he explicado bien. Lo que quiero decir es que nadie está a salvo de los *hackers*, que la informática fue uno de los grandes inventos del siglo pasado y supone un adelanto extraordinario, pero no es segura. Hay gente superdotada, por lo general jóvenes cerebros, que disfrutan haciendo este tipo de cosas.

—¿Quieres decir que el robo ha podido ser un juego? —preguntó el ministro cambiando el tono de voz.

—No puedo responder a esa pregunta, ministro. Lo que me dicen los técnicos es que puede ser obra de un genio en busca de diversión, un «cerebrín» que ha entrado en el sistema para demostrar que es más listo que nadie, hipótesis que pronto podremos verificar o descartar, o bien que haya sido obra de un profesional, un robo por encargo.

—¿Por qué dices que vamos a poder salir enseguida de dudas respecto de la primera hipótesis?

—No lo digo yo, lo dicen los expertos en informática de la Policía con los que he estado hablando. Creen que si ha sido un *hacker* exhibicionista, alguien que ha querido demostrar que es más listo que nadie, no tardará en colgar la pieza cobrada en Internet.

—¡Dios mío! Pues sólo nos faltaba eso: ¡que cuelguen en la Red el «Informe San Marcos»! ¡Qué desastre, Alvise, qué desastre! —añadió el ministro quitándose las

gafas y llevándose una mano a la frente.

—No he dicho que vaya a suceder. Lo que dicen, ministro, es que podría pasar, pero puede que no. Ya han transcurrido cinco horas y, de momento, no ha sucedido nada. Por cierto, ministro, que asumiendo toda la responsabilidad, he autorizado que el laboratorio se pusiera en contacto con la Interpol, con el Departamento de Delitos Informáticos, para que nos ayuden a identificar al *hacker*.

—¿Era necesario contarle a toda Europa lo torpes que somos? —añadió el político con un deje de amargura.

—Creo que sí, ministro. Nosotros no tenemos capacidad para rastrear todos los sistemas; Interpol sí. Llegado el caso, podría, incluso, requerir la colaboración del fabricante del programa informático para que nos ayudara a identificar, si no al pirata, al menos el sitio, la red telefónica desde la que se realizó el asalto.

—Y la prensa, ¿cuánto tardará en publicarse la noticia?

—No tiene por qué filtrarse, ministro. La gente de Interpol en Lyon es seria...

—Qué ingenuo eres, Alvisé, parece mentira con los años que llevas en la Policía. Seguro que en este momento mi colega francés ya está al tanto de lo ocurrido y mañana o pasado lo sabrán todos los de los países de la Unión Europea. En fin, habrá que asumir la situación tratando de ganar tiempo. Como sabes, el tiempo es el gran aliado secreto de la política. La prioridad es identificar al pirata: saber su identidad nos conducirá hasta él o hasta quienes hayan podido servirse de él para atacarnos. Lo que está claro es que puede haber personas o grupos interesados en el contenido del «Informe San Marcos».

—Sí, eso parece. Lo que no entiendo es a quién puede interesar conocer el ADN de los restos enterrados en la basílica de San Marcos.

—Veo que se te escapa la vertiente principal de este asunto, Alvisé. Lo veo y me preocupa —contestó el ministro mirando con desdén al policía—. ¿No te parece que esa información en manos de desconocidos puede hacerle mucho daño a Italia?

—¿A Italia? Me lo tendrá que explicar, ministro, porque, le repito, no acabo de coger la onda.

—¡Piensa, por favor, piensa! Lo tienes ante tus ojos y no lo ves: ¿dónde estaban los restos que fueron traídos desde Venecia para que los analizara el laboratorio de la Policía Científica?

—Lo sabe todo el mundo: en San Marcos —contestó, desconcertado, el policía—. No sé muy bien adónde quiere ir a parar, ministro.

—¡Tú lo has dicho! Si estaban en San Marcos... ¡deberían ser los restos de San Marcos! ¿No crees, Alvisé?

—Sí, bueno, no, yo... La verdad es que no sé muy bien qué quiere decir con eso.

—Lo que quiero decir es que estamos metidos en un buen lío porque las cosas han rodado de tal manera que lo que podría haber sido un simple caso de intento de

robo llevado a cabo con nocturnidad y con resultado de destrozos en edificio protegido se ha convertido en un caso en el que está en el aire nada menos que la identidad de un evangelista, lo cual quiere decir que corre peligro la credibilidad de la Santa Madre Iglesia. ¿Lo comprendes ahora?

—Lo siento, ministro, no había caído, no se me había ocurrido pensar que lo ocurrido en Venecia iba a tener repercusiones hasta en el Vaticano.

—Pues las tiene, Alvise, ¡vaya que si las tiene!

—Ministro, ¿me permite una pregunta, digamos, personal?

—Adelante.

—¿Usted piensa que hay alguien que crea de verdad en las reliquias?

—Claro que sí. Yo creo en las reliquias, Alvise. Creo que son lo que son: huesos o partes del cuerpo de hombres y mujeres santos que dieron su vida por Cristo o que murieron dando testimonio de su fe. Has de saber que durante siglos las reliquias llegaron a tener más valor que el oro o la plata. Guerras hubo para hacerse con reliquias de santos y reyes, como Felipe II de España, que vivió y murió rodeado de ellas.

—Bueno, eso sí lo sabía, quiero decir, el significado histórico de las reliquias. Pero a lo que yo me refería es a otra cosa; me refería a si usted cree que los restos humanos que están debajo del altar mayor de la basílica de San Marcos son los del apóstol. A eso me refería.

—Deberían serlo, Alvise; deberían serlo por el bien de todos. Espero que lo sean porque, de otra manera, no quiero ni pensar la que se nos viene encima —añadió con voz apesadumbrada el político.

—Perdone que insista, pero ¿cómo se puede tener la certeza de que los huesos del sarcófago corresponden al apóstol si en realidad nadie sabe lo que pasó hace dos mil años en Palestina?

—Te equivocas, Alvise —dijo con inopinada dureza el ministro—. Te equivocas. Los cristianos sí sabemos lo que pasó: lo dicen los evangelios, entre otros el que escribió el propio San Marcos.

—Bueno, sí, eso ya lo sé, ministro, pero me refiero a algo más... cómo diría yo... algo más científico.

—No voy a discutir contigo sobre el contenido de los evangelios, Alvise. Nos conocemos hace muchos años y te aprecio y respeto, pero veo que este asunto te supera. Debes saber que lo que tú llamas ciencia no puede anular la fe y la creencia que a lo largo de los siglos nos ha legado la Historia Sagrada acerca de lo ocurrido en Tierra Santa hace dos mil años.

—No quería ofender sus creencias, ministro, le pido disculpas. Quizá no he sabido explicarme, lo que quería decir es que da lo mismo que el resultado del análisis sea uno u otro: sea el que sea, nadie va a protestar.

—Vuelves a equivocarte, Alvise. El ADN es una huella que sobrevive al tiempo. Analizando los restos de una momia egipcia podría saberse en qué lugar de Egipto nació el personaje que fue en vida. Lo mismo ocurriría con los restos del evangelista: conocido su ADN, podría rastrearse el origen judeo-palestino de los restos. ¿Comprendes ahora la importancia y los peligros de este asunto?

—¿El peligro sería que San Marcos no fuera San Marcos? ¿Que no fueran los restos del apóstol, sino los de otra persona los que se guardan en el sarcófago del altar mayor? ¿Es eso a lo que se refería?

—¡Por fin lo has entendido! ¿Te das cuenta de lo que podría pasar si con base en el análisis de ADN alguien cuestionara la autenticidad de los restos del apóstol? ¿Qué pasaría con el crédito de la Iglesia católica y hasta con el buen nombre de Venecia?

—Sí, ahora que lo dice, me doy cuenta —contestó el policía, llevándose una mano a la frente en un gesto que sugería una repentina fatiga.

—Bien, Alvise, aunque quizá llegamos un poco tarde, te diré lo que vamos a hacer: en primer lugar, vamos a intentar ser discretos; en segundo término, quiero que me llames cuanto antes para decirme que ha sido localizado el pirata informático, y en tercer lugar, a lo más tardar antes de las ocho de la noche, quiero tener encima de mi mesa un ejemplar completo del «Informe San Marcos». Ahora, puedes irte —concluyó el político con aire de resignación y sin responder al saludo de despedida del desconcertado director general de la Policía. Minutos después, tras leer un par de veces la versión resumida del informe, apretó la tecla de un interfono:

—¿Alicia?

—Sí, ministro.

—Póngame con el cardenal Lorenzi... Mejor, no. No, no me ponga. Alicia, hágame un favor, ¿no tendrá usted por ahí una aspirina o algo para el dolor de cabeza?

—Aspirina, no sé si vamos a tener, pero creo que en el botiquín hay paracetamol.

—Pues tráigame dos, y de momento olvídense del cardenal, ya le llamaremos más tarde —contestó el ministro desviando la mirada hacia uno de los magníficos cuadros que adornaban su despacho. Era uno de los bocetos elaborados por el pintor español Diego Velázquez para el retrato del papa Inocencio X, cuyo original se guarda en la Galería Doria-Pamphili, en la Ciudad del Vaticano. Velázquez pintó aquel boceto cuando el pontífice, nacido Giovanni Battista Pamphili, tenía ya setenta y cinco años, edad en la que aún conservaba un vigor físico y una fealdad que el artista no quiso ocultar. El gesto sombrío de aquel anciano de mirada terrible cuya fama de cascarrabias atraviesa los siglos ejercía un extraño magnetismo sobre Ottavio Agrícola. «Es como si tuvieras al Papa en tu despacho, espiando todo lo que haces», le había dicho un día en tono de guasa Marcello Ratti di Desio, el ministro de Cultura.

Recordando las palabras de su amigo, pensó que la mirada severa del hombre del cuadro le reprochaba la situación creada en torno a los restos del evangelista de Venecia.

## Capítulo 15

A las seis de la tarde del día 7 de septiembre, en la «burbuja» electrónica instalada en el sótano de Villa Cassandra, uno de los técnicos que estaban al cuidado de las escuchas telefónicas se sobresaltó. El contenido de la conversación que acababa de interceptar le hizo comprender que, sin dilación, debía ponerla en conocimiento del hombre para el que trabajaba. Tras asegurar la grabación, abandonó la sala de escuchas y buscó al coronel.

—Señor, hemos interceptado una llamada telefónica que creo que debería escuchar —dijo en tono neutro.

—¿De qué se trata? —preguntó el militar.

—Es la señora... —contestó el técnico sin completar la frase.

—Déme los cascos —ordenó imperioso el militar.

—... *creo que está llegando demasiado lejos. No quiero verme involucrada en esto. Creo en Macedonia y en su destino, pero no quiero participar en nada que entrañe la muerte de nadie. Me niego* —dijo la voz que se escuchaba hablando por teléfono.

—Gracias. No se mueva de aquí, volveré enseguida. —Regresó diez minutos después acompañado de Mercurio.

—¿Puede averiguar con quién estaba hablando la señora? —preguntó Mercurio con la ira encendida en los ojos.

—Si me da unos minutos, creo que podré hacerlo —respondió el técnico.

El coloso no esperó. En dos zancadas salió de la estancia haciendo una seña al coronel para que le acompañara.

—Coronel, lo ocurrido es algo que no estaba previsto. Milena Tomic se ha bajado del tren en marcha. Nos ha traicionado. No podemos permitirlo. Debe ser sancionada.

—¿Cuándo, señor?

—Sin dilación, antes de que su traición ponga en peligro todo nuestro plan. Pero no olvide la posición que ocupa; hágalo de forma discreta.

—Descuide, señor. Así se hará.

—No quiero más problemas, coronel. La sanción deberá llevarse a cabo, pero en ningún caso deberá relacionarse con su estancia en Villa Cassandra. ¿Me ha entendido lo que quiero decir?

—Perfectamente, señor.

—Bien, volvamos a la «burbuja» para conocer qué más ha averiguado el técnico sobre la llamada.

Cuando entraron de nuevo en el laboratorio de escuchas, el especialista que había pinchado el teléfono de Milena Tomic había dejado los cascos encima de la consola y aguardaba de pie.

—¿Y bien?

—No he podido identificar a la persona con la que estaba hablando, pero sí su número de teléfono. Es éste —dijo, mostrando un papel que tenía en la mano.

Sin mirarlo, Merkurio entregó el papel al coronel.

—Averigüe a quién pertenece y, cuando lo sepa, llámeme —ordenó dando media vuelta y saliendo de la habitación—. Por cierto, estoy esperando al profesor Alfred Wagner. Viaja con su esposa, pasarán unos días en Villa Cassandra. Quiero que pasado mañana vaya a buscarles al aeropuerto... Ahora, no se demore y entérese de la llamada.

—Enseguida, señor. Le llamaré en cuanto lo tenga.

Como si todos sintieran todavía sobre sus cabezas la mirada feroz del coloso, un extraño silencio se apoderó de la estancia. El técnico regresó a su mesa de escuchas y volvió a colocarse los cascos. El coronel descolgó un teléfono y tras marcar un número esperó unos segundos.

—Hola, soy yo.

—¡Coronel! Buenos días. Dígame —contestó solícita una voz al otro lado de la línea.

—Toma nota de este número y llama a tus amigos de Vodafone de Belgrado. Averigua a quién pertenece y llámame a mi número. No tardes, es urgente —dijo, y colgó sin despedirse.

Cinco minutos después, sonaba el móvil del coronel.

—Pertenece a Ivo Pec, jefe del Gabinete del Presidente de la República.

—Buen trabajo. Gracias.

«Esto no le va a gustar a Merkurio. Se va a poner como una fiera», se dijo para sus adentros, al tiempo que abandonaba la «burbuja».



## Capítulo 16

El pez torpedo es un simpático animalito cuya vida transcurre en las proximidades de las poderosas fauces del tiburón al que guía; a cambio del servicio, dispone de las sobras alimenticias del gran depredador. Podría ser el animal totémico de los jefes de Gabinete. Estar en semejante escalón al servicio de un ministro es tanto como tener la vida asegurada pero viviéndola peligrosamente cerca de quien, de la noche a la mañana, puede cambiar las cosas sin sentirse obligado a dar explicaciones.

Riccardo Salcioli, el jefe de Gabinete del ministro del Interior, anunció la llegada de los periodistas con la resignación con la que Juan el Bautista vio llegar al soldado de Herodes que venía de parte de Salomé.

—Ministro, ya han llegado los periodistas.

—¿Qué hora es? Creía que iban a tardar algo más —dijo Ottavio Agrícola consultando furtivamente su reloj de pulsera.

—Si quiere, puedo entretenerlos un rato...

—No, no. Cuanto antes pase, mejor. ¿Ha venido la televisión? —añadió llevándose una mano a la corbata para ajustar el nudo.

—Sí, claro: han venido de todos los canales y también algunos corresponsales de la prensa extranjera.

—Y todos preguntarán por el asunto de Venecia, supongo.

—Pues no lo sé, ministro, a alguno de nuestros amigos he intentado «venderle» lo importantes y trascendentes que son las medidas para frenar la inmigración ilegal, supongo que preguntarán por ahí...

—¿Con quién has hablado? ¿Con Lucia Mori?

—Sí, claro. Ya sabe que ella siempre hace de liebre, de lanzadera abriendo el turno de preguntas.

—Sí, abre el juego, pero los demás no siempre pican y esperan turno para abrir fuego.

—Bueno, ministro, esto es Italia y tenemos una prensa libre.

—De eso me quejo: de que tenemos una prensa que no es que sea libre, es que todos los días y a todas las horas parece competir demostrando lo libre que es y para ello no ha encontrado mejor fórmula que criticar todo lo que hace el ministro del Interior. Te diré lo que va a pasar en cuanto traspase esa puerta: me van a crujir a preguntas sobre el asalto perpetrado en San Marcos, preguntas a las que yo no debería responder. En unos casos, porque ignoro la respuesta y en otros, porque sería contraproducente decir lo que sabemos. Ojalá no haya algún listillo que tenga contactos con algún sindicato policial y se haya enterado ya de lo del *hacker*, porque sí es así, ¡apaga y vámonos! —añadió el político con un deje de amargura.

—No creo que nadie lo sepa, ministro —comentó Salcioli, sin poder evitar un

presentimiento—. Si alguien lo pregunta, creo que, sin dejar de contestar, lo mejor sería dar largas: ya sabe, lo estamos investigando, no puedo decirle nada... En fin, lo de siempre en estos casos.

—¡Pues vaya solución que me das, Riccardo! En fin, ya es tarde, pero tal como están las cosas, lo mejor será afrontar la situación. Lo que más me fastidia de toda esta desdichada historia es que todavía no sabemos quién ha sido y qué interés tiene en este asunto.

—Lo más probable, ministro, es que se trate de un pirado, uno de esos genios de la informática que se pasan las horas colgados frente al ordenador tratando de demostrar que son más listos que nadie.

—Eso mismo cree Cicogna, el director del laboratorio, pero, en cambio, Pisani piensa que el robo puede tener alguna conexión con el asalto de Venecia.

—¿Conexión? ¿Qué tipo de conexión? —preguntó intrigado el jefe de Gabinete.

—Política. Pisani cree que estamos siendo víctimas de algún tipo de conspiración.

—¿Una conspiración? ¿Robando en San Marcos? ¿Para qué? No lo veo. Lo que creo, ministro, es que el jefe Pisani psicológicamente todavía no ha superado los «años de plomo» y sigue viendo por todas partes la sombra de Licio Gelli y la P2.

—Eres injusto con él, Riccardo. Alvise Pisani es un buen policía y yo me fío de su instinto —atajó el ministro.

Salcioli captó al vuelo el mensaje. «He metido la pata. Pisani es intocable, el viejo le debe favores», se dijo para sus adentros. Después, intentó arreglarlo.

—Quizá no me he expresado bien, ministro. Yo también creo que nuestro director de la Policía es un gran profesional; sobre eso nadie duda. Lo que quería decir es que en este asunto todo es provisional y deducir que existe algún tipo de conexión entre el *hacker* y lo de Venecia me parece un tanto arriesgado, pero, en fin, el policía es él...

—Efectivamente, el profesional es él —cortó con sequedad el ministro—. Bien, y ahora vamos a la rueda de prensa; vamos a salir a la arena a la manera de los gladiadores, sabiendo que el público de las gradas no tendrá misericordia.

—Ya verá, ministro, que todo sale bien —añadió el jefe de Gabinete cruzando los dedos.

## Capítulo 17

La red Echelon es un sistema muy sofisticado de escuchas telefónicas creado durante los años de la «guerra fría» por Estados Unidos, Gran Bretaña, Canadá, Australia y Nueva Zelanda. El Parlamento Europeo lleva años investigando las actividades de esta red cuyas antenas cubren todo el planeta. Nada escapa a las orejas electrónicas de Echelon, aunque es tal el volumen de información que acumulan sus dispositivos de escucha que según diversas fuentes no dispone de personal suficiente para analizarlo.

Ése es el talón de Aquiles de esta red con la que colaboran gentes muy dispares. En Dubrovnik, la bella y muy turística ciudad croata, Echelon no dispone de agentes locales, pero la importancia de su puerto deportivo y la sospecha de que la zona pudiera ser utilizada por traficantes de armas bien relacionados con las altas esferas tanto de Zagreb —la capital croata— como de Belgrado —en Serbia— habían aconsejado a la dirección de la red desplazar a tres de sus agentes en Italia. Dos eran norteamericanos y el tercero, italiano. Su base de operaciones era un yate deportivo anclado junto a la rada artificial que forma uno de los contrafuertes de la muralla de la vieja ciudad medieval.

Las llamadas realizadas el 7 de septiembre desde Villa Cassandra por Milena Tomic al teléfono del jefe de Gabinete del Presidente de la República de Macedonia y la del coronel a su contacto en Skopie fueron interceptadas por las antenas de Echelon. La primera grabación duraba tres minutos y veinte segundos. Las otras dos, treinta y cuarenta segundos, respectivamente. El agente italiano, que era el único que hablaba serbocroata, fue el encargado de revisar las grabaciones. Tras escucharlas dos veces, llamó la atención de sus compañeros.

—Creo que hemos pescado algo gordo —dijo, hablando en inglés.

—¿De qué se trata? —preguntó el más veterano de sus compañeros.

—No estoy seguro, quiero volver a escuchar la grabación, pero, si lo he entendido bien, en esta primera —dijo señalando la grabadora—, una mujer que habla muy rápido menciona un crimen. Un crimen del que dice que no quiere ser cómplice. Se lo cuenta a la persona con la que mantiene la conversación, un hombre que también habla en serbocroata. A la mujer se le nota que está muy nerviosa y asustada, el hombre parecía tranquilo.

—¿Un crimen? ¿De quién? —quiso saber el tercer agente.

—¿Cómo voy a saberlo si ni siquiera sé quién es la persona que habla? —contestó irritado el agente italiano.

—Podemos averiguarlo —replicó el de más edad.

—¿Cómo? —preguntó el otro norteamericano.

—Sabemos el número al que ha llamado, así que podríamos llamar también nosotros, aunque eso nos delataría.

—No será necesario —prosiguió el italiano—. Como decía, la persona que ha hecho la llamada desde la villa es una mujer. No sabemos quién es, pero sí sabemos quién es el hombre con el que se ha comunicado. Lo sabemos porque hay otras dos grabaciones en las que alguien que también llama desde la casa y que se identifica como el «coronel» pregunta a su interlocutor lo mismo que nos estamos preguntando nosotros, le pregunta por la identidad de la persona con la que habla la mujer. Se ve que la tienen controlada y también le han pinchado el teléfono.

—Y ¿quién es? —interrumpió impaciente el segundo norteamericano.

—El jefe de Gabinete del Presidente de Macedonia.

—¡Coño!

—Lo mejor —cortó el veterano del grupo— será llamar a la central de Surrey y que averigüen a quiénes pertenecen los teléfonos móviles con los que han hecho las llamadas desde ahí arriba. El de la mujer asustada y el de ese al que llaman «coronel» —dijo, al tiempo que con un gesto señalaba hacia arriba, hacia el lugar en el que a muchos metros sobre el nivel del mar se erguía la soberbia silueta de Villa Cassandra—. ¿Dice algo en la grabación que indique si tiene intención de hacer algún movimiento en las próximas horas o días?

—Sí, habla de marcharse. Es lo último que dice, eso se entiende perfectamente.

—Bueno, pues manos a la obra. Creo que nos ha pasado lo mismo que le pasó a Cristóbal Colón —dijo el agente más veterano.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que le pasó a Colón, aparte de descubrir América, claro?

—Lo que quería decir es que estamos aquí tras una organización de traficantes de armas, pero detrás de todo esto parece que puede haber algo más, algo más gordo. Como sabes, Colón encontró algo diferente a lo que buscaba: arribó al Caribe convencido de que había llegado a la India.

## Capítulo 18

El comisario Sforza tecleó en su agenda el nombre de Philippe de Vaucluse y esperó a que su amigo, el director de la oficina central de Interpol en Lyon, contestara al teléfono.

—*Allô!* Sforza, ¿eres tú? ¡No me lo puedo creer! —dijo una voz que respondía a un hermoso registro de barítono—. ¿Estás aquí o me llamas desde Venecia?

—Sí, Philippe, soy yo, Marco. Sigo en Venecia.

—¿Qué tal está Venecia?

—Como siempre, bella y sucia a la vez.

—¡Ah, querido amigo, si supieras cuántas veces me he acordado de ti al ver en la televisión lo del robo de San Marcos!

—Pues de eso quería yo hablarte, Philippe.

—¿Sabéis ya quién ha sido? —preguntó el francés con un cambio de tono en la voz que delataba curiosidad.

—No, todavía no estamos seguros, pero tenemos un cabo y precisamente ésa es la razón de mi llamada.

—¿Cabo? ¿Qué quiere decir eso de que tenéis un cabo?

—Se trata de una pista. Necesitamos confirmar una identificación. Tenemos un cadáver, estamos esperando el resultado de la autopsia, pero todo indica que fue asesinado y creemos que podría tener algo que ver con el asalto a San Marcos.

—Deduzco por tu llamada que no es italiano, ¿me equivoco?

—No estamos seguros. Tenemos un nombre que podría ser falso y no le tenemos en nuestros archivos, aunque todo lo que te digo es provisional porque le han matado esta mañana y, como puedes suponer, estamos investigando el caso y, como te decía, queremos ver hasta dónde nos lleva este cabo. Por eso te llamo.

—¿Me llamas el mismo día de autos? Amigo Sforza, entiendo que dada la repercusión del robo de San Marcos, debes de estar recibiendo presiones por todas partes, ¿no? Supongo que estás agobiado. Lo comprendo, Marco, somos policías y sabemos que cuando hay un caso tan, cómo diría yo, tan... eso, tan mediático, ocurre que los periodistas no paran de hacer preguntas y los políticos se ponen nerviosos y cuando eso sucede, al final, nosotros somos los que recibimos las broncas. He pasado por situaciones como ésta, amigo.

—Es como dices, Philippe, por eso te llamo, para ver si nos podéis echar una mano. ¿Tienes algo para escribir? ¿Te doy el nombre del fiambre?

—Sí, espera, que busco un bolígrafo. Ya lo tengo. Dime, te escucho.

—La persona que nos interesa se inscribió en un hotel de aquí con el nombre de Milovan Demeratu. Podría ser serbio o de algún otro país del Este, pero ya te digo que podría ser un nombre falso. Mira a ver si vosotros tenéis algo en vuestros

archivos. Philippe —añadió el comisario Sforza—, quiero pedirte otro favor.

—Te escucho, Marco, dime, ¿de qué se trata?

—Tiene que ver con lo que comentabas sobre la presión de los políticos y la prensa. Quiero pedirte la máxima discreción. Te he llamado como amigo, sin pasar por Roma. No me gustaría que se filtrara nada de este asunto hasta que podamos encajar algunas piezas. Te lo digo porque si se entera Luigi Malerba, el colega italiano que tenéis ahí en Lyon, le faltará tiempo para llamar a Roma y mis jefes me armarán la gorda.

—Lo entiendo, Sforza, lo entiendo, y no debes preocuparte por ello. Tienes mi palabra de que, por mi parte, no trascenderá. Entraré yo personalmente en el ordenador central de Interpol con mi clave de superusuario, no te preocupes. Si hay algo, te llamaré enseguida; creo que mientras no exista una solicitud oficial para averiguar la identidad del muerto, podré mantener apartado a tu paisano Malerba.

—Gracias, Philippe, no sabes cómo te lo agradezco, llevo casi tres días sin dormir, y, la verdad, llamar ahora a Roma y dar todas las vueltas que establece el protocolo... Uf, no sé, la verdad es que da pereza tener que explicar a media docena de jefes lo que te he contado. Si no me queda más remedio, lo haré, pero...

—No le des más vueltas —dijo la voz de su amigo al otro lado del teléfono—. Por lo que me dices —continuó—, lo mejor que puedes hacer es descansar; con la cabeza pesada, uno no puede pensar. Descansa, mañana hablamos. Te llamaré a primera hora, ¿de acuerdo?

—Sí, quizá haga lo que me dices. Gracias, Philippe; por favor, saluda a tu esposa de mi parte.

—Así lo haré, comisario, y ¡cuídame Venecia, que tanto yo como Brigitte pensamos volver de vacaciones!

—¡Adiós, Philippe! Reitero mi agradecimiento, hasta pronto —respondió el italiano. Cerró el teléfono y se quedó quieto mirando fijamente uno de los muchos papeles que sitiaban la mesa de su despacho, un papel en el que con letra casi ilegible había anotado el nombre del hombre muerto.

Lo había anotado a la carrera cuando su ayudante, el inspector Benzoni, le había llamado una hora antes diciéndole que aquél era el nombre con el que se había registrado en un hotel de poca monta de la parte más popular de la ciudad.

—Jefe —le había dicho Benzoni—, creo que le tenemos. Se llamaba Demeratu, Milovan Demeratu. Tenía pasaporte serbio, la recepcionista no recuerda nada especial de él. Ah, jefe, hay más. ¿Recuerda que me mandó a Mestre? Pues bien, estuve preguntando en un taller de los que arreglan maquinaria pesada, ya sabe, grúas de la construcción, camiones pesados y esos volquetes con orugas que parecen tanques, y ¿a que no sabe lo que me han contado? Pues lo que está pensando: ¡con un gato que pesa cuatro kilos se pueden levantar hasta cinco mil! También he preguntado en uno

de los astilleros que reparan y venden embarcaciones de recreo, así que, si no le parece mal, mañana, en cuanto terminen la autopsia, les voy a pedir a los del laboratorio que saquen una foto de la cara del fiambre y voy a volver a hablar con el encargado del taller de Mestre, a ver si alguien recuerda haberlo visto por allí. No sé, jefe, tengo una corazonada.

—¡San Lazzaro que está en el Cielo te oiga! ¡Ojalá que, por fin, tengamos un cabo del que empezar a tirar! —respondió el comisario.

Marco Sforza no era un hombre particularmente religioso, pero, como muchos otros italianos, tenía muy arraigadas en su forma de hablar expresiones relacionadas con la Virgen y los santos. A fin de cuentas, todo el mundo sabe que aunque estén en éste... hay otros mundos.

## Capítulo 19

El anciano que se hacía llamar Merkurio estaba excitado. Tras haber leído varias veces la copia del «Informe San Marcos» ordenó que llamaran al doctor William Sharp, el especialista británico en enfermedades genéticas y análisis de filiación e identificación de personas.

—Veamos qué opina el inglés. ¡Hágalo venir, coronel!

—Sí, señor, ahora mismo voy a buscarlo —respondió el militar saliendo de aquel despacho cuyos ventanales parecían precipitarse sobre el mar.

Unos minutos después, cuando entró en el despacho del hombre que tan generosamente estaba dispuesto a pagar su estancia en Dubrovnik, el biólogo inglés seguía intrigado acerca de la naturaleza del trabajo que debía realizar.

—Buenas tardes, señor.

—Pase, Sharp. Pase y siéntese. Quiero conocer su opinión sobre esto —dijo Merkurio tendiéndole por encima de la mesa la carpeta con los papeles del «Informe San Marcos»—. ¿Conoce usted el italiano? —preguntó el anciano.

—Un poco. La verdad es que no podría ganarme la vida en uno de esos programas de la RAI en los que los presentadores hablan muy deprisa, pero si me hablan despacio, lo entiendo. Suelo veranear en la costa amalfitana, me gusta el *limoncello* y me entiendo con la gente —contestó con ironía el recién llegado.

—Como verá, profesor, éste es un asunto muy serio, así que si hay alguna palabra, algún término, que no entienda, dígamelo y yo mismo le ayudaré a traducirlo, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro. Permítame... sin gafas no veo nada —contestó el científico al tiempo que extraía unas gafas de concha de uno de los bolsillos interiores de la chaqueta. Después de cinco minutos que al dueño de la casa le parecieron eternos, el inglés habló—: No sé qué significa esto —dijo, mostrando uno de los folios y señalando con el dedo las siglas «LPCR», que correspondían al acrónimo del «Laboratorio de Policía Científica de Roma».

Merkurio vio las siglas y antes de contestar miró al coronel. Éste le devolvió la mirada, pero no dijo nada. Fue el anciano quien habló:

—Corresponden al laboratorio en el que se ha realizado el análisis, no tiene importancia.

—¿Un laboratorio? No me suena, creo que conozco los tres laboratorios de Italia donde se realizan estudios genéticos, y, como les digo, éste no me suena.

—Profesor, está usted aquí para interpretararnos este informe, no pierda el tiempo con detalles que no van a ninguna parte. Por favor, concéntrese en su trabajo. Cuanto antes concluya, antes podrá usted disfrutar de sus vacaciones, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, claro, pero ya le digo que me extrañan estas siglas porque no las



relaciono con ninguna de las universidades en las que sé que realizan este tipo de trabajos. En fin, haré lo que me pide —contestó el profesor aparcando aquel interrogante en su cerebro. Pasado un cuarto de hora, depositó la carpeta encima de la mesa y, tras guardar las gafas, dijo—: El informe está muy bien hecho. Técnicamente, el análisis de las cadenas de azúcares y fosfatos es correcto y los marcadores genéticos empleados también lo son. En resumen, como le digo, es un trabajo muy profesional y, por lo tanto, el resultado del perfil genético es fiable.

—¿Quiere usted decir, profesor, que científicamente hablando, las conclusiones del informe son certeras, inapelables?

—El mundo de la célula es un rompecabezas; a los científicos no nos gusta hablar de evidencias inapelables, porque cada día se enciende una luz sobre una zona que permanecía en penumbra, pero, cuando se trata de identificar la huella genética de una persona a partir de una muestra de su ADN, se puede hablar de fiabilidades al 99,9 por ciento —respondió el profesor Sharp.

—Tratándose de dos personas, ¿no hay posibilidad de confusión, que se hayan mezclado las huellas?

—¡Nooo! Je, je. Cuando hablamos de muestras genéticas no hay posibilidad de mezclas que pudieran dar origen a confusiones de identidad. De los huesos, el cabello, la saliva, el semen o la sangre se extraen muestras para aislar el ADN que luego en el laboratorio tratamos con enzimas para cortarlo en fragmentos que después se separan en bandas sobre un gel mediante un procedimiento de electroforesis y el contacto con una sonda radiactiva. Es un proceso complejo y complicado, pero, como le digo, no hay posibilidad alguna de confusión. Cuando el proceso ha concluido, queda una banda de ADN que es única en cada individuo y que se transfiere a un soporte parecido a una radiografía donde queda expuesta lo que llamamos la «huella genética». No, señor, no hay confusión posible.

—¿Cómo puede llegar a establecerse con tanta precisión la personalidad del titular de esa huella, cuando se trata de una persona fallecida hace siglos?

—Pues porque el ADN es el portador del código genético, es la molécula clave de la herencia.

—¿Y no hay margen de error en la datación de la fecha en la que murió la persona de cuyos restos se ha extraído la muestra?

—La respuesta es la misma, señor. El margen de error es prácticamente cero. El resultado del análisis de una muestra de ADN es mucho más fiable que el que podría obtenerse mediante el método del carbono 14. Supongo que habrá oído usted hablar de él, ¿me equivoco?

—Sí, sí, claro —contestó Merkurio casi sin prestar atención al profesor. Su pensamiento era obsesivo y aquella obsesión se convirtió en una nueva pregunta—. Doctor Sharp, ¿es fiable la datación a la que se refiere el informe cuando fija la fecha

de fallecimiento de la persona a la que corresponden los restos analizados?

—Señor, no he realizado este informe, pero soy un experto en antropología molecular, y el informe que acabo de leer dice que los restos de ADN analizados corresponden a dos varones, los dos de raza caucásica. También dice que uno de ellos falleció hace unos dos mil años. Los pasos seguidos para determinar las huellas genéticas de las muestras me parecen correctos, así que no tenemos por qué poner en duda el resultado —contestó el profesor con un deje de fatiga en la palabra.

—¿De cuántos años habla exactamente el informe? —preguntó Mercurio sin poder ocultar la tensión que aceraba su mirada.

—Bueno, supongo que ya lo habrá leído usted...

—¡Es a usted a quien se lo pregunto, profesor! —estalló el anciano.

—Perdone, señor, permítame leer otra vez el documento —dijo Sharp intimidado por el tono de las palabras de su interlocutor y por la silente pero incómoda presencia del coronel—. Veamos... sí, aquí está —añadió, señalando uno de los folios—. Sí, dos mil trescientos años. Eso es: tres siglos antes de Cristo. Respecto del otro ADN analizado, el informe dice...

—Esa parte del informe no me interesa. Gracias, profesor. Ahora, quiero que nos ayude a determinar el ADN de otras muestras que le facilitará el coronel.

—¿Identificar ADN aquí? ¡Pero eso es imposible, mi laboratorio está en Londres! Comprenderá que no viajo con los aparatos a cuestas.

—Hay un laboratorio en el que usted podrá hacer su estudio, profesor. El coronel le llevará hasta él —contestó Mercurio sin poder disimular un gesto de impaciencia.

—¿Qué clase de laboratorio? Ya supondrá que para realizar este tipo de análisis se necesitan aparatos y marcadores especiales.

—Tendrá a su disposición todo lo que necesite, el coronel se lo proporcionará. No perdamos el tiempo. Vaya con el coronel, vea el laboratorio y pida lo que necesite. No perdamos más tiempo —concluyó haciendo una seña al militar, quien cogió suavemente del brazo al profesor e inició la marcha hacia la puerta—. ¡Ah, se me olvidaba, profesor Sharp! Cuando concluya su trabajo, recibirá otras cincuenta mil libras para compensar la prolongación de su estancia en los Balcanes y, además, podrá quedarse con el material y los equipos de laboratorio.

—Es mucho dinero, señor. Su generosidad me abruma. En cuanto al equipo de laboratorio, en fin... tendré que comprobar su estado y funcionamiento, pero no creo...

—No hable hasta que no vea el equipo. Cuando eso suceda, quizá cambie de idea. Es lo más moderno que hay en el mercado, ya verá como me da la razón —añadió Mercurio—. Bien, señores —concluyó señalando con un gesto al coronel—, no se demoren más. Y usted, coronel, lleve al profesor al laboratorio. Y no olvide usted esto —dijo, entregándole un recipiente de cristal que contenía una pequeña cantidad

de una especie de fango de color gris. El coronel reconoció el tubo que le entregaba su jefe: era la pequeña botella de laboratorio en cuyo interior se encontraba la extraña sustancia traída por Spiderman y su acompañante tras asaltar el laboratorio del Museo de Vergina que custodia los restos del rey Filipo II de Macedonia.

El coronel condujo al científico inglés hasta el laboratorio. El profesor William Sharp no pudo disimular su asombro al observar los modernísimos equipos con los que contaba el laboratorio de genética al que le había llevado el coronel.

—¡Es fantástico! —exclamó al observar la presencia de las últimas novedades con las que estaba equipado aquel recinto insonorizado al que habían llegado tras descender varios pisos en un ascensor al que se accedía por la parte más profunda del garaje de Villa Cassandra.

—Permítame presentarle a la doctora Virna Ivic, genetista de la Universidad de Belgrado —dijo el coronel señalando a una mujer de mediana edad y aspecto risueño—. Doctora, le presento al profesor William Sharp.

—¡El profesor Sharp! ¿El famoso catedrático de genética de Oxford? ¡Oh, es un honor!

—Gracias, doctora, pero no es para tanto, sólo soy un modesto investigador que ha tenido la suerte de publicar algunos trabajos antes de que lo hicieran algunos colegas... —dijo el recién llegado sin poder disimular la satisfacción ante aquellos halagos.

—No debería ser usted tan modesto, profesor. Sus hallazgos en el campo de la biogenética han abierto de par en par las puertas a los secretos que guardan el origen de la vida —añadió la mujer ante la mirada fría y distante del militar.

—Bueno, bueno, es usted muy amable, pero eso que dice me parece una exageración que habrá leído usted en algún periódico. ¡Ya sabe usted cómo son los periodistas! Cuanto más ignoran sobre aquello que escriben, más exageradas son las historias que cuentan. Yo lo único que he hecho ha sido ampliar la senda que abrió Kary Mullís, el Nobel del 93, mostrándonos el camino para obtener una cantidad ilimitada de ADN a partir de pequeñas muestras de tejido. Nada más.

—¡Y nada menos, profesor! Debe saber que para mi promoción, cuando hacíamos el doctorado en la Universidad de Berlín, era usted un mito y un maestro; de hecho, gracias a su método para simplificar la obtención e identificación del ADN, trabajando mucho, eso sí, durante los últimos meses, prácticamente hemos podido completar el mapa filogenético de una parte importante de la población de mi país.

—¿El mapa filogenético de todo un país? —preguntó con asombro el profesor—. ¿Y cómo diablos han conseguido todas las muestras?

—Pues aprovechando una campaña masiva de vacunación —contestó la doctora Ivic, sin poder disimular una mueca de satisfacción.

—¿De qué país me está usted hablando? —preguntó intrigado el doctor Sharp.

—De Macedonia, doctor...

Iba a añadir algo, pero no pudo iniciar la frase.

—Bien, es estupendo que tengamos entre nosotros a las personas idóneas para realizar el trabajo que nos han encomendado —terció el coronel, cortando la conversación de los dos biólogos—. Aquí tienen la muestra que deben analizar —añadió, depositando encima de una mesa el tubo de cristal que contenía el material traído desde Grecia—. Merkurio quiere que se pongan a trabajar cuanto antes. Aunque ustedes apenas le conocen, creo que ya habrán podido captar que la paciencia no es la mayor de sus virtudes —concluyó el militar oscureciendo el tono de voz.

El hombre y la mujer no contestaron. Con un gesto que en él debía de ser costumbre a la hora de ponerse a trabajar, William Sharp se quitó la chaqueta y la colocó sobre el respaldo de una de las tres sillas que estaban junto a la mesa en la que el coronel había depositado el tubo de cristal.

—¿Tenemos nitrógeno líquido y cloroformo? —preguntó dirigiéndose a su colega.

—Sí, por supuesto —contestó la doctora Ivic.

—¿Y enzimas y fenol?

—También.

—Pues pongámonos a la tarea. Como sabe, dentro de poco aquí va a oler muy mal.

—Desde luego, profesor, pero no se preocupe, estoy acostumbrada al olor del formol y también al del jabón carbólico.

—Bien, bien, pues veamos lo que tenemos aquí —dijo cogiendo el tubo en cuyo interior había una pequeña cantidad de una especie de barro de color grisáceo—. ¿Dónde hay unos guantes?

—Aquí tiene, profesor.

—Dígame, doctora, ¿sabemos quién era el muerto o el vivo de quien procede el préstamo? —preguntó mientras levantaba el tubo a la altura de los ojos y miraba la muestra al trasluz.

—Pues la verdad es que no. Lo siento, pero me limito a hacer mi trabajo y no hago más preguntas que las relacionadas con el laboratorio —contestó la mujer sin poder disimular la incomodidad que le había generado aquella pregunta.

—Disculpe, no era mi intención ponerla en un aprieto. ¿Sabe una cosa? Casi prefiero no conocer el nombre o las circunstancias de la personalidad cuyo ADN indagamos, así reducimos una posibilidad más de contaminación de las muestras, ¿no le parece?

—No he entendido bien esto último.

—Quiero decir que no sabiendo a quién pertenecen estos restos —dijo el profesor señalando el tubo— eliminamos prejuicios.

—Sí, sí. Quizá tenga usted razón.

—Bien, pues vamos a trabajar. Por el aspecto de la muestra, yo diría que es de procedencia ósea. ¿No le parece a usted? —preguntó el profesor Sharp—. Lo primero que vamos a hacer es eliminar el calcio, eso nos llevará algún tiempo —añadió sin esperar la respuesta de la doctora a su pregunta—. Y después ya sabe que como, además de grasa, quedarán restos de colágeno y otras proteínas, tendremos que librarnos de ellas echando mano de una enzima. ¡Manos a la obra! Por favor, doctora, conecte los aparatos. Ah, y vaya preparando los nucleótidos y el magnesio para que en cuanto esté listo el fluido restante podamos proceder a copiar y ampliar el ADN.

—Todo está a punto, doctor Sharp, llevaba días preparándolo todo; sólo aguardábamos su presencia para empezar a trabajar. Llevo algún tiempo estudiando todo lo que se ha publicado sobre el proceso para copiar y ampliar el ADN en el laboratorio. Confieso que su último artículo en *Science* me pareció esclarecedor. Mágico, si me permite decirlo con una expresión poco científica.

—Doctora Ivic, sus palabras me abruman. No creo, de verdad, que sea para tanto y no es falsa modestia, es que no le confieso ningún secreto si le digo que en este campo es mucho más lo que ignoramos que lo que sabemos. Pero, en fin, copiar y ampliar el ADN para poder estudiarlo mejor, efectivamente, nos está acercando un poco más a los secretos de la célula. Vamos a ver qué sale de aquí —añadió señalando al barro pardusco cuyo código genético se aprestaban a descubrir—. ¿Es verdad que han realizado ustedes un estudio masivo de ADN analizando un núcleo muy grande de población? Eso, que yo sepa, no se había hecho nunca.

—Es cierto, profesor. Aprovechamos una campaña de vacunación para extraer las muestras. Fue complicado, pero disponíamos de los medios para hacerlo.

—¡Pero una operación de ese tamaño costaría un dineral! No sabía yo que un Estado tan joven como es Macedonia tuviera tantos recursos —dijo el profesor.

—Nuestro anfitrión fue quien patrocinó la campaña. Es un hombre muy rico, uno de los hombres más ricos del mundo. Dicen que media Argentina es de su propiedad, pero la verdad, profesor, es que yo no entiendo mucho de finanzas. A mí quien me contrató para dirigir la campaña fue el Ministerio de Salud de mi país.

—Dígame, profesora, ¿qué resultados obtuvieron al realizar el mapa?

—No se lo puedo decir, profesor, perdóneme, esa información es confidencial. Verá, al terminar las identificaciones de ADN y completar el mapa filogenético, nos hicieron firmar un documento a todos los miembros del equipo que había realizado el trabajo. Un documento por el cual nos comprometíamos a no revelar el resultado de la muestra. Es un documento, nos dijeron, que se ampara en una Ley de Secretos Oficiales. Si yo le dijera algo, estaría cometiendo un delito que en mi país se paga con cárcel. Perdóneme, profesor.

—Nada, nada. No se preocupe usted. Era simple curiosidad; nunca se me ha

ocurrido pensar que nuestro trabajo pudiera ser considerado materia reservada. Todos los días aprende uno algo, sobre todo en este oficio nuestro en el que lo único verdaderamente esencial que hemos podido averiguar después de tantos años de estudio, esfuerzo y análisis es que básicamente todos los hombres somos iguales y es muy poca la distancia cromosómica que nos separa de los animales. Por eso, cuando me preguntan por la biogenética, suelo contestar que lo único que sabemos es que los seres humanos no tenemos grandes razones de peso para sentirnos superiores a las demás criaturas de la Creación, ¿no le parece, doctora?

—Sí, sí, claro, profesor —contestó Virna Ivic, sabiendo en lo más íntimo de su corazón que había decepcionado a aquel hombre al que tanto admiraba.

## Capítulo 20

Philippe de Vaocluse, el director de Interpol, se enteró de la solicitud de ayuda cursada por la Unidad de Delitos Informáticos de la Policía italiana a las cuatro de la tarde del 9 de septiembre. Estaba tomando un café junto a la máquina instalada en uno de los pasillos del segundo piso, cerca de donde tenía su despacho. Le acompañaba su segundo, Gert Pfinstein, subcomisario de Policía de la República Federal Alemana. Habían almorzado juntos en el sobrio comedor que se encuentra en el mismo edificio y que funciona en régimen de autoservicio. Vaocluse había sido un hombre de acción en los inicios de su carrera, cuando pasó por algunas de las comisarías de París y su conflictiva *banlieue*. También había sido durante algún tiempo responsable de seguridad en la Embajada de Francia en Atenas.

Amén de su arrojo personal, su mejor cualidad era la intuición, un sexto sentido que le permitía anticiparse a los acontecimientos. Estaba casado, tenía dos hijos y estaba a punto de cumplir cincuenta años. Pese a su buena estatura y porte distinguido, el comisario Vaocluse no había conseguido arrinconar del todo al *flick* que llevaba dentro. Había llegado a lo más alto de Interpol y llevaba dos años y medio en el cargo haciendo malo el pronóstico de quienes habían profetizado que en menos de dos meses se estrellaría contra la burocracia. Fue una profecía fallida. En parte gracias al talento de Pfinstein, un hombre sumamente organizado.

Con él estaba hablando cuando Ivonne, la jefa de su secretaría, se acercó precedida de una sonrisa capaz de disuadir a un suicida en trance de pasar a la historia.

—Jefe, perdone que le moleste, pero creo que debería leer esto —dijo la mujer al tiempo que le entregaba un papel. Era un fax dirigido al jefe de la UDIP (Unidad de Delitos Informáticos de Interpol), en el que el director del laboratorio de la Policía Científica de Roma, en una breve nota informativa, daba cuenta del acto de piratería del que había sido víctima su sistema informático y solicitaba ayuda para poder identificar al *hacker*. El mensaje no mencionaba la naturaleza de la información sustraída por el pirata informático.

—¡Joder! ¡Lo que les faltaba a nuestros colegas italianos! Les debe de haber mirado un tuerto —exclamó el comisario tendiendo el papel a su acompañante—. Gracias, Ivonne, en un minuto estaré en el despacho.

—O el programa no estaba bien protegido o estamos ante un genio de la informática —comentó el subcomisario Pfinstein devolviendo el fax a su superior.

—O las dos cosas —comentó Philippe de Vaocluse en voz baja, al tiempo que, sin saber por qué, le vino a la cabeza la imagen de su amigo, Marco Sforza—. No les arriendo la ganancia a nuestros colegas italianos: primero fue el robo de Venecia y ahora esto. Como se entere la prensa, les van a freír.

—Los periodistas no tendrían por qué enterarse —comentó el alemán—. Los *hackers* actúan todos los días en todos los sitios. Hace poco leí que en Estados Unidos, no sé si era American Express o Visa, una de las dos, habían contratado a uno de estos piratas que habían conseguido forzar sus sistemas de seguridad; le habían contratado para que les diseñara un nuevo sistema capaz de resistir nuevos ataques. Con buen criterio, debieron de pensar que teniéndolo dentro evitaban males mayores.

—Sí, yo también recuerdo haberlo leído, pero en este caso, Pfinstein, concurren circunstancias un tanto especiales. Si el pirata o los piratas hubieran entrado en el ordenador central de los *carabinieri* o de la Policía judicial, podríamos pensar que algún grupo de la mafia estaba rastreando información sobre la marcha de las investigaciones de la Policía sobre alguno de los capos que han detenido en los últimos meses en Sicilia o en Calabria, pero que hayan atacado el sistema informático del laboratorio de la Policía Científica me huele mal. No sé, tengo un presentimiento.

—¿Qué tipo de presentimiento? —preguntó el alemán.

—No te lo puedo decir, es una tontería sin ningún fundamento —contestó el comisario Vaucluse al tiempo que su mirada parecía estar instalada en un punto muy alejado de la máquina de café que tenía delante. Un punto en el que aparecía una ciudad cuyos bellos edificios de piedra parecían flotar sobre el agua—. Volvamos al despacho; si hay alguna novedad te avisaré —concluyó, dirigiéndose a su acompañante.

—¡A sus órdenes, director! Y lo mismo le digo: le tendré al corriente si hay noticias.

—¡Gert! Te tengo dicho que no estamos en Alemania: ¡relájate y apea el tratamiento, hombre!

—Lo siento, director, es la costumbre, son muchos años... —contestó el subcomisario.

—Está bien. Venga, vamos a trabajar, para olvidarnos de este infame café que acabará con nosotros —concluyó, al tiempo que tras arrugar el vaso de plástico se deshacía de él lanzándolo a una papelera. Acto seguido, los dos hombres se separaron dirigiéndose a sus respectivos despachos.

Antes de entrar en el suyo, Philippe de Vaucluse ordenó a su secretaria que localizara a Marco Sforza, el comisario jefe de Venecia.



## Capítulo 21

Paul Ford, el enlace norteamericano de la red Echelon en Londres, estaba preocupado. Mientras se dirigía hacia Le Gavroche, un restaurante de factura francesa con una interesante carta de vinos, iba pensando en el informe que habían remitido los agentes destacados en Dubrovnik. Lo había comentado por teléfono con Howard Wilberforce, el subdirector de la red en Gran Bretaña; Paddy —que así era conocido por todos— compartía su preocupación. «Espero no llegar tarde. Aparcar en Londres va camino de ser un milagro», se dijo para sus adentros cuando al pasar por delante de la estación de ferrocarril de Paddington tomó la decisión de dejar el coche en un parquin que quedaba dos calles más arriba del restaurante. Cuando cruzó la puerta del restaurante, miró el reloj y comprobó que pasaban cinco minutos de la una.

—Siento llegar tarde, me ha costado encontrar aparcamiento —dijo a modo de excusa al ver a su amigo acodado en la barra.

—Para ser norteamericano, cinco minutos no es mucho —contestó con una sonrisa Paddy Wilberforce—. ¿Te parece que pasemos a la mesa? —añadió señalando hacia el interior de la sala.

—Buena idea.

Se sentaron y, tras consultar la carta, el norteamericano se adelantó y señaló la lista de vinos:

—¿Qué te parece si celebramos el encuentro con un pequeño homenaje a nosotros mismos?

—¿Homenaje? No te entiendo... —contestó el inglés un tanto desconcertado.

—Quiero decir que, en lugar de cerveza, vamos a pedir vino y no cualquier vino.

—Hombre, si invitas tú, no se hable más, pero creo que me tocaba a mí.

—Ya hablaremos de eso al terminar la comida. Creo que éste es un buen vino —dijo señalando con el dedo la carta que le tendía un camarero que de pie, hierático como un basalto asirio, asistía en silencio a la conversación entre los dos clientes.

Cuando el camarero se fue, Paul Ford cambió el tono de voz.

—¿Has pensado sobre lo que dice el informe de los «marinos»? —preguntó refiriéndose de esa manera a los agentes que operaban de manera encubierta en aguas de Dubrovnik.

—Sí, lo he leído dos o tres veces y estoy preocupado, como supongo que lo estás tú, ¿no?

—Sí, por eso quería que nos viéramos, para hablar.

—¿Qué has pensado? —preguntó el inglés.

—Creo que nosotros no debemos intervenir, nos delataríamos. Echelon debe quedar al margen de todo este asunto. Creo que es hora de llamar a Philippe de Vaocluse en Lyon para que entre en acción la Interpol, ¿no te parece?

—Sí, creo que la cosa es seria. Con los «rojos» y los «verdes» del Parlamento Europeo enredando por ahí no debemos cometer errores. Lo que no acabo de ver es que este caso sea un asunto de Interpol; por lo que dice el informe, creo que es más de la OTAN que de otra cosa, ten en cuenta que esa zona sigue siendo un polvorín y lo de Kosovo ha vuelto a tensar la cuerda. ¡Sólo faltaba que ahora alguien quiera desestabilizar Macedonia!

—¡Nada de Macedonia! ¡Antigua República Yugoslava de Macedonia! Ya sabes cómo se ponen nuestros amigos los griegos cada vez que alguien menciona ese nombre. Con este asunto no admiten bromas.

—Lo sé, lo sé, pero me parece una exageración porque ahora nadie cuestiona las actuales fronteras de los países de la región.

—Dices bien al precisar que «ahora», pero tú sabes que en geopolítica nada es definitivo y las fronteras de los países de esa zona han sufrido tantos cambios a lo largo de la historia que nunca se puede descartar uno más. ¿Quién pensaba que Yugoslavia dejaría de serlo así que el mariscal Tito, un croata, pasara a mejor vida? ¿Y que Rusia dejaría independizarse a Ucrania y a Bielorrusia? Si hace veinte años alguien nos hubiera dicho que veríamos a Polonia y a Hungría en la OTAN, habríamos pensado que estaba borracho.

—Es verdad, pero, claro, la caída del Muro trastocó todo.

—Pues por eso, porque siempre hay algún elemento que se escapa de las previsiones, es por lo que no podemos descartar nada. Nosotros trabajamos con ecuaciones abiertas. Para Echelon, querido Paddy, las cosas de la política, ni siquiera en un sistema de base diez suman cien.

—Estoy de acuerdo en que debemos seguir atentamente la evolución del caso, pero procediendo con cautela. Como se enteren en Atenas, son capaces de todo.

—Y a mi modo de ver no les faltaría razón si sienten amenazada su integridad territorial —replicó el norteamericano—. Piensa que para ellos no hay otra Macedonia que la que tiene por capital a Tesalónica. Estuve destinado cinco años en la oficina de la CIA en Atenas; conozco bien el país y creo que hasta un poco de su historia. Hace apenas un siglo, los griegos no sólo combatieron contra los turcos; también se vieron obligados a luchar contra los búlgaros, que, aprovechando el río revuelto, intentaron conseguir una salida al mar Egeo y no dudaron en financiar a los sanguinarios *comitadjis*, que eran grupos terroristas. La actual frontera norte de Grecia está regada con mucha sangre griega; son historias que pasan de padres a hijos, y eso, querido Paddy, no se olvida fácilmente.

—Puede que tengas razón, pero más a mi favor para que movamos este asunto con guantes.

—En eso estoy de acuerdo y quizá tengas razón en que implicar a la Interpol sería como publicarlo en la portada del *New York Times*.

—Quizá debamos pensar en tus antiguos camaradas...

—¿En la CIA? ¡Sería una locura! Lo estropearían todo. Desde los cambios de la era Bush todo son peleas entre departamentos para ver quién controla más presupuesto. La verdad es que lo del 11-S nos pilló cagando y aún no hemos encontrado el rollo de papel higiénico —dijo el norteamericano con un deje de amargura.

—Hombre, Paul, tampoco es para ponerse así. A nosotros en Londres los mismos cabrones nos la metieron doblada en el metro el 7-J y aún no les hemos pillado a todos.

—Pero fue distinto. Lo de las Torres Gemelas acabó con el mito de nuestra invulnerabilidad. Si descontamos a Pancho Villa, que hace cien años entró por El Paso para devolver la «visita» que había hecho a México el general Pershing, nadie nunca había conseguido atacar objetivos dentro de Estados Unidos. Fue un fallo de nuestros servicios de inteligencia y hay que asumirlo como tal. Yo no quiero engañarme, Paddy, eso lo dejo para los políticos. Por eso no quiero ahora que este asunto que tanto huele a política se enmierde más de lo que ya está por culpa de una filtración o una pelea entre departamentos gubernamentales. Creo que lo mejor es que hables con tus colegas del MI6.

—Sí, quizá sea lo mejor, aunque con el Gobierno Brown no sé qué decirte. Si estuviera todavía Tony Blair, pero Gordon Brown es premioso como él solo, duda y tiende a marear la perdiz. No sé...

—Piénsalo. Es lo mejor. Además, piensa en la suerte que va a tener aquel al que le toque el caso. ¡Menuda «hoja de ruta»!: Dubrovnik, las islas del Adriático, Atenas, Tesalónica... Vamos, que si yo tuviera veinte años menos, ¡me pedía el caso! —concluyó en tono de guasa el norteamericano.

—No bromees con esto, que es muy serio y a quien le toque tiene muchas probabilidades de que le afeiten en seco o que lo intenten. Ya sabes que en los Balcanes la gente es de gatillo fácil, recuerda lo que ocurrió en Sarajevo y en Srebrenica.

—Sí, hombre, sí, tienes razón. No era más que una broma. A veces siento nostalgia de los días en los que estábamos sobre el terreno. Ahora hay momentos en los que me siento un burócrata poco menos que en puertas de la jubilación.

—Un burócrata que tiene sus compensaciones. Por ejemplo, haber podido regar la comida con este Corton-Charlemagne que no está nada mal, por cierto —contestó el inglés señalando la botella de vino blanco, ya muy terciada.

—Visto así, creo que tienes razón. Cada época de la vida tiene su afán y, a nuestra edad, saber apreciar un buen borgoña es más importante de lo que parece.

El inglés asintió con la cabeza, al tiempo que apuraba su copa.

—Bien —dijo—, si te parece, me pondré en contacto con el MI6 a través de

Baldwin Wallace.

—Tenme informado.

—Descuida, lo haré. Esta vez creo que me toca pagar a mí.

—Creo que lo mejor es que paguemos a medias. Lo del Cortón —dijo el norteamericano señalando la botella— fue idea mía.

—Si te empeñas...

## Capítulo 22

Una semana antes de aquellos acontecimientos, Alfred Wagner y Lea, su esposa, habían llegado al aeropuerto Marco Polo de Venecia. Procedían de Francfort y no era la primera vez que visitaban Venecia.

En realidad, Venecia era «la ciudad» del profesor Wagner, la que llevaba en el corazón y de la que conocía sus rincones, sus canales y su apretada historia. A Lea también le gustaba la ciudad de la Laguna, pero no compartía el entusiasmo de su marido por ella. «En verano hay demasiados turistas, y en invierno, demasiada humedad», le había dicho en más de una ocasión a su marido cuando hacían planes para viajar en vacaciones al norte de Italia. Lea prefería las playas de Mallorca, en España, pero quería a su marido y el resultado era que, un año más, estaban en Venecia.

Aunque llevaban varios años casados, los Wagner no tenían hijos. Los dos trabajaban: ella era ejecutiva de cuentas en la filial alemana de un banco holandés; él era profesor de Historia Antigua en la Universidad de Múnich.

Alfred Wagner era profesor de Historia y tenía una afición y un sueño. Le apasionaba el fútbol —era socio del Bayern de Múnich— y no se perdía un partido cuando jugaba en casa. Por lo demás, su vida transcurría regida por la rutina de las clases, las depresiones provocadas por la falta de interés de los alumnos y el peso de desasosiego que nunca le abandonaba por culpa de un sueño. Un sueño turbador.

El profesor Wagner llevaba años trabajando en un ensayo muy documentado en el que pretendía lanzar una hipótesis tan atrevida como heterodoxa acerca de la verdadera identidad de los restos transportados a principios del siglo IX desde Alejandría, en Egipto, hasta Venecia por Buono da Malamocco y Rustico da Torcello, dos comerciantes venecianos. El profesor Wagner aseguraba que los restos no eran los del apóstol San Marcos; según su teoría, eran los huesos de Alejandro Magno, el gran conquistador macedonio, los que reposaban en la tumba principal de la basílica.

Wagner apoyaba su teoría en textos antiguos que permitían reconstruir el itinerario que había seguido el cortejo fúnebre que trasladó el cuerpo embalsamado del rey macedonio desde Babilonia hasta Alejandría, la hermosa ciudad que él mismo había fundado algunos años antes en la ribera mediterránea, junto a la isla de Faros. Según su teoría, haber hecho pasar los restos del conquistador por los del evangelista habría salvado la reliquia de la furia destructiva con la que los primitivos cristianos trataron todo el legado de los tiempos que consideraban paganos. «Convertir los restos del Gran Alejandro en los del apóstol San Marcos —concluía el ensayo del profesor Wagner— fue una idea genial. No sabemos de quién fue, pero sí podemos afirmar que los salvó de correr la misma suerte que la famosa Biblioteca de Alejandría».

Era una conclusión brillante, incluso genial... pero era una teoría y ese tipo de productos, si no llevan adosado un tratado demostrativo o nacen en una época madura para admitir novedades, suelen tropezar con un bosque de espaldas. Desde los tiempos de Aristóteles, en la comunidad científica han predominado las posiciones conservadoras y, por desgracia, siempre ha tenido asiento reservado la envidia. Lo nuevo inquieta y si es visionario o revolucionario, asusta o se interpreta como una profanación.

Tras publicar su ensayo en una revista universitaria, el profesor Wagner sufrió a su alrededor un espeso silencio. El decano de la Facultad de Historia le convocó a su despacho y le dijo que le parecía incorrecto que hubiera comprometido la seriedad y el buen nombre de la universidad publicando semejantes lucubraciones.

«Ésta es una cátedra de Historia seria que publica cosas serias», le había dicho. «Desde luego —había concluido en tono severo—, lo que mientras yo esté aquí no se va a permitir es que alguien intente convertirla en la redacción de una revista dirigida a los seguidores de Asimov».

Alfred Wagner no contestó. Su pequeña venganza llegó unas semanas después cuando el suplemento cultural de los domingos del *Frankfurter Allgemeine* publicó una reseña de su ensayo. Unos días después, un redactor del periódico se puso en contacto con él para pedirle un artículo sobre el tema. Según le comentó, quería que fuera en tono divulgativo, apto para el gran público. El encargo le hizo feliz. Felicidad que amplió el contenido de una carta que encontró aquel mismo día en su buzón. Llevaba matasellos de Croacia y la firmaba el Presidente de una fundación que decía ser miembro del patronato de una universidad privada de la ciudad de Dubrovnik.

El firmante de la misiva explicaba que había leído la noticia publicada por el *Frankfurter* y le invitaba a dar una conferencia sobre «su histórico descubrimiento», hallazgo que —según el autor de la carta— contribuiría a actualizar la figura del gran rey de Macedonia.

En la misma misiva le comunicaba que el viaje y la estancia en la ciudad adriática para el profesor y un acompañante correrían a cargo de la mencionada universidad. También consignaba la cifra que la universidad estaba dispuesta a pagar al profesor Wagner por la conferencia. La suma, por elevada, estaba muy alejada de las retribuciones que aparejan este tipo de actos académicos.

Al recordar la carta, Alfred evocó la cara de incredulidad de Lea, su mujer, cuando le comentó lo que pagaban por dictar una conferencia.

—¡Nueve mil euros por una conferencia! No está nada mal, ¿verdad? —preguntó Alfred Wagner a su esposa, mostrando la carta.

—¿Estás seguro de que la cifra es correcta?

—Segurísimo, la carta está escrita en alemán, Lea, no hay confusión posible. El tal señor Mercurio debe de ser un admirador de Alejandro Magno o uno de esos millonarios excéntricos que disfrutaban patrocinando iniciativas culturales. En cualquier caso, creo que le debemos estar agradecidos porque gracias a su invitación vamos a conocer Dubrovnik. Espero que no te parecerá mal que le conteste diciendo que acepto la invitación.

—Claro que no, cariño. ¡Cómo me va a parecer mal si, además, te conozco y sé que te ha hecho feliz que elogien tu descubrimiento sobre Alejandro y San Marcos!

—Es verdad, me conoces bien. No te niego que aunque nos vendrá bien el dinero, de toda esta historia es lo que menos me importa. ¡Claro que me satisface que haya quien valore mi trabajo y crea en el resultado de mi investigación! No como lo que ha pasado en mi Facultad, donde la mediocridad todo lo disuelve y a todos nos quiere convertir en funcionarios.

—¡Déjalo ya, Alfred! No te amargues con eso. Lo importante es que tú has hecho lo que tenías que hacer. Es envidia, no le des más vueltas, nunca te reconocerán el mérito, les fastidia que un profesor ayudante haya conseguido llegar hasta donde tú has llegado, cariño —concluyó Lea abrazando a su marido.

—Tienes razón. Voy a contestar la carta diciéndoles que acepto la invitación para dar la conferencia. Curioso nombre el de esta fundación, ¿verdad?

—No sé a qué te refieres.

—Al nombre: «Fundación Mercurio». Mercurio era el nombre que los romanos le dieron a Hermes, el dios griego del comercio y de los secretos.

Decidieron que, puesto que la fecha que le proponían para la conferencia en Dubrovnik era el 7 de septiembre, bien podían pasar antes algunos días en Venecia contando con la minuta que prometía la conferencia.

Y allí estaban los Wagner, en el muelle del aeropuerto Marco Polo, a punto de tomar un taxi, una de las veloces lanchas que al modo de las golondrinas recorren infatigables los canales de la ciudad y las islas de la Laguna.

Algunos de los grandes hoteles de la ciudad tienen un servicio propio de lanchas que van hasta el pequeño muelle del aeropuerto para buscar a sus clientes y acercarlos hasta la ciudad. Lea Wagner dirigió a su marido una mirada interrogante al observar que uno de los maleteros de servicio en el muelle transportaba su equipaje hasta una lancha en cuya popa, junto a la bandera del León y el Evangelista —los símbolos de Venecia—, ondeaba otra con un nombre: Luna Hotel Baglioni, un elegante y discreto hotel de lujo que ya era albergue en tiempos de las Cruzadas.

—¿Y esto? —preguntó mirando a su marido, al tiempo que señalaba la bandera en una de cuyas esquinas se podían apreciar las cinco estrellas que indicaban la superior categoría del hotel.

—Se lo apuntaremos a la cuenta del Gran Alejandro, ¿no te parece?

Abordaron la lancha y se sentaron en la parte de atrás. Al fondo, flotando sobre la Laguna, la línea del horizonte recortaba la silueta inconfundible de la ciudad más bella y misteriosa de este mundo.

Pasaron unos días inolvidables. Se perdieron por el luminoso laberinto de calles que cobijan todos los colores de la magia, asistieron a conciertos de música clásica bajo las bóvedas de antiguas iglesias, recorrieron museos... Fueron felices como lo son las palomas cuando hay niños entre las hordas de turistas que visitan la plaza de San Marcos.

Una semana después, el matrimonio Wagner hizo las maletas y emprendió viaje hacia la ciudad croata de Dubrovnik.



## Capítulo 23

De pie, frente al gran ventanal que a modo de ceja coronaba la planta superior de Villa Cassandra, el hombre que se hacía llamar Mercurio contemplaba ensimismado la mar rizada que se extendía a los pies del acantilado sobre el que estaba construida la mansión. Aguardaba la llegada del profesor Wagner, el historiador alemán que había puesto teoría a una convicción arraigada desde hacía mucho tiempo entre el grupo de iniciados que presidía el magnate macedonio. Todo había empezado años atrás, en vida de Tito, el mariscal Presidente que era la mano de hierro que mantenía unida Yugoslavia.

Un profesor de la Universidad de Skopie experto en Bizancio había escrito un ensayo en el que, basándose en textos muy antiguos conservados en uno de los monasterios ortodoxos del Monte Athos, se decía que, incumpliendo la última voluntad del propio Alejandro Magno —que quería ser enterrado en el oasis de Shiva que se halla al principio del desierto de Libia y custodia el oráculo de Amón—, por orden de Ptolomeo, uno de sus diádocos, los restos del gran rey de Macedonia habían sido enterrados en Alejandría. Con el devenir del tiempo y para preservar su destrucción por las turbas fanatizadas en una de las muchas revueltas entre facciones cristianas que asolaron la gran ciudad del Faro, los descendientes de una de las grandes familias de la ciudad compraron la voluntad de las gentes que rodeaban al patriarca de Alejandría y sustituyeron los restos del evangelista San Marcos por los del gran rey depositando los del discípulo de Jesús de Nazaret en un sepulcro digno que aún hoy puede encontrarse en el subsuelo de una de las grandes mezquitas de la ciudad. El cambio salvó para la posteridad los restos del Soma, el cuerpo del caudillo más famoso de la Antigüedad, pero la memoria del lugar exacto en el que fueron depositados se perdió con los libros que ardieron en el último gran incendio que destruyó la Biblioteca de Alejandría en el siglo VII de nuestra era. Se perdieron la mayoría de los libros, pero no todos. Algunos pergaminos y unos pocos papiros fueron salvados por manos de creyentes que arriesgando sus vidas consiguieron llevarlos hasta Constantinopla. Y allí se guardaron durante siglos en el monasterio de San Juan de Estudió, el que se levantaba junto a la Puerta Áurea, hasta que un basileo, el emperador Nicéforo Focas, los confió a la custodia de los monjes del Agía Lavra, el primer monasterio del Monte Athos. Y allí siguen.

Un monje del monasterio serbio del Monte Athos reveló su existencia a un compatriota sin saber que era un agente del servicio de inteligencia de Tito. Aquella noticia quedó en los archivos de Belgrado y de allí, tiempo después, llegó hasta el círculo de iniciados que lideraba el hombre que se hacía llamar Mercurio, quien supo ver la importancia de aquellos documentos y financió la operación para hacerse con ellos.

Al recordarlo, una mueca parecida a una sonrisa iluminó el rostro de aquel hombre de apariencia hermética. El robo había sido obra de un antiguo monje, ex agente del servicio de espionaje de Tito. Monte Athos es un ente autónomo dentro de la República de Grecia regido por los propios cenobitas, que eligen a uno de ellos, al que denominan «Protos» —el primero—, para que se ocupe de la administración del pequeño enclave. Para entrar en su territorio, una península situada al norte del país, a poco más de cien kilómetros de Tesalónica, es imprescindible disponer del *diamonitirion*, un permiso que conceden los monjes de Athos, pero que hay que gestionar en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Grecia. Siguiendo una norma que impera desde hace siglos, sólo los varones son admitidos en Athos.

Con una identidad falsa, Pedraj Androvic había solicitado el pertinente permiso apostando sobre seguro, pues al hacerse pasar por un monje ortodoxo del monasterio de Kosovo, el permiso le fue concedido sin la habitual demora de meses y aun años que es la práctica habitual. Había llegado en autobús desde Tesalónica hasta Urianópolis y desde allí, tras recoger el *diamonitirion*, embarcó en un caique rumbo a Dafne, el pequeño puerto de Athos desde el que parte la accidentada carretera que conduce hasta Karyes, la capital de aquella república teocrática que todavía en nuestros días se rige con arreglo a las leyes del desaparecido Imperio Bizantino. Desde Karyes, a pie, cubriendo la distancia en dos jornadas, llegó hasta Agía Lavra, el Gran Lavra, el cenobio más antiguo y grande de la región. Una fortaleza que, amén de reliquias de incalculable valor, conserva parte del Tesoro de Bizancio y una extraordinaria biblioteca comparable por el gran valor de sus muchos papiros y pergaminos a la del Vaticano. Uno de esos documentos es conocido como la Crónica del falso Tsimiszes; se trata de un papiro que contiene la descripción de lo acaecido con la reliquia del evangelista San Marcos. También contiene noticias del destino del Soma, los restos del cuerpo del Gran Alejandro, rey que fue de la antigua Macedonia.

A Pedraj Androvic, un hombre sobrio y taciturno aquejado de melancolía, no le resultó difícil habituarse a la espartana rutina de los monjes que habían aceptado su estancia en el monasterio con la cansada cortesía de quien está más pendiente de lo que sucede en el Cielo que de las cosas del suelo. Tardó poco en saber dónde estaba la biblioteca y algo más en localizar su presa. De sus tiempos de monje habituado a rezar a Dios en griego siguiendo las interminables plegarias propias de la Iglesia ortodoxa, había retenido suficiente conocimiento de aquella lengua como para comprender lo que estaba leyendo.

Cuando tuvo en sus manos el papiro con la Crónica del falso Tsimiszes, la leyó varias veces y, tras asegurarse de que era lo que había venido a buscar, extrajo de la faltriquera de la sotana un teléfono celular y sacó varias fotos del documento. Después depositó el papiro en la funda de cristal que protegía tan preciado documento. Su misión había terminado, pero abducido por la serenidad del lugar y la

extraña sensación de tiempo retenido que embarga a cuantos recalcan en el Gran Lavra, se quedó algunos días más en el monasterio participando de los rezos y demás ritos de la veintena de monjes que habitaban en el amurallado cenobio.

Después, regresó a Karyes aprovechando el viaje de vuelta de la furgoneta que dos veces a la semana trae algunas provisiones a los habitantes del Gran Lavra. De allí no le fue difícil volver a la costa y llegar hasta Dafne, el puerto de la diminuta república teocrática desde el que parten los barcos para Urianópolis, la ciudad griega situada en la frontera de Monte Athos. De regreso a Skopie, Pedraj Androvic rindió cuentas de su misión y fue felicitado por sus superiores. Quienes le felicitaron no supieron interpretar la mirada cargada de melancolía del antiguo monje.

Merkurio tenía ahora en su poder una copia de la crónica y una traducción de su contenido. Mirando el documento, aguardaba con impaciencia la visita de Alfred Wagner, el historiador alemán al que había invitado a pasar unos días en Dubrovnik.

Cuando el mayordomo anunció la llegada del señor y la señora Wagner, el dueño de la casa les recibió con una ligera reverencia.

—¡Sean bienvenidos a ésta, su casa! —dijo en un alemán que sorprendió a los recién llegados.

—¿Habla usted nuestro idioma? —dijo el profesor constatando torpemente la evidencia.

—Sí. Cuando yo era estudiante, los jóvenes aprendíamos alemán. Ahora los tiempos han cambiado y en los colegios enseñan inglés.

—Sí, claro, los tiempos han cambiado —acertó a decir el profesor.

—Bien —añadió Merkurio—, quiero que se instalen aquí. Marko —dijo señalando al mayordomo— les indicará dónde está su habitación en el pabellón de huéspedes, y, si me lo permite su encantadora esposa, profesor —concluyó—, me gustaría que me acompañara usted a la biblioteca porque tengo interés en que vea usted algo.

—Bien, sí, claro. Lea, ¿no te importa? —dijo Alfred Wagner mirando a su esposa.

—No, claro que no. Abriré las maletas y te esperaré —contestó su mujer afirmando las palabras con un gesto.

—Gracias, cariño.

Un minuto después, ya en la biblioteca de Villa Cassandra, el hombre que se hacía llamar Merkurio depositó en las manos del profesor Alfred Wagner una copia en papel de seda de la Crónica del falso Tsimiszes. La reproducción era de extraordinaria calidad.

Durante un minuto el profesor examinó minuciosamente el documento. Después, vencido su asombro, habló:

—¡Santo Dios! ¿Cómo ha conseguido este documento? —preguntó sorprendido, tras observarlo de nuevo.

—Lo importante no es el origen, sino el contenido. ¿Cuál es la opinión del historiador? —preguntó Merkurio.

—A simple vista, parece que reproduce un texto auténtico, pero, claro, necesitaría tiempo para examinarlo. Tiempo y alguno de mis libros.

—¿Lee usted griego?

—Sí, puedo leer cualquier texto en griego antiguo y también en *demotiké*, el griego moderno, aunque las peculiaridades dialectales son otra cosa. Esto, ya digo, necesita estudio.

—Tiene usted a su disposición mi biblioteca, profesor. En ella encontrará libros en alemán y también en griego; necesito que sea sincero y no se deje llevar por el primer impulso. Tómese su tiempo. Dispone usted, digamos, de cinco días, o mejor, de una semana, ¿le parece a usted suficiente? Mientras usted está aquí trabajando, su mujer puede bajar a la ciudad o ir a la playa; no creo que vaya a aburrirse. Aunque son ustedes mis invitados, sólo les impongo una condición: discreción. Quiero su palabra de que ni usted ni su mujer comentarán a nadie la verdadera razón de su presencia aquí. Quiero pedirle disculpas por lo de la conferencia, lo cierto es que no habrá tal. Lo siento; por supuesto, la minuta se mantiene, y también corren de mi cuenta los gastos de su estancia aquí, pero dada la índole del asunto que le he comentado y por varias razones que no hacen al caso, no me parece oportuno que su estancia en Dubrovnik tenga publicidad. Cuando termine su trabajo y a su debido tiempo, queda usted autorizado para publicar lo que considere necesario de la crónica, si lo considera oportuno, para reforzar su teoría acerca de la verdadera identidad de la reliquia que se custodia en la basílica de San Marcos en Venecia. Pero yo le diré a usted cuándo habrá llegado ese momento —concluyó Merkurio, en un tono de voz que por su dureza desconcertó al profesor—. ¿Han cenado ustedes? —añadió, cambiando de registro.

—No, bueno, es decir, sí. Hemos comido en el avión, gracias —contestó Alfred Wagner. Luego añadió—: No sé si le he entendido bien, señor. ¿Dice que lo de la conferencia no iba en serio?

—Así es, no hay tal conferencia. Fue una excusa para atraer su atención. Le pido disculpas, y le repito que económicamente no habrá ningún problema para que usted perciba los honorarios que le anunciaba en la carta. Además, como le digo, cuando concluya el examen del documento que le he mostrado, si lo cree oportuno, podrá hacer mención de él en sus próximos ensayos.

—La verdad, señor, es que... convendrá conmigo en que todo esto resulta un tanto desconcertante —añadió Alfred Wagner en un tono de voz que su interlocutor adivinó como antesala de que iba a aceptar el nuevo planteamiento del asunto.

—Así es, *herr* Wagner, pero la vida misma es siempre desconcertante.

—Quizá tenga usted razón —asintió el profesor.

—Bien, entonces —añadió Merkurio—, les sugiero que bajen ustedes a la ciudad; den un paseo y empiecen a conocerla. Es una belleza con aire..., cómo diría yo... sí, con aire veneciano. Eso es, tiene cierto aire veneciano, ya lo verán. Espero, profesor, que mañana por la mañana pueda usted iniciar su trabajo de traducción. Buenas noches.

—Buenas noches, señor —respondió el desconcertado profesor.

## Capítulo 24

En ruta hacia Mestre, la ciudad que es el contacto de Venecia con la tierra firme, Marco Sforza iba pensando en las extrañas circunstancias en las que había encontrado la muerte, en San Lazzaro, aquel desconocido cuyo cadáver había sido levantado por orden del juez para trasladarlo a la morgue donde le sería practicada la autopsia. El pitido del teléfono móvil le sacó de sus cavilaciones. Era un mensaje de Philippe de Vaocluse, el director de la división de operaciones de Interpol, en el que le informaba del acto pirático del que habían sido víctimas sus colegas de Roma.

—¡Coño! ¡Lo que faltaba! —exclamó al leer el mensaje de su amigo.

—¿Perdone, jefe? ¿Decía usted algo? —preguntó el inspector Benzoni mirando al comisario.

—No, nada. Mejor dicho, sí, está claro que nos ha mirado un tuerto.

—¿Por qué dice eso?

—Pues porque todo el asunto de San Marcos no para de complicarse. Los malos no paran, lo último es que alguien ha pirateado los archivos de la Científica en Roma.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —respondió el otro policía llevándose una mano a la boca en un gesto de asombro.

—Pues créetelo, porque así ha sido. Y la cosa debe de ser grave porque no me he enterado por nadie de Roma... —replicó el comisario sin poder ocultar un deje de amargura.

—¿Quiere decir que el asunto se ha filtrado?

—No, no es eso. Todo se andará, pero, afortunadamente, de momento eso no se ha producido. Mi fuente —añadió el comisario, sin mencionar a su amigo de la Interpol— no está relacionada con la prensa. Pero, para el caso, lo malo es que debemos ponernos en lo peor, ya que creo que los periodistas no tardarán en enterarse y entonces se organizará el lío.

—¿Lío por qué, jefe? Más allá del ridículo que han hecho nuestros colegas de Roma dejándose «hackear» los archivos, ¿qué más da que alguien pueda sacar a la luz el resultado del análisis de las muestras que enviamos desde aquí tras el asalto a San Marcos? Supongo que cuando lo conozcamos, también nosotros lo haremos público, ¿no?

—Sí, claro, pero a su debido tiempo y cuando hayamos completado la investigación para saber quién era el que entró en San Marcos y qué es lo que quería llevarse, no antes, porque nos pilla con los caballos en medio del río y todavía no sabemos de la misa la mitad.

—La verdad, jefe, me parece un palo, pero no una catástrofe.

—Dices eso porque desde el primer momento de este caso te han fastidiado las interferencias de Roma. Cuando se sepa lo que ha pasado con el pirata, tus amigos de

la Liga Norte se van a frotar las manos diciendo que eso no habría pasado si las muestras se hubieran analizado aquí en Venecia en vez de mandarlas a Roma.

—Y no les faltará razón, jefe. Ya sabe que yo paso bastante de la política, pero la verdad es que lo del centralismo lo llevo mal.

—Te creo, ahórrate los detalles, que ya conozco tus teorías al respecto, Benzoni —añadió el comisario—. Eres un buen policía y aprecio tu dedicación y coraje, sobre todo cuando veo que en nuestro mundo cada vez hay más burócratas que creen que patear la calle y hablar con la gente no va con ellos. Tú eres como yo: de la vieja escuela que piensa que nada es lo que parece; y que nunca hay que dar por cerrada una investigación hasta haber agotado todas las vías porque a veces el asesino es el muerto; pero lo mismo que te digo una cosa, te digo la otra: a mí Umberto Bossi me parece un oportunista y un tipo que está haciendo daño a Italia, porque ya me contarás qué futuro podría tener la Padania si fuera un país independiente. En fin, dejemos la política para los políticos y centrémonos en el caso que nos ocupa, que, como ves, se complica cada día que pasa.

—Estoy de acuerdo con esto último, jefe, pero quiero decirle que sentirse como yo me siento veneciano por los cuatro costados no quiere decir que no quiera seguir siendo italiano; más aún, creo, jefe, que sin Venecia nadie entendería lo que es Italia, lo que sucede es que Roma es como un león que se pasa las horas durmiendo la siesta mientras las leonas salen a cazar y, encima, cuando vuelven con la presa, es él quien se zampa la mejor parte.

—Habíamos quedado en que no seguíamos hablando de política, ¿lo recuerdas, Benzoni?

—Perdone, jefe, es que cuando hablo de estas cosas, se me enciende la sangre.

—Pues mete la mano en el agua para que te baje la temperatura —replicó el comisario señalando las aguas del canal por el que transitaba la lancha que les llevaba a Mestre— y, cuando llegemos a tierra, llévame a ese taller del que me hablaste en San Lazzaro, quiero ver si recuerdan algo más del individuo que les compró el gato hidráulico.

—De acuerdo, jefe. ¿Pasaremos después por la consigna de la Ferrovia para ver si hay algo en la taquilla del fiambre?

—Sí, pero no hables así de los muertos, Benzoni. No me gusta el argot de nuestro oficio, es demasiado rudo, demasiado deshumanizado. No me gusta la manera en que nos presentan en el cine y en las series de televisión; no olvides que nosotros somos los buenos y los buenos no tienen por costumbre hablar como los malos.

Llegaron a Mestre y desembarcaron. En el muelle les esperaba un coche de los *carabinieri*.

—¡A sus órdenes, comisario! —saludó el agente uniformado que estaba junto al vehículo.

—Está bien, agente, ¿cómo se llama usted? —preguntó Sforza.

—Cervi, señor, Tommaso Cervi.

—Bien, agente, llévenos al inspector y a mí al taller... ¿Cómo dijo que se llamaba? —preguntó el comisario dirigiéndose a Benzoni.

—Grimani, Garaje y Efectos Navales Grimani —respondió el inspector.

—¿Sabe dónde está? —añadió el comisario mirando al *carabiniere*.

—Sí, no está lejos de aquí. Está cerca de la estación de la Ferrovia.

—¡Pues vamos allá! —ordenó Sforza entrando en el coche y colocándose en la parte delantera, en el asiento del copiloto, hecho que desconcertó al agente uniformado, acostumbrado como estaba a que los jefes se acomodaran detrás.

El coche arrancó y, respetando los semáforos —el comisario había dado orden de no poner la sirena—, apenas tardó quince minutos en llegar al garaje que buscaban.

—¡Ahí está! —exclamó el inspector señalando hacia un edificio de dos plantas separado de la calle por un pequeño jardín. Tenía un gran escaparate en el que junto a varios modelos de coches había también un par de embarcaciones deportivas.

—Espérenos aquí —ordenó el comisario al descender del vehículo. Después, seguido de su ayudante, entró en el concesionario.

—Buenas tardes, soy el comisario Sforza, queremos ver al director —dijo dirigiéndose a una recepcionista a la que la presencia de los dos hombres no pareció impresionar.

—Veré si el señor Grimani les puede recibir ahora —contestó al tiempo que descolgaba el teléfono y marcaba un número interior.

—¿Señor Grimani? Están aquí dos señores que quieren hablar con usted, dicen que son policías.

»Pueden ustedes pasar, la secretaria del señor Grimani les indicará dónde está su despacho —añadió, mirando con ironía a los dos funcionarios y señalando hacia el fondo de la sala en donde se veía a una mujer tecleando en un ordenador.

—Benzoni, ¿dejó usted algo a deber cuando vino aquí esta mañana?

—No que yo sepa, jefe. Entré fumando, pero recuerdo que luego, a petición de esta amable señorita, apagué el cigarrillo. Debe de ser de la liga antitabaco, o una ex fumadora convertida en talibán, son los peores.

La secretaria les acompañó hasta el despacho del dueño del concesionario.

—Señor Grimani, como le ha dicho la recepcionista, soy el comisario Marco Sforza. A mi ayudante, el inspector Benzoni, creo que ya le conoce —dijo el comisario mirando a los ojos del hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa y cuya cabeza estaba coronada por un aplique de cabellos intensamente negros.

—Sí, claro, estuvo aquí esta mañana, lo que no suponía es que volverían ustedes, ya le dije al inspector todo lo que sabía. No sé qué más puedo decirles —respondió el hombre del implante.



—Sólo serán unas preguntas, nos iremos enseguida —aseguró el comisario en tono tranquilizador—. Dígame, señor Grimani, ¿qué aspecto tenía el hombre que les compró el gato hidráulico?

—Ya se lo dije a su compañero, yo no trato directamente con los clientes, pero en esta ocasión me llamaron del departamento de repuestos porque el hombre que quería comprarlo no hablaba italiano, hablaba alemán, y me llamaron porque yo, sabe usted, hablo alemán, lo aprendí en los años sesenta cuando estuve trabajando en Stuttgart.

—¿Diría usted que era alemán?

—No, no lo creo. Chapurreaba en alemán, pero no era alemán. Yo diría que era serbio-yugoslavo o búlgaro, balcánico, vamos, pero alemán, no, de eso estoy seguro.

—¿Recuerda si le dijo para qué quería el gato?

—Sí, lo recuerdo: dijo que tenía una caravana y había venido de vacaciones, que le habían robado el gato y como era una *grossen machinen*, un vehículo grande, no quería quedarse tirado en la carretera si sufría un pinchazo. Eso es lo que dijo.

—¿Les pagó en efectivo o con tarjeta?

—En efectivo, lo sé porque me lo comentó después el cajero. No es lo normal, el gato que se llevó cuesta casi seiscientos euros, y la gente no va por ahí con tanto dinero en el bolsillo, claro que si uno está de vacaciones...

—Razón de más para no quedarse sin efectivo... —añadió el comisario.

—Sí, ahora que lo dice, tiene razón. ¿Por qué le buscan, ha hecho algo malo? —preguntó el dueño del concesionario con un gesto de inopinada preocupación.

—Todavía no lo sabemos, señor Grimani. Es lo que estamos investigando.

—Perdonen la pregunta, pero, ya que hablan ustedes de investigación, ¿cómo va lo del robo de San Marcos? ¿Han encontrado ya al ladrón?

—En eso estamos, Grimani. Gracias por su colaboración —contestó con sequedad el comisario al tiempo que le hacía una seña a su compañero. Juntos salieron del despacho. Al pasar frente a la recepción, el inspector Benzoni se detuvo un segundo. Con parsimonia sacó un paquete de cigarrillos y extrajo uno.

—¿Tiene usted fuego? —preguntó dirigiéndose a la recepcionista.

—¡No! ¡Y le recuerdo, caballero, que está prohibido fumar! —contestó la mujer con voz airada.

—¡Qué carácter! —respondió el policía al tiempo que mostraba el pitillo que había extraído del paquete a la ofendida recepcionista. El cigarrillo era de plástico, un simulador que contenía en su interior una pequeña cantidad de menta.

—Déjese de bromas, Benzoni, y vámonos pitando, que tenemos prisa —cortó el comisario—, vamos a ver si en la consigna de la Ferrovía tenemos más suerte y sacamos algo en claro, porque lo que es aquí no hemos progresado gran cosa.

—Según como se mire, jefe. Ahora sabemos que el pájaro que buscamos hablaba alemán y andaba bien de pasta. Eso descarta al noventa por ciento de los italianos,

¿no cree?

—Puede, pero no es gran cosa. ¿Has pensado que podía estar fingiendo que era extranjero precisamente para que llegáramos a la conclusión a la que te acabas de referir?

—¡Hombre, jefe, tantas cautelas para comprar un gato! La verdad, no lo veo.

—Sí, si vas a levantar la tapa del sarcófago más visitado del mundo después del de Tutankamon.

—Puede que tenga razón, comisario. Mi nariz me dice que el acróbata, por llamarle así siguiendo su teoría de que el asaltante pernoctó en el lavabo de señoras de la Logia de los Caballos, es eslavo, serbio o croata, ya sabe que en tiempos de Tito estudiaban alemán en las escuelas.

—Es posible, la verdad es que no tenemos mucho por donde seguir. A ver qué encontramos en la consigna.

—Jefe, creo que, como está aquí al lado, podríamos ir andando. Si quiere, le digo al *carabiniere* que nos siga con el coche.

—Me parece una buena idea. Mientras te acercas y se lo dices, voy a telefonar a la forense, a ver si les ha dado tiempo para terminar la autopsia al cadáver de San Lazzaro.

Cuando el inspector Benzoni regresó, su jefe estaba guardando el teléfono móvil en uno de los bolsillos de la chaqueta y su mirada delataba preocupación.

—¿Consiguió hablar con la doctora Grimaldi, con la forense? —preguntó el inspector.

—Sí, un minuto. Me ha dicho que estaba en el laboratorio analizando una muestra de sangre. Aunque el diagnóstico no es definitivo porque han enviado muestras de algunas vísceras al laboratorio de toxicología, parece que se confirman sus intuiciones, Benzoni. A nuestro hombre lo han envenenado. Según la doctora Grimaldi, han encontrado restos de curare en la sangre del cadáver.

—¡Coño, jefe! Le juro que lo había pensado, pero sin tener ni idea, sólo porque me parecía raro el pinchazo en la pierna, pero quiero ser honrado con usted, comisario, si la forense le hubiera dicho que el hombre había muerto de un infarto, me lo habría creído. ¡Vaya marrón, jefe!

—Sí, la verdad es que estamos metidos en un laberinto y las cosas se complican de mala manera, aunque hay algo de lo que me ha dicho la doctora Grimaldi que a lo mejor está encendiendo una luz en el túnel —añadió el comisario con un aire de misterio en sus palabras.

—Me he perdido, jefe; no entiendo qué es lo que ha querido decir con esto último.

—Pues que a lo mejor tenemos una pista delante de los ojos y no la habíamos reconocido.

—Perdone, comisario, pero sigo perdido.

—Benzoni, no estoy seguro, pero o mucho me equivoco o el hombre al que han asesinado en San Lazzaro es el mismo que entró en San Marcos.

—¿Cómo ha dicho? ¿Que el fiambre de esta mañana es el ladrón que quiso llevarse la Pala de Oro?

—Sí, eso es lo que creo, Benzoni.

—¿Y en qué se basa para pensarlo?

—Pues en algo que me ha dicho la doctora Grimaldi anticipando el informe de la autopsia. Como te comentaba, me ha dicho que a falta de las pruebas de toxicología, creía que al hombre lo habían envenenado. También me ha dicho que no tenía más heridas en el cuerpo que el pinchazo en la zona gemelar de la pierna izquierda, que era un atleta, que tenía los bíceps muy desarrollados y el vientre como una tabla de planchar.

—¿Que fuera un cachas —preguntó Benzoni— le convierte en el principal sospechoso? Hombre, jefe, usted me tiene acostumbrado a deducciones más sutiles —añadió el inspector sin poder ocultar un punto de decepción ante las palabras de su superior.

—No he terminado, Benzoni, no seas impaciente. La doctora también me ha dicho que el hombre tenía callos muy pronunciados en las manos, callos semejantes a los que tendría un culturista o un trapealista. La forense ha descartado que fuera un obrero de la construcción porque no había restos de yeso o cemento en sus manos. ¿Te dice algo la posibilidad de que fuera un trapealista? —preguntó el comisario clavando la mirada en su ayudante.

—No sé, jefe. No sé qué decirle...

—Lo diré yo, Benzoni: es nuestro hombre. ¡Y no es una corazonada! Un trapealista de poca estatura es justo quien podría haberse encaramado y ocultado en el techo del servicio de la Logia de los Caballos para descender después hasta la nave central donde está el altar de San Marcos saltando desde la balaustrada con ayuda de una cuerda de alpinista o un cabo especial. Eso explicaría por qué no fue detectado por los sensores que dan la alarma, ¿no crees?

—Dicho así, encaja todo, desde luego, pero perdone, jefe, convendrá conmigo en que no es más que una conjetura.

—En eso te doy la razón, pero ahora, antes de ir a la consigna de la Ferrovia, quiero que vayamos a la comisaría que está al lado. Necesito una guía, una guía de espectáculos.

—¡Hombre, jefe! Con el trabajo que tenemos no parece que sea el momento más oportuno para ir al cine o al teatro, ¿no le parece? —contestó el inspector con cara de asombro.

—Benzoni, no es al cine o al teatro a donde vamos a ir —respondió el comisario

con una sonrisa—, a donde vamos a ir es al circo. ¿Qué te parece?

—No sé qué decir, jefe, usted sabrá lo que hace.

—Creo que nunca he estado tan seguro. No me digas que no te gusta el circo. A mí cuando era chico me encantaba y siempre le pedía a mi padre que me llevara. Lo que más me gustaba eran los payasos y los leones.

—Yo la verdad es que fui pocas veces al circo, me daban miedo los payasos, siempre pensaba que me iban a llevar. Los que sí me gustaban eran los trapecistas porque parecía que volaban.

—¡Exactamente eso es lo que hizo nuestro hombre, Benzoni: volar! ¡Volar sobre el baldaquino que cubre el altar mayor de San Marcos!

El inspector no contestó. Se limitó a ponerse a la altura de su jefe, quien a buen paso estaba salvando los pocos metros que les separaban de la comisaría de Policía que está junto a la estación término de la Ferrovía de Venecia. Al llegar ante la puerta, el *carabiniere* de guardia se cuadró. Había reconocido al comisario Sforza.

—¡A sus órdenes, comisario!

—Baje la mano, gracias. ¿Quién está hoy de jefe de guardia? —preguntó.

—El comisario Castelli, señor.

—¿Todo bien por aquí?

—Sí, comisario, no hay novedad.

—Bien, gracias —respondió Sforza entrando en la comisaría seguido de su ayudante. Cuando llegaron al despacho del jefe de guardia, éste estaba tecleando un informe en el ordenador. Al reconocer a los visitantes, sonrió y se puso de pie.

—¡A sus órdenes, comisario! ¿Qué le trae por aquí? Si viene con Benzoni, no debe de ser nada bueno —dijo guiñando un ojo al inspector.

—Visita de cortesía, Castelli, nada especial. Queremos que nos prestes una guía de espectáculos, seguro que con el poco trabajo que tenéis aquí, no como en la Questura, que estamos hasta aquí —añadió llevándose una mano hasta la frente—, seguro, digo, que tenéis alguna guía a mano.

—Desde luego, comisario, aquí lo primero que hacemos es dar carrete a las mochileras suecas y alemanas que llegan en tren a Venecia y, después, consultamos la guía de espectáculos para quedar con ellas, llevarlas al cine o al teatro y después invitarlas a una cena de trescientos pavos en el Harry's Bar —contestó con ironía el policía—. Con nuestro sueldo, qué le voy a contar, es el plan de cada día —concluyó.

—Está bien, Castelli, no digo que os estéis mirando el ombligo, lo que decía es que tenemos más trabajo en la Questura. Anda, no te piques. ¿Tienes por aquí alguna guía? —preguntó el comisario Sforza tratando de ser amable.

—Sí, creo que sí, habrá alguna, el periódico trae una. ¡Mire, aquí está! —respondió entregándole un cuadernillo que parecía haber sido un encarte del rotativo—. ¿Puedo saber qué buscan?

—Un circo, buscamos un circo —respondió el inspector Benzoni.

—Eso es, un circo, ¿te suena que acampe alguno en Mestre o sus alrededores? —preguntó el comisario Sforza.

—Ni idea, la verdad es que, como no me gusta el circo, aunque hubiera uno delante de la comisaría, ni me habría fijado. ¿Qué se les ha perdido en el circo? ¿Se ha escapado algún león? Espero que no se les haya perdido el de San Marcos —añadió en tono de guasa el otro policía.

—¡Muy gracioso, Castelli! Reconozco que lo del león de San Marcos ha tenido gracia, pero no, no buscamos un león, ni a nadie que te pueda interesar.

—No se enfade, jefe, era broma. Hablando en serio, supongo que es algo relacionado con el robo de la basílica, ¿no?

—¿Por qué lo supones? —preguntó Sforza.

—Hombre, jefe, porque si es el comisario jefe de Venecia en persona quien va por ahí haciendo preguntas, ¡no creo que esté haciendo una encuesta sobre lo que opinan los venecianos sobre el puente de Calatrava! Digo yo que será algo más importante, ¿no?

—Supones bien —atajó el comisario Sforza sin contestar a su compañero—. ¿Me la puedo llevar? —añadió señalando la guía.

—Es toda suya, jefe. A ver si viene más a menudo por aquí y nos tomamos una *ombretta*.

—Lo haré con gusto, Castelli; descuida, que volveré cuando termine todo esto. Ahora, Benzoni y yo nos vamos; dentro de unos días ya te pondré al tanto de todo. ¡Hasta luego!

Se fueron sin decir más. Al salir a la calle, caminaron un buen rato en dirección al lugar en el que les esperaba el *carabiniere* que les hacía de chófer. El comisario iba hojeando la guía. Antes de llegar al coche se paró y señaló un punto del papel. Era un anuncio.

—¡Aquí está lo que buscamos, Benzoni!

—¿Aquí? —preguntó sorprendido el inspector.

—Sí. ¡Mira! Mira lo que dice aquí: «Circo de Belgrado actúa en Trieste. Sesiones de tarde y noche». Benzoni, ¿cuánto tiempo hace que no vas a Trieste? ¿Qué te parece si nos plantamos allí mañana por la mañana?

—Lo que usted diga, jefe; usted es quien manda —contestó el inspector con aire de resignación. Sabía por experiencia que cuando a su jefe se le metía algo en la cabeza era mejor no llevarle la contraria.

## Capítulo 25

La noche del 17 de septiembre, la primera cadena de televisión de Macedonia abrió su informativo nocturno con la noticia de la muerte de la viceministra del Interior. «Milena Tomic —decía la presentadora con voz queda y semblante triste— falleció sin recuperar el conocimiento tres horas después de haber ingresado en el hospital de Skopie, al que fue trasladada tras sufrir un aparatoso accidente de coche. El vehículo que conducía personalmente chocó frontalmente con un camión de gran tonelaje que circulaba a gran velocidad. El conductor del camión —añadió la periodista— había salvado la vida, pero horas después falleció, según los médicos, de resultas no tanto de las heridas provocadas por el choque como del agravamiento repentino de una insuficiencia pulmonar que padecía». Un recuadro con una fotografía de la dirigente política y una grabación con las imágenes del amasijo de hierros al que había quedado reducido su vehículo ilustraban la información. La televisión no ofreció ninguna imagen del conductor del camión. Sólo dijo su nombre. Se llamaba Peja Princip y —según dijo la locutora— era natural de Montenegro.

Merkurio apagó la pantalla de plasma que colgaba en una de las paredes de su despacho. Una sonrisa maligna iluminó su rostro. «El coronel ha hecho bien su trabajo. La viuda de ese pobre diablo tendrá la recompensa prometida», pensó para sus adentros recordando que el coronel le había hablado de aquel hombre. Era un obrero en paro que en tiempos de Tito había colaborado con la *Milicija* espiando a sus compañeros y pasando informes sobre posibles desafectos al régimen. Desde hacía unos años le habían diagnosticado un cáncer de garganta. Sabía que no tenía cura y, cuando le entrevistó el coronel, estaba desesperado porque estaba sin dinero, iba a morir y dejaba atrás una mujer y seis hijos, algunos de corta edad. Al coronel Bojovic no le fue difícil convencerlo.

Un anticipo muy sustancioso en efectivo y el compromiso de que su mujer recibiría una ayuda adicional cuando el trabajo fuera realizado fue suficiente.

Peja habló con su mujer; le explicó que el dinero era el pago de una antigua deuda de la que nunca con anterioridad le había hablado. La mujer no preguntó. Cuando la despensa está vacía y uno tiene media docena de hijos que mantener, si el tendero llama a la puerta y trae una cesta llena de comida diciendo que el pedido está pagado, nadie pregunta quién ha saldado la cuenta.

Al día siguiente, Merkurio abandonó Dubrovnik para trasladarse a Skopie, capital de la Antigua República Yugoslava de Macedonia y escenario en el que tenía previsto activar lo que él mismo había definido como «la parte más política» de su plan.

## Capítulo 26

Siguiendo instrucciones de su jefe, el coronel Bojovic había alquilado un salón en el Holiday Inn de Skopie. Merkurio quería celebrar allí una reunión. Era un capítulo más de un plan trazado hacía unos años, tras la caída de Milosevic y el cambio de rumbo político en Serbia. Que Slobodan Milosevic hubiera acabado sus días poco después de la condena dictada contra él por el Tribunal Penal de La Haya, mientras que nadie parecía tener interés en capturar ni al psiquiatra Radovan Karadzic — cerebro de la «limpieza étnica» en Bosnia—, ni al ejecutor de aquella matanza, el general Ratko Mladic, había instalado en el ánimo de Merkurio la idea de que ni los Estados Unidos ni la Unión Europea —responsables del inicio de aquel proceso que acabó en tragedia por haber avalado la independencia de Croacia— volverían a intervenir en los Balcanes.

«La OTAN bombardeó Belgrado, pero, hagamos lo que hagamos —solía repetir—, sus aviones no atacarán Macedonia. Washington y Londres hartos tienen con salir de la ratonera de Irak».

La reunión era un encuentro con empresarios, hombres de negocios, banqueros, juristas, algunos militares y los directores de los periódicos y las emisoras de radio y televisión más ultra-nacionalistas de la capital. No había entre ellos ningún político profesional. El acto había sido convocado bajo un epígrafe que contribuía a disfrazar el objetivo real del encuentro: «Foro Macedonio de Actualidad Económica. Coyuntura y Oportunidades».

La invitación era nominal y los debates, a puerta cerrada. Por indicación de Merkurio, el coronel había ido llamando uno a uno a los empresarios comprobando que todos tenían previsto acudir a la reunión convocada por el enigmático magnate. «Todos me deben algún favor y, más de uno, mucho dinero», le había dicho el irascible magnate. «Si alguno le dice que no puede venir, hágamelo saber. Hablaré con él», había añadido, completando la frase en un tono de voz que al militar le había recordado la forma de hablar del mariscal Tito.

La cita era a las seis de la tarde del día 18 de septiembre. El salón estaba completo cuando Merkurio hizo su entrada precedido del director de uno de los periódicos de más tirada de la capital. El periodista iba a ser el presentador del acto; detrás les seguía el coronel Bojislav Bojovic.

—Caballeros, todos ustedes conocen al doctor Mirko Lauer. Así las cosas, estoy seguro de que cualquier palabra mía sobre su personalidad, méritos y, por qué no decirlo, patriotismo sería ya una palabra de más. Sólo diré que durante los muchos años que estuvo en América, trabajando de sol a sol para labrarse un porvenir, la distancia nunca empujó su amor por nuestra patria. Todo lo contrario; prueba de ello es la Fundación Macedonia que preside y sus generosas donaciones para las

gentes más necesitadas de nuestro país. Junto con mi agradecimiento por su generosidad para con el periódico que me honro en dirigir, poco más tengo que añadir acerca de la personalidad del hombre a quien todos admiramos y a quien gustosamente cedo la palabra —concluyó el presentador, iniciando con un aplauso la salva que vino después.

De pie en silencio y con la mirada perdida, Merkurio prolongó el momento. Cuando los aplausos empezaron a declinar, hizo un gesto con una mano, como queriendo poner punto final al homenaje.

—Gracias, amigos, gracias... Quiero agradecerles su presencia aquí, en Skopie, en nuestra amada capital, en un día como este en el que las circunstancias nos obligan a trascender nuestra condición de empresarios, de militares, de hombres del Derecho, de líderes de la comunicación, para poner todas nuestras capacidades y nuestra ilusión al servicio de nuestra patria. Hemos visto cómo, pese al sentimiento mayoritario de nuestros hermanos serbios, amparándose en una política de hechos consumados, Kosovo emprende rumbo hacia un destino albanés ajeno a su historia y a la historia de Serbia. Hemos tomado buena nota y, al igual que nuestros vecinos, también nosotros hemos de hacer saber al mundo que estamos decididos a avanzar en la recuperación del solar de nuestros antepasados. ¡Macedonia tiene derecho a decidir su destino y rescatar lo que históricamente nos pertenece!

Un aplauso cerrado sofocó las palabras del orador. Pasaron dos minutos que el anciano saboreó a fondo y después, con un gesto cargado de autoridad, impuso silencio a los allí reunidos.

Después, el hombre que se hacía llamar Merkurio prosiguió:

—Los pueblos no siempre tienen los gobiernos que se merecen; el nuestro, desde luego, no lo tiene. Tenemos un Gobierno débil, políticamente acomplejado ante las nuevas circunstancias. La voz del Presidente no ha sido tomada en cuenta en la crisis de Kosovo, como no lo fue durante la guerra, hace diez años, cuando la OTAN bombardeó Serbia. Mitrovic es un hombre débil; para él, todo es un problema; hasta rebautizar el aeropuerto de Petrovec con el nombre de «Alejandro el Grande» también ha sido un problema —añadió el conferenciante, provocando las risas de los asistentes—. ¡Macedonia! —prosiguió Merkurio—. ¡Macedonia no cuenta! Como todos sabemos, el tamaño actual de nuestro país es fruto de una injusticia. La dimensión geográfica y la historia que nos niegan, empezando por el glorioso nombre de Macedonia, es una imposición que debemos rechazar. Somos de la estirpe del Gran Alejandro y a esa seña de identidad ¡ni podemos ni queremos renunciar! Caballeros —continuó el anciano enfatizando unas palabras que a la mayoría de los asistentes les sonaron a enigmáticas—, dentro de poco estaremos en condiciones de decirle al mundo que Macedonia es la tierra de Alejandro y de Filipo y nadie, recuerden bien lo que les digo, ¡nadie podrá ponerlo en duda! Hasta que llegue ese



momento —añadió—, confío en que en este instante crucial para el destino de Macedonia cada uno de ustedes sepa cumplir con su deber.

Al terminar, se hizo un silencio que apenas duró un segundo. Después, un aplauso cerrado resonó en la sala.

El orador, puesto en pie, hizo una seña al coronel que éste trasladó a uno de los asistentes. Como si de un ritual concertado se tratara, a través de la megafonía sonó el himno de Macedonia. Puestos en pie, los asistentes se sumaron al coro. A otra seña del coronel, un fotógrafo que hasta aquel momento había permanecido en un discreto segundo plano se acercó hasta las inmediaciones de la mesa presidencial y centrando en el objetivo la imagen de Merkurio disparó. La instantánea retrataba al anciano cantando el himno con un fondo que parecía envolver su leonina cabellera blanca: era la bandera roja y gualda con la Estrella de Vergina, el símbolo popularmente conocido como la Estrella de Macedonia, enseña del nuevo país desde que proclamó su independencia en 1991; independencia que no fue ratificada por las Naciones Unidas hasta dos años más tarde, tras superar la oposición del Gobierno de Grecia, que no admite que su nuevo vecino utilice un nombre y unos símbolos que considera propios de la región helena del mismo nombre. En 1995, tras una larga negociación, la estrella de la bandera pasó a ser un sol y los dieciséis rayos se redujeron a ocho.

Al terminar la reunión, uno de los directores de periódico que habían asistido al acto se acercó a «Merkurio».

—¡Ha estado usted genial! Le felicito, señor Lauer —dijo en tono servil el periodista.

—¿Lo cree así? —respondió con desconfianza el anciano.

—¡Sí! ¡Rotundamente, sí! Líderes como usted, patriotas con las ideas claras, es lo que necesita Macedonia.

—Gracias, me he limitado a decir lo que creo que piensa la mayoría de nuestros compatriotas.

—A propósito de lo que le hemos escuchado decir: nos ha dejado usted muy intrigados; hablo por mí, pero me consta que hay más personas que también sienten curiosidad por saber a qué se refería cuando ha dicho que «dentro de poco estaremos en condiciones de decirle al mundo que Macedonia es la tierra de Alejandro y de Filipo y nadie, recuerden bien lo que les digo, ¡nadie podrá ponerlo en duda!». Creo que son palabras tuyas textuales porque he tomado nota de toda su intervención, que, como le decía, me ha parecido extraordinaria —añadió, servil, el periodista en un tono de voz que pretendía hacerse perdonar la pregunta.

—Lo que he querido decir no debería ser un secreto para ningún macedonio; todos deberían conocer la historia de nuestros antepasados y saber el porqué del nombre de nuestro país. Descendemos de aquellos invictos soldados que acompañaron al Gran Alejandro en la conquista de Asia...

—Sí, claro, eso es así, tal como usted lo está diciendo, aunque por desgracia no todos los macedonios conocen nuestra historia, pero discúlpeme, me parecía, quizá sea una interpretación mía —añadió con humildad el periodista—, me parecía que estaba usted anunciando algo, no sé, alguna iniciativa encaminada, bueno, no sé, algo para... precisamente acabar con esa ignorancia de la que hablamos.

—Esa ignorancia es interesada. En tiempos de la Federación Yugoslava nuestros libros de Historia sólo se referían de pasada al antiguo y glorioso Reino de Macedonia, porque Tito era enemigo de todo nacionalismo que no fuera el del Estado a cuya cabeza se encontraba; pero Tito murió y Milosevic también, y, desde hace catorce años, desde que se proclamó la independencia de Macedonia, nuestro Gobierno ha perdido un tiempo precioso para dar a conocer a los macedonios su glorioso pasado. Las batallas políticas que se ganan en la escuela no se pierden en los despachos. Promover nuestra lengua, nuestra bandera y nuestros símbolos nacionales es lo que nos dará la fuerza para salvaguardar nuestra identidad —contestó el patriarca con una chispa de fanatismo reflejada en la mirada.

Cuando el periodista quiso insistir, el coronel, que se había acercado hasta Merkurio, hizo ademán de intervenir, pero el anciano le hizo una seña para que se quedara quieto.

—Señor, no le quiero molestar; sabe que en nuestro periódico siempre le hemos hecho un sitio y sus palabras siempre han sido bien acogidas. Si insisto en preguntar, es porque comparto sus ideas y porque, bueno, me gustaría, si fuera posible, no sé, dar alguna noticia. En resumen, como le decía: me ha parecido que usted tenía algo que anunciar; si no es el momento, discúlpeme; reitero que me tiene a su disposición.

Merkurio guardó silencio. Su figura de coloso coronado por una melena blanca sobresalía con ventaja entre los asistentes. Sólo el coronel le igualaba en estatura y esa circunstancia, junto a su afinidad ideológica, había pesado mucho a la hora de consolidar su cercanía al visionario financiero a cuyo alrededor giraba parte de la vida económica y política de la joven república. Tras unos segundos que al periodista, que se sentía escrutado, le parecieron horas, el patriarca habló:

—¿Cuento con su discreción?

—¡Por supuesto, señor! —contestó raudo el interpelado.

—¿Me da usted su palabra?

—¡La tiene, señor Lauer! Tiene usted mi palabra.

—Bien, le diré lo que vamos a hacer. Vamos a despedir a nuestros amigos y después nos acompañará al coronel y a mí. Su curiosidad tendrá premio. Ya lo verá —añadió el anciano dando media vuelta y acercándose a uno de los corros que habían formado sus invitados.

Antes de seguirle, el coronel se dirigió al periodista.

—En cuanto nos vea salir, síganos. Al señor Lauer no le gustan las indiscreciones,

así que no hable usted con nadie de lo que le ha dicho, ¿entendido?

El periodista asintió. Estaba nervioso. Llevaba tres meses intentando dejar de fumar y para animarse a conseguirlo llevaba siempre encima un paquete de tabaco. Siempre explicaba de la misma manera por qué iba a todas partes con un paquete de cigarrillos en el bolsillo aunque había dejado de fumar: «Si no fumo —decía—, es porque no me da la gana. Puedo hacerlo en el momento que quiera». Mientras observaba alejarse al coronel, instintivamente se llevó una mano al bolsillo y extrajo el paquete de tabaco. Sin dejar de mirar al militar, encendió un cigarrillo y aspiró el humo con voracidad.

## Capítulo 27

El comisario Sforza y el inspector Benzoni salieron de Mestre, camino de Trieste, a las siete y media de la mañana del día siguiente. Sforza le había pedido al inspector que condujera el coche y que no tuviera prisa; durante el viaje siguieron dándole vueltas al rompecabezas de lo ocurrido en los cuatro últimos días. Llegaron a media mañana. Una fina lluvia caída la noche anterior había bruñido las calles y los tejados de los edificios. Buscando el muelle llegaron hasta la plaza donde estaba instalado el circo con su gran carpa; unos metros más allá, aparcadas en fila, se veían cinco caravanas y algunos turismos que debían de pertenecer a los feriantes. En lo alto de la carpa y en los laterales de las caravanas, grandes letreros proclamaban la identidad de la compañía: «Circo de Belgrado». Debajo, a los lados de la puerta de lona, dos grandes carteles pintados con colores chillones proclamaban los números fuertes del espectáculo: un domador de leones, trapecistas presentados como las «águilas humanas» y el espectáculo preferido de los niños: «Miss Lisi y sus perritos amaestrados», un número que según el cartel «mezclaba las risas de los payasos con los saltos acrobáticos de los simpáticos animales».

—Ahora deben de estar ensayando, no creo que sea el mejor momento para ir por ahí preguntando —dijo el inspector.

—Al contrario, Benzoni: si hace falta, es cuando les vamos a poder apretar las tuercas; después, cuando se pongan las plumas o cojan el látigo, estarán tensos, nerviosos, pendientes del espectáculo.

—Una pregunta, jefe: exactamente, ¿qué es lo que buscamos aquí?

—Todo y nada, Benzoni, es un tiro al aire a ver si hay suerte y cae el pichón. Si mi teoría del trapecista es correcta, aquí deben de conocer al hombre asesinado en San Lazzaro. También puede ser que no tengan nada que ver; de ser así... pues te invitaré al circo. Dice ahí que la primera sesión es a las cinco de la tarde, así que antes nos daría tiempo a comer.

—Hombre, jefe, así las cosas, casi prefiero el plan B —contestó el inspector con aire de guasa.

—Yo no. La verdad es que este caso me tiene negro y me gustaría que el hilo nos llevara al Minotauro.

—Veo que sigue pensando que el hombre de San Lazzaro era el mismo que asaltó San Marcos, ¿no?

—Sí, Benzoni, así es: creo que fue el mismo, pero nos faltan las pruebas; a lo mejor hoy es nuestro día. ¡Vamos allá! —añadió, señalando en dirección a la carpa.

Cruzaron la plaza y al llegar a la altura de una caravana que hacía las veces de taquilla, el comisario se quedó mirando una fotografía en la que aparecía una mujer de unos cincuenta años; lucía una copiosa melena rubia y llevaba en la mano una

sombrilla de cuarteles multicolores; a su alrededor, escoltándola en círculo, se veía a media docena de caniches erguidos sobre las patas traseras. En la parte superior de la fotografía, en letras de color amarillo sobre fondo azul, había un nombre y una leyenda: «Miss Lisi, la domadora acrobática».

Benzoni se había adelantado y estaba ya acercándose a la puerta de lona que daba acceso al interior de la carpa cuando el comisario le llamó.

—¡Benzoni!

—Sí, jefe, ¿qué pasa?

—¿Recuerdas el atestado de lo ocurrido en San Lazzaro?

—Sí, jefe, claro que lo recuerdo, ¡como que me pasé dos horas en la Questura redactándolo, pensando y pesando cada una de las palabras porque menudo es el juez!

—¿Te acuerdas de la parte que recogía las declaraciones de los testigos? Trata de recordar qué era lo que te contaron sobre el momento en el que el hombre aquel dio un grito y cayó desplomado.

—No sé, jefe, estaban en la biblioteca del convento, en la sala en la que los monjes armenios guardan la momia egipcia, y es cuando escucharon el alarido. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por si recuerdas qué te contaron sobre las personas que formaban el grupo. Haz un esfuerzo, trata de recordar: cómo era el grupo, qué aspecto tenían los visitantes de San Lazzaro —añadió Sforza mirando fijamente al inspector.

—Pues recuerdo lo que me contaron: que iban con uno de los monjes que les servía de guía y que, según me dijo el prior, parecían turistas; turistas como los que todos los días, sobre todo en las vacaciones de verano, llegan hasta la isla en el *vaporetto* atraídos por la historia del monasterio. No sé qué busca, jefe, si precisara algo más la pregunta, a lo mejor yo...

—¿Recuerdas si el monje con el que hablaste mencionó algo sobre la indumentaria de los visitantes?

—Tengo una copia del atestado en mi ordenador y otra que Gina debe de haber colocado ya en el archivo de la Questura. Si quiere la llamo y le digo que se lo lea.

—Lo repasaremos a la vuelta; ha sido un error mío no traer una copia —dijo el comisario con la mirada perdida en el horizonte—. Una cosa más, Benzoni, ¿recuerdas si te dijo que alguno de los visitantes llevaba una sombrilla o un paraguas?

—¡Sí! ¡Claro que sí! Uno de los turistas entró en el claustro con una sombrilla y el monje le dijo que allí no podía abrirla —saltó Benzoni levantando la voz sin saber muy bien la razón—. ¿Por qué me lo pregunta, jefe?

—Pues porque no sé si te acuerdas de que tú mismo me dijiste que al hombre de marras puede que le hubieran pinchado en la pierna con la punta de un paraguas o de una sombrilla... ¿Tal vez una sombrilla como ésta? —añadió el comisario señalando

la foto de Miss Lisi que colgaba en la caravana que hacía las veces de taquilla.

—¡Coño! Jefe, ¿no cree que va usted demasiado deprisa y, si me lo permite, también demasiado lejos?

Durante unos segundos, el comisario Sforza permaneció en silencio mirando el cartel; después, encogiéndose de hombros, miró al inspector y habló:

—Puede que tengas razón, Benzoni; puede que sea sólo una lucubración mía, pero pronto saldremos de dudas. Vamos a ver qué es lo que encontramos ahí dentro —añadió al tiempo que iniciaba la marcha. Entraron en la carpa sin que nadie les llamara la atención. Lo primero que vieron fue a un hombre que estaba en el interior de una jaula en la que había dos leonas de aspecto triste; un poco más alejado del centro, en otra jaula aneja, un ejemplar macho dormitaba; cerca de su cabeza se veían restos de una pieza de carne cuyo rastro de sangre teñía el suelo.

—Supongo, jefe, que no querrá que entremos en la jaula —preguntó el inspector.

—Había pensado que entraras tú, Benzoni. Te tengo por un valiente —contestó en tono irónico el comisario.

—¿No lo dirá en serio?

—Totalmente en serio, son gajes del oficio. Yo pienso entrar.

—Pero, jefe, si no es necesario; podemos hablar con ese tío desde este lado de las rejas.

—Me has convencido, Benzoni —dijo el comisario soltando una carcajada cuyo eco hizo que el domador se fijara en ellos.

—¡Oiga! ¿Qué hacen ustedes aquí? ¡No se puede entrar en el circo mientras ensayamos! ¡Está cerrado! ¡Váyanse! ¡Fuera! —gritó el hombre señalando con la parte rígida del látigo a los policías.

—Sólo queremos hacerle unas preguntas, amigo —dijo el comisario.

—¿No me han oído? —gritó el hombre—. ¿Quieren que le suelte? —añadió señalando al león, al que las voces del domador habían despertado y se había puesto en pie con cara de pocos amigos.

—¿Quiere usted que le pegue un tiro? —terció el inspector Benzoni desabrochándose la chaqueta y mostrando la pistolera.

—No digas tonterías, Benzoni —intervino el comisario—. ¡Somos policías! No se ponga usted nervioso, sólo queremos hacerle unas preguntas, amigo.

—¿Policías? ¿Qué tipo de policías? —preguntó el domador.

—Policías de la Policía; venga, hombre, salga usted de la jaula y venga aquí, que no le vamos a entretener mucho.

El domador obedeció. Sin darle la espalda a las leonas y conservando el látigo, se acercó a la puerta de la jaula y salió cerrándola tras de sí.

—Será mejor que salgamos de la carpa, los leones son animales muy sensibles y no les gustan los gritos ni los forasteros: se ponen nerviosos.

—Está bien, salgamos a la plaza —dijo el comisario. Una vez fuera, se pararon junto a la taquilla.

—Hablando de forasteros, ¿usted no es italiano? —preguntó el inspector.

—No, soy yugoslavo, serbio, pero estoy aquí legalmente —contestó con desconfianza.

—No tema, que no somos de aduanas; hemos venido aquí porque nos gusta el circo —dijo Benzoni.

—¿Y por eso interrumpen mi ensayo? ¿Saben que ahora me va a costar una hora larga tranquilizar a los leones y que a lo peor el león no puede actuar esta tarde porque se ha puesto nervioso y podría atacarme?

—Lo sentimos, pero es necesario que nos conteste usted a algunas preguntas.

—¿Pueden ustedes demostrar que son policías?

—Sí podemos, pero ¿qué pasa si antes nos enseña usted sus papeles? —contestó, tenso, el inspector.

—¡Benzoni! No es necesario que nos enseñe los papeles —cortó el comisario.

—Empiezo a estar un poco harto de estos guiris, jefe. Vienen a Italia porque se mueren de hambre en sus países y encima nos quieren pasar por encima.

—No tienes razón, entre los que vienen hay de todo, como en todas partes. ¡Déjalo ya! —ordenó el comisario—. Dígame, ¿cómo se llama usted? —añadió dirigiéndose al domador.

—Vapcarov, Nikola Vapcarov, pero todo el mundo me conoce por mi nombre artístico: «El Gran Kolia, domador de leones».

—Bien, señor Kolia, quiero preguntarle algunas cosas. ¿Cuánto tiempo hace que están ustedes en Trieste? —dijo el comisario.

—Llevamos aquí tres semanas; después nos iremos a Verona.

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Maribor, en lo que ahora se llama Eslovenia y antes era Yugoslavia —contestó el domador con un rictus de amargura.

—¿No le gusta que Eslovenia sea independiente? —preguntó el inspector.

—No. Desde luego que no. Antes éramos una nación seria. Yugoslavia era un país respetado en todo el mundo. Ahora somos una mierda —contestó con rabia.

—¡Déjelo, Benzoni! No hemos venido a realizar una encuesta sobre los problemas políticos de los Balcanes —cortó el comisario—. Dígame una cosa, señor, ¿cuántas personas componen la plantilla del circo?

—Fijas somos treinta, pero tenemos colaboradores ocasionales, gente que contratamos en los sitios donde actuamos para que nos ayuden a levantar la carpa, colocar las sillas y esas cosas —contestó señalando a su alrededor.

—¿Treinta? ¿Y todos proceden, digamos, de lo que antes era Yugoslavia?

—Sí, ahora todos somos serbios, menos Miss Lisi, que es de Skopie, de

Macedonia.

—¿Miss Lisi?

—Sí, la domadora de perritos. Es una gran artista, no es fácil domar a los perros porque se cansan enseguida y se distraen con el público, pero ella lo consigue. Su número gusta mucho a los niños.

—Habla usted muy bien el italiano —dijo el comisario—. Supongo que no es la primera vez que viene usted a nuestro país.

—Es verdad. Antes de trabajar en este circo he actuado en otros: en el Circo de Moscú y también en el Circo de Roma, pero ahora la gente prefiere la televisión y la afición al circo se va perdiendo.

—¿Miss Lisi actúa sola?

—Sí. Bueno..., no, en realidad tiene una ayudante. Una joven que la ayuda en su número. ¿Por qué me lo pregunta, es que ha hecho algo malo?

—No, no que sepamos. Es por curiosidad, ya le digo que nos gusta mucho el circo y esta tarde nos gustaría asistir a la primera sesión. Nos gustaría verle a usted, a Miss Lisi y también a los trapecistas —contestó el comisario.

—No podrá ser así. El número de los trapecistas se ha suprimido del espectáculo.

—¿Por qué? —preguntaron a dúo los policías.

—Porque el portor se ha ido.

—¿El portor? ¿Quién es ése? —preguntó el inspector.

—El portor es el trapecista que espera a su compañero cuando regresa de su vuelo; sin él no hay número.

—Y ¿qué le ha pasado? ¿Por qué se ha marchado? —preguntó el comisario.

—No lo sé. Hace unos días dijo que estaba enfermo y se fue. Yo no sé más. Hablen ustedes con el director del circo, que es aquel que viene por allí —añadió el domador dando media vuelta.

—¡Eh, tú! ¿Adónde vas? —preguntó el inspector.

—Déjalo, Benzoni, ya no le necesitamos. Vamos a ver qué nos dice ese que viene por ahí —añadió el comisario dirigiéndose hacia el hombre que se acercaba hasta ellos—. ¿Es usted el director del circo?

—Sí, así es. ¿Quién lo pregunta? —contestó receloso el hombre de mediana edad y aspecto fornido que llevaba botas de caña alta y pantalones de montar.

—Soy el comisario Sforza y él es el inspector Benzoni, de la Policía de Venecia.

—¿Venecia? Pero esto es Trieste, ¿no?

—Sí, es Trieste, pero resulta que estamos en Italia, ¿lo sabía usted, amigo? —contestó el inspector con acritud.

—¡Benzoni, no sigas! —atajó el comisario—. Dígame, señor...

—Gruevsky, Slobodan Gruevsky, ése es mi nombre y estamos aquí legalmente, señor —contestó el hombre mirando retador al inspector—. ¿Pasa algo? ¿Ha hecho



algo malo Nikola? —añadió señalando hacia el domador que acababa de entrar en la carpa.

—¡No! Para nada. No pasa nada con él, hemos estado charlando con él porque queríamos saber cosas del circo, nada más. Por cierto, nos ha dicho que se les ha marchado un trapecista.

—Sí, así es. Se fue hace dos semanas; dijo que volvería, pero no ha vuelto y la verdad es que estamos preocupados porque no sabemos nada de él.

—¿Han ido a la Policía? ¿Han puesto ustedes una denuncia? —preguntó el comisario.

—¿Denuncia? —preguntó el director, sorprendido—. ¡No! ¡Claro que no hemos presentado una denuncia! ¡Nosotros, señor, somos gente del circo! ¡Nómadas! Hoy estamos aquí y mañana allá, no tenemos rumbos ciertos. Milovan se fue, no sabemos adónde, pero volverá. Todos volvemos al circo. ¿Adónde si no? ¡El circo es nuestra vida!

—¿Se llamaba Milovan? Milovan ¿qué más? —preguntó el comisario.

—¿Por qué habla usted en pasado, señor?

—¿Yo? ¿He dicho algo que le haga pensar eso? —preguntó el comisario cruzando la mirada con el inspector.

—Sí, sí, señor, ha hablado usted de Milovan Demeratu como si ya no estuviera aquí.

—¿El trapecista se llama Demeratu?

—Sí, señor, Milovan Demeratu, ése es su nombre... pero no ha contestado a mi pregunta, señor. ¿Le ha pasado algo?

—Tiene usted razón, señor Gruevsky, no he contestado a su pregunta, pero lo haré ahora: ¿el señor Demeratu es amigo suyo?

—Sí, bueno, la amistad del circo. Él era serbio y yo soy de Montenegro, pero sí, puede decirse que somos amigos.

—Pues lo siento, siento decirle que tenemos razones para pensar que su amigo el señor Demeratu está muerto.

—¿Muerto? ¿Qué le ha pasado? ¿Ha sido un accidente?

—En cierto modo podría decirse que sí, que ha sido un accidente. Pero por el momento no le puedo decir más. Más adelante, cuando termine la investigación, yo mismo le daré todos los detalles; ahora, si no le importa, déme un número de teléfono al que le pueda llamar. Éste es el mío: tenga —añadió el comisario entregándole una tarjeta—, póngase en contacto conmigo si cree que hay algo en la vida de su amigo que debemos saber.

—¡«Comisario jefe de Venecia»! ¡Es usted un policía muy importante! —exclamó el director del circo—. ¿Qué es lo que ha hecho Demeratu para que un policía tan importante como usted se interese por él?

—Nada... que sepamos, no se preocupe por eso —mintió el comisario—, es una investigación rutinaria porque creemos que su amigo es una persona que apareció muerta ayer en Venecia, muerta quizá de un infarto. Lo estamos investigando.

—¿Un infarto? ¡No me lo puedo creer! Demeratu tenía una salud de hierro, ¡era un trapecista, un atleta!

—Bueno, esas cosas nunca se saben, no es el primer deportista que muere en la pista o en un campo de fútbol.

—Sí, es verdad, pero Demeratu era muy joven y estaba muy en forma. Ella se lo puede decir, como yo —añadió el director del circo señalando hacia la mujer rubia de mediana edad que acababa de salir de una de las caravanas y se acercaba hasta donde estaba el grupo—. Es Miss Lisi, nuestra otra domadora —dijo el director—. ¡Dunia, querida! Quiero presentarte a estos señores, son de la Policía...

El comisario miró hacia la mujer, pero no advirtió ninguna emoción especial en su cara. Si la había sorprendido la presencia de los policías, lo disimuló.

—¿Policías? Slobodan, ¿supongo que no habrás olvidado pedir el permiso para instalar la carpa? —preguntó la mujer con un tono de voz que a Sforza le pareció glacial.

—No, querida, no vienen del Ayuntamiento de Trieste, son de la Policía de Venecia...

—No me habías dicho que pensabas instalar el circo en Venecia, creía que después de Trieste íbamos a actuar en Verona.

—Y así será, Dunia. Estos caballeros no están aquí por nada relacionado con el circo; bueno, en realidad sí. En realidad han venido preguntando por Demeratu, creen que podría estar muerto —contestó el director con aire fatigado.

—¿Muerto? ¿Qué quieres decir con eso de que está muerto? —preguntó la mujer con aparente sorpresa.

—Lo que has oído, que creen que está muerto.

—Así es, señora —dijo el comisario—. ¿Le conocía usted bien? ¿Sabe por qué se fue sin decir adónde iba?

—No; cuando alguien dice que se va, las gentes del circo nunca preguntamos por qué. Somos nómadas y ese tipo de preguntas no van con nosotros.

—No nos ha dicho si usted y el señor Demeratu eran amigos —añadió el inspector.

—Es verdad, no se lo he dicho, porque no lo éramos; sólo compañeros. No amigos.

—Una última pregunta —dijo el comisario mirando fijamente a la mujer—. ¿En los últimos días ha estado usted en Venecia?

—No, hace tiempo que no voy por su ciudad y lo siento, porque me gusta mucho.

—Está bien, no les molestamos más. Tendrán noticias nuestras, si, como nos

tememos, se confirma que la persona muerta cuya identidad estamos investigando es su compañero el señor Demeratu. Les avisaremos para que se hagan cargo del cadáver. No pierda usted mi tarjeta, señor Gruevsky —añadió el comisario.

—Descuide, no la perderé —respondió el director del circo.

—¡Adiós, señora! Sentimos no poder quedarnos a ver la función.

—Saludos de mi parte a los perritos y no se olviden de dar de comer a los leones, no vaya a ser que se coman al domador y se queden ustedes sin función —dijo burlón el inspector Benzoni.

—No le hagan caso, él es así, le gustan las bromas —dijo el comisario mirando con cara de reproche al inspector.

—¡Adiós! —respondieron a dúo el hombre y la mujer.

Una vez en el interior del coche, el inspector fue el primero en hablar:

—¡Jefe! No se enfade conmigo, ya sabe que cuando estoy en tensión me da por hacer coñas...

—Lo sé, lo sé, Benzoni, pero tienes que controlarte porque hay momentos y momentos... Hablando de cosas serias, ¿te has dado cuenta de que cuando le hemos dicho que el trapealista podía estar muerto, la mujer no ha preguntado qué es lo que le había pasado?

—Sí, jefe. Se lo iba a decir: yo también me he dado cuenta. Va a resultar que tenía usted razón y esa rubia teñida está metida en todo esto.

—Si lo está, tiene mucha sangre fría porque en ningún momento se ha delatado; sólo ese pequeño lapsus, pero no es seguro, puede que sea una tía fría y que no se llevara bien con el trapealista. De todas maneras, vamos a acercarnos a la Questura de Trieste para hablar con el comisario Gualtieri; es amigo y le voy a poner al tanto de nuestras sospechas para que discretamente vigile a la rubia, no vaya a ser que se esfume.

—No creo que sea tan torpe como para desaparecer hoy mismo, supongo que, si está pringada, querrá disimular y esperar a ver qué pasa.

—Recuerda que Trieste es la frontera y en veinte minutos pueden pasar al otro lado, a Eslovenia o a Croacia, y si está implicada y desaparece, nos complicaría mucho el trabajo. Vamos a la Questura y, después, a comer. Invito yo.

—¡Hombre, jefe! Tendría que haber empezado por ahí, ¡tengo un hambre que me comería un caballo! —contestó el inspector.

Habían llegado hasta donde estaba el coche que habían aparcado en uno de los extremos de la plaza cuando el inspector Benzoni se fijó en el papel colocado bajo la goma de uno de los limpiaparabrisas.

—¡Joder, jefe! Nos han multado, ¿será posible? Pero si no hemos estado fuera ni veinte minutos... ¡Serán cabrones estos urbanos de Trieste!

—Benzoni, ¡eres un caso! Te sorprende que la gente cumpla con su obligación.

Recuerda que eres policía y que ellos también lo son —replicó el comisario mirando a ver si localizaba al agente que les había multado.

—¡Mírela! ¡Está allí! —exclamó el inspector señalando en dirección a una agente de la Policía local que en aquel momento parecía dispuesta a repetir la denuncia contra otro coche mal aparcado—. ¡Me dan ganas de detenerla por obstrucción a la justicia!

—¡Benzoni, no digas más tonterías! Venga, vámonos; conduce tú. Vamos a la Questura. Se me está ocurriendo una idea. Me preocupa que se nos pueda escapar la «miss».

—¿Y qué quiere que hagamos? Sólo por una sospecha no podemos detenerla —respondió el inspector sin disimular la irritación que le producía tener que aplazar la comida.

—Ya lo sé, Benzoni, ya lo sé. Nadie ha dicho que vayamos a detenerla; al menos de momento. Estoy pensando en otra cosa...

—Ya lo sé: quiere usted que pida trabajo en el circo para así poder vigilarla de cerca y ayudarla a cuidar los perritos...

—Vigilarla tú, no, pero que lo haga alguien y sin perder un minuto, sí. Si está Amedeo Gualtieri en la comisaría, no vamos a tener ningún problema —añadió el comisario—. Es amigo y le voy a pedir que vigile el circo. He cambiado de idea respecto de la frontera, bien pensado, creo que es mejor que le demos cuerda a la cometa... Si quiere volar, que nadie se lo impida porque el pájaro quizá nos lleve al nido. Le voy a pedir a Gualtieri que esta misma tarde coloque un chip de localización en el coche de Miss Lisi. ¿Qué te parece la idea?

—¡Magnífica, jefe! Se lo digo en serio. Es mejor que estar pendientes de todos los coches que atraviesan la frontera. Lo que no sé es si dispondrán de un chip de este tipo en la Questura de Trieste.

—Nosotros sí lo tenemos. Sería cuestión de ir a Venecia y volver —contestó el comisario ante un alarmado Tarsizio Benzoni, cuyos jugos gástricos parecían estar reclamando un poco de atención—. Pero no te preocupes, primero iríamos a comer algo. No creo que nuestra acróbata sea tan torpe como para levantar el vuelo esta tarde: sería tanto como una confesión —concluyó el comisario sonriendo ante la cara de alivio de su compañero.

—Menos mal, jefe. Por un momento he llegado a pensar que hoy acabaríamos haciendo régimen.

—No, hombre, no; tranquilo. Vamos a la Questura, después comeremos algo y más tarde regresamos pitando a Venecia; quiero hablar con la forense y leer con tranquilidad el informe completo de la autopsia. Creo que debemos pedirles a los de toxicología que nos expliquen dónde se puede conseguir curare; esto no es Brasil y no hay jíbaros por ahí achicando cabezas. Creo que muy pronto vamos a tener

ocasión de hablar otra vez con esa Miss Lisi, que me parece que es una arpía de cuidado —añadió el comisario mientras ajustaba el cinturón de seguridad—. ¡Arranca ya de una vez y deja de mirar a la urbana, cualquiera diría que vas a pagar tú la multa!

—No, jefe, pero me fastidia tanto celo por un coche mal aparcado que en realidad no molesta a nadie; no son más que ganas de recaudar euros. Los políticos de los ayuntamientos son insaciables —contestó airado el inspector Benzoni.

—Te doy la razón en eso, pero te recuerdo que la mitad de los concejales de aquí son esos amigos tuyos de la Liga —replicó el comisario con sorna.

—¡Hombre, jefe, eso ha sido un golpe bajo! —contestó el inspector arrancando el coche a gran velocidad.

—¡Benzoni, conduce despacio, que nos va a multar por exceso de velocidad!

—Es que tengo hambre, jefe. ¡Mucha hambre! ¡Me comería un tiburón entero, con aletas y todo!

—Estamos en Trieste, así que tendrás que conformarte con pedir *ribaltavapori*, creo que vas a salir ganando —replicó el comisario evocando la sabrosa fritura triestina de pescado—. Por cierto, Benzoni —añadió—. En la Questura deja que hable yo. Si está Gualtieri, no me importa contarle lo que sospechamos, es amigo y nos ayudará; pero si no está él, les contaremos lo justo: les diremos que andamos detrás de una red que se dedica a exportar coches de lujo a los países del Este y que tenemos la sospecha de que el circo podría ser una tapadera.

—Está bien, jefe, pero como nuestros colegas se pongan bordes y empiecen con el rollo de las jurisdicciones, vamos a tener un problema.

—Confiemos en que esté Gualtieri. De todas formas, me gustaría que no quedara ningún cabo suelto. ¡Mira que si a la golondrina le diera por emprender el vuelo antes de tiempo!

—Jefe, ¿quiere que me quede vigilando? De verdad, no me importa. Me quedo hasta que vuelva usted y su amigo el comisario Gualtieri o quien él diga. Lo de la comida es broma, me da igual —añadió el inspector con voz grave.

—Umm... Pues, si no te importa, casi sería lo mejor —contestó el comisario Sforza—. Sí, ya que lo dices, va a ser lo mejor. Quédate; yo vuelvo enseguida, en cuanto ponga a nuestros colegas al tanto de nuestras sospechas. ¡Venga, rápido, volvamos a la plaza! —ordenó el comisario con una sonrisa.

Cuando llegaron, dieron una vuelta alrededor del lugar en el que estaba instalada la carpa del Circo de Belgrado. Las caravanas estaban todas y también los coches de los feriantes. Todo parecía estar igual que cuando llegaron la primera vez. El inspector paró el coche y se bajó. El comisario, sin descender del vehículo, se deslizó hasta el asiento del conductor.

—¡Benzoni, aguanta! ¡Y no se te ocurra comprar nada de comer por los

alrededores, que la invitación sigue en pie! —dijo el comisario con guasa. Después, se perdió entre el tráfico de la Riva 3 di Novembre, en dirección a la plaza de la Unidad.

Tuvo suerte. Aquel día su amigo, el comisario de la Policía judicial Amedeo Gualtieri, estaba de guardia en la Questura de la ciudad de Trieste.

## Capítulo 28

Utilizando su clave de superusuario, Philippe de Vaocluse entró en el archivo informático central de la Interpol. Abrió diversos ficheros hasta localizar lo que buscaba. «Debe de ser esto —se dijo, al empezar a leer una nota enviada por el Departamento Informático de la Interpol al laboratorio de la Policía Científica de Roma. Era un texto muy breve—: ... “Aunque no es una conclusión definitiva —decía el informe—, el rastreo de los saltos de base realizados por el *hacker* para borrar sus huellas hace pensar que el asalto se produjo desde un equipo con un punto de inyección en la red telefónica de Croacia. Desgraciadamente, el intruso realizó un trabajo muy profesional y ha sido imposible determinar con exactitud dicho punto, aunque todo indica que partió de la región de Dubrovnik”». La nota añadía detalles sobre la técnica utilizada por el *hacker*; también contenía algunas recomendaciones para mejorar la seguridad de los programas informáticos. No estaban dirigidas específicamente a los técnicos de la Policía italiana, pero era obvio que ésa era la intención del Departamento Anti-*hacker*. «Esta última parte no habrá caído muy bien en Roma —pensó el policía esbozando una sonrisa—. Así que el pirata es croata o cuando menos yugoslavo. Al amigo Sforza le interesará saber que son sus vecinos quienes les espían».

Philippe de Vaocluse cerró el programa y poniéndose la chaqueta abandonó el despacho. La secretaria levantó la mirada al verlo.

—Ivonne, hoy comeré fuera. Volveré por la tarde. Cualquier cosa, ya sabe: llámeme al móvil —dijo levantando el pequeño celular que llevaba en una mano.

—Descuide, jefe. *Bon appétit!* —respondió la secretaria con una sonrisa.

—Gracias.

A buen paso, el policía ganó la salida y se dirigió al garaje donde tenía aparcado el coche. Una vez dentro, se colocó el cinturón de seguridad y antes de poner en marcha el vehículo, sacó el teléfono del bolsillo de la chaqueta y buscó en la agenda el número de Marco Sforza.

—*Allô!* ¿Marco?

—Sí, ¿quién es?

—Marco, soy Philippe, Philippe de Vaocluse...

—¡Philippe! ¡Qué alegría, amigo! ¿Cómo te va?

—Bien, bien, gracias. Marco, ¿recuerdas lo que pediste?

—Sí, claro, cómo no voy a recordarlo. ¡No me digas que ya tienes algo para mí!  
—preguntó el comisario sin poder disimular su excitación.

—Así es, amigo. Tengo novedades.

—¡Me tienes en ascuas!

—Marco, los piratas los tenéis cerca, muy cerca.

—¡No te oigo bien, Philippe! Estoy en el coche y se va la voz.

—¿Me oyes mejor ahora?

—Sí, sí, ahora sí.

—Escúchame, Marco, según nuestros técnicos, el *hacker* que entró en el programa del laboratorio de Roma lo hizo desde algún punto de Croacia, probablemente en el área de Dubrovnik. ¿Te dice algo eso? —preguntó Philippe de Vaucluse levantando la voz.

—¿Croacia? Eso está como quien dice aquí al lado, muy cerca de Venecia. En principio, la verdad es que no me dice nada especial, pero es un dato; un dato importante que seguramente tendrá algún sentido. Mil gracias, Philippe. ¡No sabes cómo te lo agradezco! Espero poder compensarte cuando vuelvas por Venecia, amigo.

—Te tomo la palabra, pero te advierto, amigo, que te va a salir caro, porque no me conformaré con menos de una cena en Do Forni, regada con una botella de Pinot Grigio. Ja, ja —respondió el policía francés.

—¡Eso está hecho, amigo! La cena, desde luego, corre de mi cuenta, Philippe, y, repito, mil gracias.

—No hay de qué, amigo. Espero que para entonces me puedas contar como va lo de San Marcos...

—Te lo contaré antes de que vengas, estoy atando cabos y lo que me acabas de contar quizá encaje en el puzzle.

—¡Cuídate!

—Tú también, amigo —respondió el comisario Sforza. Después apagó el móvil y se quedó pensativo.

Iba en el coche en compañía del inspector Benzoni. Regresaban a Venecia tras haber organizado con sus compañeros de la Questura de Trieste la vigilancia de la mujer sospechosa de haber participado en el crimen de San Lazzaro. No había sido fácil, aunque el comisario Amedeo Gualtieri había colaborado desde el primer momento. El problema, como siempre, eran la burocracia y las jurisdicciones. Para poder justificar la petición del chip-chivato, el minúsculo dispositivo electrónico que una vez colocado en un coche permite seguir al vehículo mediante la señal que transmite a un satélite, el comisario Gualtieri había tenido que inventar una historia. Confiaba en Marco Sforza, al que conocía desde los tiempos de la Academia. «Sabes que me la juego, pero por ti estoy dispuesto a hacer lo que sea», le había dicho a su amigo. Sforza sonrió al recordar que él le había contestado que no se preocupara, que si las cosas iban mal, los dos acabarían cantando serenatas a las turistas norteamericanas desde una góndola.

—La verdad es que Gualtieri tiene un par —dijo en voz alta el comisario.

—Desde luego que sí, jefe —respondió el inspector Benzoni—. ¿Era él quien le ha llamado?



—No, no era él. El que me ha llamado es un amigo de Interpol.

—¿Su amigo, el comisario francés?

—El mismo.

—¿Y qué le ha dicho? Si es que se puede saber...

—Se puede saber, Benzoni. Se puede saber.

—¿Y...?

—Pues lo que me ha dicho mi amigo es que en algún punto de Croacia están muy interesados en las cosas que hacemos en Venecia.

—¿Cómo? No le entiendo —respondió el inspector con cara de desconcierto.

—Estoy armando el rompecabezas, Benzoni, yo tampoco encuentro la lógica a todo esto, pero resulta que el *hacker* que entró en el programa cifrado del laboratorio de la Científica de Roma al parecer opera desde algún lugar de la región de Dubrovnik, en Croacia. Está ahí —dijo, señalando hacia el mar que se perfilaba a lo lejos de la *autostrada*—. Ahí, en algún punto de la costa dálmata.

—¡Huy! ¡Balcánicos! Lo que nos faltaba. ¡Kosovares y serbocroatas! Son gentes violentas, han tenido una guerra atroz hasta hace dos días y están acostumbrados a tirar de pistola. No me gustan nada. ¡Toco madera! —respondió el inspector llevándose la mano derecha a la cabeza; había cerrado los dedos índice, anular y medio y mantenía extendidos el pulgar y el meñique.

—No generalices, Benzoni. Habrá de todo; como en todas partes, en Croacia y en Serbia hay gente buena y gente mala. Ya sabes lo que dijo Chesterton cuando una vez le preguntaron que qué opinaba de los franceses: «No lo sé, no le puedo contestar porque no les conozco a todos». Pues eso, Benzoni, que en todas partes hay buena y mala gente.

—¿Quién era ese Chesterton? Me suena a marca de tabaco...

—¡No seas burro, Benzoni! Chesterton era un escritor inglés y muy bueno, por cierto. Tiene un personaje, el padre Brown, un cura, que es un detective genial, un detective al que no se le escapa una. Te vendría bien leer alguna de sus obras.

—Jefe, ya sabe que leer no es lo mío, mira que lo he intentado con Camilleri y su Montalbano, pero no puedo.

—Pues a mí me gusta. Es muy bueno.

—¿Qué diría ese cura amigo suyo, el padre Brown, de todo este lío en el que estamos metidos?

—Buena pregunta. Supongo que haría un poco lo mismo que nosotros, ir armando el puzzle y no dejar de preguntarse por el *quid prodest?* de la cosa. Lo que pasa es que en este caso, si es que es el mismo, y digo eso porque, a veces, la verdad es que me vienen dudas, digo que si, como parece, hay conexión entre el asalto a San Marcos y el homicidio de San Lazzaro, no sé qué relación puede tener con el *hacker* croata, si es que se trata de un croata, que ésa es otra, porque vete tú a saber quién

está detrás de las manos capaces de triangulaciones informáticas que dan la vuelta al mundo antes de volver al lugar desde el que se ha iniciado la operación. Pero que no sepamos dónde encajan las piezas no quiere decir que no estén relacionadas. Podría ser una casualidad que el *hacker* hubiera entrado en el ordenador de la Científica por puro placer, porque ha visto en la televisión la noticia de lo de San Marcos y ha querido demostrar que es más listo que nadie; tengo entendido que suelen hacer eso, que crean programas que se hacen con las contraseñas y no hay código que se les resista. Entran y algunos incluso graban sus «hazañas» y luego las cuelgan en la Red para alardear de sus habilidades. Podría ser que fuera ése el caso, pero no sé... Después de veinte años en la Policía, la verdad es que no creo en las casualidades, lo que pasa es que tampoco veo dónde está la lógica en este caso, pero que no lo vea no quiere decir que no exista...

—Hoy le veo poco optimista, jefe —dijo el inspector, al tiempo que daba un volantazo para evitar que se les echara encima un camión que les había adelantado a gran velocidad—. ¡Pero qué hace ese imbécil, nos va a matar! —exclamó Benzoni indignado por la maniobra del conductor del camión—. ¡Será canalla! Jefe, ¿pongo la sirena y le detenemos? —preguntó.

—Déjalo, Benzoni, bastantes problemas tenemos, vamos a tranquilizarnos y a volver cuanto antes a casa —respondió el comisario con un gesto de resignación.

—Menos mal que llevamos un alfa, que es un coche cojonudo. Si es uno pequeño, el rebufo del camión nos habría metido contra el quitamiedos. De todas formas, jefe, aunque no nos paremos, déjeme que ponga la sirena sólo para que ese *terrone* se acojone y deje de conducir como si fuera el rey de la carretera.

—Haz lo que quieras, Benzoni, pero ni hablar de pararnos. Estoy cansado y quiero llegar cuanto antes a casa. Estoy hecho polvo —respondió el comisario llevándose las dos manos a la altura de las orejas en un intento de aminorar el ulular de la sirena cuyos destellos azules, captados por el retrovisor, helaron la sonrisa del camionero que había rebasado el coche de los policías a una velocidad muy por encima de la permitida. Instintivamente frenó llevándose una mano a la frente, una señal que delataba preocupación. Esperaba que el coche de la Policía le rebasara obligándole a detenerse, pero no fue así. El alfa romeo rebasó el camión y regresó al carril derecho sin que ninguno de sus dos ocupantes prestaran la menor atención al acongojado camionero. A lo lejos y a la izquierda, la línea del horizonte parecía partida en dos. A un lado se veía la silueta confusa de Mestre; en el otro, sobre las inquietas olas de la mar, la siempre enigmática Venecia reposaba.

## Capítulo 29

Los temores del ministro del Interior de Italia se revelaron más que fundados. *La Stampa*, el gran periódico de Turín, no sólo se había enterado del robo, también publicaba el contenido del análisis de los expertos del laboratorio de la Policía Científica de Roma. Cuando faltaban apenas diez minutos para la medianoche del día 11 de septiembre, Riccardo Salcioli, el jefe de su Gabinete, le llamó por teléfono poniéndole al tanto de la catástrofe.

—Ministro, perdone que le moleste a estas horas, pero es que tengo malas noticias.

—Me pillas en la cama, Riccardo. ¿Qué ha pasado?

—Es sobre lo de Venecia. *La Stampa* publica mañana lo del *hacker*...

—¡Se lo dije!, ¡se lo dije a Pisani! Le dije que en cuanto interviniera la Interpol sería cuestión de tiempo que hubiera una filtración. ¡Son de lo que no hay! ¡Fíjate, no han tardado ni una semana! —contestó indignado el ministro—. ¿Cómo lo presentan?

—Pues se lo puedo leer. Tengo la versión digital, supongo que el periódico de mañana no diferirá mucho. El primer titular dice que un *hacker* consigue penetrar en el ordenador central de la Policía Científica y roba informes secretos.

—Hablas de un primer titular, ¿hay más?

—Sí, ministro, hay más... y me temo que no le van a gustar —respondió Salcioli sabiendo la tormenta que iban a provocar sus palabras.

—¿Qué es lo que no me va a gustar, Riccardo? ¡Déjate de rodeos y cuéntame qué es lo que dicen!

—Dicen que el *hacker* robó el informe con los resultados del análisis del ADN que la Policía realizó a los restos encontrados en la tumba de San Marcos.

—¡Virgen Santa! ¡Qué desastre!

—Lo siento, ministro, pero hay más...

—¿Más? ¿Qué más? —preguntó Ottavio Agrícola sin poder disimular un suspiro tan profundo que a su jefe de Gabinete le pareció que anunciaba un ataque cardíaco.

—Dicen que según el informe los restos de ADN encontrados corresponderían a dos hombres, los dos de origen europeo, caucasianos, no semitas. Recalcan mucho este último aspecto, el que los restos corresponden a individuos, los llaman así, que eran caucasianos, no semitas. Hay un recuadro en el que un profesor experto en genética, un especialista que estuvo la otra noche en Canale 5, en el programa de Tiziana Marchesi, explica que ninguno de los dos se corresponde con el patrón genético de ADN de Palestina ni de la antigua Judea.

—¡Santo Dios! —exclamó el ministro—. ¡Nos ha tocado la lotería!

—Ministro, el periódico no da opinión; al menos en la edición digital, que es la que estoy leyendo; quiero decir que no hacen sangre —apuntó el jefe de Gabinete,

consciente del mal trago que todo aquello suponía para el ministro.

—Si no hacen sangre, es porque no les ha dado tiempo. ¡No seas ingenuo, Riccardo! ¿No ves que estamos jodidos? —replicó el ministro en un tono y con un registro de voz inusual en él—. ¡Espera, espera a mañana, a que los demás periódicos también se enteren de la noticia!

—Sí, ministro, tiene razón...

—¡Los periódicos y la televisión! ¡Y las radios! ¡Entérate, Riccardo, nos han jodido! ¡Qué faena!

—Se me ocurre que, en fin, quizá no sea para tanto. A fin de cuentas, ¿qué es lo que dicen? ¿Que se ha filtrado un informe policial con el ADN realizado a muestras tomadas en el sarcófago de San Marcos? Bueno, ¿y qué?

—¿Cómo que y qué, Riccardo? ¿No comprendes la trascendencia de todo esto? —preguntó, irritado, el ministro.

—Quiero decir, ministro, que si bien respecto al asalto del *hacker* no podemos hacer otra cosa que reconocer que nos han metido un gol, le sugeriría que anunciara que tiene intención de cortar algunas cabezas. Sobre lo del ADN, que es lo que más le preocupa, lo que creo que debemos decir es que lo que ha encontrado la Policía demuestra que fueron dos y no uno los asaltantes que entraron en San Marcos.

—Pero el primer informe de la Policía de Venecia sólo hablaba de un ladrón, lo recuerdo perfectamente —dijo el ministro. El tono de su voz había cambiado. Las palabras de su jefe de Gabinete parecía que habían encendido una luz allí donde segundos antes sólo había tinieblas.

—Lo sé, ministro; pero un informe policial puede ser corregido por otro informe policial.

—Umm, puede que tengas razón, Riccardo, pero antes de decir nada, déjame que lo piense, que le dé una vuelta; en este asunto nos jugamos mucho y hay que andar con pies de plomo. No sé si llamar al Primer Ministro para prevenirle y contarle cómo están las cosas antes de que se entere por la radio mañana por la mañana. En fin, son ya las doce, creo que lo mejor será esperar y llamarle mañana, Riccardo. Gracias; como siempre, me ayudas mucho. Duerme, duerme si puedes porque mañana va a ser un día de mucho trabajo. Te veré en el ministerio a primera hora.

—Ministro, no tiene que darme las gracias; sabe que estoy con usted desde hace muchos años y, bueno, me ha enseñado a separar lo importante de lo que no lo es y, como diría usted, a buscar «soluciones imaginativas». Si le parece, mañana preparamos un comunicado; en esta ocasión me parece que es mejor un comunicado que una rueda de prensa.

—¡Por favor! No me hables de ruedas de prensa a estas horas, que si lo pienso me voy a desvelar y pasaré toda la noche en blanco —respondió Ottavio Agrícola impostando la voz—. Hasta mañana, Riccardo, buenas noches.

—Hasta mañana, ministro, que descanse.

## Capítulo 30

Dunia Kovacevic, «Miss Lisi» en el mundo del circo, estaba nerviosa. La visita de los policías italianos había instalado en su ánimo gran desazón. Desde el mismo momento en el que se marcharon se enzarzó en un interminable ejercicio de vuelta a las preguntas del coronel y de repaso a sus respuestas. Estaba segura de no haber dejado ninguna huella cuando pasó por San Lazzaro, pero se atormentaba pensando que quizá algo había escapado a su control porque, de no ser así, concluía: ¿qué hacían allí los policías preguntando por el desaparecido Demeratu? La duda la consumía, la angustia había cortado su apetito —llevaba horas sin comer— y el miedo empezaba a tejer el manto del pánico cuando la idea de escapar cruzó por su cabeza anegando todos los demás impulsos de su cerebro. ¡Huir! ¡Huir! «Es la solución», pensó.

Aunque sabía que no debía hacerlo, fue entonces cuando marcó el teléfono del coronel Bojovic.

—¿Sí?

—¿Coronel? Soy yo.

—¡Sabe que no debe llamar a este teléfono! —respondió el militar con voz airada.

—Sí, lo sé, señor. Perdona, lo siento, pero es que es muy urgente; ha ocurrido algo, no sé...

—¡Hable!

—La Policía, señor; la Policía italiana ha venido al circo; han estado haciendo preguntas. Perdona, pero es que estoy muy nerviosa —dijo la mujer en un tono que revelaba un estado de gran agitación.

—Tranquícese, Dunia. Si no se tranquiliza, no podré ayudarla —dijo el coronel tratando de encontrar una salida a una situación que no había previsto—. ¿Qué querían los policías? —añadió en un registro de voz mucho más calmado.

—No sé, señor; bueno, en realidad, sí. Preguntaban por Demeratu, querían saber si trabajaba en el circo y, bueno, usted ya sabe...

—¡No diga nada por teléfono! —cortó el militar recuperando el áspero tono de voz con el que había iniciado la conversación.

—Pero si es usted quien me ha preguntado, yo... —acertó a decir la mujer, confundida por el cambio de tono de su interlocutor.

—Ya sé, ya sé que le he preguntado yo, pero ¡por favor!, utilice la cabeza, ¿no comprende que estamos hablando por teléfono y que no es un canal seguro?

—Sí, sí, claro, perdona, perdóneme, es que estoy muy nerviosa y no sé muy bien qué debo hacer.

—Yo se lo diré. Ante todo, Dunia, mantenga usted la calma. No pierda los

nervios, parece mentira que una mujer como usted, con su experiencia, no consiga dominar la situación. Dígame una cosa, Dunia, los policías que hablaron con usted, ¿cuántos eran?

—Dos, señor, eran dos.

—Dos, está bien. ¿Y estaban solos o había más con ellos en los alrededores del circo?

—Pues no sé, la verdad es que no me fijé demasiado, pero creo que eran dos nada más.

—¿Hablaron sólo con usted o también hablaron con otras personas del circo?

—No, sólo conmigo, no; hablaron con «Kolia» Vapcarov, el domador, y también con el señor Gruevsky, el director del circo.

—¿Y qué es lo que querían saber?

—Ya se lo he dicho, preguntaban por Demeratu, querían saber si lo conocíamos, y, claro, les dijimos que sí porque todo el mundo sabe que trabajaba en el circo.

—¿Se interesaron por alguna otra cosa? Trate de recordar, Dunia, es importante.

—No, bueno, ¡sí! Ahora que recuerdo, me preguntaron si había estado alguna vez en Venecia, sí, eso es, lo recuerdo perfectamente.

—Y usted, ¿qué les contestó?

—Pues yo... yo les dije que hacía tiempo que no iba por Venecia...

—Bien, hizo usted bien. No se preocupe. Están buscando a Demeratu y es lógico que hayan acudido a su lugar de trabajo. No debe preocuparse, Dunia. No saben nada, son policías y están haciendo su trabajo. Si se pone usted nerviosa, se pondrá en evidencia. Mantenga la calma. ¡Hágame caso!

—Pero yo, señor, no estoy tranquila y me gustaría volver a Skopie, había pensado que usted lo comprendería... —añadió la mujer con voz entrecortada por los sollozos.

—¡No llore, Dunia! ¡Contrólese! —ordenó el militar.

—Lo siento, señor, es que tengo miedo...

—Bien, está bien, le diré lo que tiene que hacer. ¿Quiere usted volver? ¡Pues vuelva! Tiene usted mi permiso, pero hágalo bien, despídase del circo sin prisa, pero no de hoy para mañana, porque eso haría sospechosa su marcha. Prepárelo todo, pero deje pasar unos días, una semana, mejor diez días. ¿Ha entendido bien lo que le he dicho? —preguntó el coronel.

—Sí, sí, señor. Lo haré tal y como usted ha dicho, no se preocupe: me iré dentro de diez días —contestó la mujer aliviada por las palabras del militar.

—Bien, será mejor que sea así. Una última cosa, Dunia: no vuelva a llamarme a este teléfono. Cuando llegue a Skopie, ya nos veremos. Adiós —añadió el coronel cortando la comunicación sin dar tiempo a la mujer para despedirse.

Dunia Kovacevic se quedó cortada. Las últimas palabras del coronel la devolvieron al estado inicial de ansiedad. Sabía que algo iba mal, pero no acababa de

encontrar la forma de superar la angustia que embargaba su ánimo. Le vino a la cabeza el grito de Milovan Demeratu al caer al suelo tras recibir el pinchazo mortal que en pocos segundos acabó con su vida. Había hecho lo que le había ordenado el coronel; el militar, de manera un tanto vaga, había insinuado que Demeratu era un traidor. Había cumplido la orden sin preguntar, pero ahora, al escuchar aquella voz tan áspera, la misma que le había ordenado acabar con la vida de su compañero, sintió el vértigo de la duda. Aunque ella no lo sabía, Demeratu también era colaborador del antiguo servicio secreto yugoslavo de los tiempos de Tito. Actuando por separado y sin saber el uno del otro, el circo les había servido de tapadera en algunas de sus misiones en el extranjero; las gentes de circo no saben de fronteras. La *troupe* de un circo pertenece a la estirpe de Babel, va de un lado para otro y se mueve sin despertar sospechas.

Dunia Kovacevic había nacido en Prilep, una pequeña población situada a unos cincuenta kilómetros de Skopie. Había pertenecido a las Juventudes Comunistas y más tarde al Partido; siempre se había movido en los ambientes de los seguidores de Tito. Apenas había cumplido veinte años cuando la reclutaron para colaborar con los servicios de información del régimen. Tras la muerte de Tito y las turbulencias políticas posteriores, echó el ancla en Serbia. En Belgrado había conocido al coronel Bojovic. No era la primera vez que participaba en misiones especiales, pero se quedó muy desconcertada cuando el coronel le dio orden de acabar con aquel compañero del circo con el que apenas se relacionaba. El coronel le había dicho que Demeratu era un traidor y un ladrón, pero no le había dicho cuál era su crimen y qué era lo que había robado. Dunia Kovacevic era una agente disciplinada y no había preguntado más. Esperó a recibir el veneno y, cuando lo tuvo en sus manos, siguiendo las instrucciones del coronel buscó una de las sombrillas que utilizaba en su número de los animales trapevistas y con una lima que se había procurado al efecto trabajó la contera de la sombrilla hasta convertirla en un afilado punzón. Días después, se trasladó a Venecia para cumplir su misión.

«¿Cómo puedo saber si Demeratu estará esa mañana en San Lazzaro?», había preguntado al militar cuando éste la llamó para ordenar la ejecución.

«No se preocupe por eso: él estará en San Lazzaro a las doce y media. Es muy importante que estudie los horarios de los barcos para estar en la isla a la hora que le acabo de indicar. Cuando se vean, no se saluden: hagan como si no se conocieran», le había dicho el coronel.

Contestó que sí, que consultaría los horarios, pero no acababa de entender cómo podía estar tan seguro el coronel de que Demeratu acudiría a la isla, aunque de las palabras del militar había deducido que su compañero de circo también trabajaba para el coronel. Ni él ni el militar se lo habían comentado.

La idea de que Bojovic había estado jugando con su vida y con la de Demeratu



acentuó su grado de ansiedad. Al evocar la figura del militar, Dunia Kovacevic sintió miedo, más que el que había disimulado ante los policías italianos que con su presencia habían quebrado la melancólica rutina del Circo de Belgrado. Tuvo un momento de duda y estuvo a punto de huir incumpliendo las órdenes del coronel; después, lo pensó más y decidió quedarse. Pese a que el sistema comunista se había desmoronado y Serbia y Macedonia eran ahora Estados democráticos, como tantos otros antiguos comunistas alienados durante años por aquella doctrina totalitaria, Dunia conservaba un rescoldo de añoranza del sistema que lo había sido todo en su vida, porque todo lo programaba: desde el nacimiento hasta la tumba.

Eran muchos años de disciplinada obediencia los que casi habían conseguido anular los impulsos personales y las libertades a las que con tanta rapidez se habían apuntado los jóvenes; en el fondo, la libertad le daba miedo. Durante muchos años, obedecer sin preguntar le había permitido vivir sin problemas y aquella costumbre se había convertido casi en un acto reflejo. Por eso, tras la duda inicial, decidió permanecer en Trieste ignorando que a ochocientos kilómetros de allí el coronel Bojislav Bojovic había decidido ya su destino.

## Capítulo 31

Tiziana Marchesi era una mujer muy inteligente que a lo largo de toda su vida profesional había tenido que luchar contra el prejuicio que despertaba su extraordinaria belleza. El éxito del programa que presentaba y dirigía en Canale 5 la había convertido en una figura nacional. Toda Italia la conocía y todos los italianos sabían de su agresiva independencia.

En las entrevistas que de vez en cuando le hacían otros colegas siempre había un momento en el que Tiziana recordaba al poeta Kavafis evocando un poema que habla del amargo don de la belleza. «Todavía hay mucho machista en Italia —decía—. Para ellos, ser mujer y ser guapa es como tener escrito en la frente un letrero que proclame que una es tonta, y, mira —añadía—, por ahí no paso. Ni por ahí, ni por ningún otro sitio que yo no haya querido. Llegar donde estoy me ha costado mucho, pero no hay nada en mi carrera de lo que deba avergonzarme».

La quería la cámara y la adoraba el público que seguía su programa de actualidades con una fidelidad rayana en los comportamientos propios de los seguidores de una secta.

El programa duraba dos horas y tenía varias secciones, pero el plato fuerte eran las entrevistas y los debates sobre los principales asuntos de la semana. La edición correspondiente a la segunda semana de septiembre había elegido el caso del *hacker*, del pirata informático que había robado los informes del laboratorio de la Policía de Roma sobre las muestras de ADN localizadas en la basílica de San Marcos de Venecia. Durante los días previos a la emisión del programa de Canale 5 había estado promocionando la emisión con un vídeo en el que se mezclaban imágenes de San Marcos con planos de un laboratorio científico presentados en la jerga de *CSI*, una serie televisiva de gran éxito centrada en casos de investigación resueltos gracias a la pericia de los expertos de la Policía y a los nuevos métodos para identificar huellas y pistas recogidas en el lugar del crimen.

El programa se emitía los jueves desde Roma, pero aquella semana Tiziana y su equipo se trasladaron a Venecia un lunes por la mañana. Se instalaron en el Danieli, un hotel-palacio que en tiempos había sido residencia de los dogos de Venecia y que está muy cerca de la plaza de San Marcos, el lugar donde estaría emplazado el plató desde el que se emitiría en directo el programa. Conseguir el permiso del Ayuntamiento de Venecia había sido laborioso; lograr que el comisario jefe de la Policía asistiera al programa resultó imposible. Marco Sforza había declinado la invitación en las dos ocasiones en las que el productor jefe del programa le había requerido para participar en el espacio televisivo.

—Ni pagando, ni sin pagar, el «supermadero» no quiere ni oír hablar de nosotros —le dijo Arrigo Impala, el productor del programa, cuando se vieron en el hall del

hotel—. Como no lo consigas tú, jefa, me temo que vamos a quedarnos con las ganas.

—¿Tienes ahí su número de teléfono? —preguntó la periodista.

—Sí, te lo apunto en este papel...

—Trae, haré un último intento, y, si no quiere, vamos a ver si desde Roma, desde su despacho, nos puede entrar el ministro por teléfono o enviándole una unidad móvil... A lo mejor se deja.

—No sé, tú sabrás si tienes entrada con Agrícola, la verdad es que siempre que le hemos llamado ha respondido, lo que no sé es si ahora, con el marrón que tienen encima, le interesará hablar. Ya sabes cómo son los políticos: cuando les conviene salir en la televisión, todo son palmaditas en la espalda, pero si les llamas cuando tienen problemas, siempre están reunidos...

—Sí, pero con eso ya contamos. Los políticos sólo son amigos cuando están en la oposición —replicó Tiziana Marchesi con un gesto de fastidio propio de quien llevaba años asistiendo a las costumbres farisaicas de la mayor parte de los políticos y soportándolas—. Voy a subir a la habitación a cambiarme y llamaré al comisario desde allí; lo de contar con el ministro del Interior no me parece mala idea, la entrevista podría complementar la del comisario, podríamos hablar de la parte política, de las consecuencias primero del asalto a San Marcos y después del *hacker*, la oposición ya ha presentado una pregunta en el Senado... Sí, podría estar bien. Por cierto, Arrigo, ¿qué pasa con el cardenal Lorenzi, han contestado desde el Vaticano a la petición de entrevista?

—No lo sé; te lo digo en diez minutos. Hablamos con su secretario antes de salir de Roma y quedó en que respondería hoy. En cuanto sepa algo, te llamo, jefa.

—Bien, dímelo porque si no hemos de pensar en algún otro invitado para el programa y ya se nos está echando el tiempo encima. Ah, se me olvidaba, en cuanto tengáis montado el previo, quiero ver el reportaje del ADN, no me gustaría que fuera un coñazo demasiado técnico, ya sabes que me gustan las cosas claras y sencillas, que el *off* no suene a jerga de especialistas en antropología molecular. Quiero que lo entienda todo el mundo.

—Descuida, lo ha hecho Piero Bevilacqua, ya sabes cómo trabaja.

—Bueno, si es cosa de Piero, me quedo más tranquila; de todas formas, quiero verlo, avísame en cuanto tengáis montado el tinglado, ¿de acuerdo?

—¡Señor, sí, señor! —contestó el productor, cuadrándose y llevándose la mano a la frente a la manera de los marines norteamericanos.

—Déjate de tonterías, Arrigo, que no estoy de humor, me preocupa lo que me has dicho del comisario Sforza. Era la pieza clave del programa, con él en el plató tendríamos asegurada la atención de la gente porque podríamos hablar de cómo van las investigaciones sobre el asalto a San Marcos.

—Toca «Melodía de seducción», jefa. Si no lo consigues tú, nadie lo puede

conseguir. El programa está en tus manos, y ¡nunca mejor dicho!

—¡Qué simpático! ¡Venga, poneos a trabajar, que no vamos sobrados de tiempo! —contestó Tiziana Marchesi al tiempo que con la llave de la habitación en la mano se dirigía hacia el ascensor—. ¡Arrigo! Te llamaré en diez minutos, procura no estar comunicando —añadió mientras abría la puerta.

—¡Oído barra, jefa! —contestó el productor cuando ya la periodista desaparecía en el interior de un elevador cuyos pasajeros, al percatarse de su presencia, reflejaron en sus caras el mismo efecto de asombro y felicidad que habría provocado un rayo en un trigal.

Al llegar a la habitación, lo primero que hizo fue quitarse los zapatos. Después encendió el televisor. Le gustaba estar sola, pero no soportaba la soledad silenciosa. Alguna vez había pensado que aquel rechazo suyo al silencio era fruto de la deformación profesional, pero no pasaba de ser una forma de llamar a las cosas. Lo cierto era que Tiziana estaba sola; a sus treinta y cinco años permanecía soltera. Varios hombres habían pasado por su vida, pero ninguno había sido capaz de retenerla. Una de sus mejores amigas había diagnosticado el problema de la falta de continuidad de aquellas relaciones: «Los intimidas —había dicho su amiga—, haces que se sientan inseguros». Tiziana había rechazado aquella apreciación, pero acabó por darla por buena. Desde que el éxito del programa la había convertido en una figura nacional, su circunstancia personal resultaba paradójica: la mujer más admirada y deseada de Italia dormía sola.

Sin mirar la pantalla, con el sonido de fondo de un canal especializado en noticias, la periodista se sentó en un sillón colocado frente al ventanal geminado que se asoma al espectáculo del canal de San Marcos con la iglesia de San Giorgio al fondo. Tanta belleza habría conmovido hasta a un ciego. Tiziana también sucumbió al éxtasis estético. Durante unos minutos permaneció quieta, hipnotizada por la fluida armonía de aquel espacio único en el mundo. Después, sonó el móvil.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó.

—¿La señora Marchesi? ¿Tiziana Marchesi? —dijo una voz que no reconoció.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Le llamo del Gabinete telefónico del Ministerio del Interior. Por favor, no se retire, le va a hablar el señor ministro —respondió la voz con un tono impersonal.

—¿Quién ha dicho?

—Sí, ¿Tiziana? *Allô!* Soy Ottavio Agrícola, perdona que te moleste, ¿puedes hablar? —preguntó la voz que esta vez sí reconoció Tiziana.

—¡Ministro! Hola, buenos días. Sí, sí puedo hablar... —respondió un tanto desconcertada.

—Sé que te habrá sorprendido la llamada, discúlpame, pero enseguida comprenderás por qué te llamo. Riccardo Salcioli, mi jefe de Gabinete, me ha dicho

que querías que el próximo jueves estuviera en el programa para hablar de lo de Venecia y el *hacker* que se coló en el ordenador de la Policía Científica...

—Sí, sí, claro, ministro, me gustaría mucho contar con su presencia —respondió Tiziana sorprendida por la llamada directa del político, circunstancia que hizo que se pusiera en guardia.

—Tiziana, como sabes, soy un seguidor de tu programa. Se podría decir que hasta soy un fan tuyo..., pero me vas a tener que disculpar porque en esta ocasión creo que no es oportuno que vaya.

—¿Por qué? —interrumpió la periodista.

—Verás, creo que hasta que concluya la investigación, es mejor que no hable. Cualquier cosa que diga sería mal interpretada y, en función del resultado de las indagaciones de la Policía, incluso podría ser contradictoria. Tienes que entender que lo que está en juego es el prestigio de la Policía. Como sabes, he ordenado una investigación a fondo para determinar lo que pasó, por si se tratara de una negligencia; quiero decirte que también está abierto un expediente interno de la propia Policía para depurar responsabilidades. Tienes que entenderlo, tal y como están las cosas, el ministro del Interior no debe pronunciarse sobre el caso porque podría ser interpretado, y con razón, como una interferencia...

—Pero, ministro, al margen del caso del *hacker*, está lo del ADN de San Marcos.

—¡Por Dios, Tiziana! No digas eso ni en broma. No existe el ADN de San Marcos, ésa es una falacia de tus colegas de los periódicos. Lo que ha investigado la Policía son muestras de los ladrones que trataron de robar en la basílica. Lo otro es una fantasía periodística, de muy mal gusto, por cierto. Espero que no caigas en el mismo error —añadió el ministro en un tono en el que la periodista creyó advertir un registro de súplica.

«Está acojonado; por alguna razón, este asunto le supera», pensó, pero no lo dijo.

—Razón de más para venir al programa y explicarlo... —añadió la mujer tratando de aprovechar la ventaja psicológica del momento.

—No, no, sobre la cuestión del programa, la decisión es firme. No debo ir, tienes que entenderlo; también me gustaría que nos echases una mano para que la gente entienda lo que ha pasado y no se trague las fantasías que están publicando algunos de tus colegas...

—¿Qué fantasías? ¿A qué se refiere, ministro?

—Pues a lo que te decía antes: hablar y especular sin venir a cuento del apóstol y si están o no sus restos en Venecia. A eso me refiero, Tiziana. Me parece periodismo amarillo, perdona que te lo diga.

—¿No lo dirá por el programa? —preguntó la periodista con recelo.

—No, no, por supuesto; tu programa no es amarillo. Me refería a algunas de las noticias que, al igual que yo, habrás leído en los periódicos de esta mañana —replicó

el político, reculando.

—Sí, sí, lo he leído en el avión...

—¿Estás fuera de Roma?

—Sí, me pilla en Venecia, vamos a hacer el programa desde aquí —respondió Tiziana sabiendo que aquella revelación no contribuiría precisamente a rebajar la preocupación de su interlocutor.

—¿En Venecia?

—Sí, ya le he dicho que el jueves haremos el programa desde aquí con San Marcos de fondo...

—Bueno, como comprenderás, no voy a impedirlo... Pero quiero pedirte una cosa —añadió el político en un registro de voz que delataba y mezclaba la preocupación con una explícita admonición—: Te pido que cuentes la verdad.

—¿Qué verdad? ¿A qué se refiere...?

—A la verdad, a que es una estupidez hablar de que se han analizado muestras de los restos que contiene el sarcófago de San Marcos. Te voy a decir más, te voy a decir algo que no se ha publicado: eran dos los ladrones que intentaron robar en la basílica. Se ha dicho que era uno, pero en realidad eran dos. Te doy la primicia, ¿qué te parece?

—Pues no sé qué decir, ministro. ¿Puedo citar la fuente?

—¡No me hagas esa faena! Yo te lo digo, pero no digas que te lo he dicho.

—¿No hay entonces posibilidad alguna de que venga al programa?

—No, Tiziana, ya te he explicado cuáles son las razones; créeme que lo siento, soy sincero cuando te digo que soy un fan del programa. En otra ocasión, cuando pase todo esto, yo, encantado de ir al plató —respondió el ministro—. Ahora, me vas a tener que disculpar, porque dentro de media hora tengo que despachar con el Primer Ministro, ya sabes que mañana sale en visita oficial hacia Albania y me ha pedido un informe sobre la inmigración; ya sabes cómo están por allí las cosas después de lo de Kosovo. Gracias y hasta pronto, te seguiré por la televisión —concluyó Ottavio Agrícola.

—Sí, claro, está bien, ministro; ya hablaremos. ¡Adiós!

Colgó y se quedó mirando la pantalla del teléfono. El número que había quedado grabado tenía prefijo de Roma. Dudó un momento si debía incorporarlo a la memoria del móvil, pero acabó desechando la idea. «¿Para qué quiero el número del Gabinete telefónico del ministerio? Seguro que lo tienen en producción», se dijo. Después, cerró la tapa del pequeño teléfono celular, un formato de última generación programado para realizar todo tipo de funciones. «Cualquier día hasta pensarán por nosotros», se dijo para sus adentros la periodista antes de acercarse hasta una mesita sobre la que había dejado el bolso. La llamada del ministro del Interior la había descolocado; había hablado con él en otras ocasiones, pero no era lo que se dice un

amigo. Con los políticos, con todos los políticos, Tiziana Marchesi procuraba establecer distancias. Su filosofía era muy clara: los periodistas deben ser observadores críticos del poder, nunca intermediarios unidos en sus intereses a los de los poderosos.

Su instinto de periodista curtida le decía que la llamada no había sido inocente. Repasando la conversación y recordando los halagos hacia el programa, llegó a la conclusión de que Agrícola, como buen político, había desplegado ante ella una cortina de halagos para, inmediatamente después, advertirla de los riesgos que entrañaba contar la historia no tanto del robo de los datos del archivo de la Policía Científica como de los resultados del análisis de ADN de las muestras recogidas en San Marcos. «¡Qué raro que me haya llamado! —pensó—. ¿Por qué parecía tener tanto interés en decirme que lo del ADN era irrelevante?». Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que nadie hasta aquel momento había dicho que fueron dos los ladrones que penetraron en la basílica. «Tengo que localizar hoy mismo al comisario Sforza. Si me confirma el dato de que fueron dos ladrones, sería un buen *scoop* para arrancar el programa», se dijo al tiempo que buscaba la agenda en el interior del bolso que había dejado encima de una mesita.

De fuera llegaban hasta la habitación los abigarrados sonidos del canal de San Marcos, la «calle principal» de Venecia.

## Capítulo 32

Tras cortar la conversación con Dunia Kovacevic, el coronel Bojovic —que seguía en la habitación del hotel Holiday Inn— guardó el móvil en uno de los bolsillos de la chaqueta y descolgó el teléfono fijo que reposaba sobre la mesita de noche. Después, marcó el número de otra habitación y esperó.

—Sí, ¿quién llama? —dijo una voz en tono áspero.

—Disculpe, señor. Hay algo que creo que debería usted saber, pero por teléfono no me parece... —respondió el militar sin acabar la frase.

—Entiendo. Le espero a usted en mi habitación, suba cuanto antes —dijo la voz al tiempo que su dueño colgaba el teléfono con brusquedad.

«Está de mal humor... para variar... Pues cuando le diga lo de Trieste, todavía será peor», se dijo el coronel, mientras se arreglaba la corbata y abandonaba la habitación.

Tras subir tres pisos, se paró ante la puerta de una suite. Frente a ella montaba guardia un hombre de unos treinta años con un corte de pelo inequívocamente militar.

—¡A sus órdenes, señor! ¡Sin novedad! —saludó el plantón cuadrándose como si llevara uniforme.

—Gracias, Josip, no es necesario que te cuadres, ya no estás en la *Milicija*.

El hombre llamó tres veces a la puerta; esperó unos segundos y volvió a llamar otras dos. Una voz respondió desde dentro preguntando algo que el coronel no pudo entender.

—¡Mitrovica, abre! —dijo el guardia.

La puerta se abrió; el hombre que estaba dentro se hizo a un lado y el coronel entró. Frente a él otro guardia de estatura superior al que estaba en el pasillo le saludó llevándose la mano derecha a la frente.

—Buenas tardes, señor —dijo el guardaespaldas haciéndose a un lado—. Pase, el jefe le espera.

El coronel no respondió. En tres zancadas cruzó el pequeño salón hasta llegar a una puerta que estaba entreabierta. La empujó suavemente y entró. En el centro de un salón mucho más amplio estaba el anciano al que todos llamaban Merkurio.

—Y bien, coronel, ¿qué es eso tan urgente que tenía usted que comunicarme? —preguntó el hombre con rudeza.

—Señor, tengo malas noticias de Trieste. Una de nuestras agentes ha perdido los nervios y podría poner en peligro toda la operación.

—¡Sea más preciso, Bojovic! —reclamó el anciano frunciendo las cejas, un gesto que confería a su rostro un aire mefistofélico.

—Verá —contestó el militar caminando hacia su interlocutor al tiempo que se llevaba un dedo a los labios y lo desplazaba después hasta una oreja en señal de



alerta. Cuando estuvo cerca del anciano continuó hablando en voz baja—: Se trata de Dunia Kovacevic, una agente nuestra que está en Trieste y a la que le fue encomendada la sanción para Demeratu. La Policía italiana ha ido al circo preguntando por Demeratu, y, como le decía, creo que ha perdido los nervios y tiene un ataque de pánico —añadió el coronel.

—¿Qué quiere? —preguntó el hombre que se hacía llamar Merkurio con el aire de impaciencia de quien tiene la cabeza en otro sitio.

—Quiere volver.

—Y usted, ¿qué le ha dicho?

—He tratado de ganar tiempo, señor. Le he dicho que podría volver, pero que debía esperar diez días para no levantar sospechas entre las gentes del circo donde trabaja.

—¿Diez días? ¿Y qué es lo que espera usted que suceda durante ese tiempo?

—Pues... había pensado que, si usted me da permiso, claro, podríamos resolver la situación antes de que los nervios la traicionen y nos cree un problema.

—Bien. ¡Hágalo usted mismo, coronel! Pero no quiero fallos. Sabe usted que la operación está en marcha y en estos momentos no debemos distraer más energías que las que sean necesarias para garantizar la seguridad de la misión. Tiene usted cinco días para llevar a cabo la sanción. ¿Podrá hacerlo? —preguntó Merkurio mirando a los ojos al coronel.

—Sí, creo que sí, señor. Si le parece, me llevaré a uno de sus hombres como conductor. Teniendo su autorización debo plantarme en Trieste cuanto antes; antes de que el pánico haga que Miss Lisi emprenda el vuelo por su cuenta.

—Haga lo que tenga que hacer, pero asegúrese de que nada nos puede relacionar con el desenlace del caso —ordenó el anciano—. Y ahora, coronel —añadió dando media vuelta y encaminándose hacia una mesa de despacho que había en un rincón —, si me disculpa, creo que los dos tenemos mucho trabajo.

—Sí, señor —contestó el militar chocando los tacones de los zapatos.

—Ah, coronel, una última cosa: no me llame para informarme de la marcha de los acontecimientos, ya sabe que en estos tiempos las comunicaciones son poco fiables.

—Entendido. Buenas tardes, señor.

## Capítulo 33

A las ocho de la mañana del martes 12 de septiembre, cuando Ottavio Agrícola se dirigía en su coche oficial a la sede del Ministerio del Interior, recibió una llamada telefónica que le amargó el día. Era del Primer Ministro. La noticia que publicaba *La Stampa* sobre el robo informático que había sufrido el laboratorio de la Policía le había puesto de muy mal humor. El Primer Ministro y Presidente del Consejo de Ministros era un hombre famoso por su cachazuda forma de ser, pero, como bien sabía el ministro, aquella fama no hacía honor a la verdad. Era una pantalla. En realidad, su jefe era un individuo que en público disimulaba sus emociones, pero tenía un pronto colérico sin derecho a réplica, un pronto autoritario que de vez en cuando sufrían sus colaboradores. Aquella mañana se había ensañado con el pobre Agrícola.

—Ministro, te supongo al tanto del ridículo que estamos haciendo —habían sido sus primeras palabras. Después vino el chorro por no haberle advertido de lo que había pasado y de sus consecuencias—. Estoy rodeado de inútiles; sí, Ottavio, inútiles. ¡Cómo puede ser que la Policía se deje robar un informe confidencial que debería ser el más protegido del mundo! ¡No lo entiendo! La verdad, se me escapa. Supongo que habrás destituido ya al inútil que dirige la Policía —preguntó, como siempre, sin derecho a réplica—. Espero, Ottavio —prosiguió—, que podamos salir de ésta mínimamente airosos; como sabes, pasado mañana tengo un viaje oficial a Albania y los periodistas me van a cruzir a preguntas. Para entonces espero tener noticias positivas. ¡Quiero la cabeza del inútil que es el responsable de este ridículo espantoso! ¿Me has entendido bien? —había preguntado con la voz de quien ha tenido una mala noche.

—Sí, Presidente, claro que lo he entendido, pero, si me permite, déjeme que diga unas palabras no en descargo de los responsables del laboratorio, pero sí para explicarle que técnicamente hablando es imposible disponer de un blindaje total de las comunicaciones en Internet; le recuerdo que hace un par de años un *hacker* consiguió entrar en el ordenador del Pentágono. No estoy disculpando lo que ha pasado, que coincido con usted en que es muy grave, lo que digo es que lo que me aseguran los técnicos es que es imposible garantizar al cien por cien las comunicaciones en la Red. En este caso hemos tenido la mala pata de que el informe que se ha filtrado tiene mucho morbo para la prensa porque está lo del robo de Venecia y todo eso vende periódicos —había dicho el ministro repitiendo en parte los mismos o parecidos argumentos que él mismo había rechazado el día anterior cuando quien así argumentaba era el director de la Policía.

—Quiero que sepas —había concluido el Primer Ministro— que este asunto nos va a hacer mucho daño porque la oposición lo va a aprovechar para acusarnos de

todo. Al final dirán que hemos sido nosotros los que hemos robado en San Marcos. Por cierto, ¿qué sabes del robo?

Le había tenido que decir que, por desgracia, no había ninguna novedad, aunque precisamente aquella mañana tenía citado al director de la Policía para que le informara sobre la marcha de las investigaciones.

—Tenme al tanto de cualquier novedad. No quiero, repito, no quiero enterarme por los periódicos de lo que pasa en Italia, como, por desgracia, ha ocurrido hoy con lo que publica *La Stampa*. ¿Me he explicado bien, Ottavio?

El chorreado ministro había respondido lo único que se puede responder cuando el jefe está al borde de un ataque de nervios y uno mira el reloj y ve que todavía no son las nueve de la mañana. Después pensó que aquél no sería el único sapo que tendría que tragarse a lo largo del día. Mientras el coche se acercaba al ministerio, Ottavio Agrícola recordó que a las doce había citado en su despacho al cardenal Lorenzi.

Tras hacer frente al Libro de Firmas que de manera solícita le había presentado Alicia, su secretaria, el ministro le dijo que aquella mañana quería estar tranquilo, que no citara a nadie antes de la entrevista con el cardenal.

—Ahora —había dicho— quiero que me ponga por la línea privada con Alvisè Pisani.

Tres minutos después, la secretaria le anunció que tenía al teléfono al director de la Policía.

—¡Buenos días, Alvisè!

—¡Buenos días, ministro!

—¿Qué novedades tenemos?

—¿Novedades sobre qué, ministro?

—Sobre qué va a ser, Alvisè, ¡sobre el caso del robo de San Marcos y el del pirata informático! ¿Es que no lees los periódicos? —contestó airado el político.

—Claro que leo los periódicos, ministro, pero es que quería saber a qué se refería. He leído lo que publica *La Stampa* y, la verdad, creo que la filtración nos hace daño y estamos investigando de dónde ha podido partir porque hay un detalle que parece indicar que podría haber sido cosa de Interpol.

—Lo sabía. ¡Era lo que nos faltaba para hacer el ridículo!

—No se ponga así, ministro; si me da un minuto, se lo explico —contestó el director de la Policía sin arrugarse.

—¡Eso es lo que espero, que te expliques! Porque si no van a rodar cabezas y te aseguro que no será la del ministro.

Alvisè Pisani no se dio por aludido. También él era un veterano acostumbrado a tratar con políticos de todos los colores y sabía que las filtraciones que publica la prensa les ponen a todos de los nervios. Viven de la imagen y todo lo que no son

titulares encomiásticos lo consideran hostil, fruto de operaciones bastardas de sus enemigos políticos o del odio de periodistas resentidos.

—Ministro, verá, creemos, aunque todavía no puedo asegurarlo al cien por cien porque, como le digo, lo estamos investigando, lo que creemos, digo, es que lo que publica el periódico es sólo una parte del resultado de los informes del laboratorio de la Policía Científica y correspondería al análisis de una parte de las muestras de ADN enviadas desde Venecia.

—¿Han identificado ya al pirata? —preguntó el ministro hincando los dientes en el bocado más fresco.

—Bueno, al *hacker* como tal, no; pero sí han averiguado desde dónde operó. Actuó desde Croacia, concretamente desde la ciudad de Dubrovnik.

—¡Dubrovnik! ¿Qué interés pueden tener los croatas en todo este asunto?

—No lo sabemos, ministro. Es lo que nos disponemos a investigar porque la comunicación de Interpol es de esta misma mañana.

—En Croacia, ¿quién puede tener interés en meter las narices en un asunto como éste? —preguntó el ministro sorprendido y extrañado por la información.

—No lo sabemos; como le digo, en cuanto Interpol nos ha notificado la fuente del pinchazo, hemos empezado a investigar por nuestra cuenta y eso ha sido esta misma mañana, así que es muy pronto para obtener resultados...

—¿Hay algún pez gordo de la mafia croata en alguna cárcel italiana? Alguien que esté buscando un intercambio.

—Es lo primero que se nos vino a la cabeza y lo estamos investigando; ya le digo, ministro, que la información de Interpol tiene horas y es pronto para saber nada. Por supuesto, en cuanto tengamos algo se lo comunicaré —añadió el director de la Policía con un cierto aire de alivio al captar que el enfado del ministro parecía estar amainando.

—Eso espero. Volviendo a la filtración a *La Stampa*, ¿qué tiene que ver con Interpol?

—Tampoco lo sabemos, es sólo una hipótesis, pero la más plausible de todas, porque no creo que la filtración haya salido de aquí, de Roma.

—No estés tan seguro, Alvisé. Descontentos o infiltrados los hay en todas partes. Cuando supimos que se había producido el robo de los archivos, te pedí que cortaras algunas cabezas para que sirvieran de ejemplo. ¿Me has hecho caso? ¿Has destituido a alguien? —preguntó el ministro rascándose la barba con la que compensaba una alopecia inmisericorde.

—Sí, ministro, le hice caso: a Cicogna, el director del laboratorio, ya le ha sido notificada la destitución. Valpreda, su segundo, se ha hecho cargo de manera interina del laboratorio y está al frente de la investigación que hemos abierto para saber cómo se produjo el robo de los archivos.

—Bien, me parece bien la decisión de destituir al responsable del laboratorio, pero eso abre una puerta a que la filtración haya podido salir del propio departamento. El despecho, el rencor, o lo que es lo mismo, el deseo de venganza, son motores de la Historia, Alvise. Yo que tú no descartaría a nadie a la hora de averiguar quién nos ha dejado con el culo al aire al filtrar a los periodistas los informes del ADN y la noticia del robo.

—Lo tendré en cuenta, ministro, pero en el caso de Baldassare Cicogna me atrevería a poner la mano en el fuego. Yo creo que la cosa está más en Lyon, en la Interpol, que aquí en Roma, en el laboratorio —dijo el director de la Policía con tal aplomo que él mismo se sorprendió de la rotundidad de sus palabras.

—Por cierto, Alvise, ¿quién ha bautizado los archivos con eso de «Informe San Marcos»?

—Es un invento de los periodistas, ministro; ya sabe lo aficionados que son a novelar sus escritos y a titularlos con nombres de películas o de libros. *El Código da Vinci, El Informe Pelicano...*

—Hablando de San Marcos, ¿cómo va la investigación del intento de robo en la basílica de Venecia? Hoy me lo ha preguntado el Presidente y no he sabido qué decirle.

—Va bien, ministro, pero todavía no hay resultados.

—¿Qué quieres decir con eso de que «va bien, pero no hay resultados»? Hablas como los políticos, Alvise, olvidas que el político soy yo. Dime exactamente cómo están las cosas, no me vengas con eufemismos.

—Perdón, ministro. No me he explicado bien...

—¡Pues explícate, que esta mañana no estoy de humor para escuchar florituras verbales!

—Está bien; verá, como sabe, es el comisario Sforza, el comisario jefe de Venecia, quien lleva personalmente la investigación. Hablé con él anteayer y me dijo que disponen de una pista sólida, que están tirando del hilo para llegar al ladrón y, aunque no me quiso decir nada en concreto, la verdad es que me ha parecido que estaba muy seguro, como si estuviera a punto de realizar algún hallazgo trascendental para lograr la solución del caso. Desde luego, salvo mejor opinión, Sforza tiene toda mi confianza...

—Y la mía, pero no por tiempo ilimitado. Entiéndelo, Alvise, aquí —dijo el ministro señalando el teléfono fijo del despacho—, aquí —repitió— se reciben muchas llamadas y algunas se traducen en una gran presión a quien está sentado en este sillón en el que me siento yo —añadió Ottavio Agrícola en una inopinada confesión que a su interlocutor le pareció fruto del estrés, no de la mala conciencia por la destitución del policía.

Consciente del momento de debilidad que había tenido, como buen tímido,

Ottavio Agrícola reaccionó con brusquedad:

—Alvise, tenme al corriente de cualquier otra novedad y recuerda: no quiero más filtraciones ni más dilaciones en la resolución de ambos casos. ¿Entendido? — preguntó el ministro con un tono de voz que si los móviles tuvieran memoria de timbre de voces, la habrían confundido con la del Presidente del Gobierno: era el mismo de la conversación que su jefe había tenido con Ottavio Agrícola una hora antes.

El mal humor es una patología del espíritu muy contagiosa. En las organizaciones jerarquizadas se propaga con arreglo a una pirámide de sentido inverso al de la lucha de clases.

## Capítulo 34

Al día siguiente, Tiziana Marchesi se despertó a las siete y media de la mañana. Tras completar una tabla larga de taichi, se duchó. Pidió el desayuno a las ocho y media y, cuando terminó, se asomó a uno de los ventanales de la habitación contemplando extasiada la maravillosa postal que tenía delante de los ojos: naves de todos los tamaños, diseños y calados surcaban el canal de San Marcos; frente a ella, como si el horizonte hubiera necesitado un contrapunto para anclar tanta belleza, se recortaba San Giorgio Maggiore con su gran templo blanco a modo de mascarón de proa.

No era insensible a la perfección de aquel paisaje único, pero antes que nada era una mujer de acción y al recordar qué era lo que la había traído hasta Venecia buscó el móvil en su bolso y marcó un número de teléfono.

—¿El comisario Sforza?

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Comisario, soy Tiziana Marchesi. Disculpe que le moleste, ¿tiene usted un minuto...?

—¿Tiziana Marchesi? ¿La periodista de la televisión? —preguntó el policía sin disimular la sorpresa—. ¿Quién le ha dado mi número de teléfono?

—Debo pedirle disculpas por eso, comisario, me comprometí a no desvelar el nombre de la persona que me facilitó su número... Ya sabe, el secreto profesional... —respondió Tiziana con un tono de voz capaz de ablandar una barra de hierro.

—¿Qué es lo que quiere? —atajó el policía poniéndose a la defensiva.

—Me pregunto si aceptaría usted tomar un café conmigo —preguntó la periodista.

—Gracias, pero ya he desayunado.

—Bueno, pero un *cappuccino* sienta bien a cualquier hora, ¿no le parece?

—Mire, Tiziana, no tengo por costumbre hablar con periodistas, así que si quiere usted algo relacionado con la Questura, lo que debe hacer es ponerse en contacto con el Gabinete de prensa. Allí le facilitarán la información que necesite.

—Comisario, estoy en Venecia, he venido con mi equipo de realización porque el jueves vamos a hacer el programa en directo desde la plaza de San Marcos. Creo que para los venecianos es bueno que toda Italia sepa cómo van las cosas por aquí, ¿no cree?

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? No trabajo ni en la Oficina de Turismo ni en el Ayuntamiento.

—Lo sé, comisario, lo sé. Sé que es usted policía y que, además, está siempre muy ocupado como todos los que van de duros por la vida —dijo la periodista con tono provocador.

—Oiga, mire, efectivamente, estoy muy ocupado, así que me va a disculpar —

atajó el comisario torciendo la boca y dispuesto ya a cortar la comunicación.

—¡No cuelgue, comisario! Retiro lo último que he dicho; pero, por favor, ¡escúcheme! Vamos a hacer un programa en directo desde Venecia, la ciudad en la que usted es comisario jefe, y, claro, toda Italia sabe que hace diez días los malos intentaron robar en San Marcos; no sabemos lo que se llevaron, pero sí sabemos que, puestos a robar, parece que esta temporada ustedes, los encargados de la seguridad del país, están dando facilidades, y los malos, los mismos u otros, gracias a las facilidades de la Policía, también han pirateado los archivos del laboratorio de la Policía de Roma. La verdad, comisario, mi llamada era en plan de paz, pero si considera que estamos en guerra, créame que nos sobran argumentos para que el programa del jueves resulte especialmente entretenido y, por qué no decirlo, revelador de los fallos policiales de los últimos tiempos —contestó la periodista hablando como lo haría alguien que tuviera un sable en la mano y se aprestara a usarlo.

El comisario Sforza acusó el golpe, pero no se defendió.

—¿Por qué ha dicho usted que los que entraron en San Marcos eran los mismos que piratearon los archivos de la Policía Científica?

—¿He dicho eso?

—Sí, lo ha dicho usted.

—Pues no sé... Era una forma de hablar. ¿Qué pasa? ¿He acertado? ¿Sospechan que son los mismos?

—No sé por qué dice eso, soy yo quien le ha preguntado a usted por qué afirmaba semejante idea —replicó el comisario consciente de que había cometido un desliz.

—Creo que he dado en el clavo, comisario. Usted piensa que hay relación entre un robo y otro. ¡Qué noticia! Comisario, creo que ahora más que nunca sería de todo punto oportuno ese café, ¿no le parece? —preguntó la periodista con la rapidez con la que un delantero en fuera de juego aprovecha una distracción del portero confiando en que el árbitro esté también distraído.

—No estoy de acuerdo con lo que ha dicho. Es fantástico. ¡Cómo son ustedes, los periodistas! Se hacen ustedes las preguntas y ustedes mismos se las contestan. ¡Oiga, ustedes están encantados de haberse conocido!

—No, comisario. No me estoy inventando nada. Ha sido usted, quizá sin querer, quien me ha dado la idea; digamos que quizá me ha transmitido una conjetura, tal vez algo más, no sé; sólo usted sabe en qué fase se encuentran las investigaciones, y de eso, entre otras cosas, era de lo que quería hablar con usted cuando le llamé para invitarle a un café —replicó la periodista en tono de armisticio.

—¿De qué otras cosas quería usted hablar conmigo? —preguntó el comisario envainando, también, el sable.

—Pues verá: creo que lo mejor sería que lo habláramos personalmente, pero, en



fin, ya que sigue en su papel de duro, le diré que lo que quería saber es si es verdad que fueron dos y no uno los ladrones que entraron en San Marcos.

—¿De dónde ha sacado esa idea? —contestó el comisario en un registro que hizo pensar a Tiziana que estaba diciendo la verdad.

—Mi fuente es muy buena.

—Será todo lo buena que usted quiera, pero la han intoxicado; créame que esto sí se lo puedo decir: el intento de robo en San Marcos cometido el día 1 de septiembre fue obra de una sola persona, un varón por más señas.

—¿Está seguro de que fue obra de una sola persona, comisario?

—Tan seguro como de que estoy hablando mucho; más de lo que acostumbro a hacer con los periodistas —atajó el policía recuperando las cautelas del principio de la conversación.

—Pues si es así, créame que más que nunca debería usted reconsiderar su rechazo a tomar un café conmigo, porque, sintiéndolo mucho y dado que mi fuente ya le digo que es muy buena... podría añadir que la mejor fuente posible..., le comunico que tengo intención de dar la noticia en el programa.

—¡Allá usted! Haga lo que crea oportuno, pero le repito que esa noticia es falsa. Sea quien sea quien se lo haya dicho, la ha engañado, Tiziana, créame.

—¿Por qué está usted tan seguro?

—Lo estoy, eso es todo.

—Si tan seguro está, ¿cómo explica usted el resultado del análisis de las muestras de ADN? El informe que se ha filtrado establece sin margen de error posible que las muestras halladas correspondían a «dos» y no a un solo individuo.

—Eso tiene una explicación bien sencilla. Recuerde que el ladrón intentó forzar el sarcófago que está bajo el altar mayor.

—¿Me está diciendo que las muestras del segundo individuo correspondían a las del personaje cuyos restos guarda el sarcófago?

—Es una posibilidad, pero hay otras —dijo el comisario—. Podrían ser restos de alguno de los marmolistas que labraron el sarcófago o de los que depositaron allí los restos que contiene; por no hablar de los operarios que construyeron el baldaquino que corona el altar mayor y que en algún momento bien pudieron apoyarse en el sarcófago. Como usted no ignora, es fácil hallar restos de ADN en los lugares en donde hay mucha presencia de seres humanos —apostilló el comisario.

—Comisario, no soy una experta en biogenética, pero no hace falta serlo para saber que, según el informe del laboratorio de la Policía que se ha filtrado, las muestras analizadas en Roma corresponden a dos personas, dos hombres, uno de ellos nacido en el siglo pasado y el otro hace más de veinte siglos. ¿No le parece llamativa esa diferencia de edad?

—No puedo contestar a su pregunta, yo tampoco soy experto en esos temas de

laboratorio. Lo que sí le puedo decir es que el intento de robo, o lo que fuera, lo llevó a cabo un solo individuo.

—¿Qué ha querido decir con eso de «intento de robo o lo que fuera»?

Marco Sforza explotó.

—Oiga, mire, ¡basta ya! ¿Esto qué es? ¿Un interrogatorio? ¿Nunca le han dicho a usted que los interrogatorios los hace la Policía?

—No se sulfure, comisario, que es malo para el corazón —replicó la periodista aguantando el chorro.

—¡Deje de decirme lo que está bien y lo que está mal! Mire, esta conversación se ha terminado. Buenas días, señorita Marchesi. ¿O debo decir señora?

—¡No sea usted machista, comisario! Me decepciona; me habían hablado muy bien de usted, pero veo que encaja mal los golpes. Créame que no soy su enemiga, pero si no quiere que sigamos hablando, luego no se queje usted de las conclusiones a las que pueda llegar el programa sobre la marcha del caso del robo en San Marcos.

—Haga usted su trabajo, que yo me ocuparé del mío.

Sforza iba a colgar el teléfono cuando la periodista le interrumpió con una revelación sorprendente:

—Ha sido el ministro quien me ha dicho que eran dos los ladrones —dijo Tiziana sorprendiéndose de haber roto una norma, la confidencialidad de las fuentes, que siempre había respetado. Realmente, no sabía por qué lo había hecho; había sido casi un acto instintivo.

—¿El ministro? ¿Qué ministro? ¿El de Interior? —preguntó desconcertado el comisario.

—Sí, el ministro del Interior, Ottavio Agrícola. Fue él quien me llamó anoche y me lo dijo; no sé por qué se lo he dicho a usted; la verdad es que no tengo por costumbre revelar el nombre de mis informadores. Creo que ha sido porque usted, con su cerrazón, me ha obligado a descubrir mi fuente —añadió la periodista arrepentida de lo que había hecho.

Se produjo un largo silencio. Después, Tiziana volvió a escuchar la voz del comisario Sforza.

—Me deja usted de piedra; creo que en todo esto hay intereses políticos que se me escapan; incluso le diría que cuanto más lo pienso, más asco me da todo esto. Yo soy un profesional que tengo mis ideas políticas, pero que en mi trabajo procuro dejarlas a un lado. No sé qué intereses tendrán en las alturas en intoxicar como lo han hecho con usted, pero le repito que, según la investigación que estamos llevando, en el intento de robo no hubo un segundo hombre. En fin, siento haber sido tan brusco con usted y le agradezco su sinceridad, Tiziana —dijo el comisario en tono conciliatorio.

—No tiene por qué disculparse —replicó la periodista—, reconozco que he

estado más bien impertinente. Debe de ser cosa del estrés, llevo dos días casi sin dormir —añadió.

—Tiziana, ¿me permite que la tutee? —preguntó el policía.

—Claro que sí, comisario.

—¿Qué te parecería si te dijera que acepto tu invitación a tomar café?

—¡Fenomenal! ¡Me parecería fenomenal! —replicó la mujer sin disimular su alegría.

—Eres muy conocida, y aquí en Venecia también yo lo soy; creo que lo mejor sería que quedáramos en algún lugar discreto. Podríamos quedar, no sé... en San Lazzaro o en San Servolo. ¿Conoces San Lazzaro?

—He oído hablar del sitio, creo que lo llaman la isla de los armenios.

—Sí, así es. En realidad es un monasterio católico de rito armenio; allí vive una comunidad de religiosos. Aunque está cerca del Lido, la verdad es que es un lugar muy tranquilo al que la poca gente que va lo hace en horario de visitas. Creo que podría hablar con el prior para arreglar una visita fuera del horario de los turistas. Lo único que tendrías que hacer es llegar en una motora a la hora que convengamos. Yo te estaría esperando. Déjame tu número de teléfono...

—Es el que tiene usted en su pantalla. Gracias, comisario, le debo una.

—No me debes nada. No te oculto que tengo cierta prevención con los periodistas. Sólo dan malas noticias y algunos parece que se alegran de las desgracias ajenas. No lo digo por ti; no quiero que me malinterpretes —añadió el comisario en tono inopinadamente cordial—, lo que quiero decir es que, en fin, hay mucho carroñero en tu profesión, y perdona que te lo diga con tanta crudeza.

—Pienso exactamente lo mismo que usted. Aunque no me crea, llevo años denunciando a los cuervos que se hacen pasar por periodistas; gentuza que vive de contar mentiras, de inventar insidias, de meterse en la cama de los famosos o de rebuscar en los cubos de basura. En más de una ocasión he sido víctima de ellos y sé que son como hienas, pero, en fin, en esto, comisario, como en todo, permítame que se lo diga, todavía hay clases. ¿No le parece?

—Sí, sí, claro. No quería decir que todos los periodistas sean iguales, yo...

—Déjelo, comisario; creo que ha quedado claro. Lo importante es que nos vamos a ver, y que, en fin, no sé cómo es el café armenio, pero espero que como poco sea tan bueno como el turco.

—¡Ni se te ocurra decir eso! Cuando estemos en San Lazzaro, no menciones para nada a los turcos.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida la periodista.

—Porque, aunque son clérigos, no pueden ver a los turcos ni en pintura. Recuerda el genocidio del que fueron víctimas los armenios en el siglo pasado, cuando la Primera Guerra Mundial. Ya te lo explicarán en el monasterio —contestó el policía.

—Lo siento... lo tendré en cuenta. Todos los días se aprende algo. Gracias por la información, comisario. ¿Cómo quedamos?

—Yo te llamo en cuanto haya podido hablar con San Lazzaro, no te preocupes.

—De acuerdo y gracias, comisario.

—De nada, Tiziana. Ha sido interesante hablar contigo. Hasta pronto.

—Lo mismo digo, hasta pronto.

Colgó.

«Qué cosas me pasan —pensó Tiziana Marchesi—. Nunca imaginé que me iba a citar en un monasterio con un comisario de Policía que va de duro por la vida. Estas cosas sólo pasan en este oficio. ¡Me encanta ser periodista!».

Después, recordando que había quedado con el productor del programa, dejó la habitación y salió al pasillo en busca del ascensor. No tuvo que esperar. La reluciente caja se abrió frente a ella mostrando el interior ocupado por una acaramelada pareja de turistas que cuando entró no repararon en ella. Tiziana Marchesi disfrutó de aquel inesperado momento de anonimato. Durante el minuto que el ascensor tardó en recorrer los tres pisos que los separaban del vestíbulo, le pareció que se había hecho realidad su sueño más secreto: ser invisible.

## Capítulo 35

Ottavio Agrícola consultó su reloj. Faltaban treinta minutos para que llegara el cardenal. Anticipando el encuentro, evocó la figura del hombre al que esperaba y tecleó su nombre en el buscador de Google.

Tenía un cerro de páginas. Amén de su biografía sacerdotal, había numerosas entradas en las que se recogían artículos de prensa firmados por el cardenal, resúmenes de declaraciones suyas, entrevistas de prensa y hasta una reproducción de una larga entrevista de Radio Vaticano. También aparecía una fotografía. Su figura física resultaba ajena a los cánones vaticanos: era alto y magro, llevaba el pelo blanco muy recortado y, a sus sesenta y ocho años, seguía teniendo aire de deportista.

Mario Anselmi Lorenzi era italiano y desde hacía años era uno de los pilares del Vaticano. Había sobrevivido a cuatro papas y, aunque confiaba en ir al Cielo, solía decir que no tenía prisa. No era una fuente de referencia en materia de teología, pero los corresponsales acreditados ante la Santa Sede acudían a él cuando querían saber cómo iban los asuntos terrenales del Estado Vaticano.

En Italia hacía años que la Democracia Cristiana se había autodestruido como consecuencia de las disensiones internas, pero de aquella poderosa hoguera que había gobernado el país durante medio siglo quedaban muchos rescoldos en forma de pequeños partidos que, según los críticos de la izquierda, eran gobernados por control remoto desde el despacho del cardenal.

La última vez que Lorenzi había salido al paso de semejante imputación fue en respuesta a la pregunta de una periodista de *Il Manifesto*: «Son insidias; insidias políticas; maldades a las que ni siquiera merece la pena responder; todo el mundo sabe que Italia es una democracia y que la Iglesia no hace política, salvo que llame usted hacer política a difundir y defender las verdades del Evangelio», había contestado el purpurado.

Ottavio Agrícola esbozó una sonrisa al releer aquella declaración. En ésas estaba cuando sonó el teléfono interior. Era Alicia, su secretaria, informándole de que el cardenal había llegado al ministerio.

—Hágale pasar, por favor —ordenó.

—Sí, ministro, descuide.

El político apagó el ordenador e instintivamente se arregló el nudo de la corbata y se dispuso a recibir a su visitante. Como buen cristiano que era, sabía que le aguardaba una reprimenda y la correspondiente penitencia, lo que no sabía es qué le iba a pedir el cardenal en aquella ocasión. «Pronto saldré de dudas», pensó.

—¿Señor ministro? —oyó decir a la secretaria—. Está aquí su eminencia el cardenal Lorenzi. ¿Puede pasar?

—Sí, claro, que pase —respondió el ministro abandonando el sillón y

dirigiéndose a la puerta. Cuando ésta se abrió, apareció en el dintel la figura imponente del purpurado. Vestía un traje negro de muy buen corte y sólo el alzacuellos blanco y el anillo de oro delataban su condición de religioso y príncipe de la Iglesia.

—¡Querido Ottavio! ¿Cómo estás? —dijo el cardenal avanzando hacia el ministro con los brazos extendidos.

—Bien, eminencia, reconfortado de verle por el ministerio —respondió el político avanzando hacia él e inclinando levemente la cabeza—. Tiene usted un aspecto envidiable, eminencia —añadió.

—Tú también, hijo mío. Creo que tenía razón Giulio cuando decía que no es el poder lo que desgasta, que lo que realmente desgasta es la oposición —añadió el cardenal mirando a su interlocutor a los ojos.

—Sí, la verdad es que el maestro Andreotti, con sus largos años en política, sabía bien de lo que hablaba —respondió el ministro.

—¡Vaya que si lo sabía! Él fue de los pocos que supieron capear el temporal en tiempos políticos mucho más complicados que los de ahora, cuando los comunistas estuvieron a punto de conseguir que Italia dejara de ser Italia engañados por aquella especie de caballo de Troya que ellos llamaban el «compromiso histórico». ¡Al pobre Aldo Moro le costó la vida...! En fin, dejemos la Historia para los historiadores —añadió el purpurado mirando hacia uno de los espléndidos sofás de cuero que ocupaban uno de los espacios laterales del despacho del ministro del Interior.

—Vamos a sentarnos —dijo el político—. Eminencia, ¿le apetece un café, tal vez un *cappuccino*?

—Sí, gracias, tomaré un café corto con un poco de leche.

—Le acompañaré —añadió el ministro esperando a que su visitante se sentara para hacerlo él después. Una vez acomodados, pulsó el botón de un mando situado encima de una mesita próxima al sofá. Unos segundos más tarde se abrió la puerta del despacho y apareció Alicia, la secretaria—. Alicia, por favor, Su Eminencia tomará café: corto y con un poco de leche. Yo tomaré lo mismo. Gracias.

Cuando la secretaria cerró la puerta, el ministro tomó la palabra:

—¿Cómo está Su Santidad?

—Bien, muy bien. Gracias a Dios, su salud es buena y de ánimo ya sabe cómo son los alemanes: incansables.

—Me alegra oírle decir eso, eminencia —respondió el ministro a la espera de la arremetida del purpurado.

—Su Santidad —prosiguió el cardenal— está bien de salud, pero por desgracia en los últimos días la tristeza embarga su corazón porque sufre; está sufriendo mucho por lo que oye y lee a propósito de lo ocurrido en nuestra amada Venecia —dijo el religioso mirando a los ojos al ministro—. Su Santidad sufre porque es un santo

varón, pero yo, que soy un pecador, Ottavio, estoy indignado. ¡Cómo hemos podido llegar hasta aquí! A veces me pregunto si todavía estamos en Italia. No reconozco a mi país. ¿Cómo puede ser que en los periódicos, en la televisión, se cuestione la realidad de San Marcos? No lo comprendo: ni lo entiendo, ni lo apruebo —respondió el cardenal sin apenas alterar el tono de voz, circunstancia que hacía especialmente lacerante el reproche.

—Eminencia, Italia es un Estado democrático y hay libertad de prensa.

—¡Libertad! ¿A eso se le llama libertad? ¿Difundir falsedades es libertad? Pues si en eso consiste la libertad, ¡no la quiero! No puedo creer, Ottavio, que un hombre de fe, un cristiano responsable como tú, pueda aprobar semejante estado de cosas.

—¡Y lo desapruero, eminencia! Lo que ocurre es que no puedo hacer nada para impedir que se publiquen noticias. Sería censura y va contra las leyes de la República —replicó el ministro sofocado por la embestida.

—¿Me estás diciendo, Ottavio, que no se pueden impedir las filtraciones policiales en las que se apoya toda la campaña de descrédito lanzada por la prensa de izquierdas contra las reliquias del evangelista? ¿No te das cuenta de que la verdadera razón de fondo que anima esas historias que traen hoy los periódicos y que llevan horas repitiendo la radio y las televisiones es ir contra la Iglesia? ¿No lo ves?

—Bueno, no puedo saber qué es lo que hay detrás de las intenciones de los editorialistas, pero lo que sí sé, eminencia, es que detrás de la filtración a la prensa de los resultados del análisis de ADN hubo más torpeza que mala intención.

—Ahora que mencionas los análisis del ADN, ¿a qué genio se le ocurrió semejante cosa? —preguntó el purpurado levantando por primera vez el tono de voz.

—Fue cosa de la Policía de Venecia con apoyo del juez encargado del caso; es una diligencia rutinaria, se practica en los casos en los que el análisis ordinario de las huellas dactilares no da resultado. En este caso, la mala suerte ha sido que, junto a muestras relacionadas con el ladrón, por error también se enviaran al laboratorio restos de las reliquias contenidas en el sarcófago del altar mayor.

—¡Pues de eso me quejo, Ottavio! ¡A quién se le ocurre semejante sacrilegio!

—Bueno, eminencia, la cosa quizá tenga arreglo porque lo que estamos diciendo es que no fue uno, sino que fueron dos los ladrones que entraron aquella noche en San Marcos y es por eso por lo que los análisis recogen resultados del ADN de dos personas diferentes —respondió el ministro mirando a los ojos al cardenal y esperando el efecto que podían provocar sus palabras.

—¿Eran dos los ladrones? No recuerdo haberlo leído. La prensa siempre habla de un solo ladrón —dijo el cardenal un tanto desconcertado.

—En principio se dijo que era uno, pero pudieron ser dos. La Policía trabaja ahora con esa nueva hipótesis —replicó el ministro con aire de satisfacción.

—¿Quieres decir, Ottavio, que esa «hipótesis» a la que te refieres será avalada por

los policías que están investigando el caso?

—Estamos en ello; estamos intentando que las cosas se orienten en esa dirección, que es la más conveniente para todos.

—Si es así, me tranquilizas, y creo que podré llevar buenas noticias a Su Santidad. No te oculto que, como te decía, está triste por que se haya podido poner en duda la autenticidad de las reliquias de San Marcos y esa especie esté dando pie a no pocas burlas en algunos programas satíricos de televisión: no sólo en Italia, sino en toda Europa.

—Pues ya le digo, eminencia: ésta es nuestra actual línea de trabajo. Tenemos confianza en que servirá para centrar el foco de la atención de los periodistas en el segundo ladrón y dejen en paz a San Marcos, dicho sea con todo el respeto que me merece el santo apóstol.

—Repito que tus palabras devuelven la serenidad a mi ánimo; no te oculto que algunas de las cosas que he visto por la televisión han llegado a indignarme. Creo que cuando todo esto pase, quizá Su Santidad debiera realizar una visita pastoral a sus amados feligreses de Venecia. De allí fue patriarca el beato Juan XXIII, cuando era el cardenal Roncalli... Es una ciudad muy querida en el Vaticano. Sí, quizá cuando todo esto pase, habría que pensar en algo así: una visita pastoral que sirva para borrar tanta palabra sucia como hemos escuchado estos días.

El ministro asintió con la cabeza e iba a añadir algo cuando unos golpes suaves en la puerta anunciaron la presencia de Alicia, la secretaria.

—¿Puedo, ministro?

—Sí. Pase, Alicia, pase.

—Traigo el café —dijo la mujer acercándose a la mesita que enfrentaba los sofás.

—Con un poco de leche, gracias —dijo el cardenal.

—A mí lo mismo. Gracias, Alicia.

Cuando la secretaria se retiró, el cardenal ofreció una cucharada de azúcar al ministro.

—Gracias, eminencia —dijo el político rechazando el azúcar—. Sírvese usted primero.

—Está bien, tomaré una. El dulce ayudará a pasar las penas de la mañana.

—Pues aquí —replicó Ottavio Agrícola, señalando a su alrededor— necesitaríamos una tonelada cada día.

—Todo exceso conduce a su contrario, hijo. No debemos quejarnos, Nuestro Señor conoce mejor que nosotros lo que podemos soportar y, aunque aprieta, nunca ahoga. Confía en Él, hijo; Él te ayudará.

«Falta me hará», dijo para sus adentros el ministro pensando en la siguiente complicación: cómo conseguir, sin aumentar el problema, que el comisario jefe de Venecia se aviniera a cambiar el informe oficial sobre el intento de robo en la basílica



de San Marcos.

—¿Decías algo, hijo? —preguntó el cardenal.

—No, eminencia, pensaba en lo sucedido en Venecia y en algunos aspectos oscuros del caso.

—¿A qué te refieres, en concreto?

—No sé si debo comentarlo, porque todavía no es oficial, pero, en fin, creo que puedo confiar en su discreción.

—Hijo, la Iglesia vale más por lo que calla que por lo que proclama, ¿no te parece? —respondió con ironía el hombre de la Curia vaticana.

—Verá, me refiero al asalto o intento de robo en San Marcos. Al principio de la investigación, entre otras hipótesis, la Policía contempló la posibilidad de que hubiera sido obra de alguna secta de satánicos...

—¡Santo Dios! —exclamó el cardenal llevándose las manos a la cabeza.

—No se alarme, eminencia, la cosa se quedó en eso: en hipótesis. Los policías encargados del caso casi han descartado esa posibilidad; era, desde luego, una de las zonas oscuras del caso, pero hay otra, tras el robo de datos informáticos en el laboratorio de la Policía Científica, aquí en Roma; se ha descubierto que el *hacker* interesado en conocer el resultado del análisis de las muestras recogidas en San Marcos operó desde fuera de Italia, lo hizo desde Croacia, concretamente desde Dubrovnik.

—¿Croacia? Croacia es una nación católica... Quizá podamos ayudar —dijo el cardenal mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Ayudar, eminencia? No se me ocurre cómo... —respondió el ministro desconcertado.

—La Iglesia, hijo, tiene ojos y oídos en todas partes. Lo que se escucha en los confesionarios tiene garantizado el secreto, pero las iglesias son muy grandes y bajo sus bóvedas se reúne mucha gente. Gente que podría haber visto u oído cosas, ¿no te parece?

—Sí, claro; no se me había ocurrido pensarlo, eminencia, pero ahora que lo dice, la verdad, pues no le oculto que si, con discreción, eso sí, sin que nada trascienda, si nos pudieran echar una mano en este caso, desde luego, sería bienvenida, claro.

—Todo sea por el bien de la Iglesia, Ottavio. No te oculto que hasta Su Santidad se ha interesado por el caso. Esas atrocidades que se escuchaban esta mañana en la radio y en las cadenas de televisión... ¡Dios mío, qué horror! Cuestionar las reliquias de San Marcos, ¡en Italia!

—Eminencia, no debería dar importancia a algunas de las cosas que dicen los periodistas, son fruto de la ignorancia o del afán de sensacionalismo. Créame —añadió el ministro sin excesiva convicción—, este asunto no durará mucho en las portadas de los medios; dentro de unos días tendrán otra historia que convertirán en

nuevo escándalo y ya nadie se acordará del santo evangelista.

—Es posible, Ottavio, es posible; pero, para entonces, el mal ya estará hecho, y eso es lo que me preocupa, porque en el mundo hay gente mala, el Maligno existe y juega su juego, pero también hay gente buena, gente humilde y de buen corazón, gente que estoy seguro de que estos días está sufriendo con todo este asunto.

—Créame que lo siento, eminencia. Siento que no se haya podido evitar el intento de robo y después la filtración de los datos del laboratorio de la Policía; estas cosas pasan y, en fin, hay que apechugar con las consecuencias. Yo mismo estoy seguro de que tendré que acudir al Parlamento para responder a las preguntas de la oposición, que si aún no ha presentado formalmente la solicitud de comparecencia, es por un hecho fortuito: porque algunos de sus portavoces, aunque estamos ya en la segunda semana de septiembre, resulta que todavía no han regresado de sus vacaciones —añadió el ministro con un deje de resignación.

—Está bien, está bien, Ottavio —atajó el cardenal hablando con una autoridad que habría resultado sorprendente a alguien que desconociera el gran ascendente del Vaticano sobre la política y algunos políticos italianos—. Seamos prácticos —añadió—. Creo que es de todo punto necesario parar la campaña de especulaciones en torno al supuesto «ADN del evangelista» del que hablan abiertamente los medios. No sé qué es lo que tendrás que hacer, pero eso es lo que he venido a pedirte en nombre de nuestra vieja amistad; también te lo pido —añadió el hombre del Vaticano— como católico que eres, puesto que, como te decía antes, todos esos comentarios, todas esas especulaciones, escandalizan a la gente —añadió el cardenal con voz cuya firmeza parecía querer reforzar con gestos enérgicos de las manos.

—Será difícil, eminencia; Italia es una democracia y tenemos libertad de prensa...

—En el camino de Cristo no se admiten vacilaciones, Ottavio. Es muy importante que nos ayudes a cortar este asunto —añadió suavemente el cardenal—. Ni que decir tiene que, si nos ayudas, nosotros te ayudaremos como hemos hecho en otras ocasiones —atajó el cardenal desviando la mirada hacia el boceto del retrato del papa Inocencio X, pintado por Velázquez, un cuadro que ocupaba un lugar destacado en el despacho del ministro—. Siempre —prosiguió— me ha llamado la atención lo que cuentan los historiadores sobre la mala acogida que tuvo el cuadro cuando Velázquez entregó la obra al papa Panfilio —añadió el cardenal señalando la pintura—. La verdad es que nunca he conseguido entenderlo, porque creo que el pintor español supo captar con gran realismo el gesto, sombrío si se quiere, sí, pero de indiscutible autoridad. Como debe ser tratándose de un Papa, ¿no crees, Ottavio?

—Sí, claro, eminencia —respondió el ministro sin disimular la preocupación que había instalado en su ánimo la petición del cardenal.

—¡Bien! Creo que ha llegado la hora de marcharme. Gracias por el café —dijo el

purpurado al tiempo que se incorporaba—. «Por sus obras les conoceréis». Acuérdate del Evangelio, Ottavio —añadió el cardenal con una mueca que sólo un observador alejado de la escena habría confundido con una sonrisa.

## Capítulo 36

—¿Qué sabe usted de ADN? —preguntó Merkurio a Sertzan Kostovsky, el periodista con el que había concertado un encuentro al término de la conferencia en el foro celebrado en el hotel Holiday Inn. Kostovsky dirigía *El Correo*, uno de los periódicos de más tirada del país.

—¿ADN? Pues..., no sé..., lo que sabe todo el mundo: que es algo así como el carné de identidad genético de una persona —respondió el periodista sorprendido por la pregunta del hombre que estaba sentado frente a él.

—Exactamente. ¿Sabe que, además, es un carné único, imposible de falsificar?

—Sí, bueno; ésa es la idea que tengo sobre el ADN, pero verá, señor Lauer, si quiere que le sea sincero, no tengo demasiados conocimientos sobre el tema —respondió el periodista pensando que estaba decepcionando a su interlocutor.

—No se preocupe por eso. Es a los científicos a quienes corresponde conocer en profundidad estas cosas —respondió el hombre sin hacer nada para corregir la apariencia glacial que rodeaba su figura.

El periodista se removió en su sillón sin disimular la incomodidad que sentía.

—El ADN es una huella genética infalsificable y, por lo tanto, única —añadió el anciano mirando fijamente a su interlocutor—. Bien, señor Kostovsky. Voy a poner en su conocimiento un hecho de gran trascendencia histórica. No sólo para Macedonia, también para el resto del mundo. Espero que sepa usted valorar la información y, sobre todo, exponerla a la opinión pública con el rigor y la altura de miras que corresponde. ¿Puedo confiar en usted?

—Sí, sí, claro que puede confiar en mí.

—Tengo su palabra, ¿recuerda? —preguntó el anciano.

—Repito que puede usted confiar en mí, señor Lauer —respondió el periodista agobiado por la presión a la que se sentía sometido.

—Coronel, acérqueme la carpeta roja —ordenó el anciano al militar que asistía a la entrevista de pie y en silencio—. Aquí —dijo el hombre al que llamaban Merkurio señalando la carpeta— están los datos de un macroestudio de filiación genética de la población de Macedonia. Es un estudio realizado con las técnicas de laboratorio más modernas. El resultado, como verá, es muy llamativo: salvo en las comarcas donde hay núcleos muy minoritarios de población de origen albanés, búlgaro, turco o valaco, el resto, el que podríamos llamar macedonio histórico, presenta un perfil homogéneo sin apenas variaciones; el propio de un pueblo al que no han podido dividir los avatares históricos —dijo el anciano subiendo el tono de voz—. ¿Comprende usted, Kostovsky, la importancia que tiene el resultado de este estudio?

—Sí, bueno, ya le digo que no soy un experto y, por lo tanto, se me escapan los matices de este asunto, pero, en fin..., si usted lo dice, claro que es importante —

acertó a responder el periodista intentando que no trascendiera el desconcierto que habían instalado en su ánimo las últimas palabras del anciano.

—Creo que no me sigue usted —replicó Merkurio.

—No sé por qué dice eso, señor.

—Creo que no me sigue porque usted esperaba algo más que un informe estadístico, ¿es así? Sea sincero conmigo.

—Pues yo, la verdad, no sé...

El periodista titubeó. La presencia del coronel resultaba intimidante, pero quien realmente infundía temor era aquel anciano que incluso sentado parecía dominar el paisaje del saloncito de la suite en la que le había recibido.

—... En fin, ya que lo pregunta —acertó a contestar—, seré sincero: la verdad es que sí; me esperaba otra cosa. No me pregunte qué, porque no sabría decirlo, pero sí. Sus palabras en el foro, cuando habló usted, tengo aquí las notas que tomé del discurso; habló de una revelación, siento curiosidad por saber a qué se refería cuando dijo: «Dentro de poco estaremos en condiciones de decirle al mundo que Macedonia es la tierra de Alejandro y de Filipo y nadie, recuerden bien lo que les digo, ¡nadie podrá ponerlo en duda!». Son palabras suyas textuales que me hicieron pensar que, en fin, usted tenía intención de hacer o decir algo, sí, más importante.

Tras decir aquellas palabras, Sertzan Kostovsky se llevó una mano a la cabeza para enjugar el sudor que perlaba su frente.

—Ha sido usted sincero. Me gusta. No soporto ni a los mentirosos ni a los pusilánimes. Un hombre lo es, ante todo, cuando se atreve a decir la verdad sin importarle las consecuencias. Creo, señor Kostovsky, que vamos a entendernos, pero le pido un poco de paciencia. El informe que hay en esta carpeta —dijo el anciano señalando el dossier— es muy importante. No por los datos que comentaba, datos que demuestran la homogeneidad de la huella genética de los habitantes de Macedonia, sino por algo que usted todavía no sabe, pero que convierte el informe en un material de valor incalculable.

El anciano hizo una pausa y miró alternativamente al periodista y al militar. Después se levantó y dirigiéndose a la parte interior de la suite se acercó a uno de los armarios en cuyo interior estaba instalada una caja fuerte. Tras marcar la combinación, abrió la pequeña puerta blindada y retiró del interior una carpeta que estaba debajo de una pistola. Era una Walter PPK, un arma formidable, tan segura como letal en manos de un buen tirador. Cerró la caja y regresó hasta el pequeño salón que precedía a la suite. El coronel y el periodista seguían en silencio. El hombre al que llamaban Merkurio regresó al sillón situado enfrente del periodista.

—Lo que va a ver ahora es algo extraordinario —dijo el anciano mirando derecho a los ojos de su interlocutor—. Es un secreto que han guardado los siglos. Como podrá comprobar, su conocimiento por la opinión pública provocará una gran

conmoción. Quiero que lea con atención estos documentos y que después de leerlos piense en la mejor forma de publicarlos. Habrá de ser escalonadamente, primero el macroestudio de filiación genética sobre la población de Macedonia. Después, deberá publicar este otro —dijo el anciano ofreciendo al periodista la carpeta que había extraído de la caja fuerte—. Léalo y devuélvame —ordenó el anciano—. Quiero estar seguro de que comprende usted la importancia, la trascendencia histórica, de la extraordinaria revelación que pongo en sus manos, señor Kostovsky.

—Sí, claro, señor... —contestó el periodista sin saber muy bien qué decir.

—Tenga, léalo ahora —ordenó el anciano tendiéndole la carpeta que contenía el informe filogenético elaborado por el doctor William Sharp y la doctora Virna Ivic a partir del análisis de las muestras óseas robadas en el laboratorio de la ciudad griega de Vergina.

Minutos después, fue Sertzan Kostovsky quien rompió el silencio.

—¡Santo Dios! Pero, pero ¡esto es imposible! ¡El ADN del rey Filipo II de Macedonia, el padre del Gran Alejandro! ¡No me lo puedo creer! Es, es, fantástico. ¡Es una bomba! ¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó el periodista excitado por lo que acababa de leer.

Merkurio no respondió a la pregunta.

—Ha dicho bien, Kostovsky. Efectivamente, lo que tiene usted en las manos es una bomba. Una bomba que puede explotarnos encima si no sabemos manejarla adecuadamente. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, sí, comprendo lo que me dice, pero esto es algo grande. ¡Es la noticia del año y puede que del siglo! —respondió, nervioso, el periodista—. Habrá que considerar las fuentes, claro, pero qué duda cabe de que es la noticia más sensacional de los últimos tiempos.

—Mire, señor Kostovsky —respondió con voz glacial el anciano—, como comprenderá, ésta no es una reunión del comité de redacción de su periódico. A mí las noticias no me interesan más que en la medida en que convienen a mis intereses. Lo que acaba de leer no es una novedad periodística, es una revelación histórica y como tal debemos considerarla analizando las consecuencias que sin duda traerá su publicación. Consecuencias, sobre todo, políticas. Porque supongo que no se le escapa la repercusión internacional del caso. Este informe revela que existe una continuidad entre la dinastía de la Casa Real de Macedonia de los tiempos de Filipo y Alejandro y el núcleo del pueblo macedonio actual. Señor Kostovsky, ¿comprende usted el alcance político de lo que le digo? —preguntó el anciano taladrando con la mirada al periodista.

—Sí, lo comprendo, señor. Cuando habla usted de repercusión internacional, supongo que está pensando en Grecia, en la Grecia actual y en la región septentrional que lleva el mismo nombre que nuestra Macedonia —respondió el periodista

captando, de repente, el sentido último de la pregunta del magnate—. Supongo que a los griegos no les va a gustar el informe.

—Macedonia debe atender a sus intereses. Este informe prueba que existe una continuidad histórica, que se puede establecer un árbol filogenético y la ruta seguida por nuestra civilización, hecho que pone patas arriba otras pretensiones.

—Si no me equivoco, está pensando usted en Tesalónica —dijo el periodista.

—Tesalónica es la ciudad que fundó el rey Casandro de Macedonia. Hora es de que lo que perteneció a Macedonia vuelva a Macedonia, ¿no le parece?

—Sí, claro, señor. Pero, en fin, están las fronteras, y hablando de Grecia, está también la OTAN. Grecia pertenece a la OTAN...

—No meta a la OTAN en este asunto, Kostovsky. Va usted demasiado deprisa.

—Perdone, señor, soy macedonio y al igual que usted amo a mi patria y daría mi vida por ella, pero soy periodista, y, quizá por deformación profesional, estoy acostumbrado a analizar los acontecimientos desde la perspectiva de sus consecuencias... sin olvidar que la fuente es determinante a la hora de establecer la veracidad de la información —añadió el periodista sorprendido de su propia osadía—. Señor Lauer, no se ofenda —prosiguió—, pero el origen de la noticia, en este caso, el origen de las muestras que han permitido analizar el ADN al que se refiere el informe, tiene su importancia; en este caso me atrevo a decir que el origen puede condicionar la credibilidad del propio informe...

Iba a ampliar el razonamiento, pero la voz cavernosa del anciano cortó de raíz aquel propósito.

—¡No me interrumpa y deje de preocuparse por ese aspecto colateral del asunto! Vamos a ver, Kostovsky: a corto plazo no habrá más consecuencias que una gran polémica alrededor del informe; después, a medio plazo, y ahí es donde más vamos a necesitar sus conocimientos profesionales, debe crearse un estado de opinión favorable a que sean devueltos a Macedonia aquellos territorios que originariamente formaron parte del Reino de Macedonia. ¿Entiende ahora el verdadero alcance del proyecto? —preguntó Merkurio sin esperar respuesta—. Cuando hablo de opinión pública favorable, hablo de opinión tanto nacional como internacional. Para conseguir el eco mundial necesario habrá que contratar a la mejor agencia internacional de Relaciones Públicas; tiene su sede en Washington y ya se han realizado los primeros contactos.

—Todo esto es fantástico, extraordinario... —acertó a decir el periodista.

—Estamos hablando de algo muy serio, estamos hablando de un asunto de Estado que reclama decisión y discreción. Una indiscreción, una filtración antes de tiempo daría al traste con todo el plan. Está usted aquí porque confiamos en usted; además ha dado su palabra. Espero que la mantenga —añadió Merkurio desviando la mirada hacia el militar, que en ningún momento había participado en la conversación que se

traían los dos hombres, pero que ahora, siguiendo el hilo del razonamiento de su jefe, había fijado la mirada en el atribulado periodista.

—La tiene, tiene mi palabra; lo único que me inquieta es que puedan producirse filtraciones ajenas —dijo el periodista.

—No se preocupe, eso no ocurrirá.

—¿Cuál sería la hoja de ruta, el calendario del plan?

—Déme el informe —contestó el anciano reclamando la carpeta que contenía los datos del análisis de ADN realizado por el doctor Sharp sobre las muestras óseas robadas en Grecia—. Se lo he dejado leer para que pudiera avizorar el alcance del proyecto, pero su publicación ahora sería un error; quiero que se concentre en el otro informe; que publique los datos del macroanálisis genético llevado a cabo en toda Macedonia; quiero que promueva usted un debate nacional enfocando los resultados en clave positiva: como prueba de la homogeneidad genética de nuestro pueblo. Hable en sus editoriales de la «civilización macedonia»; participe usted en los programas de televisión donde se debatan estas cosas. Tengo influencia, como sabe, en alguno de los canales privados de televisión, no creo que sea difícil promover debates en torno a la cuestión que nos ocupa. Hay mucha gente que tiene dificultades para llegar a fin de mes; este tipo de cuestiones son de las que encienden la imaginación de la gente corriente. Hablar del futuro les ayudará a olvidar los problemas cotidianos. Hay que ampliar el horizonte de la gente, incendiar su cabeza con ideas que les devuelvan la imagen de la grandeza de nuestro pueblo, el pueblo que es el mismo que acompañó al Gran Alejandro en la conquista de Asia. ¿Comprende lo que le digo, Kostovsky?

—Sí, creo que sí —asintió el periodista.

—Bien, mejor así, porque no quiero fallos. Si trabaja usted para mí, le garantizo que subirá como la espuma. Pero quiero que comprenda que estamos hablando de un plan que tiene sus riesgos. Por eso le reitero que es del todo imprescindible la discreción. Me ha informado el coronel de que tiene usted familia...

—Sí, mujer y tres hijos, el más pequeño, de doce años —respondió, incómodo, el periodista.

—Bien, bien. Esperemos que cuando el pequeño ya sea todo un hombre y algunos de nosotros ya no estemos aquí, pueda vivir en una Macedonia grande, una Macedonia como lo fue en sus mejores tiempos antes de que las injusticias de la Historia perpetraran el olvido de siglos que ha padecido nuestro pueblo. Publique usted el primer informe y déle mucha publicidad; que tenga repercusión. No se preocupe por el dinero, una de mis empresas contratará una campaña de anuncios en su periódico; con esa inyección de dinero podrá usted afrontar los primeros gastos. Si todo va bien, habrá más.

—Gracias, señor Lauer —contestó el periodista—. ¿Cuándo cree que debemos



publicar el segundo informe? —añadió señalando a la carpeta que el anciano sostenía entre sus manos.

—Cuando la opinión pública esté madura. Hasta entonces no habrá llegado el momento de publicar el informe.

—No quisiera parecer pesado, pero no me ha dicho usted cómo ha conseguido obtener las muestras que han permitido identificar el ADN del rey Filipo. Cuando se publique el informe, habrá que dar razón sobre el origen... No estoy muy puesto en Historia, pero tengo entendido que los restos del padre de Alejandro Magno se encuentran en una tumba que fue descubierta hace unos años en Vergina, en el norte de Grecia, no lejos de Tesalónica, y los lectores, la gente, preguntarán por el origen de la muestra —añadió el periodista mirando con angustia a su interlocutor.

—Cuando lleguemos a ese río, hablaremos de ese puente. Limítese a cumplir la parte del plan que se le ha encomendado, Kostovsky —atajó el anciano zanjando la conversación. Después se levantó y tendió la mano al periodista—. Tengo su palabra, no lo olvide —dijo al tiempo que miraba hacia el coronel, que estaba ya frente a la puerta de la habitación.

—No lo olvidaré, señor —contestó el periodista intimidado por la estatura de su interlocutor y la del militar que aguardaba para acompañarlo hasta la salida. Un jugador de ajedrez habría asociado la zozobra del periodista con la de un peón acechado por una torre y un caballo.

## Capítulo 37

A las seis de la mañana del día siguiente, el coronel Bojislav Bojovic abandonó el hotel Holiday Inn de Skopie. Fuera, en un aparcamiento cercano, le esperaba uno de los guardaespaldas de Mercurio. Estaba de pie junto a un todoterreno de color negro.

Era un volkswagen, modelo Touareg. Antes de entrar en el vehículo, el coronel se aseguró de que su acompañante no fuera armado.

—¿Llevas pistola? —le preguntó.

—No. La tengo en el coche —le respondió el mocetón.

—Está bien, no la vamos a necesitar. Conduce tú —ordenó el militar al joven al que todos llamaban Mitrovica. Después abrió la puerta del vehículo y tras entregarle las llaves del coche a su acompañante, se acomodó en el asiento contiguo al del conductor—. Voy a dormir un rato. Cuando falten quince kilómetros para llegar a la frontera de Croacia, despiértame —añadió el coronel cerrando los ojos y colocando un periódico extendido sobre el estómago. El papel retiene el calor que desprende el cuerpo humano y actúa como relajante; era un truco infalible para acelerar la llegada del sueño, lo había aprendido en sus tiempos de la *Milicija*, cuando, sin tiempo para dormir en condiciones, debían afrontar largos viajes en coche por las interminables carreteras de Yugoslavia.

Mitrovica despertó al coronel antes de llegar a la frontera de Croacia. Quizá porque era una hora temprana o porque los pasajeros no aparentaban llevar nada de valor, el caso es que los guardias de frontera apenas les hicieron caso. Cuando levantaron la barrera, el coronel se llevó instintivamente la mano a la cabeza en un remedo de saludo militar que uno de los guardias devolvió.

—¿No le parece raro que no nos hayan parado y registrado? —preguntó Mitrovica.

—Sí, un poco raro sí es, pero bueno, la guerra fue hace ocho años, y, además, debemos de tener pinta de pobres, así que ni se han molestado —respondió el coronel. «Esperemos a la vuelta para cantar victoria», se dijo el militar para sus adentros. Después añadió—: Voy a intentar dormir un poco más; conduce despacio, no quiero que llamemos la atención de los motoristas de Tráfico. Ah, y cuando te aburras de conducir, despiértame, ¿entendido?

—Sí, señor; descuide, que así lo haré.

Despertó antes de que el conductor le llamara, pero siguió en silencio pensando en la misión. Cuando pararon para repostar sustituyó al conductor y fue él quien llevó el coche hasta llegar a Split. Allí, dejaron el coche en una de las calles del puerto y decidieron estirar un poco las piernas. Fueron caminando hasta una plaza llena de bares y restaurantes que está junto a las ruinas del ciclópeo palacio del emperador Diocleciano, un romano de origen dalmata que gobernó Roma con mano de hierro en

los primeros siglos de la era cristiana. Tras almorzar regresaron a buscar el coche y por la carretera de la costa siguieron viaje hasta Plitvice y Opatija. Relevándose en la conducción, al amanecer se habían plantado en la frontera de Eslovenia. La cruzaron sin problemas. Tres horas después, estaban en el paso fronterizo de Trieste. Al otro lado les aguardaba Italia.

—¿Motivo del viaje? —preguntó el policía italiano que estaba de guardia, tras controlar los pasaportes.

—Turismo —respondió el coronel.

—¿Adónde se dirigen? —preguntó el policía más por entablar una conversación con la que combatir el aburrimiento que por imperativo de su celo policial.

—Pues en principio pensamos acercarnos a Venecia... —contestó el coronel en italiano y sin terminar la frase...

—¡Ah, Venecia! ¡Es mi ciudad, es bellísima! No dejen de ir... Adelante, pasen —añadió el agente estirando un brazo y señalando la salida de la aduana.

—Gracias, señor —respondió el coronel saludando al policía.

Durante unos minutos el coronel permaneció en silencio tratando de orientarse. Al llegar a una gasolinera próxima al puerto, detuvo el coche y consultó un mapa que llevaba en la guantera del coche. Iba a llamar a Miss Lisi, pero miró el reloj y vio que eran las ocho de la mañana. «Es pronto», se dijo, así que decidió hacer un poco de tiempo.

—Vamos a desayunar. Invito yo —dijo mirando a su compañero, que estaba medio dormido.

—¡Ah! Estupendo, gracias, coronel.

—No me llames así —replicó el coronel—. No debemos llamar la atención.

—¿Y cómo quiere que le llame? —preguntó Mitrovica con aire de colegial despistado.

—Puedes llamarme Peja y, a todos los efectos, desde ahora tú te vas a llamar Slobodan, ¿de acuerdo?

—¡Slobodan! Como Milosevic —exclamó el guardaespaldas.

—Es para que no se te olvide, ¿de acuerdo?

—No se me olvidará, señor...

—Te he dicho que te olvides del tratamiento militar, ¿es que no me has entendido?

—Sí, señor, claro que lo he entendido, pero pensaba que lo de llamarle Peja era para cuando estuviéramos con gente.

—Y sin gente. Si no lo haces así, meterás la pata. Quiero que entiendas que hemos venido a cumplir una misión muy delicada y no debemos llamar la atención. Recuerda que somos dos turistas; nadie te va a preguntar nada porque mi intención es que estemos poco tiempo en Trieste, pero por si alguien te para o te pregunta, debes

decir que somos turistas, que hemos venido a pasar el día y que nos volvemos mañana a Liubliana, en Eslovenia. ¿Entendido?

—Sí, perfectamente. No se me olvidará —asintió Mitrovica sin hacer más preguntas.

Tomaron café y desayunaron. Pagó el coronel y, al volver al coche, buscó un número en su teléfono móvil y marcó.

—¿Sí? ¿Quién llama? —respondió una voz de mujer.

—Dunia, soy yo. ¿Qué tal está? —preguntó el militar.

—¡Coronel! ¡Qué sorpresa! No esperaba que me llamara... como me dijo ayer que hasta dentro de unos días no me fuera de aquí, pensé que hasta entonces no tendría noticias tuyas —respondió la mujer más sorprendida que otra cosa.

—He cambiado de idea; creo que lo mejor será que nos veamos. Estoy en Trieste.

—¿Está aquí? ¿Cuándo ha venido? —preguntó, sobresaltada, la mujer.

—Hoy mismo, he llegado hoy mismo. Debemos vernos; me dejó preocupado con lo que me contó. ¿Dónde está el circo?

—Está aquí, en Trieste, desde luego, en una plaza que está cerca de la estación —respondió la mujer—; pero ahora no sé si podemos vernos, no estoy arreglada, acabo de levantarme, la función de noche termina tarde, yo no sé... —añadió nerviosa.

—Lo comprendo, no se preocupe. No hay prisa, tómese el tiempo que necesite. Dentro de dos horas nos vemos, ¿le parece bien dos horas? ¿Necesitará más tiempo para arreglarse?

—No, no, es más que suficiente. Perdóneme, coronel, ha sido la sorpresa.

—Lo comprendo, lo comprendo. No se preocupe, quedamos así; nos veremos en torno a las once. Ah, Dunia, una cosa más, no me llame usted al número de teléfono que tiene, no lo llevo conmigo, la estoy llamando desde el de un amigo, la llamaré yo. ¿Me ha entendido?

—Sí, sí, claro, coronel. Haré como usted dice.

—Bien, pues ¡hasta pronto! —añadió el coronel, cortando la comunicación.

Durante unos segundos la mujer permaneció de pie y con el teléfono en la mano. Estaba desconcertada. La llamada del coronel la había despertado y asustado. Sin saber por qué todos sus temores se habían activado y tomó la decisión que había estado aplazando. Decidió huir. Nerviosa, guardó en una maleta lo primero que encontró a mano y la cerró. Después contó el dinero que tenía en el bolso: cerca de cuatro mil euros; tres mil se los había enviado el coronel por «sancionar» —como decía él— a Demeratu. Buscó las llaves de su coche y cuando iba a salir se acordó de los perros. Eran la base de su número en el circo y también los únicos seres vivos hacia los que volcaba su mundo vacío de otros afectos. «No puedo llevarlos a todos; no podría atenderlos. Si me los llevo, me retrasarían la marcha», pensó angustiada.

En su interior se había desatado una lucha entre el pánico que la invadía y el dolor

que sentía ante la idea de abandonar a los animales. Al final, se impuso el instinto de supervivencia.

«Hablaré con Gruevsky», se dijo. Decidida a ver al director del circo, salió de la caravana y, tras mirar a derecha e izquierda, se tranquilizó al ver que su coche, un volvo de un modelo algo pasado de moda, seguía donde lo había dejado aparcado. Al volver la mirada hacia la carpa, vio al director. Estaba hablando con el domador de leones. A buen paso se acercó hasta donde estaban los dos hombres.

—¡Buenos días, Dunia! —la saludaron a dúo.

—Buenos días —respondió la mujer sin acertar a disimular su nerviosismo.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras mal? —preguntó el director.

—No, yo... no, bueno, sí. La verdad es que me encuentro mal porque, verás, mi hermana se encuentra muy mal, ha tenido un accidente y está grave, y me tengo que ir, me tengo que ir —mintió hablando de manera acelerada.

—No sabía que tuvieras una hermana...

—Sí, sí, mi hermana es la más pequeña; no nos vemos mucho, pero tengo que verla, tengo que verla —repitió con tono obsesivo la mujer—. Quiero... quiero pedirte un favor. Quiero que os hagáis cargo de los perros...

—Lo comprendo, lo comprendo —respondió el director cruzando la mirada con el domador.

—Te pagaré, te pagaré... Mira, aquí tienes mil euros —dijo la domadora entregándole dos billetes de 500 euros.

—Bueno, Dunia, no hace falta que nos des tanto dinero, mujer, con la mitad creo que bastará. Supongo que no vas a estar mucho tiempo lejos del circo, ¿no?

—No sé, no sé, porque mi hermana está grave, está muy grave. Quédate con el dinero, quiero que los cuiden bien y que si alguno se pone enfermo, por favor, quiero que lo lleven al veterinario. Aquí, en esta tarjeta —dijo buscando en el interior del bolso—, sí, aquí está: éste es el número de teléfono de un veterinario de Trieste por si hace falta llevar a alguno de mis perritos.

—Está bien, está bien, no se hable más: se hará como dices —añadió el director zanjando la discusión al tiempo que cogía el dinero—. ¿Cuándo te vas?

—Ahora, si no te importa, ahora mismo —contestó la mujer cerrando el bolso y dando media vuelta.

—¿Ahora mismo? ¿Y qué hacemos esta tarde con tu número? El circo no cierra y deberíamos anunciar la sustitución...

—Haz lo que quieras, yo me voy —dijo la mujer dando media vuelta y emprendiendo la marcha hacia el lugar en el que estaba aparcado el viejo volvo.

—Bueno, tendremos que apañarnos sin Miss Lisi y sus perros acróbatas —dijo el director con resignación—. Creo, Nikola, que vas a tener que prolongar la jornada de trabajo de tus leonas —añadió dirigiéndose al domador.

—A más trabajo, más salario, jefe —respondió el hombre mirando los billetes de 500 euros que el director del circo tenía en la mano.

—¡Ah, no! ¡Ni hablar! Esto —dijo apretando el dinero— es la comida de los perros de Miss Lisi. Nada de aumento de sueldo, no está el Circo de Belgrado para alegrías, amigo Nikola; ya sabes que la televisión está acabando con el circo —afirmó el director con un deje de tristeza.

El domador no insistió. Los dos se quedaron mirando cómo Dunia Kovacevic arrancaba su viejo volvo y se incorporaba al tráfico de una de las vías que rodeaban la plaza.

La mujer conducía agarrotada, asiendo con mucha fuerza el volante. Iba tan ensimismada que no reparó en que al dar la vuelta a la plaza un vehículo todoterreno de color negro ocupado por dos hombres se colocó detrás del volvo y lo siguió cuando éste enfiló la vía que cruza los muelles y conduce a la frontera de Eslovenia. Dunia no se fijó en el coche que la seguía ni reparó en que también se detuvo cuando ella paró el suyo al llegar a una gasolinera. Era un autoservicio.

Sin bajar del coche, los dos hombres que iban en el todoterreno observaron cómo la mujer repostaba llenando el depósito.

—Ha llenado el depósito —comentó «Mitrovica».

—Sí, creo que se prepara para huir —contestó el coronel—. En cuanto deje la gasolinera y encontremos un tramo de calle despejado, la adelantas y, con cuidado de no hacer mucho estropicio, le cierras el paso, ¿me has entendido? —añadió el militar.

—Sí, señor.

—Pues no te entretengas, que está subiendo al coche. Y ve con cuidado, no vayas a perderla de vista.

—Descuide, señor, no se nos escapará.

El seguimiento duró poco. Al girar en una de las calles de la zona portuaria, el Touareg negro aceleró iniciando la maniobra de adelantamiento del coche que le precedía, pero en lugar de completar la maniobra, en el último momento el conductor giró el volante alcanzando al volvo. Aunque Dunia tuvo el tiempo y los reflejos justos como para dar a su vez un volantazo y desviar el coche hacia la derecha de la calzada, no pudo evitar que el otro vehículo chocara ligeramente con el suyo. Asustada, detuvo el coche y vio que el todoterreno que había provocado la colisión se detenía a un metro escaso. Cuando su cerebro quiso procesar la información que le transmitían sus ojos, los dos hombres de gran corpulencia que se habían bajado del coche negro estaban a su lado. Uno de los hombres abrió una de las puertas del volvo y entró dentro. El otro se quedó de pie en la calle haciendo guardia junto a la ventanilla.

—Hola, Dunia —dijo el hombre que había entrado en el coche que conducía la mujer.

—¡Coronel! ¡Qué... qué sorpresa! —acertó a decir la mujer.

Estaba aterrada.

—Sí, eso mismo digo yo: es una sorpresa que habiendo dicho que nos esperaba haya cambiado usted de idea. ¿Por qué, Dunia?

—Verá, coronel; yo, en fin, es que he recibido una llamada desde Skopie. Mi hermana, ¿sabe?, está muy grave, ha tenido un accidente y por eso me disponía a volver. Créame, pensé en avisarle a usted, pero luego me entretuve y se me hizo tarde; de verdad, coronel, pensaba avisarle.

El coronel no contestó. La mujer estaba visiblemente nerviosa.

—Tranquilícese, Dunia. Está muy nerviosa. Le diré lo que vamos a hacer; me va a dejar conducir a mí y vamos a ir a un lugar tranquilo donde podamos tomar un café y hablar. ¿Qué le parece? —preguntó el militar.

—Yo, yo, no sé qué decir, coronel...

—Tranquila, Dunia. Bájese del coche, siéntese aquí —indicó el hombre señalando el asiento que ocupaba— y déjeme conducir a mí. ¿De acuerdo?

La mujer dudó. Pensó en arrancar el coche, pero la figura del coronel a su lado y la del hombre corpulento que estaba fuera, junto a la ventanilla, le hicieron abandonar la idea.

—Haré lo que me pide, señor —respondió con resignación.

—Bien, buena chica.

La mujer se bajó del coche y el hombre que estaba de pie parado junto a la ventanilla la acompañó a dar la vuelta al vehículo. Después, abrió la puerta lateral y se apartó para que Dunia Kovacevic pudiera entrar. Mientras tanto el coronel, que llevaba puestos unos guantes negros, había ocupado el asiento del conductor.

—¡Síguenos! —ordenó a Mitrovica—. Vamos a tomar café.

Un minuto después, el guardaespaldas arrancaba el Touareg y el coronel hacía lo propio con el volvo. A continuación, ambos coches se perdieron en el tráfico de Trieste.

## Capítulo 38

Amedeo Gualtieri era un buen policía, pero, más allá de los amigos —a quienes guardaba lealtad—, a sus cincuenta y tantos años ya no creía en casi nada. Solía decir que por su profesión había visto mucho y casi nada bueno. Llevado precisamente por su sentido de la lealtad fue por lo que la mañana del 14 de septiembre telefoneó a su colega, el comisario jefe de Venecia.

—¿Marco?

—Sí, ¿quién llama?

—Marco, soy Gualtieri. Tenemos un problema, tenemos que hablar; ha pasado algo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sforza al tiempo que sin saber por qué le vino a la cabeza la imagen de Miss Lisi.

—La mujer; el coche de la mujer del circo, ¿recuerdas que colocamos un chip en su coche?

—Sí, ¿qué pasa?

—Pues ése es el problema: que no pasa nada.

—No me entero de nada; como no te expliques mejor... —respondió, impaciente, Sforza.

—Lo que trato de decirte es que el coche ha desaparecido.

—¿Pero no dices que habías instalado un chip de seguimiento?

—Sí, pero o se ha perdido o lo ha descubierto; el caso es que, por lo que me dicen los técnicos del laboratorio, ha dejado de emitir la señal...

Al oír la palabra «laboratorio», Marco Sforza se puso en lo peor, pero no hizo ningún comentario y dejó que su amigo prosiguiera con la explicación.

—Marco, ¿sigues ahí? ¿Me estás escuchando? —preguntó el jefe de Policía de Trieste.

—Sí, Amedeo, te estoy escuchando. Me estabas contando lo del chip. Supongo que los técnicos que lo colocaron saben hacer su trabajo y lo harían de manera que ni por casualidad lo pudiera descubrir la domadora —contestó Sforza sin saber muy bien por qué daba por hecho que sus colegas de Trieste habían realizado correctamente el trabajo.

—El jefe de nuestro laboratorio técnico dice que descarta que el chip se haya desprendido con el movimiento del vehículo; dice que puede que el coche se haya averiado y que la mujer lo haya llevado a algún taller de reparaciones y allí es donde han podido descubrir y extraer el dispositivo... Pero tiene otra hipótesis más. Cómo te lo diría... Sí, una hipótesis más brutal.

—¿Qué quieres decir con eso de «más brutal», Amedeo? No consigo entender lo que me quieres decir. ¿Por qué no pruebas a explicar mejor las cosas? —respondió el



comisario un tanto irritado por la premiosidad con la que su amigo suministraba la información.

—¡Tranquilo, Marco! Te lo voy a explicar, pero ten calma; un poco de calma, por favor. Supongo que estás muy presionado por Roma por culpa del belén que se ha montado alrededor del intento de robo en San Marcos, pero yo soy tu amigo y tienes que confiar en mí, ¿entendido?

—Sí, sí, claro. Perdona, Amedeo, pero es verdad que estoy recibiendo presiones por todas partes; supongo que estoy muy estresado y eso me hace ser impaciente y lo pago con quien menos culpa tiene, que eres tú, que encima eres el único que me está ayudando en todo este rompecabezas. Perdona, amigo, créeme que siento haber sido impertinente contigo...

—¡No digas tonterías, Marco! Somos amigos, no tienes que disculparte por nada... Lo que te estaba diciendo es que, según los técnicos del laboratorio, otra de las hipótesis que explicaría por qué hemos perdido la señal es que puede que el chip no emita porque haya entrado en contacto con el agua y se haya desactivado. Dicho de otra manera, opinan que el coche puede estar en el fondo del Adriático; a eso era a lo que me refería cuando te decía que había una tercera hipótesis, pero que era «brutal» —añadió el jefe de Policía de Trieste.

Durante unos segundos al otro lado del teléfono todo fue silencio. Después, el comisario Sforza habló:

—¿Quieres decir que la domadora ha podido tener un accidente y se ha caído con el coche al mar?

—Eso es lo que he dicho, pero... yo no he dicho que la domadora se haya caído al mar; los técnicos hablan del coche, Marco. Lógicamente, no pueden saber qué ha sido de vuestra artista.

—Sí, sí, está claro; mejor dicho: nada está claro porque hemos perdido la única pista que teníamos. Habrá que empezar otra vez por el principio, volviendo al circo. Voy a mandar a Benzoni, ya le conoces. Por favor, si no te importa, Amedeo, ayúdale...

—Sí, hombre, sí, descuida, que le echaremos una mano; de hecho, ya hemos empezado a ocuparnos del caso. En previsión de que me lo pedirías, he consultado con Tráfico y también con la autoridad portuaria de aquí, del puerto de Trieste, pidiéndoles que estén al tanto por si aparece abandonado un volvo como el de la domadora. Si no me dices que no —añadió—, también había pensado hablar con un amigo que tengo en la jefatura de Liubliana, en Eslovenia, por si la mujer que buscamos ha cruzado la frontera y ha dejado el coche en algún taller o lo ha tirado al mar y alguien lo ha visto; como decimos nosotros, ya sabes que siempre hay alguien de guardia en el lugar más insospechado —añadió el jefe Gualtieri.

—Me parece bien —respondió Marco Sforza—. No sabes cómo te lo agradezco;

este asunto me trae de cabeza porque parece que hay alguien que está jugando al gato y al ratón con nosotros y cada vez que creemos tener en la mano la punta de un cabo, ¡blaam!, alguien tira del hilo, la cometa desaparece y, ¡hala!, vuelta a empezar de nuevo.

—Estás muy estresado, Marco. Tienes que relajarte; de otra manera te veo perdido, amigo mío.

—Puede que tengas razón; la verdad es que este asunto es más complicado de lo que parecía al principio. Te voy a hacer caso, voy a tomarme las cosas con más calma porque de otra manera me volveré tarumba. Bueno, Amedeo, adiós, llámame si hay novedades y... gracias por todo.

—De nada, amigo. Cuídate.

## Capítulo 39

Por deseo de la familia, el entierro de los restos de Milena Tomic fue un acto de carácter privado al que sólo asistieron los amigos más allegados. El funeral, por el contrario, revistió la solemnidad de las ceremonias de Estado. El propio Presidente de la República encabezó las honras fúnebres celebradas con arreglo al lento y sofocante ritual propio de la Iglesia bizantina. Ministros, secretarios de Estado, generales y otros dignatarios acompañaron a la madre y hermanas de la fallecida. Toda la prensa del país se hacía eco del dolor por la vida perdida al tiempo que subrayaban la esperanzadora carrera política que había truncado el desgraciado accidente. Ningún medio cuestionó la versión de lo ocurrido. Las cábalas se centraban en quién sería el sustituto de Milena Tomic al frente de la Secretaría de Estado de Interior, un puesto clave porque, amén del control directo de la Policía —según decía algún periódico—, a la mesa del despacho ahora vacío llegaban algunas de las terminales del incipiente servicio de inteligencia de la República. La prensa especulaba con los nombres de candidatos para ocupar el puesto vacante.

Entre otros nombres, algún periódico mencionaba el del coronel Bojislav Bojovic.

Merkurio había seguido el funeral por la televisión instalado en la suite del hotel Holiday Inn. Desde allí, desde primeras horas de la mañana, estaba atendiendo la marcha de algunos de sus negocios financieros. Cambiando de canal, a través de la CNN Internacional vio que la Bolsa de Tokio le había dejado buenas noticias de sus participaciones en las acerías de la India y otras menos halagüeñas en relación con la marcha de un fondo de capital-riesgo administrado por un consorcio de bancos con sede en Singapur. Hasta mediodía, concluido el funeral, no llamó a su chófer. A las trece horas estaba citado con el Presidente de la República de Macedonia.

Merkurio despreciaba al hombre cuya audiencia había solicitado. Consideraba que Nicola Mitrovic era un hombre indeciso que había alcanzado la Presidencia por su oportunismo político, su falta de convicciones y por una debilidad que lo convertía en el mal menor para sus rivales de otros partidos.

Mitrovic no entraba en los planes de Merkurio, pero el magnate creyó necesario buscar la neutralidad del político siquiera en los primeros compases de la operación que pretendía llevar a cabo. La posibilidad de que el coronel Bojovic, un hombre de su máxima confianza, pudiera ser nombrado vice-ministro del Interior era el objetivo táctico que mejor podría favorecer la estrategia diseñada para hacerse con el poder. Para ayudar a la suerte, y sin que el principal mandatario lo supiera, había desembolsado una suma importante para una fundación controlada por el secretario general del partido del Presidente.

A las doce en punto, el mercedes blindado de color antracita del financiero se detuvo frente a la puerta en la que un nervioso capitán de la guardia presidencial

revisaba la documentación de los visitantes.

No tuvo que esperar: Ivo Pec, el jovial jefe de Gabinete de la Presidencia, salió a recibirlo.

—¡Señor Lauer, bienvenido!

—Gracias —respondió con sequedad el anciano.

—Quiero que sepa, señor —dijo el joven tecnócrata—, que estoy informado del contenido de la conferencia que dictó usted en el Holiday Inn y que estoy de acuerdo con su idea de potenciar nuestra identidad histórica como «marca» de Macedonia en el mundo. Me gustó mucho, y no sólo a mí. Sepa, señor, que somos muchos los jóvenes que confiamos en el futuro de nuestra patria.

Al oír aquellas palabras, Merkurio se detuvo.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Pec, Ivo Pec, señor. Soy el jefe de Gabinete del Presidente.

—¿De dónde es usted?

—De Bitola, señor.

—¿Viven sus padres?

—Mi madre, sí; mi padre, no, señor. Por desgracia, murió cuando yo era niño. Era militar: comandante del ejército.

—¿Tiene usted hermanos?

—No, señor. Soy hijo único.

—Debe estar orgulloso de sus padres. Observo que le han educado en los valores que definen a un patriota. Ya hablaremos. Ahora, joven, guíeme hasta el Presidente.

—Desde luego, señor, el presidente Mitrovic le está esperando —contestó Ivo Pec reconfortado por las palabras de aquél hombre al que algunos periódicos señalaban como el único capaz de «poner a Macedonia en el mapa».

La entrevista entre los dos hombres fue fría pero cordial.

—Lauer, es un placer... —dijo el Presidente con voz atemperada en las interminables sesiones parlamentarias de cuando Tito reinaba sobre el país y Yugoslavia jugaba a distanciarse de la URSS liderando el Movimiento de los Países No Alineados.

—Presidente, le agradezco que me haya recibido —respondió cortante el financiero.

—Lauer, he leído algunas cosas muy interesantes sobre usted; comentarios sobre una conferencia suya reciente. Quiero que sepa —enfaticó el Presidente— que hago mías algunas de sus ideas. Yo también creo que Macedonia tiene un gran futuro y mi Gobierno está trabajando para acercarlo. Creo —concluyó— que remamos en la misma dirección.

—Le agradezco sus cumplidos, pero permítame que le diga que acerca de lo último que ha dicho, me refiero a eso de que en el Gobierno todos reman en la misma

dirección, tengo algunas reservas. Sinceramente, creo que en algunos ministerios están más pendientes de Bruselas que de Skopie.

—Bueno, bueno, verás, es cierto que en el Gabinete hay gente, sobre todo los más jóvenes, que son los más impacientes y se dejan ganar por una idea muy extendida según la cual la Unión Europea es la panacea para resolver todos los problemas y, en fin, de esa creencia nace ese alejamiento de lo macedonio al que se refiere usted en su crítica.

—Bruselas es una de las perversiones, pero no la única. Creo que una parte de nuestra juventud ha sido reclutada para el consumismo y el conformismo. Sueñan con todo lo que ven en la televisión y no tienen otro horizonte. Afortunadamente —prosiguió—, no toda la juventud macedonia está en esa longitud de onda; me consta que hay jóvenes que son patriotas y sienten como propia la limitación de nuestras actuales fronteras; que se sienten encorsetados por una geografía decidida en los despachos políticos, no por el gran libro de la Historia.

—No sé adónde quiere llegar, Lauer, pero sus últimas palabras me inquietan. Me inquietan en la medida en la que podrían ser premonitorias de conflictos con nuestros vecinos. Déjeme que le diga que la República es hoy la expresión política y geográfica de lo máximo que puede ser; para usted no es un secreto que la existencia misma como Estado independiente ya fue un logro histórico. En realidad deberíamos haber permanecido unidos a Serbia, como así fue en el pasado, pero...

Iba a proseguir en su reflexión cuando el coloso de pelo blanco, sin poder dominar la ira, se puso en pie.

—¿Está usted diciendo que Macedonia no tiene razón de ser! ¿Lo dice en serio? ¿Se ha olvidado usted de nuestro glorioso pasado? ¿Se ha olvidado usted del Gran Alejandro y de su padre, el rey Filipo II de Macedonia? —bramó, fuera de sí.

—¡Claro que no me he olvidado de nuestra Historia! —replicó el Presidente—. Pero, en fin, respecto de los grandes reyes que ha citado, pues la verdad, hablando de la Historia, usted no puede ignorar que hay una cierta controversia...

—¿Controversia? ¿Pone usted en duda la condición macedónica de los grandes reyes que en el pasado tuvo nuestro pueblo?

—No, por supuesto, Lauer, no es eso lo que he dicho, no me malinterprete. Lo que le digo es que no podemos ignorar el hecho de que nuestros vecinos griegos consideren que tanto Filipo II como el Gran Alejandro fueron, por así decirlo, reyes griegos. Convendrá conmigo en que es un hecho probado que la capital de su reino fue primero Egas, lo que hoy es la aldea de Verguía, y después Pella, ciudades situadas ambas en territorio de nuestro vecino país; por no hablar de Aristóteles, el filósofo preceptor del Gran Alejandro y al que todas las fuentes sitúan como natural de Estagira, un pueblo situado al este de Tesalónica.

—¡Tesalónica es una ciudad fundada por el rey Casandro, un rey macedonio, no

lo olvide, señor Presidente!

—Señor Lauer, admiro y aprecio su exacerbado patriotismo, pero hágame caso: no es realista. Para decírselo de otra manera: cualquier exceso por nuestra parte a la hora de reclamar deudas históricas, ya sea en el plano territorial, ya sea en el plano político, están condenadas al fracaso —sentenció Nicola Mitrovic con aire fatigado.

—¿Quiere decir que debemos conformarnos con el país recortado que nos han adjudicado Washington, Bruselas y la OTAN? —preguntó con acritud Merkurio.

—Pues sí, algo así, Lauer; pero desde mi punto de vista no es un drama porque, en esencia, tenemos mucho más de lo que teníamos hace diez años. ¿Tiene usted hijos, Lauer? —preguntó el político.

—Sí, dos.

—¿Qué edad tienen?

—Cuarenta y dos el mayor y un par menos su hermana —respondió el financiero desconcertado por la pregunta.

—Bien, pues verá, yo también tengo hijos; el mayor es abogado y está trabajando en un bufete de Belgrado; otro más pequeño le tengo estudiando en Estados Unidos. Hablo con ellos de vez en cuando, cuando me lo permiten mis obligaciones como jefe del Estado, y me dicen que están contentos, que en los lugares en los que trabajan y estudian les reconocen, saben de su origen macedonio, es verdad que —según me cuenta el pequeño, el que estudia en América— de vez en cuando le preguntan si es griego porque han visto la película de Oliver Stone sobre Alejandro Magno, pero en general no tiene mayores problemas: va por el mundo orgulloso con su pasaporte. ¿Entiende lo que le quiero decir, Lauer? ¿Entiende usted que para recorrer un camino siempre hay que dar un primer paso y que el nuestro es ya un gran paso?

—Un paso que ni siquiera nos permite llamar a nuestro país por su verdadero nombre: Macedonia.

—Es verdad que Grecia se opone en las Naciones Unidas a que utilicemos el nombre de Macedonia, pero ¿qué más da, si aunque oficialmente somos la «Antigua República Yugoslava de Macedonia», todo el mundo, salvo los griegos, cuando habla de nuestro país se refiere a «Macedonia»? —añadió el Presidente con el aire fatigado del profesor que por razones de mala planificación del calendario docente se ve obligado a explicar dos veces en el mismo día la misma lección.

—Tenemos maneras muy diferentes de enfocar las cosas, pero, en fin, no he venido a polemizar con usted acerca de los derechos históricos de nuestro pueblo —dijo Merkurio haciendo un esfuerzo para disimular el desprecio que sentía por las ideas del hombre que tenía delante—. En realidad, si me permite expresarme con franqueza —añadió—, he venido a decirle que el mundo de las finanzas, los empresarios que conozco y yo mismo, veríamos bien que el nuevo viceministro del Interior fuera una persona seria, de firmes convicciones patrióticas. Alguien capaz de

hacer frente a los escenarios complejos que, sin duda, nos aguardan.

—¿Tiene usted algún nombre en la cabeza? —preguntó con suspicacia el político.

—Sabe usted que me gusta ser franco y voy a decirle lo que pienso: creo que el coronel Bojislav Bojovic sería un buen candidato.

—Desde luego, desde luego. El coronel Bojovic reúne condiciones para ocupar el cargo —dijo el Presidente—; además —añadió con ironía— tiene la ventaja de que, según tengo entendido, desde hace algún tiempo trabaja para usted, ¿no?

—Así es —respondió con sequedad Merkurio—, pero créame que si no tuviera fe en sus cualidades, no hablaría de él como la persona idónea para ocupar el cargo en un momento como éste en el que Macedonia necesita hombres fuertes, patriotas, capaces de estar a la altura de los retos que imponen las complejas circunstancias por las que atraviesan los Balcanes. ¿No cree?

—Por supuesto, amigo Lauer, por supuesto —contestó el Presidente con una media sonrisa que resumía el resignado conocimiento del político profesional que sabe que en democracia el poder es el resultado de la suma de muchas variables que ni se pueden controlar todas, ni todas son confesables—. Ni que decir tiene —concluyó— que tendré muy en cuenta su recomendación, aunque no se le escapa que la decisión será el resultado de promediar otros puntos de vista. No olvide usted que gobernar es una tarea colegiada.

Merkurio no contestó; rozando la descortesía, se puso en pie unos segundos antes de que lo hiciera su interlocutor. Se despidieron con un apretón de manos al que ninguno de los dos aportó demasiada energía.

A la salida del despacho presidencial aguardaba, diligente, Ivo Pec, el jefe de Gabinete del Presidente. Con soltura, acompañó al financiero hasta la salida.

—Señor Lauer —dijo el joven con voz obsequiosa—, aquí siempre será usted bien recibido. Sabemos reconocer a los amigos y guardar sus secretos. Que tenga un buen día, señor.

—Gracias, cuídese, joven —respondió el anciano posando durante unos segundos una mirada taladradora en el hombre. En las últimas palabras del dinámico jefe de Gabinete había reconocido una seña de complicidad.

Aquel joven —recordó el anciano— había sido el receptor de la llamada que Milena Tomic había hecho desde Dubrovnik. Hizo una seña, como de reconocimiento, con la cabeza y después dio media vuelta y se dirigió con paso enérgico hasta el mercedes, donde le aguardaba el chófer sosteniendo la puerta.

—Señor... —dijo el joven.

Merkurio no respondió.

Una vez dentro del coche, ordenó al conductor que le llevara al hotel. Si las miradas pudieran taladrar, habría destruido el blindaje del vehículo. Se iba contrariado, muy contrariado, y no acertaba a disimularlo.

## Capítulo 40

Paddy Wilberforce, el responsable de la red Echelon en Gran Bretaña, estaba a punto de dejar su despacho para acudir a una reunión con el consejero comercial de la Embajada de Canadá cuando oyó la noticia. Era uno de los titulares de las informaciones resumidas del servicio europeo de CNN Internacional. «La viceministra de Interior de Macedonia —decía una voz en *off* explicando las imágenes que aparecían en la pantalla— pereció al chocar el todoterreno que conducía con un camión de gran tonelaje. El accidente tuvo lugar cerca de Skopie, la capital de la Antigua República Yugoslava de Macedonia. Milena Tomic —concluyó la voz— tenía cuarenta y cuatro años y estaba soltera».

El hombre se quedó mirando la pantalla en espera de más información, pero no llegó. La presentadora no dijo más sobre el accidente y pasó a informar de los preparativos del Comité Olímpico chino para cumplir los objetivos de la Villa Olímpica de Pekín.

Paddy Wilberforce era un agente veterano y como tal tenía una visión conspirativa de la Historia. Por debajo de la política hay un submundo que obedece a la lógica implacable del gran juego del poder; en él nada sucede por casualidad y, como en una partida de ajedrez, cualquier movimiento desencadena otros muchos. Al oír la noticia, su primer reflejo fue relacionar lo que acababa de escuchar con la información confidencial que semanas atrás habían transmitido a la central de Surrey el equipo de agentes destacados en Dubrovnik; después, tras buscar en uno de los bolsillos, extrajo una agenda y colgó la chaqueta en el perchero que estaba junto a los archivadores. Con la agenda en la mano descolgó uno de los teléfonos que estaban encima de la mesa del despacho. Tras consultar la agenda marcó un número y esperó. «En Lyon tienen una hora más, espero que Philippe de Vaucluse no se haya ido a comer», pensó al tiempo que trazaba un garabato sobre un folio en blanco que estaba junto al ordenador.

—¡Sí! ¿Quién llama? —preguntó una voz de mujer.

—Por favor, ¿puedo hablar con Philippe de Vaucluse?

—¿Quién le llama, por favor?

—Soy un amigo, un amigo suyo de Londres, dígame que nos conocimos en Atenas.

—Perdón, señor, ¿me podría decir su nombre? —insistió la mujer.

—Sí, claro, dígame que soy su amigo «Tshandalis» —respondió Wilberforce apostando a que su amigo recordaría los buenos ratos pasados alrededor de una botella del magnífico vino de esta bodega griega que tiene sus viñas en Macedonia.

—Señor, ¿podría deletrearle su nombre? —preguntó la mujer—. De todas formas, el director no está en su despacho; si me deja un teléfono... él le llamará.



—Él tiene mi número, no se preocupe —respondió Wilberforce decepcionado por no poder hablar con su amigo—. Gracias por su amabilidad.

Colgó el teléfono y consultó el reloj. Iba a levantarse para recuperar la chaqueta cuando cambió de idea y decidió llamar al agregado comercial canadiense para anular la entrevista. Un sexto sentido le decía que detrás de aquella noticia que acababa de escuchar en la CNN había algo que tenía que ver con la información recolectada por los agentes de Echelon destacados en el Adriático. Conectó el ordenador y buscó en Google la edición digital del *Herald Tribune*. Allí estaba la noticia del accidente. «Muere en accidente de tráfico Milena Tomic, viceministra de Interior de Macedonia...». El despacho de prensa precisaba el lugar en el que se había producido el choque, pero no facilitaba mucha más información que la que había escuchado en la CNN; por eso, tras cancelar la conexión, tecleó el nombre de la mujer en Wikipedia. Allí encontró datos sobre la biografía política de la mujer. También había una foto suya.

«Era guapa; qué pena, pobre mujer», pensó mientras anotaba en un papel el nombre completo, la fecha, el lugar de nacimiento y los datos universitarios de la mujer. Después, utilizando una nueva contraseña, entró en el archivo protegido de Echelon y buscó el informe remitido la semana anterior desde Dubrovnik. Cuando apareció en pantalla lo leyó con atención. La memoria no le había fallado: allí estaba, efectivamente, lo que buscaba. En una de las conversaciones interceptadas, un hombre, al que los agentes identificaban como el «coronel», mencionaba el nombre de Milena Tomic en unos términos que parecían contener una amenaza para su vida. El informe no facilitaba nombres. Paddy Wilberforce cerró el archivo y, tras conectarse de nuevo a Internet, entró otra vez en Google y buscó el organigrama del Gobierno de Skopie. Allí estaba lo que buscaba: Ivo Pec era el nombre que buscaba. Tecleó el nombre en el buscador y lo que encontró no le dijo nada especial. Era un hombre joven al que, a juzgar por la foto y el corte de pelo, le gustaba ir a la moda. «Tiene cara de espabilado», pensó Paddy, mirando la imagen que encabezaba un sucinto currículum. El joven de la foto era un abogado políglota que había estudiado en Estados Unidos y Alemania. Tenía treinta y cuatro años y no era macedonio, había nacido en la ciudad croata de Split. «Bien, bien, así que tú eres la punta del cabo del que vamos a tener que empezar a tirar para ver quién maneja los hilos de la cometa que hay detrás de todo este asunto», se dijo para sus adentros al tiempo que imprimía una copia de las páginas que había ido consultando.

En esa tarea estaba cuando sonó su móvil. Era Philippe de Vacluse, el director para Europa de Interpol.

—¿El señor «Tshandalis», por favor?

—¡Philippe! ¡Te has acordado! ¿Cómo estás? Querido amigo... ¡Cuánto tiempo!

—Estoy bien, Paddy, muy bien. ¡No veas la cara que ha puesto mi secretaria

cuando me ha dado tu aviso! Es muy lista y ha debido de pensar que lo de «Tshandalis» era un nombre de guerra de un club de dipsómanos.

—Si hubiera dicho «borrachos», se habría aproximado algo más, ¿no crees?...

—Sí, desde luego. ¡Qué tiempos aquellos! ¡Cómo era aquella Atenas! —respondió el policía recordando los días en los que se conocieron, cuando el uno trabajaba en la Embajada inglesa y el otro era el responsable de seguridad de la legación francesa.

—Sí, desde luego, Atenas era mucho más griega que ahora y estaba mucho menos contaminada.

—Amigo mío, me has dado una alegría y también un motivo de preocupación. ¡Cuéntame! ¿Cómo es que te has acordado de mí? —preguntó el francés.

—Bueno, verás, es por un asunto que todavía no es oficial, pero es serio. Cuando te digo que no es oficial, quiero decir que si no quieres, no tienes por qué considerarlo; lo que pasa es que cuando te lo explique, lo comprenderás, aunque, como te digo, todavía nos movemos en un terreno de conjetura y no quisiera meter la pata más allá de lo imprescindible.

—Has conseguido intrigarme. ¿De qué se trata? —preguntó el policía.

—Por teléfono no, Philippe... Ya sabes lo poco seguros que son hoy en día, nunca se sabe quién le está escuchando a uno —respondió con ironía el agente de Echelon.

—¡Hombre! Que lo digas tú tiene mérito —replicó con guasa el francés.

—Sí, amigo, ya sabes cómo son estas cosas... Creo que lo mejor será que nos veamos. Había pensado ir yo a París y que te acercaras tú desde Lyon... Si te parece bien, podríamos vernos mañana, no sé, ¿te parece bien que quedemos a comer, pongamos que... a la una? Bueno, para ti será un poco pronto. ¿Mejor a las dos?

—Déjame mirar en la agenda, no cuelgues... ¿Paddy? —preguntó el hombre de Interpol.

—Sí, Philippe, sigo aquí.

—Tenía una cosa a esa hora, pero la puedo cambiar. A las dos me parece mejor. ¿Dónde quedamos? —preguntó el policía.

—¡Hombre, Philippe! Eso te lo dejo a ti. Pago yo, pero eliges tú el restaurante.

—¿Te parece bien La Coupole, en Montparnasse? Siempre está lleno y nadie se fija en nadie.

—Excelente. Allí estaré, amigo mío —respondió el inglés rescatando la imagen de aquel restaurante al que había ido en alguna ocasión y del que recordaba que no admitían reservas y que, como decía su amigo, siempre estaba lleno de gente servida con sorprendente diligencia por una legión de camareros.

Philippe de Vaucluse fue el primero en llegar. Buscó a su amigo entre el grupo de personas que de pie, junto a la barra del bar, esperaban turno para ocupar mesa, pero no le vio. Hacía varios años que no se veían. Desde que coincidieron en Grecia y

trabaron amistad. Paddy Wilberforce le había llamado para felicitarlo cuando le nombraron director para Europa de Interpol. Vagamente le dio a entender en qué trabajaba él en Inglaterra. A Philippe de Vaucluse no le resultó difícil averiguar en cuál de las muchas agencias que pueblan el sub-mundo de los servicios de inteligencia estaba encuadrado su amigo. Francia no formaba parte de la red Echelon y, de hecho, era uno de los países que habían apoyado en el Parlamento Europeo la creación de una comisión de investigación denunciando como ilegales las escuchas que llevaba a cabo la mencionada organización. Pero, pese a todo, Occidente se reconoce en Occidente y la noticia de aquella investigación estuvo un día en los periódicos y dos en la radio y la televisión, después —salvo los parlamentarios de Estrasburgo que formaban parte de la comisión— todo el mundo se olvidó del asunto. Por otro lado, Interpol, como tal, sólo investiga a petición de parte, cuando la Policía de uno de los países miembros de ésta organización lo solicita. Ningún país había solicitado nada al respecto de Echelon, así que el director para Europa de Interpol no tenía razón oficial alguna para recelar de su amigo. Llevaba tres minutos esperando y había pedido una copa de vino blanco cuando lo vio entrar y detenerse un momento frente a una parada que hay en la puerta en la que, con habilidad y manos encallecidas, un hombre abría ostras con tanta pericia como velocidad.

Le reconoció al instante en el mismo momento en el que uno de los camareros mostraba al inglés el camino de la barra del bar frente a la que había clientes esperando a que se vaciara alguna de las mesas.

—¡Querido amigo! ¡Qué bien te veo! —dijo Philippe de Vaucluse, adelantándose a saludar al recién llegado.

—¡Tú sí que te conservas bien! —respondió el inglés, estrechando la mano que le tendía su amigo.

—¿Llevas mucho tiempo en París?

—Menos de una hora. El tiempo de llegar desde la estación hasta aquí; ya sabes que con el TVG bajo el Canal, se llega desde Londres en nada. ¿Y tú, llevas mucho rato esperando?

—Cinco minutos, nada, no te preocupes. Aquí ya sabes que no aceptan reservas, así que hay que esperar, pero me acaba de decir un camarero que en dos minutos está lista una mesa; el primer turno se llena de turistas japoneses y norteamericanos, pero se van pronto porque aprovechan el día para ir de museos y de compras... ¡Qué bien te veo, de verdad! —repitió el policía francés.

—Bueno, es la buena vida. Ya sabes, de casa al despacho, del despacho a casa y así hasta el fin de semana con alguna que otra salida al campo con la familia; rutina, pura rutina... Ya no soy como tú, ya no soy un hombre de acción —respondió el inglés con naturalidad—. Ahora —añadió con una media sonrisa— mis grandes aventuras transcurren descubriendo nuevos platos y vino en los restaurantes de la

«nueva cocina».

—Bueno, bueno, amigo, algo más habrá, estoy seguro —replicó Philippe de Vaucluse guiñando un ojo.

—¡Hombre, se hace lo que se puede, pero para qué te voy a decir otra cosa! Aunque uno no pierde entusiasmo, sí va perdiendo fuerzas.

—¡Señores, síganme, por favor! Su mesa ya está lista —dijo un camarero.

—Pues venga, vamos. Pasa tú primero —dijo el policía, señalando el camino a su amigo.

—Gracias.

Llegaron a la mesa y se sentaron. Tras consultar la carta y pedir una botella de vino, Paddy Wilberforce puso al tanto a su amigo de la situación.

—En resumen, querido amigo, lo que tenemos es sólo un indicio de que el accidente en el que murió la mujer pudo ser provocado. No sabemos más porque ya te digo que nuestra gente en la región estaba tras la pista de una organización que se dedica al comercio de armas apoyándose en certificados de último destinatario que consiguen en países de África y Centroamérica, pero que luego acaban en manos de las guerrillas narcoterroristas de Colombia. Cuando echaron la red estaban pescando otra cosa y lo que apareció es lo que te he contado. Mi primera idea fue cursar un informe hacia arriba y olvidarme del tema; luego me acordé de ti y de Interpol. Por cierto, ¿la Policía de la Antigua República Yugoslava de Macedonia forma parte ya de Interpol?

—Sí, lo mismo que Eslovenia y Croacia, hace poco que firmaron el protocolo de integración. Hablo de memoria, pero creo que fue poco antes de que llegara yo.

—Bien, ¿qué te parece el asunto?

—Pues, si te digo la verdad, me parece peliagudo; muy complicado, porque tiene varios frentes. Si te he entendido bien y estás en lo cierto al sospechar que la muerte de esa pobre mujer pudo ser provocada... ¿Cómo dices que se llamaba?

—Milena Tomic. Si te parece, vamos a pasar de los nombres. Ya sé que éste es un sitio seguro porque todo el mundo va a lo suyo y nadie está pendiente de nadie, pero será mejor que, pese a todo, no nos relajemos. ¿No te parece? —preguntó el inglés mirando a su alrededor.

—No te preocupes, hombre. Aquí no hay nadie escuchando. ¿No ves que las mesas que tenemos alrededor no se han desocupado? Nadie nos ha seguido, nadie sabe que estamos aquí. Creo que no es del todo cierto eso que decías hace un minuto de que estás ya más metido en la rutina del despacho que en otra cosa; llevas en la sangre la acción y no puedes evitarlo —dijo el policía francés con ironía—. Ahora bien, recuerda lo que decía la Cábala sobre los fantasmas...

—¿A qué te refieres? —preguntó, desconcertado, el inglés.

—A que es peligroso jugar a los fantasmas... porque se acaba siéndolo.

—Si lo que me estás diciendo es que me he vuelto paranoico, no me ofendes, amigo mío, porque yo mismo me lo digo a veces. Es deformación profesional. Tienes razón en que no tengo motivos para desconfiar de este sitio, pero, sí, debe de ser la deformación profesional —respondió el inglés acompañando las palabras con un movimiento de retorsión de las manos.

—La deformación profesional o... el Châteauneuf-du-Pape —dijo Philippe de Vaucluse conteniendo la risa y señalando a la botella, muy terciada, de tinto empurpurado que habían trasegado entre los dos.

—La verdad es que está buenísimo.

—Sí, reconozco que yo prefiero el burdeos, pero cuando sale bueno, el Châteauneuf-du-Pape puede resultar sublime. ¿Quieres que pidamos otra? —preguntó el policía.

—No, no, por mí, desde luego, no; por hoy ya tengo bastante para recordar cuando vuelva a las tardes de niebla de Albión —respondió con ironía Paddy Wilberforce.

—Volviendo al caso —añadió el francés—, estoy pensando que la mayor dificultad está en que si queremos investigar vamos a tener que andar con pies de plomo porque la Policía depende del Ministerio del Interior y, si a la mujer la han liquidado con complicidades desde dentro del Gobierno, sin querer podríamos darle al gato la noticia de la desaparición del ratón. Nos conviene ser prudentes. En cuanto vuelva a Lyon voy a ver quién es nuestro contacto en Skopie y, de momento, poco más, porque, oficialmente, sin requerimiento oficial de la Policía de allí, Interpol como tal no puede intervenir.

—No te estoy pidiendo que intervengas, Philippe, lo que te he contado es que hay un muerto, que es un político y que se lo pueden haber cargado porque no quería ser cómplice de otras muertes. Todo esto, amigo, es confidencial, y si se filtra algo, me cortarían los huevos —dijo el inglés mirando fijamente a la cara a su amigo—. En una de las conversaciones intervenidas —prosiguió—, la mujer daba a entender que no quería saber nada de la muerte de alguien a quien habían matado o iban a matar en Italia, ¿comprendes por dónde voy? Si además de lo ocurrido en Skopie, resulta que hay otras muertes en otros países, ¿no crees que entonces el asunto pasaría a ser un caso de Interpol?

—Bueno, eso cambiaría un poco las cosas, pero no en lo esencial, Paddy; te repito que Interpol como tal no puede tomar iniciativas; que tiene que haber una petición de los países en los que se hayan producido los delitos. Y no me mires así, que no me he convertido en un burócrata ordenancista, pero, de momento, lo que te estoy diciendo es lo que hay, amigo.

—No te miro de ninguna manera; voy a ser sincero: lo que me pasa es que no reconozco en tus palabras al *flick* duro que en Atenas nos ayudó a encontrar y a

reducir a los secuestradores de aquel coronel de la OTAN al que habían atrapado unos tipos de un grupo terrorista.

—Sigo siendo el mismo, Paddy, lo que te digo es cuál es el marco de juego en el que ahora me muevo. No te he dicho qué puedo hacer por ti en este asunto, y no te lo he dicho... porque todavía no me has pedido nada, querido amigo.

—¡Qué grande eres!

—Dime, ¿qué quieres que haga?

—Verás, exactamente no lo sé; creo que deberíamos firmarnos unos días de «vacaciones» en la costa dálmata; después, cuando estemos en Dubrovnik, ya se nos ocurrirá algo —contestó el inglés apurando la copa de vino.

—¿En la conversación en la que hablaban del otro muerto, decían en qué sitio de Italia había ocurrido o iba a ocurrir?

—Creo que no; mejor dicho, no lo recuerdo, pero en cuanto vuelva a Londres, voy a repasar el informe. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada; por empezar a buscar por alguna parte. También yo, en cuanto regrese a Lyon, voy a enterarme de los casos de muertes o desapariciones ocurridos en las últimas semanas en aquella región. ¿Semanas o meses?

—El informe es de hace una semana, no sé..., yo buscaría en el último mes; sí, repasa el último mes, a ver qué encuentras —dijo el inglés.

—Bien, te tendré al tanto. Ahora, voy a pedir la cuenta...

—¡Ni hablar! ¡Pago yo! Mía ha sido la idea de vernos y mía debe ser la cuenta, ¿no te parece?

—Está bien, está bien, pero la próxima te invito yo en Lyon. Ya sabes que allí se come muy bien; aunque se ha retirado de los fogones, Paul Bocuse sigue reinando, y, que yo sepa —concluyó Philippe de Vaucluse—, todavía nadie ha superado su lubina en hojaldre rellena de mousse de bogavante.

—Te tomo la palabra —contestó Paddy Wilberforce, despidiéndose.

Los dos amigos se separaron. El inglés fue el primero en abandonar el restaurante; el policía francés se fue diez minutos después. Nadie les esperaba y nadie les había visto juntos, pero toda una vida observando a derecha e izquierda antes de salir de casa, mirando debajo del coche antes de arrancarlo o escogiendo en los restaurantes mesas alejadas de la puerta principal acaban convirtiendo las medidas de seguridad en rutinas o paranoias inevitables.

## Capítulo 41

Aunque todavía mantenía casa abierta en París, Philippe de Vaucluse no se quedó en la ciudad. Regresó a Lyon. Por el camino estuvo dándole vueltas a lo que le había dicho su amigo Paddy Wilberforce, el agente de la red Echelon al que había conocido años atrás en Grecia. No estaba muy al tanto de la situación política en los Balcanes, pero recordaba que había soldados franceses en Kosovo cumpliendo la imposible misión de paz encargada por Naciones Unidas en un intento de evitar que albaneses y serbio-kosovares llegaran a las manos como ya había ocurrido años atrás en Bosnia y otras regiones de la antigua Yugoslavia. Estaba cansado y pensó que, por otra parte, ya era un poco tarde para acercarse al despacho, así que revisó las llamadas del contestador de su teléfono móvil y decidió irse a casa, al discreto apartamento que le había proporcionado Interpol en Lyon. A las ocho de la mañana del día siguiente estaba en su despacho, en la sede central de la organización policial.

Un minuto después, Ivonne, su secretaria, llamaba a la puerta.

—¿Puedo pasar? —preguntó la mujer.

—Sí, ¡adelante! —respondió el policía.

—Jefe, ¿se ha caído de la cama o es que no ha dormido?

—Ni lo uno ni lo otro, Ivonne; tenemos mucho trabajo, eso es todo.

—¿Bien por París?

—Sí, París ya sabes que es mi ciudad...

—Bueno, pues ya me dirás por dónde quieres empezar —preguntó la mujer tuteándole—. Tengo aquí el Libro de Firmas y hoy a mediodía tienes visita: una representación de policías de diversos países de la Unión. Son especialistas en delitos de evasión de capitales; supongo —añadió la secretaria— que los querrás recibir personalmente, ¿no?

—Sí, por supuesto. Me preocupa mucho la idea, injusta pero muy extendida, de que Interpol no hace nada para impedir que en Europa haya diversos enclaves financieros que actúan como «paraísos fiscales».

—¿Te paso, entonces, las firmas...?

—No, déjalo para luego, ahora quiero trabajar un rato en el ordenador. Debo encontrar unos datos que me han pedido. Si te necesito te llamaré. ¡Ah, Ivonne! No estoy para nadie; cuando digo para nadie, quiero decir eso: para nadie. ¿Entendido?

—¿Tampoco para tu amigo el comisario jefe de Venecia? —preguntó la secretaria con un gesto de incredulidad.

—¿Por qué lo dices? ¿Es que me ha llamado?

—Sí, dos veces; llamó ayer. Me dijo que había extraviado el móvil y que por eso llamaba al teléfono del despacho. Como no sé si tiene tu número de móvil, no me arriesgué a dárselo.

—Lo tiene, Sforza es amigo. Con él sí quiero hablar —respondió el policía—. Ponme con él, pero espera a que sean las nueve. Después, por favor, no me pases más llamadas hasta que te lo diga.

Al salir la secretaria, Philippe de Vaocluse conectó el potente ordenador de su despacho. Sorteando las peticiones de autorización con las correspondientes contraseñas, accedió al archivo en el que figuraban los datos de homicidios, asesinatos y demás casos de muertes con violencia que se habían producido en las cuatro últimas semanas en todos los países europeos cuyas policías estaban integradas en Interpol. En la relación no figuraba muerte alguna acaecida en la Antigua República Yugoslava de Macedonia. «Es normal —pensó—, nadie sabe que a esa pobre mujer, Milena Tomic, alguien quería matarla». Su amigo, el agente inglés, le había pedido que buscara casos de muertes violentas relacionadas con ciudadanos de los Balcanes; homicidios o asesinatos ocurridos en el último mes. Fue buscando por orden alfabético. En Alemania había un caso de violencia de sexo en el que aparecía implicado un ciudadano de origen esloveno; ni en Austria, Bélgica o Gran Bretaña aparecía nada. En España el archivo reflejaba los datos de un caso fechado en la Costa del Sol. El informe de la Policía española creía que podía tratarse de un ajuste de cuentas entre mafiosos venidos de países del Este. La víctima era de nacionalidad rusa; vivía en Estepona y parecía tener conexiones financieras con un bufete de abogados con sede en Gibraltar. También en Grecia había otro caso: en el transcurso de una discusión un inmigrante de origen albanés había sido apuñalado mortalmente. Sus agresores estaban en paradero desconocido. En Italia, aparecía el caso del desconocido asesinado en la isla veneciana de San Lazzaro.

«No parece que tenga relación, pero por si acaso voy a sacar copia del informe», se dijo para sus adentros.

El ruido, apenas un zumbido, de la impresora coincidió con el timbre del teléfono. Era la secretaria.

—Tengo al teléfono al comisario Sforza de Venecia. ¿Te lo paso?

—¿Ya son las nueve? —preguntó, sorprendido y mirando el reloj—. ¡Cómo pasa el tiempo! Ponme con él.

—Te lo paso —dijo la secretaria.

—¡Marco, amigo! ¿Cómo estás? —preguntó Philippe de Vaocluse con un tono de voz muy animoso.

—¡Philippe! Estoy bien, gracias, querido amigo. Te llamé ayer... Lo sabes, ¿no?

—Sí, sí, perdona, ayer estuve fuera del despacho, estuve en París y no pude devolverte la llamada; si me hubieras llamado al móvil...

—No lo tenía a mano, perdona.

—Tú dirás, cuéntame. ¿En qué te puedo ayudar?

—Verás, es sobre el caso en el que estoy trabajando y que ya conoces... —



empezó a decir el comisario.

—¿El del asalto a San Marcos?

—Sí, el mismo.

—¿Tienes ya alguna pista sólida?

—Sí, creo que sí, pero quiero asegurarme y precisamente por eso te llamaba; quiero que me hagas un favor.

—Cuenta con él.

—Quiero que me averigües si hay alguna denuncia por desaparición de una mujer de origen yugoslavo, bueno, ahora sería macedonia, de la Macedonia de Skopie, se llama Dunia Kovacevic...

—Repíteme el apellido.

—«Ko-va-ce-vic», con «k» de kilo. ¿Lo has apuntado? —preguntó el italiano.

—Sí, ahora lo he cogido. ¿Quién es esta dama? ¿Tiene algo que ver con el otro eslavo, aquel que apareció muerto en el monasterio de San Lazzaro?

—Pues ése es el busilis del caso, podría estar relacionada, pero, de momento, sólo es una sospecha; estuve hablando con ella hace un par de días, pero ha desaparecido, por eso te pedía ayuda —respondió Sforza con un deje de cansancio en la voz que no pasó inadvertido a su amigo.

—Te noto cansado, Marco. He pasado por situaciones similares y supongo que estarás recibiendo muchas presiones de arriba para que cierres el caso cuanto antes. ¿Me equivoco? —añadió el francés.

—No, Philippe, no te equivocas; a ti te lo puedo decir: es insoportable. Ya sabes cómo son los políticos, pero es que en este caso también los jueces están de un impertinente subido, ¡y no digamos los periodistas, que vuelan como cuervos sobre un cadáver! En fin, como te dije, creo que fue aquel día que fuimos a comer a Burano, mi lema es resistir, así que...

—«Resistir es vencer»: es lo que me dijiste exactamente en aquella comida que no he olvidado. Creo que fue el mejor *risotto* que he comido en mi vida.

—Pues en eso estoy, amigo mío. Hazme el favor que te pido: mira a ver si tenéis algo sobre esta mujer. Lo que no quisiera es tener que pasar por el trámite oficial, ya sabes, dando la vuelta por Roma.

—Descuida, Marco. Si hay algo, te lo haré saber enseguida; por cierto, aunque no es seguro porque hay variables que no dependen de mí, a lo mejor dentro de unos días paso por Venecia camino de una misión en la zona. Cuando tenga todos los cabos, te avisaré para ver si podemos vernos.

—¡No te perdonaría que vinieras y no me avisaras! —contestó el italiano—. Y si tienes tiempo, podemos volver a Da Romano, que es el restaurante en el que comimos el *risotto*.

—¡No se hable más! ¡Eso está hecho!

—Cuídate, Philippe —dijo, a modo de despedida, el comisario Sforza.

—Tú también, Marco —respondió el francés.

Cuando colgó el teléfono, Philippe de Vaucluse permaneció unos minutos en silencio. Sin saber por qué, en su mente alguna neurona había decidido relacionar el caso que ocupaba a su amigo con la historia que le había contado Paddy Wilberforce. «No tiene sentido; no hay relación lógica entre los dos casos. El dato del origen macedonio de la mujer tras la que anda Sforza es irrelevante, una simple coincidencia», se dijo, rechazando al instante la idea.

Volvió sobre el ordenador y tras observar que la impresora había hecho correctamente su trabajo, cambió de archivo para buscar casos de denuncias de accidentes de tráfico clasificados con arreglo a un criterio policial que no se hacía público, porque —obviando las conclusiones probadas judicialmente— era un índice de casos de muertes en accidente de circulación que por una u otra causa habían sido investigados ante la sospecha de que podía tratarse de homicidios encubiertos.

A modo de introducción, una nota recordaba que aunque todos los casos habían sido investigados minuciosamente, al no estar probados los indicios, a efectos legales, la simple sospecha carecía de virtualidad, así que —concluía la nota— quedaba prohibida expresamente su difusión por cualquier tipo de canal o soporte. «Bueno — se dijo—, aunque sea tabú, se puede ver».

Se sorprendió al ver que la lista era copiosa. De aquella relación se desprendía una evidencia: a la hora de pasaportar a la gente al otro mundo, el accidente de tráfico provocado era un procedimiento más frecuente de lo que cabía imaginar. Donde más casos consignaba la lista era en relación con aquellos países de más población: Alemania, seguida del Reino Unido, encabezaban el ranking. Como estaban clasificados por orden alfabético, le ocupó un tiempo llegar hasta la «m» de Macedonia. Pinchó y esperó a que se abriera el archivo. Allí no estaba lo que buscaba. La última entrada hacía referencia a un accidente en el que había resultado muerto un traficante local de drogas del que —según decía una nota— la Policía de Skopie sospechaba que estaba relacionado con la mafia turca que traficaba con heroína procedente de Afganistán.

Decepcionado por el fracaso en el rastreo, Philippe de Vaucluse cerró el archivo y volvió a conectarse a Internet buscando en Google las noticias de los últimos días. Tecleó «Milena Tomic, Macedonia» y esperó.

Allí estaba lo que buscaba: era una nota de la agencia de noticias italiana Ansa: «Milena Tomic, viceministra de Interior del Gobierno de Macedonia, falleció sin recuperar el conocimiento tres horas después de haber ingresado en el hospital de Skopie al que fue trasladada tras sufrir un aparatoso accidente de coche. El vehículo que conducía personalmente chocó frontalmente con un camión de gran tonelaje que circulaba a gran velocidad. El conductor del camión (Peja Princip Kotor,

Montenegro, 1950) había salvado la vida, pero falleció horas después, según los médicos, de resultas de las heridas provocadas por el choque y, sobre todo, del repentino agravamiento de una insuficiencia pulmonar aguda que padecía».

La noticia iba ilustrada con una fotografía de una mujer joven de aire deportivo, corte de pelo poco favorecedor y mirada decidida. La nota no decía más, pero al policía le llamó la atención la última parte. «Un enfermo con insuficiencia pulmonar aguda conduciendo un camión de gran tonelaje. No es muy frecuente. Habría que empezar a investigar por aquí».

Anotó el nombre: «Peja Princip», y la fecha y lugar de nacimiento. Pensó que averiguar la vida de aquel hombre sería más el trabajo de un detective que el de un policía. Con aquella idea en la cabeza decidió llamar a su amigo Paddy Wilberforce.

Le encontró camino de Surrey, en plena autovía.

—Estoy en el coche, Philippe, yo te oigo perfectamente. ¿Tú me oyes bien? —preguntó el inglés.

—Sí, sí, perfectamente.

—¿Has podido averiguar algo?

—No exactamente; por eso te llamo. Creo que hay una pista, sí, un cabo del que podríamos tirar, pero llevará su tiempo.

—¿De qué se trata?

—Verás, ¿recuerdas la noticia que me comentabas, la que te había recordado aquella historia que te contaron tus amigos «marineros»? —preguntó el francés hablando en clave de los agentes de Echelon que habían captado una conversación de los habitantes de Villa Cassandra.

—Sí, sí, claro que la recuerdo: ahí, como te decía, es donde se me encendió la bombilla..., pero no sé adónde quieres ir a parar. Me has pillado en camino; aquí, como sabes, tenemos una hora menos, pero estoy a veinte minutos del despacho. Si te parece bien, en cuanto llegue, te llamo por una línea segura.

—No, no hace falta. Hablaremos más despacio, pero en resumen, mi idea es que puesto que se ha producido un accidente de tráfico, lo lógico es que la compañía de seguros encargue a uno de sus peritos que averigüe las circunstancias del caso, sin tener que mezclar a la Policía que ya hizo su trabajo levantando el atestado. ¿No te parece?

—Me parece una buena idea. Tenemos que darle una vuelta más. ¿Estás en tu despacho?

—Sí.

—Pues en media hora te llamo —respondió el inglés.

—Hasta luego, Paddy.

Con puntualidad británica, exactamente media hora después, el responsable en Europa de la red Echelon llamaba al director de la Interpol. Los dos amigos hablaron.

No sabiendo con qué complicidades podían contar los supuestos asesinos de la viceministra del Interior entre la Policía de su país y para no levantar sospechas, acordaron que lo mejor sería que un agente de confianza adoptara la personalidad de un inspector de una compañía de seguros para con esa cobertura poder investigar las circunstancias del accidente sin llamar la atención. A la familia del camionero se le diría que estaba en el aire el cobro de una póliza. «La codicia trabajará para la discreción», había comentado Philippe de Vaucluse. «Sí, me parece buena idea lo del inspector de seguros, porque, claro —había dicho Paddy Wilberforce—, no es cuestión de llegar hasta el Ministerio del Interior de Macedonia y decirles: ¡colegas, escuchen, tienen ustedes que investigar la muerte de su ex jefa porque creemos que, de accidente, nada; creemos que ha sido un homicidio intencionado!».

Quedaron para hablar al día siguiente y completar los detalles del operativo. El policía se ofreció para buscar a la persona adecuada para hacer el trabajo. Coincidieron en que no había tiempo que perder.

## Capítulo 42

Merkurio salió exasperado de la audiencia con el presidente Mitrovic.

«No hará nada, es como los viejos *apparatchik* de los tiempos de Tito; como ellos, en su manual de supervivencia sólo hay dos artículos: no tomar iniciativas y no destacar. Pero yo haré que la marmota despierte. Tanto si quiere como si no, en cuanto se publiquen los informes del ADN y los artículos sobre Filipo y Alejandro, tendrá que moverse y abandonar su autismo político», farfulló entre dientes mientras daba instrucciones al chófer y uno de los guardaespaldas para que le llevaran al hotel y prepararan todo lo necesario para volver a Villa Cassandra, en Dubrovnik.

Entró en la habitación a paso de carga, sobresaltando a una de las camareras que estaban terminando de arreglar el cuarto.

—Perdone, señor... —dijo la mujer sin tiempo para completar la frase.

—¿Le falta mucho? —preguntó el anciano sin disimular su irritación.

—No, ya casi está. Si quiere lo dejo como está y vuelvo luego, cuando el señor se haya ido.

—Sí, será lo mejor. Gracias.

La mujer salió empujando un carrito en el que transportaba los útiles y recambios apropiados para arreglar las habitaciones.

Cuando Merkurio, que estaba en la parte interior de la suite, escuchó el chasquido del picaporte al cerrarse la puerta, marcó en su móvil el número del director de *El Correo*.

—¿Kostovsky?

—Sí, ¿quién llama?

—Soy yo —respondió el anciano con voz de trueno.

—¡Ah! ¡Es usted...! Perdone, no le había reconocido. Dígame, señor Lauer —respondió obsequioso el periodista.

—La hora que esperábamos ha llegado. ¿Tiene usted preparado el dossier con los datos del estudio nacional de Rh y ADN?

—Sí, lo tengo en mi ordenador; para evitar filtraciones yo mismo he redactado el texto.

—Bien, pues adelante: publique usted mañana los informes.

—¿Mañana? Verá, mañana teníamos previsto...

No pudo completar la frase. Más que hablar al otro lado de la línea, su interlocutor parecía bramar:

—¿Quiere usted decirme que hay alguna noticia más importante que ésa? ¿Cómo se atreve? ¡Le he dicho que publique ya los informes! ¿Me ha oído usted bien? ¡Publíquelos o aténgase a las consecuencias! ¿Entendido?

—Sí, sí, señor Lauer, perdone..., quizá no me he expresado bien, yo, si me lo

permite, lo que quería decir es que publicarlos así, sin más, sin una preparación editorial, un anuncio que creara expectación, pues no sé si sería lo más adecuado, pero en fin, si usted lo prefiere así, no se hable más —añadió, amilanado, el periodista.

—Lo prefiero así, Kostovsky. Y no se preocupe por la repercusión. Tendrán repercusión, vaya que si tendrán repercusión.

Colgó el teléfono y a grandes zancadas se acercó a la puerta a la que alguien estaba llamando.

Era el guardaespaldas.

—Recójalo todo. Llévase mis maletas. No, espere —ordenó, yendo hasta la caja fuerte empotrada en el armario. La abrió y buscó la Walter—. Tenga, guárdela usted hasta que se la pida —añadió entregándole la pistola.

—¿Quiere que me espere para acompañarle? —preguntó el guardaespaldas.

—Sí, espere ahí en el salón —respondió el magnate cerrando la puerta que separaba la habitación del salón de la suite.

Cuando se quedó a solas, el anciano cogió el teléfono y volvió a marcar otro número.

—¿Marko?

—Sí, dígame, ¿desea algo el señor? —respondió solícito el mayordomo de Villa Cassandra.

—Marko, prepáralo todo. Regreso hoy. ¿Está el profesor Wagner en la villa?

—Sí, regresó hace un rato; por la mañana salió con su mujer a pasear, pero ha vuelto solo y me ha parecido que está en la biblioteca. ¿Quiere usted hablar con él, señor? —preguntó el mayordomo.

—Sí, Marko.

Un minuto después, Alfred Wagner estaba al otro lado del teléfono.

—¡Señor Lauer! ¿Cómo está usted? —preguntó el historiador.

—Bien, bien —contestó Merkurio en alemán—. ¿Cómo va su trabajo? ¿Ha terminado ya su artículo sobre los restos del Gran Alejandro?

—Sí, lo tengo listo. La verdad es que reducir un tema tan vasto como éste a un simple artículo de prensa, pues la verdad es que le deja a uno insatisfecho porque la historia pierde mucho, hay que sintetizar, y, claro, hay que hacerlo a costa de datos y citas de fuentes, pero en fin, modestamente, creo que el trabajo es bueno —contestó el profesor con satisfacción.

—Bien, me complace oír que ya lo tiene. No se preocupe por la extensión del artículo, tiempo tendrá para explayarse escribiendo un libro, todo llegará. Pero ahora, profesor, de lo que se trata es de que el mundo conozca el resultado de su investigación sobre el destino de los restos del Gran Alejandro.

—Bueno, me halaga que piense que en el futuro mi trabajo pueda culminar en

forma de libro. De eso precisamente quería hablarle; es en relación con el documento de Monte Athos. En el artículo lo cito en varias ocasiones como fuente, pero, claro, el tema es complicado porque no puedo aseverar nada acerca de su procedencia y, claro, ésa es la parte débil del trabajo.

—No se preocupe por eso. Cuando llegue el momento, quedará aclarado el origen del documento. Me consta que el original existe, y, por lo tanto, su contenido puede ser verificado —añadió el magnate dando muestras de impaciencia.

—Perdone que insista —dijo el profesor—. En el artículo afirmo que el original se encuentra en el Gran Lavra, pero claro, mi hándicap es que yo no he visto personalmente el papiro.

—¿Ha tenido usted alguna vez en sus manos algún ejemplar de la *Ilíada* firmado personalmente por Homero? —preguntó el anciano.

—¡Qué cosas dice usted! Claro que no, por desgracia, ni yo ni nadie que yo sepa ha tenido ese privilegio...

—Pero eso no le impide a usted hablar de Aquiles y Agamenón o de Héctor y Príamo y dar por buena la tradición que cuenta su historia. ¿No es así?

—Sí, claro —respondió el profesor sorprendido por la salida de Mercurio.

—Vamos a ver, profesor, está usted en mi casa, he puesto a su disposición mi biblioteca y un documento excepcional, una prueba única que confirma su teoría de que los restos del Gran Alejandro reposan en la basílica de San Marcos en Venecia. ¿Y qué es lo que hace usted? Dudar, titubear allí donde debería estar orgulloso de poder confirmar su genial hipótesis.

—No, por favor, no me malinterprete, señor Lauer. No es que dude, es que, perdóneme, soy historiador y...

El profesor Alfred Wagner no terminó la frase. Su interlocutor se anticipó:

—Mire usted, Wagner, esta noche estaré ahí. Cuando llegue, quiero leer su artículo. Mi intención es que esté listo para publicarlo el próximo lunes en el *Frankfurter*. ¿Me ha entendido usted bien?

—¿Publicarlo en el *Frankfurter*? Pero, señor, verá, si usted recuerda, ya publiqué uno con anterioridad —respondió el profesor sin acertar a disimular su desconcierto.

—Lo recuerdo perfectamente, pero éste será el definitivo: tiene usted fuentes nuevas que confirman su teoría convirtiéndola en irrefutable. ¿No se da usted cuenta, profesor? —añadió con pasión Mercurio.

—Sí, claro que me doy cuenta de la importancia del asunto, pero usted sabe que al no poder concretar la fuente principal, me refiero al documento de Athos, pues no sé, yo... —contestó el profesor, dudando.

—¡Profesor Wagner! Usted encárguese de que el artículo refleje cuanto sabemos de la tumba del Gran Alejandro, yo me encargaré de que le publiquen el artículo. Nos veremos esta noche.

—Bien, pues...

El irascible anciano colgó el teléfono dejando a su interlocutor con la palabra en la boca, sin poder terminar la frase.

El profesor estaba desconcertado. Por una parte, deseaba publicar aquel trabajo; era la demostración de que tenía razón, de que quienes se habían burlado de su teoría o le habían tildado de «historiador de ficciones» ahora deberían rectificar. Sería un triunfo; un triunfo que a no tardar aparejaría renombre suficiente, dentro y fuera de Alemania, como para que los editores se disputaran el libro que pensaba escribir. Por otra parte, estaba el asunto del turbio origen del documento obtenido en Monte Athos. «Técnicamente —pensó— quizá un jurista no lo consideraría un robo, pero ha sido obtenido de manera fraudulenta y esa mancha salpica toda la investigación».

Alfred Wagner estaba hecho un mar de dudas. Pensó incluso salir a buscar a Lea, su mujer, y abandonar aquella casa que ahora empezaba a parecerle sombría. A través del ventanal de la biblioteca se veía el abrupto paisaje tallado a pico que la mano del hombre había intentado modificar construyendo aquí y allá villas y edificios de varios pisos cuyas raíces de hormigón llegaban hasta el mar.

Lo que el profesor Wagner no podía ver era a los dos hombres que en la sofisticada sala de escuchas de uno de los barcos deportivos atracados frente al puerto viejo de Dubrovnik no habían perdido detalle de la llamada recibida en el teléfono de Villa Cassandra. Uno de ellos, al terminar la grabación, cogió un teléfono con enlace directo a satélite y marcó un número local de Surrey, en el Reino Unido.



## Capítulo 43

Tiziana Marchesi no era supersticiosa, pero tenía algunas manías que aparejaban pequeños rituales a los que asociaba con la buena suerte. Siempre llevaba en el bolso una estampa de san Pancracio y antes de empezar un programa de televisión le daba tres vueltas a un anillo de bisutería del que nunca se desprendía. El anillo tenía historia: se lo había regalado una mujer africana a la que conoció cuando realizaba un reportaje sobre el genocidio de Ruanda.

Canale 5 tenía anunciada la emisión en directo desde Venecia del programa de Tiziana Marchesi a las 22 horas del jueves 15 de septiembre.

Cuando el programa se emitía desde la sede central del canal, la periodista acudía a la redacción para revisar el guión y discutir los últimos detalles del programa con el realizador y el productor. Después, si no tenía algún compromiso, solía almorzar en el autoservicio que había en el propio canal. Era una jornada completa de trabajo en la que los únicos momentos de relajo eran los dedicados a fumar, actividad que con arreglo a las nuevas normas antitabaco convertía a los fumadores en gentes sospechosas, apestados dispuestos a propagar una rara enfermedad que cursa rodeada de humo y que obliga a los pacientes a emigrar hacia lugares estratégicos elegidos por el departamento de Recursos Humanos. Lugares tales como antesalas de mingitorios, pasillos umbrosos y solitarios o, directamente, la intemperie. Tiziana era fumadora, aunque no compulsiva. Gracias a las normas que habían socializado la expulsión periódica de los fumadores de su mesa de trabajo, había establecido buen rollo con la gente más joven de la redacción: periodistas jóvenes y productores recién llegados que jamás habían soñado con la posibilidad de estar cerca de la presentadora más famosa de Italia y charlar con ella.

El contacto con el estrato contracultural de la redacción había rejuvenecido algunos de los enfoques de los temas que trataba en el programa. En el caso del programa especial de Venecia, los comentarios, tirando a irreverentes, de algunos de los redactores más jóvenes habían instalado en la mente de Tiziana la idea de que el programa de aquella noche, además de tratar de reconstruir el intento de robo en San Marcos, tenía que incluir algún reportaje o entrevista en el que el gran protagonista debía ser el ADN de las muestras extraídas del sarcófago del apóstol. «Da mucho morbo saber a quién tienen metido dentro. Lo mismo resulta que la reliquia es tan auténtica como los DVD que venden en los “top manta”», había comentado uno de los jóvenes redactores que llevaba las orejas anilladas. La irreverencia había dejado huella. Tiziana estaba dándole vueltas a aquella idea cuando, de pronto, recordó que a mediodía tenía una cita con el comisario jefe de Venecia. «En San Servolo, un lugar que no conozco», pensó, recordando el SMS que le había mandado el comisario diciéndole que sería más discreta aquella isla que la otra, la de San Lazzaro, donde en

principio habían quedado.

Pasó buena parte de la mañana hablando por teléfono desde el hotel con la gente del equipo. Pasadas las once, salió del hotel cubriéndose la cara con unas gafas oscuras y ocultando el pelo bajo una ridícula pamelita de las que compran las turistas en los puestos de la Riva degli Schiavoni. Después, en uno de los muelles donde atracan las lanchas motoras que son los taxis de Venecia, alquiló una para ir hasta San Servolo, una isleta situada cerca de San Lazzaro y no lejos del Lido. La isla es minúscula y en su mayor parte está colonizada por tres edificios de aire sombrío a los que se accede tras superar un patio aterrazado cuyo límite es la plataforma de cemento que constituye el muelle. «Qué lugar tan sombrío», pensó al llegar y descender de la lancha tras decirle al taxista que no la esperara. «Confío en que llegue a tiempo; la verdad es que hoy no es el mejor día para andar jugando al “tercer hombre”», se dijo Tiziana, evocando la mítica película de Orson Welles ambientada en la Viena de la posguerra.

Consultó el reloj en el mismo instante en el que el viento traía el sonido de las campanas de la torre del cercano monasterio de San Lazzaro llamando al ángelus.

—Veo que recibiste mi mensaje. Bienvenida a Venecia. Soy Marco Sforza —dijo una voz ronca que pertenecía a alguien a quien no había visto llegar y que la sobresaltó.

—¡Eh! ¿De dónde ha salido? —preguntó alarmada la periodista—. No le he visto llegar.

—Pues estaba ahí —contestó el policía señalando hacia un punto impreciso de la minúscula dársena en la que un muro de piedra formaba una suerte de recodo.

—Gracias por venir —dijo Tiziana, reponiéndose rápidamente del momentáneo despiste.

—No hay de qué; no tengo por costumbre hablar con periodistas, pero contigo hago una excepción; la verdad es que todavía no sé muy bien por qué... —respondió el policía mirando a los ojos a la mujer, que se había quitado las gafas y sostenía la pamelita con las dos manos.

—Quizá sea porque ha entendido que tengo interés en contar objetivamente la historia de lo que pasó en San Marcos la noche del primero de septiembre y, por supuesto, también lo que ha pasado después: me refiero al polémico informe del ADN... En fin, ya sabe a qué me refiero.

—Sí, supongo que ése es tu interés, pero permíteme que te diga, y te ruego que no te ofendas, que cuando oigo que un periodista habla de objetividad, me da la risa —contestó con rudeza el comisario.

—No me ofendo, comisario; me entristece. Porque es verdad que en mi profesión hay muchos intrusos y mercenarios que sólo sirven a sus amos o a intereses bastardos; como hay, permítame que se lo diga y ahora soy yo quien le pide que no se

ofenda, como hay, digo, muchos policías corruptos que están comprados por los mafiosos o están atrapados por la maquinaria corrupta de los partidos políticos — replicó Tiziana con aquella expresión suya de fiera sinceridad que arrebatava al público y disparaba las audiencias.

—*Toucbé* —respondió el policía, esbozando una sonrisa.

—No hay ángeles en el periodismo, pero le puedo asegurar que hay periodistas que luchan para que la basura que les rodea y que a veces llega hasta el cuello no pase de ahí.

—Sí, la vida es como una escalera de gallinero: corta pero llena de mierda; no recuerdo quién lo dijo, pero tenía razón. En lugar de quedarnos aquí parados en mitad del muelle, ¿qué te parece si damos una vuelta? —preguntó el hombre.

—¿No podríamos sentarnos y tomar un café? —preguntó Tiziana.

—Pues ya lo siento, pero no va a ser posible; te he citado aquí porque todo esto —dijo el comisario señalando los edificios— es un complejo universitario y ahora están de vacaciones; creí que era el mejor sitio para pasar inadvertidos. San Lazzaro es eso de ahí, pero está muy concurrida a estas horas —añadió, señalando en dirección hacia la isla contigua.

—Bueno, no importa —respondió Tiziana—. Pensándolo bien, no me vendrá mal un paseo a la orilla del mar, me servirá para compensar la tensión del programa en directo de esta noche.

—Entonces —preguntó el hombre—, ¿sigues adelante con la idea de emitir el programa desde Venecia?

—Sí, claro. Ésa es la idea y salvo que se nos caiga encima el *Campanile*, el programa saltará al aire a las diez en punto de la noche.

—Como sabrás, ya se cayó una vez. Me refiero al *Campanile* —replicó con ironía el comisario.

—Sí, lo sabía, pero eso fue hace muchos años, en el siglo pasado, hoy supongo que aguantará. Eso espero —dijo la mujer cruzando dos dedos de la mano izquierda.

—Bien, Tiziana. ¿Qué es lo que querías de mí? —preguntó el policía en un tono de voz más suave.

—Pues verá... —respondió la mujer captando una vibración que le pareció positiva—. Quería y quiero que me confirme algunas cosas a las que me voy a referir esta noche y que las tengo por ciertas, pero necesitaría conocer su opinión como policía que ha estado encima del caso...

—¿A qué te refieres?

—Pues, por ejemplo, a que fueron dos y no uno los ladrones que entraron en San Marcos la noche del primero de septiembre, intentando robar en la basílica. Tal y como le dije por teléfono, mi fuente es el propio ministro; el dato, como comprenderá, es muy importante para mí porque es una primicia que pretendo dar

esta noche.

—Pues el ministro sabe más que la Policía de Venecia, que es quien investiga el caso. Tiziana —añadió el policía—, no puedo darte información que todavía no tenemos confirmada porque, como sabes, el caso está sub iúdice, pero no creo estar traicionando la confidencialidad del caso si te digo que las huellas que hemos encontrado corresponden a un solo individuo, un varón para más señas, como, por otra parte, ya es de dominio público, pues ya se ha publicado el resultado del análisis de las muestras de ADN... tras una lamentable filtración, por cierto —añadió el policía con un deje de amargura.

—Pero precisamente es el informe el que habla de huellas de dos individuos diferentes. Dos, no uno —replicó la periodista.

—Sí, lo he leído, como tú, pero es el resultado de una confusión. De muestras correspondientes a las huellas dejadas por el ladrón y otras correspondientes a otra persona sin relación con el asalto.

—¿Otra persona? ¿A quién se refiere?

—Créeme que no lo sé; lo único que puedo decirte es que no se trata de un ladrón.

—¿Cómo puede estar seguro de eso, si al tiempo que lo dice reconoce que no sabe de quién se trata? —preguntó la periodista subrayando la aparente contradicción.

—Estoy seguro —replicó con aplomo el policía—, porque hemos localizado el lugar en el que el intruso permaneció oculto dentro de la basílica, aguardando el cierre del templo. Y en ese sitio —añadió— sólo estuvo una persona.

—¿El ladrón estuvo escondido en San Marcos? ¡Eso es nuevo! ¡Me da usted una primicia! Hasta ahora nadie había contado cómo habían conseguido entrar...

—Bueno, te estoy diciendo algo que echa por tierra la teoría sobre el segundo ladrón, nada más —respondió el policía.

—Ya que usted es un hombre franco y me ha dicho que el ladrón estuvo escondido en el templo, cosa que no se sabía hasta ahora, ¿le puedo pedir algún dato más sobre el sitio, el lugar en el que estuvo escondido dentro de San Marcos?

—Eso no puedo decírtelo porque aún lo estamos investigando, Tiziana.

—Es una pena; una pena porque es una noticia importante y me permitiría felicitar a la Policía de Venecia por sus progresos en la investigación... —dijo la periodista con voz zalamera.

—Eso es hacer trampas, ¿no te parece?

—Sí. Tiene razón, le pido que me disculpe —contestó la periodista. Iba a añadir algo más cuando un zumbido, el tono avisador del móvil del comisario, interrumpió la conversación.

—Perdona un momento —dijo el policía buscando el teléfono en uno de los bolsillos de la chaqueta y alejándose unos pasos de donde estaba la periodista—. Sí,

soy yo. Dime, Benzoni, ¿qué pasa?

—¡Jefe! Hay novedades sobre el fiambre de San Lazzaro. Acabo de hablar con la morgue y la forense confirma que las huellas corresponden al mismo individuo que entró en San Marcos. ¡Esto se anima! ¿No le parece, jefe? Por cierto, ¿dónde está usted, si se puede contar?

—No se puede; no te lo creerías —respondió con laconismo el comisario—. Bien, sobre la una estaré en la Questura, quiero ver el informe. ¡Hasta luego!

Colgó el teléfono, lo guardó y, mirando a la periodista, dijo:

—Hoy es tu día de suerte, Tiziana: tengo una primicia para ti.

—¿De qué se trata? —preguntó la periodista mirando directamente al policía con aquellos ojos que habían enamorado a media Italia.

El programa de la noche del jueves fue un éxito. Al día siguiente, Arrigo Impala, el productor, despertó a Tiziana:

—¡Perdona que te despierte, querida, pero no podía resistir los nervios! ¿Estás sentada? —preguntó el hombre con voz chillona.

—¡Me has despertado! ¡Estoy en la cama! ¿Cómo quieres que esté sentada? —contestó Tiziana sin acabar de entender ni dónde ni cómo estaba el mundo a aquellas horas.

—¡Un «35», Tiziana! ¡Hemos hecho un «35» de *share*! Hay que celebrarlo, ¿no te parece, reina?

—¡Un «35»! ¡Qué maravilla!

—Venecia nos ha traído suerte, ¿no crees? —declaró el productor.

—Sí, desde luego —respondió la periodista arrebujándose entre las sábanas.

«Venecia nos ha traído suerte, sí. Venecia y, sobre todo, su comisario jefe», pensó Tiziana Marchesi evocando el encuentro del día anterior con el policía de pelo gris y mirada fría.

## Capítulo 44

Amedeo Gualtieri, el jefe de Policía de Trieste, estaba preocupado. En aguas del puerto, cerca del espigón más alejado del centro, había aparecido un coche; lo había encontrado la tripulación de una gabarra que estaba dragando la zona. Según el informe verbal que le transmitió el cabo de una patrulla de *carabinieri* que había sido requerida por las autoridades portuarias, en el interior del vehículo habían encontrado un cadáver. Era una mujer de mediana edad, estaba vestida y el cuerpo no presentaba signos de violencia.

—¡Voy para allá enseguida! ¡Que nadie toque nada hasta que llegue el juez! —había ordenado al agente que le dio la noticia.

Por el camino repasó mentalmente los casos de desapariciones que recordaba. Ninguno encajaba con la descripción sumaria que le habían transmitido. Subió al coche y puso la sirena. El agudo sonar del reclamo policial mezclándose con los roncotes de las sirenas de los barcos le anunciaron que había llegado al puerto. Bajó del coche y al llegar al lugar en el que una grúa había depositado el vehículo extraído del mar vio que era un volvo de color verde oscuro.

—¡Mierda! —dijo entre dientes.

—¿Cómo dice, jefe? —preguntó uno de los policías.

El jefe Gualtieri no contestó. Buscó su teléfono móvil y marcó un número.

—Mazzini, soy Gualtieri.

—Sí, jefe. ¿Qué pasa? —preguntó el responsable del departamento técnico de la Policía de Trieste.

—Mazzini, ¿de qué color era el coche en el que colocaste el chip?

—Verde, jefe; es un volvo de color verde oscuro. ¿Por qué me lo pregunta?

—Te lo pregunto porque lo tengo delante.

—¿Dónde está usted? —preguntó sorprendido el otro policía.

—En el puerto, en la zona del muelle de Poniente. En cuanto venga el juez, llevaremos el coche al depósito. Quiero que estés allí. El coche se ha caído o lo han tirado al mar, aunque parece que está intacto.

—Allí estaré, jefe. No creo que el chip se haya desprendido, pero habrá que comprobarlo.

Entre la llegada del juez y el levantamiento del cadáver transcurrió una hora larga. Después la dotación de una ambulancia se hizo cargo del cadáver de la mujer al tiempo que una grúa policial cargaba el coche.

Por el camino hacia el depósito, Amedeo Gualtieri llamó a su amigo el comisario jefe de Venecia.

—Marco, soy yo, Amedeo. ¿Cómo estás? ¿Te pillo bien? —preguntó el policía.

—Sí, sí, amigo, estoy en mi despacho. ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal vas?

—Bien, bien. Mira, te llamo porque hay novedades en el caso de la mujer del circo...

—¿Novedades? ¿Qué tipo de novedades? ¿A qué te refieres? —preguntó el comisario aguzando el oído.

—Ha aparecido muerta; ahogada en el interior de su coche. ¿Recuerdas? ¿Ese al que le colocamos un chip para seguirle la pista?

—Sí, sí, claro que lo recuerdo. ¿Cómo ha sido?

—Pues de momento es poco lo que sabemos. El coche lo encontró una draga del puerto; estaba hundido a cuatro o cinco metros de profundidad. Dentro, como te decía, apareció el cadáver de una mujer sin signos aparentes de violencia. Todavía no le han hecho la autopsia ni está oficialmente identificada, pero te llamo porque creo que es la mujer del circo.

—¡Joder! ¡Qué putada! Pobre mujer. Era nuestro hilo de Ariadna para salir del laberinto... —respondió con voz apesadumbrada el comisario jefe de Venecia.

—Bueno, te dejo, porque estoy llegando al depósito donde la grúa ha llevado el coche; cuando tenga más información te llamo. Marco, como te conozco, déjame que te diga que no hace falta que vengas; de momento, hasta que los especialistas en huellas y los forenses no hagan su trabajo, no hay nada que tú o yo podamos hacer; si acaso, entorpecer la tarea de los técnicos... Confía en mí, sé lo importante que es este caso para ti y te tendré al tanto de las novedades. ¿De acuerdo? —preguntó el jefe de Policía de Trieste en tono afectuoso.

—De acuerdo; pero júrame que me tendrás al tanto de la marcha de las investigaciones. No te quiero dar la brasa, pero es que desde Roma me están apretando mucho y más después del programa de la otra noche en la televisión. No sé si lo viste.

—Sí, lo vi, empezado, pero lo vi. Esa tía, la Marchesi, ¡está como un yate! Y qué bien lo explica todo, parece que además tiene buenas fuentes, porque de lo del fiambre de San Lazzaro aquí no teníamos ni idea —contestó el policía con guasa.

—Bueno, verás, es que ha sido todo muy rápido. Ayer mismo el forense confirmó su identidad, y, claro, no había motivo para ocultarlo; te iba a llamar esta mañana para decírtelo porque ya sabes que trabajaba en el mismo circo que la mujer ahogada. Está todo relacionado, Amedeo, cada vez lo veo con más claridad, lo que ocurre es que ahora, con la muerte de Miss Lisi, vamos a tener que volver a empezar casi desde cero.

—Vamos a confiar en los especialistas. Ya sabes que son muy buenos y aunque se lo montan como los de la tele con el *CSI* y se dan aires de artista, lo cierto es que resuelven. Me ha dicho Mazzini, el jefe técnico del laboratorio de aquí, no sé si lo conoces, que si el coche ha sido manipulado o ha sufrido alguna colisión, se puede identificar el vehículo con el que ha chocado. A lo mejor tenemos suerte y tirando del

cabo llegamos a donde está el ovillo.

—¡Dios te oiga! —respondió Marco Sforza con aire de resignación—. La verdad —añadió— es que este caso cada vez se complica más y como los periodistas y la televisión están detrás, parece que no hay otro caso en toda Italia.

—Bueno, amigo. En cuanto los del *CSI* tengan resultados, te avisaré. Creo que lo que necesitas es resolver cuanto antes este caso y tomarte unas vacaciones.

—¿Vacaciones? ¡No me hables! —contestó el comisario—. Hace años que no sé lo que son vacaciones —añadió el policía mirando por encima de la pantalla del ordenador, en la que se podía leer un cronograma del caso. La última línea, la que correspondía a la anotación que estaba escribiendo cuando recibió la llamada del jefe de Policía de Trieste, concluía con el nombre de Milovan Demeratu, el ladrón de San Marcos. Había añadido una foto del hombre y cuando colgó el teléfono se quedó mirándola un buen rato; después respiró hondo y añadió otro nombre: el de Dunia Kovacevic, la trapecista conocida como Miss Lisi.

«Pobres diablos —pensó—. ¿Para quién trabajabais? ¿Cuál era vuestro secreto?».

En el escenario del crimen, la víctima siempre intenta escribir el nombre de su asesino. Los muertos no hablan, pero los buenos policías saben descifrar el último mensaje de las personas a quienes la vida les ha sido arrebatada de manera violenta.



## Capítulo 45

El impacto del programa de Tiziana Marchesi fue brutal. Fue visto por millones de personas; el programa despertó interés incluso en ambientes alejados de las frívolas mareas que crea la televisión. La clave había sido el morbo que aparejaba la deriva político-religiosa del caso. Tras el programa, media Italia se preguntaba a quién pertenecían, de verdad, los restos de la principal reliquia custodiada en la basílica de San Marcos.

El ministro del Interior no había llegado a ver el programa, pero había ordenado que lo grabaran y el viernes por la mañana lo estaba visionando en compañía de su jefe de Gabinete.

Daba vueltas por el despacho y estaba al borde de la histeria porque los periódicos del día le ponían a caldo.

Riccardo Salcioli, el jefe de Gabinete, le había explicado ya dos veces que todo se debía a los celos profesionales entre periódicos y periodistas, pero el argumento no había calado en el ánimo de Ottavio Agrícola.

—Es un ataque de cuernos, ministro. Creen que la exclusiva del asesinato de San Lazzaro ha salido del ministerio y se duelen de la herida; ya sabe que entre los periódicos la noticia que se lleva uno a su portada deja en ayunas a los demás. Y no lo perdonan.

—Sí, sí, ya sé cómo funciona esa jauría, pero lo que no me explico es de dónde sacó la Marchesi la noticia al tiempo que lo sabíamos nosotros. Alvisè Pisani —añadió el ministro, refiriéndose al director de la Policía— me ha jurado que no lo ha sabido hasta ayer por la tarde, cuando llamó para informar. Le creo y pienso que la filtración ha sido en Venecia. Le he dicho a Pisani que le ajuste las tuercas al comisario... ¿cómo se llama?

—Sforza, Marco Sforza, ministro.

—¡Eso, Sforza! Pues le he dicho a Pisani que le pida cuentas a Sforza de la marcha de la investigación y que si hace falta, le releve porque tal y como están las cosas, vamos mal, mal, pero que muy mal —añadió el político volviendo a su mesa de trabajo y dejándose caer en la silla.

—No creo que sea una buena idea, ministro —replicó el jefe de Gabinete.

—¿A qué te refieres?

—A destituir al comisario jefe de Venecia en plena movida, con la polémica del ADN dando portadas a los periódicos y la Bienal abriendo los telediarios...

—Entonces, ¿qué crees tú que debo hacer? ¿Cruzarme de brazos mientras la prensa me pone en contra a toda Italia?

—Para empezar, si me lo permite, no creo que sea para tanto; es una batalla más, pero no creo que de ella dependa el resultado de la guerra. Además, no estoy seguro

de que el tratamiento no fuera peor que la enfermedad. Me refiero a destituir a Sforza. Yo también he hablado esta mañana con Pisani y lo que me ha dicho es que la investigación propiamente dicha no va mal; de hecho, estaban detrás del tipo ese que apareció muerto en San Lazzaro porque Sforza seguía una pista que llevaba hasta él... Y hay más, jefe: no sé si Pisani lo sabía cuando hablaron esta mañana, pero hay otro cadáver.

—¿Otro muerto? Pisani no me dijo nada —exclamó el ministro sin poder controlar el tono de voz.

—Sí. Una mujer. Al parecer, según las investigaciones de Sforza, podría haber sido ella quien mató al individuo que apareció muerto en San Lazzaro. Desde luego, está relacionada con el caso del intento de robo en San Marcos.

—¿La habían detenido?

—No. Habían hablado con ella, la estaban vigilando, pero desapareció y ahora han encontrado su cadáver en el puerto de Trieste.

—¡Es lo que nos faltaba! ¡Una cadena de asesinatos y ni un solo detenido! ¡Genial!

—Ministro, yo creo que es cuestión de aguantar el tirón; de esperar a ver hasta dónde llega Sforza. No estamos seguros de que la filtración a la Marchesi haya sido obra suya; desde el momento en el que interviene un juzgado, las posibilidades de filtración se multiplican de manera exponencial. Además —añadió—, si le relevamos, amén de crearnos un problema porque habría que explicar el cese, sería tanto como reconocer que la Policía no ha conseguido nada hasta la fecha. Creo, ministro —concluyó el jefe de Gabinete—, que sería tirar piedras contra nuestro tejado.

Ottavio Agrícola no contestó. Su silencio era una forma de asentir al razonamiento que acababa de escuchar. Riccardo Salcioli conocía bien aquella forma de reaccionar de su jefe.

No daba la razón a quien le persuadía para que cambiara un punto de vista, pero no insistía. Salcioli supo que había convencido a su jefe, pero no dijo nada.

«No es bueno ganar los partidos por goleada. Las victorias inapelables provocan resentimiento», pensó para sus adentros el jefe de Gabinete.

## Capítulo 46

Amedeo Gualtieri acompañó a su amigo el comisario Sforza hasta el laboratorio de la Policía de Trieste. Le había llamado por la mañana a primera hora y Sforza se presentó en Trieste un par de horas después.

Cuando llegaron les estaba esperando Aldo Mazzini, el responsable del departamento.

—¿Os conocéis? —preguntó Gualtieri.

—No, personalmente no, pero ¿quién no ha oído hablar del comisario Sforza? —respondió el jefe del laboratorio con una sonrisa que redondeó una cara presidida por unas enormes gafas.

—Ya será menos —replicó Sforza, incómodo, como siempre, ante el menor halago.

—¿Tenéis ya resultados? —preguntó el jefe de Policía de Trieste.

—Sí, tenemos el análisis de las diatomeas.

—¿Y ésas quiénes son?

—«Ésas», como las llama usted, jefe —respondió Mazzini—, son unas algas; algas microscópicas que se encuentran en todas partes donde hay agua: en los mares, los lagos, los estanques y los ríos; incluso en las piscinas. Sólo el agua potable de las ciudades escapa a sus afanes colonizadores —dijo el técnico con el aplomo de quien dicta una conferencia—. ¿Por qué nos interesamos por ellas aquí, en este laboratorio? —prosiguió—. Pues porque pese a su minúsculo tamaño, que se mide en micrones, en milésimas de milímetro, tienen un esqueleto de sílice que es indestructible. ¿Recuerda los fósiles?

—Sí, claro —respondió el jefe de Policía, sin acabar de ver la relación a la que aludía el experto.

—Pues gracias a ese esqueleto de sílice nos permiten saber si una persona ha muerto ahogada. Después de un accidente o de un homicidio, como podría ser el caso que nos ocupa, si un cuerpo ha entrado en contacto con el agua, ésta se mete con fuerza en los pulmones y, llevadas por el flujo, las diatomeas, gracias a su minúsculo tamaño, consiguen atravesar los alvéolos pulmonares intentando ganar otro fluido: en este caso la sangre. A partir de ahí —prosiguió Mazzini—, se expanden por todos los órganos, por todos los tejidos, llegando incluso a penetrar hasta la médula de los huesos. Sólo es cuestión de tiempo; y, analizando lo que podríamos llamar el grado de «colonización» que ha conseguido sobre el cuerpo sumergido, podemos establecer el tiempo que lleva éste en el agua y también, en función de las diferentes especies de diatomeas encontradas en el cadáver, se puede establecer si el ahogamiento se produjo en el lugar en el que ha sido encontrado o en otro sitio —concluyó el experto quitándose las gafas y mirando a los dos hombres con cara de alumno aplicado.

—Estoy impresionado, de verdad —dijo el comisario Sforza.

—Gracias, comisario.

—Bueno, Mazzini, y ahora que hemos impresionado al jefe Sforza, ¿qué es lo que habéis averiguado en concreto? —preguntó Amedeo Gualtieri.

—Pues está todo aquí, en el informe que me disponía a firmar cuando han llegado: la mujer —dijo con aire solemne— llevaba cuatro días en el agua. No sé lo que habrá dicho el forense, no conozco los resultados de la autopsia —añadió—, pero repito que sobre el tiempo que ha estado en el mar no hay error posible: exactamente cuatro días.

—¡Buen trabajo, Mazzini! —dijo Sforza.

—Gracias, comisario, no hay de qué. Es nuestra obligación.

—Mazzini, también yo quiero felicitarte. Mándame el informe cuanto antes. ¡Ah, y no te olvides de firmarlo! —añadió el jefe de Policía de Trieste.

Cuando salieron hacia el despacho de la Questura, se les acercó un inspector.

—Perdón, jefe —dijo el policía.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Gualtieri.

—Vengo de la morgue. Tengo una copia del resultado de la autopsia del cadáver de la mujer encontrada en aguas del puerto.

Dunia Kovacevic había muerto por causa de una fractura de las vértebras cervicales. El forense indicaba que se había producido de resultas de haber recibido un golpe muy fuerte. Como el que podría haber propinado un experto en artes marciales al golpear con fuerza y precisión en la parte posterior del cuello de la mujer.

—¡Pobre mujer! —comentó el comisario tras leer la nota con las conclusiones del informe del forense.

—Parece que la dejaron seca antes de tirarla al mar —comentó el jefe Gualtieri.

—Sí, eso mismo creo yo —contestó Sforza.

—¿Pero quién? ¿Quién ha podido hacer una cosa así arriesgándose a ser visto? Porque matarla, meterla o dejarla en el coche, llevar éste hasta el muelle y empujarlo hasta el mar lleva tiempo y mucho esfuerzo.

—No parece obra de un solo hombre.

—Sí; tienes razón, deben de haber sido como poco dos; veremos qué dicen los de «huellas», aunque éstos son más lentos que los de Mazzini, pero será también el equipo de Mazzini el que haga el test de la pintura.

—¿Te han dicho algo sobre qué tiempo calculan que les va a llevar el análisis del coche?

—No, pero si quieres, pasamos por mi despacho, te invito a un café y llamo a Mazzini para que suba y te diga cómo está la cosa.

—Me parece una buena idea.

—Un día me explicó cómo trabajan y la verdad es que son muy buenos. Lo que me dijo es que, a veces, en sus investigaciones llegan hasta un punto en el que ya no pueden seguir más porque necesitan preguntar a los fabricantes de coches por un determinado modelo y eso lleva su tiempo.

—Tiempo es lo que no tenemos en este asunto, Amedeo. Mételes prisa porque ya te digo que si no atrapamos pronto a los cabritos que han hecho esto, me veo remando en una góndola en compañía de Benzoni.

—¡No exageres, hombre! Por cierto, ¿por qué no te lo has traído hoy contigo?

—Tiene trabajo; se ha quedado en la Questura con el marrón del atestado. No sé si conoces al juez Zanetti, es la leche. Un tiquismiquis de mucho cuidado que está a la que salta deseando empapelar a todo el que lleva uniforme. Era de Lotta Continua y, chico, nos tiene enfilados a todos nosotros.

—¡Joder! A estas alturas de la película, ¿quién coño se acuerda de aquello?

—Pues éste no se ha olvidado.

—En fin, te comprendo y vuelvo a decirte que lo que necesitas son unas vacaciones: lo estás pidiendo a gritos.

—Sí, ¡para vacaciones estoy yo! Amedeo, déjate de coñas y llama a Mazzini.

El especialista era un hombre meticuloso en todo. Aceptó la invitación del jefe Gualtieri, pero le cambió el café por té indicando a la secretaria que debía ser con limón y un solo terrón de azúcar. Sentado frente a los dos jefes de Policía, Mazzini, que era químico de profesión, parecía un vendedor de libros decidido a colocar los veinte tomos de una enciclopedia.

—Mazzini, el comisario quiere que le expliques lo del test de la pintura —dijo el jefe de Policía de Trieste.

—Es muy sencillo. La pintura de los coches está compuesta de cuatro capas: una está destinada a cubrir las irregularidades del metal, otra sirve de apresto o compactación, la siguiente es la que contiene los pigmentos del color, y, por último, está la capa de barniz. Cada capa posee sus propias características y la combinación de las cuatro las convierte en algo así como una pieza única. Si se ha producido un alcance, aunque sea un simple rasguño, el roce de un coche con otro deja restos de las diferentes capas de pintura. No sé si me explico —contestó el experto con la voz cansina de quien recita por enésima vez la misma lección.

—Sí, sí, te explicas. Sigue, Mazzini, sigue, por favor —contestó el comisario Sforza mirando al jefe Gualtieri, quien también asintió.

—Pues como les decía —prosiguió el técnico—, tras el examen al microscopio de un fragmento, un resto de pintura, sometemos la muestra a diferentes pruebas. Con el espectrógrafo de infrarrojos, por ejemplo, conseguimos averiguar la naturaleza orgánica de las resinas empleadas: poliéster, poliuretano... El microscopio

electrónico revela los elementos que componen las diferentes capas; otro espectrógrafo consigna la naturaleza de los pigmentos, los polímeros empleados y los estabilizantes que se han utilizado, sobre todo si en el choque se ha producido transferencia de pintura entre los vehículos implicados. Las pruebas —añadió el experto ajustándose las gafas— son concluyentes.

—Eso espero, por la cuenta que nos trae. Hablando del caso que nos ocupa, ¿cuándo vamos a conocer los resultados? —preguntó el comisario notando que la pregunta había decepcionado al experto, quien, sin duda, esperaba que sus interlocutores le permitieran seguir con la lección magistral.

—Umm, no sé, el análisis de las diatomeas ya está entregado; el test de la pintura es más lento. No depende sólo de nosotros, hay un momento en el que hemos de consultar a los fabricantes. Creo que...

—Sí —le interrumpió el comisario—, ya me ha comentado el jefe Gualtieri cómo es eso de los coches...

—Pues entonces ya conoce el dicho: quien tiene la silla alquilada no se sienta cuando quiere —contestó el experto soltando una risita que a los dos policías les hizo recordar los añorados años del Bachillerato.

—Bueno, Mazzini, déjate de filosofía y pon a tu gente a trabajar, que el horno no está para dichos; además creo que el refrán no habla de sillas, sino de culos, lo que dice es que quien tiene el culo alquilado no se sienta cuando quiere.

Mazzini se despidió de ellos y salió del despacho sin acabar el té. Marco Sforza se fue minutos después. Su amigo Gualtieri se comprometió a llamarle en cuanto los expertos tuvieran novedades sobre el coche. Le llamó al día siguiente por la tarde.

—Marco, soy yo, Amedeo. Tengo noticias para ti. Toma nota de este número de teléfono, es el de Mazzini; está esperando tu llamada.

El comisario Sforza colgó a su amigo y marcó el número del laboratorio de la Policía de Trieste.

—¿Mazzini? Soy el comisario Sforza. Me dice el jefe Gualtieri que tienes buenas noticias para mí.

—¡Hola, comisario! No sé si son buenas, pero son noticias —contestó el químico—. Si tiene tiempo, se lo explico —añadió.

—Por favor, soy todo oídos —respondió Sforza.

—Verá, hemos analizado un fragmento de pintura negra de alrededor de un centímetro que hemos encontrado en la parte frontal del volvo. El impacto del choque la fijó y, por suerte, ha resistido a la acción del agua del mar, donde, como sabemos por las diatomeas, no estuvo más que cuatro días. Fue poco tiempo, y por eso, como le decía, la pintura negra no ha sufrido alteración. La hemos analizado y hemos podido fijar su composición y, mirando en las tablas que nos facilitan los fabricantes, hemos establecido el año de fabricación del vehículo: salió de fábrica entre el 2000 y

el 2003. El técnico en automóviles de mi equipo, tras analizar las características del impacto, ha llegado a la conclusión de que el coche que chocó con el volvo fue un Touareg, un modelo cuatro por cuatro de la marca Volkswagen. De este modelo hay varias decenas de miles circulando por toda Europa —concluyó Mazzini—. Con tiempo podríamos llegar hasta él... pero, como puede comprender, no es cosa de hoy para mañana, ni para pasado.

Sforza se quedó pensando, y, de repente, tuvo una corazonada. Dio las gracias a Mazzini y colgó el teléfono. Después, decidió llamar a su amigo Philippe de Vaucluse, el director de Interpol. Le encontró en su despacho de Lyon.

—¡Marco! ¿Qué se te ofrece?

—Hola, Philippe, perdona que te moleste otra vez; la verdad es que estoy un poco atacado. ¿Podrías averiguar cuántos coches modelo Touareg, un cuatro por cuatro de Volkswagen, fueron matriculados entre 2000 y 2003 en Dubrovnik? Ya sabes que está en Croacia...

—Sí, hombre, sí, sé que está en Croacia —le contestó su amigo—. No te preocupes, esa información está a nuestro alcance. ¡Qué belleza Dubrovnik!, ¿verdad? —preguntó el francés.

—Sí, desde luego, así la recuerdo; estuve una vez, de paso; fue hace años, antes de la guerra entre Serbia y Croacia, luego leí que la habían bombardeado...

—Sí, la aviación serbia destruyó parte del casco antiguo y una bomba, que por cierto no explotó, cayó en la iglesia de un monasterio franciscano. Te la enseñan cuando visitas el claustro. Naturalmente, los frailes consideran que fue un milagro que la bomba no explotara.

—¡Eso, Philippe! Eso es lo que yo necesito: un milagro, luz en el túnel.

—Ten fe, amigo; ten fe en San Marcos y en la Interpol —contestó con socarronería Philippe de Vaucluse.

## Capítulo 47

Gert Pfinstein, el subdirector de Interpol, tras hablar con sus colegas de la Policía alemana, incorporó a la inmensa base de datos del gran ordenador central de la organización policial con sede en Lyon un nuevo archivo que contenía información sobre el número exacto de vehículos que la fábrica alemana Volkswagen había suministrado a los concesionarios de la marca en Croacia. Después le pasó la información al director de Interpol. Cuando marcó el número de teléfono de Marco Sforza, Philippe de Vacluse tenía encima de su mesa el dato que le había pedido el comisario jefe de la Policía de Venecia.

—¿Marco? Soy Philippe. ¿Estás bien?

—¡Philippe! ¡Qué alegría!

—Tengo la información que me habías pedido, ¿recuerdas? Lo de los coches...

—¡Cómo no voy a recordarlo! ¿Lo tienes ya? —preguntó el italiano sin disimular su impaciencia.

—Sí. Según los datos que nos ha pasado la Policía alemana, que son los datos oficiales que proporciona el fabricante, para la zona de Dubrovnik, que es la que te interesaba, entre el 2000 y el 2003 vendieron noventa y tres coches del modelo Touareg. ¿Has tomado nota?

—Sí, sí, noventa y tres.

—Bueno, ahora es cuando viene el trabajo. Supongo que me vas a pedir si tenemos a alguien allí que pueda iniciar la investigación sin despertar demasiadas sospechas, ¿no?

—Lees el pensamiento, Philippe. Efectivamente, ésa es ahora la cuestión, y menuda cuestión, porque andamos mal de tiempo y peor de imagen. Si lo pedimos oficialmente, vamos a levantar muchas liebres... No sé, te confieso que estoy confuso... —dijo Sforza en un arranque de sinceridad.

—¿Y por qué no lo vas a pedir oficialmente? —preguntó el policía francés—. Puesto que se ha producido un crimen, se trataría de dar un aviso a Interpol, no desde Venecia, que llamaría mucho la atención, sino desde la Policía de Trieste, que es donde, según me dijiste, apareció el cadáver de la mujer que estabais investigando.

—¿Tú crees? —preguntó Sforza, dudando.

—Hombre, sí, oficialmente, la Policía de Trieste a través de Interpol en Roma pide ayuda para localizar en Croacia datos de un vehículo sospechoso. Nosotros lo que haríamos sería activar un protocolo de colaboración internacional que está ya establecido y que no tendría por qué levantar sospechas. Es lo que se hace en estos casos cuando hay algún dato o indicio de que el autor o autores de un crimen han podido huir del país en el que han cometido el delito.

—¿Cuánto tiempo calculas que puede tardar la Policía de Croacia en darnos el



dato del coche? —preguntó el italiano.

—No lo sé; están desde hace poco en Interpol y se les ve con ganas de colaborar. Hombre, si ven que el director de Interpol tiene interés en el caso, y ya me cuidaré yo de que sea así —añadió el francés con una sonrisa—, pues creo que la cosa podría ir rápida. ¡Ah, por cierto! —añadió—. No te lo había contado: pasado mañana voy a viajar a Dubrovnik.

—¿A Dubrovnik? —preguntó sorprendido el policía italiano.

—Sí, pero no creas que voy de turista —respondió sin aportar más detalles—. En fin, no sé si puedo ser de alguna utilidad, pero una vez allí te llamaré para que me cuentes cómo van las cosas.

—Estupendo, Philippe, tenemos varios túneles abiertos; a ver si en alguno vemos pronto la luz —dijo el comisario Sforza con aire de resignación.

—Tranquilo, hombre. Ya sabes que en nuestro oficio, como dijo Mao Zedong, cuando aquí todavía le conocíamos como Mao Tse Tung, la paciencia es una virtud revolucionaria.

—Sí, lo recuerdo, pero él era chino y controlaba lo que salía en la televisión. Además era su propio jefe, y eso, sin duda, ayuda mucho.

—Adiós, Marco, te noto muy estresado y lo comprendo. ¡Cuídate! Nos hablamos —se despidió de su amigo y colgó el teléfono.

Philippe de Vaucluse apreciaba a Marco Sforza, pero no le había contado la investigación que había abierto Interpol a raíz de la información facilitada por Paddy Wilberforce, el responsable para Europa de la red Echelon.

Era consciente de que no podía mezclar los planos porque el origen de la información —las escuchas— era de dudosa naturaleza legal fuera de aquellos países cuyos gobiernos subvencionaban la red. No era el caso de Italia, ni tampoco el de Francia o Croacia, razón por la cual el director de Interpol se reservó la información.

## Capítulo 48

Las noticias que publicaban los periódicos de la Antigua República Yugoslava de Macedonia sobre el resultado de los análisis de Rh y ADN de buena parte de la población del país constituían una de las curiosidades del día y figuraban en las escaletas de todos los resúmenes de prensa de los grandes canales de televisión europeos.

Hasta la CBS y la NBC, canales, por lo general, renuentes a incluir en sus escaletas noticias de fuera de Estados Unidos, habían editado alguna «pieza» resumiendo el tema.

Las televisiones destacaban que el periódico de mayor tirada del país balcánico relacionaba los resultados del análisis con la información publicada días atrás en Italia sobre las reliquias del evangelista San Marcos custodiadas en la gran basílica de Venecia. El periódico apoyaba aquella información con otra, reproduciendo un polémico artículo publicado por el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* en el que se decía que los restos del conquistador macedonio habían sido trasladados desde Alejandría a Venecia a principios del siglo IX d. C. creyendo que eran los del evangelista San Marcos. El artículo lo firmaba un historiador alemán, el profesor Alfred Wagner.

Lo había titulado «La tumba de Alejandro» y en él reafirmaba su teoría sobre la identidad de las reliquias custodiadas en el sarcófago que está bajo el altar mayor de la basílica de San Marcos de Venecia. Citaba a Andrew Chugg, un investigador británico que también había publicado un libro en el que planteaba esa posibilidad. Wagner repasaba la historia del Soma, el itinerario seguido por el cuerpo del conquistador, desde que fue embalsamado en Babilonia hasta su posterior traslado a la ciudad egipcia de Alejandría. Explicaba su teoría según la cual, para salvarlos de la destrucción a manos de una turba de cristianos fanáticos, los restos del rey macedonio habían sido deliberadamente confundidos con los del evangelista San Marcos. Luego repetía la historia oficial conocida de los dos mercaderes venecianos: Rustico da Torcello y Buono da Malamocco, quienes, burlando a los musulmanes dueños por aquel entonces de la ciudad, habían robado el cuerpo para traerlo hasta Venecia. La novedad del artículo, en realidad la gran aportación, era que el profesor apoyaba sus conclusiones en un documento hasta entonces inédito cuyo original —según decía— se guardaba en la biblioteca del monasterio bizantino del Gran Lavra que está en el Monte Athos.

Las agencias habían recogido todas aquellas noticias, pero a lo que más importancia daban era a la conclusión que habían establecido los responsables de la presentación del informe diciendo que la mayoría de la población tenía un ADN similar al del rey Filipo de Macedonia, prueba que venía a demostrar —concluían los patrocinadores del informe— que la Macedonia histórica y la actual eran una sola,

porque, según decía el editorial de uno de los periódicos de más tirada de Skopie: «Si dos personas tienen ADN mitocondriales muy similares, es porque tienen un parentesco más cercano; tienen un antepasado común que vivió en un pasado más reciente. El ADN —añadían— transporta literalmente la información genética esencial de los cuerpos de nuestros antepasados. Noventa y tres generaciones han transcurrido desde los tiempos del rey Filipo de Macedonia (veinticinco años por generación) y ese hilo, el ADN transmitido de generación en generación, es, al tiempo, un elemento físico (una sustancia química) y un símbolo de proximidad, de afinidad, entre los miembros de un mismo clan. Somos los descendientes de la Macedonia de Filipo y Alejandro».

La noticia de agencia también refería que el trabajo de investigación había sido posible merced al mecenazgo del financiero Mirko Lauer, un hombre que había hecho fortuna en América, pero nunca había roto sus vínculos con su tierra natal.

Todos publicaban la misma foto del magnate: una imagen en la que su gran talla rematada por una abundante mata de pelo intensamente blanco y lo fiero de la mirada conferían a su figura el aspecto de un Moisés airado captado tras descender del Sinaí y a punto de romper las Tablas de la Ley.

## Capítulo 49

Conociendo las costumbres madrugadoras de su patrón, Ilías Drivas, ministro de Asuntos Exteriores de Grecia, llamó al despacho del Primer Ministro poco antes de las ocho de la mañana. Yeoryos Makriyannis estaba de un humor de perros. También él había leído el resumen de noticias que publicaba la prensa de Skopie.

—Es una provocación intolerable —dijo sin responder al saludo del ministro—. Creo que debemos presentar hoy mismo una protesta ante el Gobierno de Skopie.

—Sí, Primer Ministro, le llamaba para eso.

—Quiero que sea rotunda e inequívoca en cuanto a reflejar la determinación del Gobierno griego sobre este asunto. No toleraremos semejante provocación. Macedonia, la Macedonia de Filipo y Alejandro, sólo hay una: la que está en Grecia y tiene por capital Tesalónica. ¡Eso debe quedar muy, pero que muy claro! ¿Me ha entendido, Drivas? —Sin esperar la contestación del ministro, el jefe del Gobierno de Grecia añadió—: En el pasado ya nos enfrentamos a provocaciones semejantes: la de Jerjes en las Termópilas y la de Mussolini en el 41, y el «no» de los griegos retumbó en el mundo —dijo, evocando dos episodios de la historia de Grecia que todos los colegas del país conocen y de los que se sienten legítimamente orgullosos.

—Estoy totalmente de acuerdo. Voy a redactar la nota; llamaré en cuanto la tenga —respondió el ministro con voz que reflejaba la preocupación por el efecto que todo aquel asunto podía generar en la opinión pública griega, conocedora ya del asunto por la radio y la televisión, que habían abierto sus informativos de la mañana dando cuenta del sorprendente informe realizado en el pequeño país que era uno de sus vecinos del norte.

—¡Drivas! —bramó el jefe.

—Sí, Primer Ministro.

—También quiero que hable con Bruselas, con la OTAN. Deben saber que Grecia está dispuesta a defender sus fronteras ante cualquier amenaza.

—Por supuesto, por supuesto, pero, si me permite, creo —dijo con timidez el ministro— que plantear ahora este asunto ante la OTAN quizá sea un poco prematuro. Lo digo porque estamos ante simples informaciones de prensa y creo que, en fin...

La voz tonante de Yeoryos Makriyannis no le dejó concluir la frase:

—¿Cómo que simples informaciones de prensa? ¿Se da usted cuenta de lo que dice? ¿Usted cree que semejantes noticias se publicarían sin tener detrás al Gobierno de Skopie?

—No lo sabemos, señor... —se atrevió a decir el ministro.

—¡Sí lo sabemos, Drivas! ¿Cómo explica si no el informe ese del Rh de la población y el del ADN al que se refieren? ¿Cree que una cosa así se hace de un día

para otro sin contar con presupuesto y autorización oficial? No sea usted ingenuo, hombre. ¿Y la historia esa de Venecia y la supuesta tumba de Alejandro Magno? ¿Cree usted que es una casualidad que la publicación de semejante fantasía haya coincidido con la difusión de los resultados de la campaña para analizar la muestra de ADN de miles de personas? ¿Cuánto cuesta una cosa así? ¿Quién la ha pagado?

—La información habla de un mecenas, el tal Lauer...

—Sí, sí, lo he leído, pero ¿qué sabemos de él, más allá de lo que dicen los periódicos?

—Pues la verdad es que más bien poco. Pero...

—Nada de peros, Drivas, quiero que el servicio de inteligencia averigüe cuanto antes todo lo que pueda sobre ese personaje, ¿entendido?

—Sí, sí, desde luego.

—No, olvídalo. Se lo voy a encargar a Valtinós —añadió el Primer Ministro, refiriéndose al titular de Defensa—. Usted —prosiguió— ocúpese de la nota de protesta. Sobre lo de la OTAN... tiene razón, es demasiado pronto para meter a Bruselas en esto. Lo que sí quiero es que usted, Valtinós y el ministro del Interior estén en mi despacho a las doce. Les convocaré mi jefe de Gabinete, pero usted ya lo sabe. Éste es un asunto que no podemos dejar que vaya a más —concluyó el Primer Ministro. Afirmación que puesta en su boca fue interpretada por el ministro de Asuntos Exteriores como el preámbulo de un intenso e inagotable plan de trabajo.

## Capítulo 50

En Skopie los acontecimientos se precipitaban. Cuando ya parecía que la prensa no podía ir más lejos en sus lucubraciones —sobre todo algunos medios que habían dejado volar la imaginación a la hora de interpretar los resultados del estudio de los ADN mitocondriales de la población y la notable similitud del tipo de RH—, estalló otra bomba informativa. *El Correo*, el periódico que dirigía Sertzan Kostovsky, publicaba una entrevista con Mirko Lauer en la que el magnate se postulaba abiertamente como candidato a la Presidencia de la República llevando como punto principal de su programa de Gobierno la reclamación ante las instancias internacionales de lo que llamaba el «ámbito macedonio histórico». Preguntado por el periodista que firmaba la entrevista si aquella idea anunciaba un litigio con Grecia —país cuya región septentrional se llama precisamente Macedonia—, el financiero contestaba que los derechos históricos de los macedonios eran incuestionables. Sus declaraciones concluían asegurando que la salida «natural» de su país al mar era el puerto macedonio de Tesalónica. «Una ciudad —decía— fundada por el rey Casandro, un rey macedonio, como nosotros».

Las declaraciones del magnate habían provocado gran malestar entre la clase política del país. El presidente Mitrovic le había pedido a su jefe de Gabinete que convocara a la mayor brevedad al ministro de Asuntos Exteriores.

—Está loco, ese viejo se ha vuelto loco. ¿A quién se le ocurre reclamar Tesalónica así, sin otro preámbulo, como quien pide dos terrones de azúcar para el café? —dijo el Presidente dirigiéndose a Ivo Pec, su joven jefe de Gabinete.

—Sí, la verdad es que suena fuerte, pero el viejo es un zorro... Las encuestas dicen que no va tan desencaminado como parece. Hay mucha gente que piensa como él —contestó con voz muy calma el joven.

—No me extraña nada lo que digan las encuestas teniendo en cuenta las cosas que viene publicando la prensa en los últimos días. Ya hemos hablado del gol que alguien nos ha metido con lo del informe de los ADN y los Rh. Por cierto —enfaticó el Presidente—, que el ministro de Sanidad todavía no nos ha dado una explicación plausible de por qué de una cosa se pasaron a otra. Cuando termine la reunión con Mitvol y con Djilas —añadió refiriéndose a los ministros de Interior y Exteriores—, quiero hablar con el ministro de Sanidad. Recuérdamelo.

—Desde luego, Presidente.

—Volviendo a lo de Lauer, yo creo que se ha vuelto loco; que quiere ser Presidente a toda costa y puesto que falta un año para las elecciones, ha montado esta traca a modo de arranque de su campaña electoral.

—¿A qué se refiere, concretamente?

—¡Está muy claro, Ivo! ¿Es que no lo ves? Hasta un niño se daría cuenta de que

Lauer está detrás de lo que viene publicando *El Correo*. ¿A quién si no le interesaría crear esta agitación removiendo ahora los huesos de Filipo II y de Alejandro de Macedonia?

—¡Hombre, Presidente! Creo que todos los macedonios sabemos que son nuestros antepasados... —dijo el joven en un pronto de sinceridad que descubría su forma de pensar.

—¡Claro que lo sabemos! Pero ¿qué efectos políticos tiene? Precisamente nuestra obligación como políticos —contestó el Presidente— es prever los acontecimientos, anticiparnos a los problemas y, en primer lugar y lo primero de todo, no crearlos. Sobre todo si, como es el caso que nos ocupa, no estamos capacitados para gestionarlos.

—No entiendo muy bien a qué se refiere cuando dice que no podríamos gestionar...

—Quiero decir —interrumpió el político— que en este momento no nos podemos permitir el lujo de un enfrentamiento abierto con Grecia. No tenemos fuerza ni aliados políticos exteriores para sostener un pulso con Atenas: así de claro.

—Pero lo que dice Lauer —arguyó el joven— es que habría que implicar a las instancias internacionales, no habla de otra cosa.

—¿Y de qué podría hablar? ¿De invadir Grecia y llegar por la fuerza hasta Tesalónica? ¿Con qué piensa hacerlo, embarcando a nuestro minúsculo ejército en su yate? ¡No, hombre, no! Ese hombre está loco y es un peligro. De eso quiero hablar con el ministro de Interior —concluyó el mandatario.

—Bueno, Presidente, yo creo que lo que dice Lauer tiene mucho eco en el país y sería un error político ir abiertamente a por él. Tenemos todavía un año de legislatura por delante y aunque usted tiene dicho que no vuelve a presentarse, está el partido y hay muchos intereses en juego. Lauer es muy poderoso, controla buena parte de la prensa y nos puede crear muchas dificultades estos doce meses que nos quedan.

—¿Y qué me aconsejas? ¿Que me quede cruzado de brazos mientras ese chiflado y su televisión y sus periódicos se dedican a soliviantar a la gente empujándonos poco menos que a declarar la guerra a Grecia? —respondió el Presidente elevando la voz.

—No, Presidente, no estoy diciendo eso; lo que digo es que éste es un asunto que tiene mucho cuerpo y no se puede despachar así como así. Quiero decir, si me lo permite —añadió el joven recuperando su habitual tono de voz monocorde—, que coincido con usted en que no debemos permitir un desbordamiento del tema, pero también creo que no podemos crearnos un enemigo procediendo abiertamente contra Mirko Lauer. A mi juicio, lo mejor sería estudiar los puntos débiles de su proyecto y hacer que nuestra gente en la televisión y los periódicos los destaque, pero, para evitar señalarle como enemigo, yo intentaría separar la crítica al proyecto de lo que es

la persona. Lauer es uno de los personajes más populares del país y tiene seguidores entre los empresarios y los jóvenes ejecutivos que le admiran por su éxito en los negocios; es gente que, ahora que ha decidido dar el salto a la política, probablemente acabará dándole su voto. A mi juicio, hemos de pensar en no convertirlo en mártir porque los mártires suelen conseguir la simpatía del público.

—No te sigo, Ivo; no te sigo porque creo que tu análisis parte de un supuesto que lo invalida: te gusta el proyecto de Lauer, se te nota; no puedes disimularlo. Pero yo tengo la obligación de no embarcar a Macedonia en una aventura política de resultado más que incierto. No nos engañemos, somos una pequeña nación que ha conseguido ser reconocida como Estado, pero ha sido por el desbarajuste que aparejó la desastrosa política de Milosevic. La guerra primero con Croacia y luego en Bosnia fue un error... además de un horror. Sin ese precedente nefasto, no tengo la menor duda de que seguiríamos formando parte de Serbia, pero, en fin, aquí estamos y nuestra obligación, la primera de todas, es garantizar la seguridad de nuestro país y procurar elevar el nivel de bienestar de nuestros conciudadanos —concluyó el político con la mirada puesta en un punto de la pared del despacho presidencial en el que había una bandera con los colores rojo y gualda atravesada por los rayos del llamado Sol de Macedonia.

El jefe de Gabinete comprendió que había sido demasiado explícito en su adhesión a los postulados de Mirko Lauer y plegó velas:

—Visto así, Presidente, creo que tiene razón. No estamos para aventuras.

«De momento», pensó para sus adentros Ivo Pec. Lo pensó, pero no lo dijo.

—Desde luego que no. Ah, no te olvides de convocar a los ministros —ordenó el político con gesto cansado.

—Ahora mismo les llamo, Presidente.



## Capítulo 51

El enlace de Interpol en Zagreb, la capital de Croacia, cumplió con creces las expectativas, facilitando mucho antes de lo que Philippe de Vacluse había previsto los datos de las matriculaciones de coches del modelo Touareg de la marca Volkswagen entre los años 2000 y 2003.

La nota que había remitido a la central de Lyon coincidía con los datos obtenidos en Alemania: en la región de Dubrovnik se habían vendido noventa y tres. La cifra casaba con la facilitada por la fábrica alemana, pero iba más lejos, precisando exactamente los vendidos a residentes en la capital de la zona.

Con el dato encima de la mesa, y tras pedir al enlace que le facilitara el nombre de algún colega conocedor del lugar, el propio director de Interpol decidió viajar hasta allí. Nada dijo de la información facilitada por las escuchas de la red Echelon.

A ojos de las autoridades croatas, aquél era un caso de un posible asesinato que había que investigar a requerimiento de la justicia italiana; el director de Interpol quería implicarse personalmente por tratarse del primer asunto de estas características que se planteaba desde que Croacia se había incorporado a la organización policial internacional.

Antes de partir para Zagreb, desde donde pensaba trasladarse a Dubrovnik, Philippe de Vacluse telefoneó a su amigo Marco Sforza, comisario jefe de Venecia.

Le encontró camino de Trieste, adonde se dirigía para hablar con Amedeo Gualtieri, el jefe de Policía de la ciudad que estaba investigando el crimen de la mujer cuyo cuerpo había aparecido en el interior de un coche sumergido en aguas del puerto de la ciudad fronteriza.

—Marco, soy Philippe de Vacluse. ¿Te pillo en mal momento? ¿Puedes hablar?

—¡Hola, Philippe! Puedo hablar.

—Mira, tengo confirmado el dato que estabais buscando. Me lo acaban de pasar desde Interpol de Zagreb. Coincide con el que ya teníamos: noventa y tres coches del modelo Touareg se matricularon en Dubrovnik. ¿Te has quedado con la cifra?

—Sí, noventa y tres.

—Eso es. Como te dije, me voy mañana para Zagreb y pasado tengo intención de plantarme en Dubrovnik. ¿Sigues con la idea de «tomar vacaciones»? —preguntó con ironía el francés.

—La verdad es que falta me hacen. Creo que nos veremos pronto en Dubrovnik, Philippe. Voy a hablar con mi jefe en Roma para pedirle permiso. En cuanto lo tenga, te llamo, amigo... ¡Ah, y gracias por el dato! —contestó el comisario Sforza.

Se despidieron y el italiano, que iba conduciendo camino de Trieste, subió el volumen de la radio del coche.

La poderosa melodía del vals de la Suite de Jazz nº 2 de Dimitri Shostakovich se

apoderó del momento. La pieza terminó en las inmediaciones de una gasolinera, momento que Sforza aprovechó para llenar el depósito del vehículo y llamar al inspector Benzoni.

—Benzoni, soy yo. ¿Hay alguna novedad? —preguntó.

—Ninguna, jefe. ¿Por dónde anda? —preguntó el inspector.

—Voy camino de Trieste. Escucha, quiero que provisionalmente te hagas cargo de la Jefatura.

—¡Coño, jefe! ¿Qué pasa, que va usted a desertar?

—No digas sandeces, Benzoni. Quiero que te hagas cargo de todo durante unos días; no creo que sea más de una semana. No digas adónde me voy; di que estoy fuera, en comisión de servicio, pero no digas dónde; ya hablaré yo con el capitán de los *carabinieri* para que tampoco él haga demasiadas preguntas.

—¿Y se puede saber adónde se va a ir usted? —preguntó el inspector de primera Tarsizio Benzoni.

—A Dubrovnik, me voy a Dubrovnik, en Croacia, Benzoni, pero que no se te escape decirlo. ¿Entendido?

—Confíe en mí, jefe. Cuando vuelva, los gondoleros seguirán cobrando a los turistas las serenatas al precio de un concierto en la Scala de Milán, pero le prometo que encontrará Venecia en su sitio.

—Eso espero. Hoy ya no volveré por la Questura; la idea que tengo es acercarme a casa, coger la maleta y salir mañana para Dubrovnik. Ahora voy a hablar con Gualtieri para ver si tiene algún dato nuevo del coche en el que apareció ahogada la mujer. Te llamaré cada día para ver cómo van las cosas, pero si hay alguna novedad, llámame tú, ¿entendido?

—Sí, jefe, descuide, que no soy Gabriele d'Annunzio en Fiume; no pienso proclamar la independencia de la Padania.

—¡Más te vale, Benzoni! —contestó el comisario, riendo la ocurrencia del inspector que recordaba aquel lejano episodio de la convulsa historia de Italia.

## Capítulo 52

La inspectora Ivana Marulic tenía treinta y cuatro años. Había sido asignada a la oficina de Interpol de Zagreb porque era la número uno de su promoción y hablaba correctamente inglés y francés. Cuando el director general de la Policía de Croacia la citó en su despacho, no tenía ni idea de con qué se iba a encontrar. Pero era una mujer decidida que, pese a su juventud, había pasado por momentos muy difíciles diez años atrás, cuando la guerra con Serbia. De aquella experiencia había salido con los nervios muy templados y con una idea bastante arraigada acerca de la poca importancia que tenían en esta vida las cosas materiales.

Tras esperar unos diez o doce minutos en el antedespacho del director general, una secretaria le indicó que podía pasar. Al entrar vio que el máximo responsable de la Policía croata no estaba solo.

—Pase, pase, inspectora —dijo el más corpulento de los dos hombres que estaban en el despacho—. Inspectora Marulic —dijo el director hablando en inglés—, le presento a Philippe de Vaocluse, director de Interpol.

En un acto reflejo, la inspectora se cuadró.

—Encantado. Por favor, vamos a dejar los saludos militares... para los militares —respondió el policía francés sonriendo—. Creo que también habla usted mi idioma. Es una suerte, porque, como podrá comprobar, mi inglés es manifiestamente mejorable —añadió, tendiendo la mano a la mujer, que la estrechó con energía.

—Sí, hablo francés. Lo aprendí cuando estudiaba con las monjas.

—Pues para mí es una suerte —contestó, sonriendo, el comisario.

—Inspectora Marulic —terció el director general—, le hemos asignado una misión especial. Una investigación en la que, como policía croata, le corresponderá a usted llevar en todo momento la iniciativa, pero en la que excepcionalmente —el hombre enfatizó al pronunciar esta palabra— cooperará con nosotros el director de la Interpol. Hablo de situación excepcional porque al tratarse de una investigación en territorio de Croacia sólo la Policía croata está facultada para llevarla a cabo. Sin embargo, al ser tan reciente nuestro ingreso en Interpol y tratándose de la primera ocasión en la que podemos cooperar en una investigación que en este caso nos requiere la Policía italiana, nos ha parecido que era oportuno autorizar la colaboración. Que sea el propio director de Interpol, el comisario Philippe de Vaocluse, quien, personalmente, vaya a participar en la investigación subraya lo excepcional de este caso —concluyó el director de la Policía croata mirando a sus interlocutores.

Ambos asintieron, sin añadir palabra.

También el inglés del director general de la Policía de Croacia habría necesitado una puesta al día.

Cuando terminó la reunión decidieron ir a comer.

Durante la comida, el policía francés puso a su colega croata en antecedentes del caso. Le contó lo que había pasado en Trieste: el hallazgo del cadáver de la mujer, cómo se llamaba, que era de nacionalidad macedonia, y cómo la Policía italiana, siguiendo una pista, había solicitado ayuda a Interpol para intentar localizar el todoterreno que había chocado con el coche de Dunia Kovacevic, la mujer asesinada. También le dijo que esperaba para el día siguiente la llegada de un colega italiano, un amigo, que había estado siguiendo el caso desde el principio.

—Se llama Sforza, Marco Sforza, y es comisario —dijo el director de Interpol.

—Pero ese amigo suyo no tiene jurisdicción alguna en territorio de Croacia —había replicado la inspectora.

—Por supuesto. No se preocupe, él lo sabe y también sabe que no puede ni intervenir ni interferir en nuestra investigación; viene porque ya le digo que es amigo, y porque, además, está muy estresado y necesita unos días de vacaciones. Cuando lo conozca, lo comprenderá —añadió Philippe de Vaucluse con su mejor sonrisa.

—Buscamos algo así como una aguja en un pajar —dijo la mujer policía.

—Tanto como eso, no; según el informe de la Policía Científica italiana, lo que buscamos es un coche que, o bien tendrá una abolladura aquí, en esta parte —dijo el policía mostrando una fotografía que constaba en el dossier del caso y que había sido obtenida mediante un simulador—, o bien lucirá un parachoques nuevecito. Nuevo, porque según otro de los datos obtenidos por el forense que hizo la autopsia, las diatomeas delatan que el crimen y el posterior lanzamiento al mar del coche con el cuerpo de la mujer dentro se perpetró hace cinco días.

—¿Sólo cinco días? ¡Es sorprendente! —preguntó la mujer sin disimular la cara de asombro.

—No entiendo. ¿Qué es lo que resulta tan sorprendente?

—Que esté usted aquí.

—¿Cómo? —preguntó extrañado a su vez el policía francés.

—Sí, es sorprendente que «sólo» cinco días después de un crimen cometido en la ciudad italiana de Trieste, nada menos que el director de Interpol haya venido a Croacia a investigar personalmente el caso. A mí me resulta sorprendente. ¿A usted no? —preguntó la mujer con ironía.

—La verdad, no; no acabo de ver la excepcionalidad del caso; como bien dijo el director de la Policía de ustedes, mi presencia aquí tiene una explicación bien sencilla: es el primer caso de colaboración que se presenta entre la Policía de Croacia y la Interpol. Punto.

—Sí, sí, recuerdo perfectamente lo que dijo el director, pero dígame, comisario —insistió la mujer—. ¿No hay algo más? ¿Quién era la mujer asesinada? ¿Quién está detrás de este caso? ¿No nos estarán ustedes ocultando algo? —inquirió la policía

mirando fríamente a su colega.

—¿Ocultar algo? ¿Por qué diablos iba yo a ocultarles algo si he venido desde Lyon precisamente para colaborar con ustedes? Y otra cosa —añadió Philippe de Vaucluse—. ¿Por qué habla usted en plural? ¿A quién se refiere cuando habla de «ustedes»? —preguntó el francés sosteniendo la mirada.

—A ese amigo suyo, el policía italiano que dice usted que llegará mañana a Dubrovnik. ¿No pretenderá que me crea lo del estrés y las vacaciones?

Philippe de Vaucluse soltó una carcajada.

—Es usted muy lista, muy lista; me alegro de que lo sea —dijo el policía sin dejar de reír—. Entre colegas, ¿puedo confiar en usted?

La mujer asintió.

—¿Cuántos años tiene usted? —preguntó el comisario, divertido al ver que la pregunta sorprendía a la mujer.

—Treinta y cuatro, tengo treinta y cuatro años. Pero ¿qué tiene que ver mi edad con la cuestión que le ha traído a usted a mi país? —respondió la mujer, poniéndose a la defensiva.

—Perdone que lo plantee así. Yo voy a cumplir cincuenta; llevo más de la mitad de mi vida en la Policía, haciendo de policía, y los dos últimos de director de Interpol. Puede que no me crea, pero la verdad es que tenía ganas de salir del despacho; de dejar los papeles y volver a la calle. La burocracia no es lo mío. Este caso ha sido la excusa para recuperar la pipa y la lupa. ¿Comprende lo que le digo? —preguntó el comisario con una sonrisa.

—Sí, claro, yo también he leído las novelas de Sherlock Holmes, aunque para mi gusto se han quedado muy antiguas —añadió la inspectora—. Con el debido respeto —prosiguió—: No acabo de creer que por una cuestión de nostalgia de sus tiempos de policía de a pie se encargue usted personalmente de un caso que en apariencia es un crimen corriente.

—Ya le he dicho por qué estoy aquí. Pronto podrá usted misma comprobar que no es un caso más. Hay muchas sombras y varios cabos sueltos; mi amigo el comisario Sforza cree que la mujer asesinada en Trieste de alguna manera estaba relacionada con otra persona, un varón que murió de forma violenta, también asesinado, en este caso en Venecia.

—Está bien, está bien, señor. Me han ordenado que investigue el caso y que comparta con usted la información y eso es lo que haré; pero permítame que se lo diga tal como lo pienso: creo que en este caso hay algo más que usted se reserva —concluyó la mujer.

Philippe de Vaucluse no respondió.

Aquella misma tarde salieron hacia Dubrovnik, donde esperaban reunirse, al día siguiente, con el comisario Marco Sforza; durante el viaje, el director de Interpol no

volvió a mencionar el caso de la mujer cuyo cadáver había sido hallado en el fondo de las aceitosas aguas del puerto de Trieste. Se interesó por Croacia, por la belleza de su paisaje y también por los problemas que había encontrado la Policía del país para organizarse dejando atrás el modelo de la época de la dictadura del mariscal Tito.

## Capítulo 53

Camino de Dubrovnik, el coronel Bojislav Bojovic recordó la reacción que había tenido Merkurio cuando le informó del resultado del viaje a Trieste.

—Señor, misión cumplida —había dicho, buscando la aprobación del anciano.

—¿La mujer fue «sancionada» sin problemas? —había preguntado el magnate.

—Así es; tuvimos que...

—¡Ahórreme los detalles! ¡No quiero saberlos, no dispongo de tiempo! —le había interrumpido el hombre que había ordenado la muerte de Miss Lisi.

El coronel no había replicado. Acostumbrado a mandar en la *Milicija*, también obedecía de manera perruna a sus superiores. Merkurio, echando mano de sus influencias, le había salvado de un proceso por crímenes de guerra y por eso le estaba inmensamente agradecido. La misma mano que había hecho desaparecer su expediente en el Estado Mayor del Ejército serbio había colocado en su lugar una hoja de servicios impecable, hecho este que reflejaba el currículum que en aquellos momentos manejaban algunos periodistas que trabajaban en la prensa controlada por Merkurio y desde la que pedían abiertamente el nombramiento del coronel para sustituir en el cargo a la desaparecida viceministra del Interior.

—Coronel —había añadido el anciano—, hay muchas posibilidades de que dentro de muy poco usted pueda sustituir a Milena Tomic en el Ministerio del Interior. Precisamente por eso, porque son muchas las papeletas que tenemos, conviene que los próximos días no haga usted nada que llame la atención. Lo mejor será que vaya a Villa Cassandra; quédese allí y cuando aquí estén las cosas más claras, ya regresaremos.

—Como usted diga, señor, pero si, como dice, lo del ministerio está al caer, ¿no sería mejor que me quedara en Skopie?

—No. Sé lo que me digo. Aquí, con la oposición intrigando y los periodistas, como siempre, enredando, corre usted el peligro de abrir la boca más de la cuenta. No, vuelva a Dubrovnik. Yo también voy a volver allí, a esperar a que el panorama se clarifique. ¡Ah!, por cierto, cuando llegue, dígales al profesor Wagner y al doctor Sharp que estoy satisfecho de su trabajo y que, de acuerdo con lo convenido, recibirán en su banco la retribución pactada. Dígales también que pueden marcharse.

—Sí, señor. Se hará como usted dice —había respondido el coronel evocando la figura del profesor alemán y de su elegante esposa.

## Capítulo 54

Al igual que sucede con los vinos de Oporto —que mejoran al mezclar caldos nuevos con viejos—, así ocurre también, a veces, entre policías cuando ocasionalmente se ven obligados a trabajar en equipo agentes de edad y experiencia diversa. Marco Sforza traía escrito en la mirada el estrés de caballo que arrastraba y, cuando Philippe de Vaucluse se lo presentó a Ivana Marulic, la inspectora sintió ganas de adoptarlo.

—Marco, estás desconocido; tienes el aspecto de cinco kilómetros de mala carretera —comentó el francés.

—¿Sólo cinco? —preguntó el italiano—. Creo que, por lo menos, deben de ser cien, diez por cada uno de los días que llevo prácticamente sin dormir a vueltas con este caso que me trae de cráneo.

—La verdad —añadió la inspectora— es que no tiene usted muy buena cara. Debería tomarse esas «vacaciones» a las que se refería el comisario De Vaucluse cuando me explicó quién era usted y a qué había venido a mi país.

—¿Vacaciones? ¡Quién las pillara! La verdad es que falta me hacen, pero no puedo, ahora mismo estoy como los ciclistas primerizos: si me paro, me caigo —respondió Sforza—. Quiero terminar cuanto antes —prosiguió—, y quiero agradecerle su cordialidad al permitir que me incorpore al equipo, aunque sea a título de «observador».

—Eso debe quedar claro desde el primer momento, comisario —respondió la mujer en un italiano cuya precisión sorprendió a Marco Sforza.

—¿También habla usted mi lengua? ¡Es usted un pozo de sabiduría! Perdome, la he interrumpido...

—No tiene importancia, en Croacia casi todos hablamos dos o tres idiomas... Volviendo a lo que le decía...

Fue el director de la Interpol quien interrumpió la conversación.

—Sobre este aspecto de la cuestión, no debe haber malentendidos, ni el desarrollo de la investigación puede dar pie a suspicacias. Esto —añadió señalando con un dedo el suelo— es territorio croata, y en Croacia la jurisdicción corresponde a la Policía croata. El comisario Sforza lo sabe, inspectora; créame que por ese lado no habrá ningún problema. Más problema veo en algo menor pero urgente a estas horas de la tarde: me refiero a encontrar habitación en algún hotel para mi amigo el comisario. Estamos todavía en septiembre y hay muchos turistas.

—Sí, afortunadamente, Croacia está de moda entre los turistas del resto de Europa como destino de vacaciones; eso es bueno para mi país.

—Y para los turistas, porque la vida está aquí mucho más barata que en Italia o España —añadió el policía italiano.

—Sobre todo si la comparamos con Venecia —terció el francés—. Bueno, ¿qué



les parece si buscamos un hotel para el comisario Sforza y, después, nos vamos a cenar para planificar el trabajo de mañana? Invita Interpol.

—No sé lo que pensará la inspectora Marulic —dijo el comisario jefe de Venecia—, pero, planteado así, creo que no hay nada que objetar, al menos por parte italiana.

—Croacia vota «sí» —respondió la inspectora mostrando por primera vez una sonrisa.

Encontraron habitación para el comisario Sforza en el hotel Argentina. No había ninguna libre en el Excelsior, donde se alojaba el francés. Los hoteles estaban muy cerca uno del otro, pero el segundo tenía cuatro estrellas y el primero, tres.

—Se nota que todavía hay clases y que el que manda manda —dijo en tono de broma Sforza, saliendo al paso del lamento de su compañero por no poder estar en el mismo hotel—. Si te digo la verdad —añadió—, con tal de poder dormir algo, me conformaría hasta con una celda de convento.

Fueron a cenar a una taberna del puerto viejo que tenía mesas al aire libre y estaba situada en el antiguo arsenal de la ciudad. Aparte del menú, dictado directamente por la cercanía del mar, el mayor espectáculo del lugar en el que se sentaron era el nomadeo de turistas, muchos de los cuales habían llegado durante el día en alguno de los grandes transatlánticos internacionales que rendían periplo en la ciudad.

Durante la cena, a Marco Sforza, que estaba sentado de espaldas a la puerta principal de la muralla, le llamó la atención una cúpula iluminada de color azul que se veía a cierta distancia; era el remate de hechuras orientales de una casa construida en la mitad de un farallón muy pronunciado.

—Parece una mezquita, ¿verdad? ¿Qué es aquella construcción? —preguntó.

—No lo sé —respondió la inspectora—, a mí también me ha llamado la atención; pero una mezquita, no sé... Después de lo que pasó en la guerra de Bosnia, me extrañaría. Voy a preguntárselo al camarero.

A una señal de la mujer, se acercó uno de los camareros, un hombre de mediana edad. Le sorprendió que la mujer se dirigiera a él en su lengua. Como quedaba reflejado en la factura de la cena que estaba preparando, les había tomado por turistas. Cuando se despidió de la mujer, el camarero se metió en el establecimiento y le dijo algo a uno de sus compañeros.

—Tal y como yo decía, no es una mezquita. Es una casa de mucho lujo, una residencia particular; tiene hasta un nombre propio. Me ha dicho que se llama Villa Cassandra, pero aquí todos la conocen como la «Casa del Americano». Su propietario es un hombre muy rico, no es de aquí, pero viene a menudo. Se llama Mirko Lauer —respondió la inspectora.

Al oír el nombre de Villa Cassandra, Philippe de Vacluse, que estaba de espaldas a la casa, giró como impulsado por un resorte y fijó sus ojos en aquella luz azul

brillante que parecía colgada del acantilado.

—¿Cómo le ha dicho que se llama el dueño de la villa? —preguntó el francés sin acertar a disimular el repentino interés que había despertado en él la información del camarero.

Fue Marco Sforza quien respondió:

—Creo que ha hablado de un tal Lauer, o algo así.

—Sí, ha dicho que la casa pertenece a Mirko Lauer, un financiero de origen macedonio que es bastante conocido en los países de lo que era la antigua Yugoslavia —dijo la mujer—. Toda la gente que tiene más de cincuenta años conoce la historia de Mirko Lauer. Emigró a América y se hizo multimillonario, pero se llevaba bien con Tito y también tenía negocios aquí. Es una especie de Carlos Slim, el magnate mexicano, creo que de origen libanés, que es el rey de la telefonía en América Latina.

—¿Cómo es físicamente? —preguntó el director de Interpol.

—Es mayor, debe de tener alrededor de los setenta, y su aspecto es impresionante. De joven debió de medir sus buenos dos metros. Físicamente, yo diría que tiene un vago parecido con Donald Trump, el millonario norteamericano, pero, en fin, no me hagan mucho caso porque nunca le he visto de cerca; hablo porque recuerdo haberlo visto alguna vez en la televisión y en alguna revista —respondió la inspectora Marulic.

Philippe de Vaocluse pagó la cena. Para confusión del camarero que estaba convencido de que los ocupantes de la mesa eran croatas, el comisario, que dejó propina, le dio las gracias en inglés.

Después de cenar, al comisario Sforza le dejaron en su hotel con el compromiso de que no pusiera en hora el despertador, descansara y así pudiera recuperarse. La inspectora también acompañó a Philippe de Vaocluse hasta la puerta del hotel y se despidió quedando citados para el día siguiente a las ocho de la mañana en la Jefatura de Policía de Dubrovnik.

Ivana Marulic llegó media hora antes que su colega y cuando éste preguntó por ella, el agente de uniforme que montaba guardia, un mocetón que debía de medir sus buenos dos metros, le acompañó sin despegarse de su lado hasta el flamante despacho que habían habilitado para la inspectora.

—En Zagreb también madrugan —dijo a modo de saludo la mujer—. Han llamado desde la Dirección General y, como decimos por aquí, ha sido mano de santo. Siéntese —añadió señalando una silla que estaba colocada con el respaldo inclinado sobre el borde de una mesa en la que sólo había un teléfono.

—*Chapeau* —dijo en francés el comisario—. Me rindo ante la eficiencia croata. Y no es un cumplido —añadió—. Hasta a mí, y eso que soy el director, me habría costado conseguir un despacho de un día para otro en la sede central de Lyon.

—Bueno, creo que ustedes tienen un dicho que asegura que lo que bien empieza,

bien acaba...

—Así es. Bien, ¿por dónde cree que deberíamos empezar? —preguntó el francés.

—Pues creo que lo mejor sería por pedir que nos traigan un café. ¿Le parece? —preguntó la inspectora con ironía.

—Me tomé uno esta mañana, pero no me importa repetir, gracias... Una pregunta, ¿le molesta que la llame por su nombre? —preguntó el comisario.

—No, claro que no. Puede usted hacerlo, si le resulta más cómodo.

—Gracias, Ivana. Verá, «cómodo» no es exactamente la palabra, lo que pasa es que, bueno, mire, me he pasado la mitad de mi vida en la calle como comisario en algunos de los distritos más duros de París, y la verdad, aunque ahora estoy donde estoy, sigo siendo un *flick*. ¿Sabe usted lo que es un *flick*?

—Sí, un «madero»; he visto por la televisión alguna de las viejas películas de Alain Delon en las que hacía de policía duro.

—Y también de malo. ¿Recuerda usted *El samurái*?

—¿*El samurai*? Por ese título la verdad es que no me suena.

—Seguro que la ha visto. Era una en la que hacía de *killer*, pero respetando un código, que le hieren por salvar a una chica y él mismo se cura las heridas de bala...

—¡Ah, sí, sí! Aquí se estrenó con otro título. Sí, sí la recuerdo.

—En fin, pues eso, que si no le importa la llamaré por su nombre: Ivana. Si quiere, a mí puede llamarme por el mío: Philippe.

—Gracias, comisario, digo, Philippe... —respondió la mujer, un tanto confusa—. Es la falta de costumbre —se excusó.

—Ya nos iremos acostumbrando. Después del café, ¿por dónde quiere que empecemos a mirar?

—He pedido a Tráfico de aquí y también al Ayuntamiento de Dubrovnik que nos echen una mano y nos faciliten datos sobre el número de licencias del tipo de coche que buscamos; todavía es pronto y hasta bien entrada la mañana no creo que podamos tener nada. Quedamos en que estamos buscando un Touareg, un cuatro por cuatro de color negro. ¿Es eso? —preguntó la inspectora.

—Exactamente eso. Un vehículo de ese color que tenga un golpe en el parachoques o que haya cambiado hace muy poco de parachoques y luzca uno nuevo.

Manténían la conversación en francés, pero los dos guardaron silencio cuando llamaron a la puerta y una mujer vestida de uniforme pidió permiso para entrar. Llevaba en la mano una bandeja con dos tazas de café.

—Déjelas ahí —dijo Ivana Marulic dirigiéndose en croata a la mujer—. Gracias —añadió.

Cuando la mujer abandonó el despacho, la inspectora prosiguió:

—Anoche parecía tener usted mucho interés en saber cosas de Villa Cassandra. Dígame una cosa —añadió la inspectora mirando directamente a los ojos al comisario

—, ¿a quién estamos buscando?

Philippe de Vaucluse sostuvo la mirada, pero no pudo evitar que la risa se apoderara de él.

En ese momento llamaron a la puerta y el coloso de uniforme, sin franquear el umbral, se dirigió a la inspectora para decirle que un hombre de nacionalidad italiana preguntaba por ella.

—Su amigo el comisario Sforza —dijo la mujer— está aquí.

—No nos ha hecho caso y ha madrugado —respondió el francés—. ¿Le parece bien que pase? —añadió.

—Sí, ya le he dicho a mi compañero que le haga pasar.

En aquel momento alguien golpeó con los nudillos en el cristal de la puerta del despacho.

—¿Dan ustedes su permiso? —preguntó una voz bien timbrada.

—*Avanti!* —respondió en italiano la inspectora Marulic.

—¡Buenos días, amigos! —dijo el recién llegado con la energía propia de quien está sano y ha pasado buena noche.

—Pareces otro hombre —comentó Philippe de Vaucluse observando la transformación que se había operado en el aspecto de su amigo.

—¡Soy otro hombre! Deben perdonarme, pero ayer estaba muerto...

—Parece que dormir le ha devuelto al mundo de los vivos —dijo la inspectora esbozando una sonrisa.

—Así es; espero no molestar —añadió el italiano mirando a sus colegas.

—No, no molesta, pero, sin ser descortés, quisiera recordarle que usted no puede participar en la investigación. Está aquí como observador, ¿recuerda?

—Perfectamente. Porque lo recuerdo, es por lo que me he adelantado a venir para decirle a usted y también al comisario que entiendo perfectamente cuál debe ser mi papel en esta fase de la investigación y por eso he decidido esperar a que sean ustedes quienes me digan lo que debo hacer, en el caso de que me necesiten; así que he decidido convertirme en turista. ¿Me permite un papel? —preguntó señalando un taco de *post-its* de color amarillo.

—Sí, claro, coja usted los que necesite —respondió la mujer.

—Mire, aquí le apunto el número de mi móvil —dijo el policía italiano—. Si me necesita, llámeme. Tú —añadió, mirando a Philippe de Vaucluse— ya lo tienes.

El francés asintió.

—... En fin, acabaré creyendo en los milagros. Va a ser verdad que voy a tener algo de vacaciones —exclamó Marco Sforza con una sonrisa forzada.

—Le tendremos al tanto, comisario. Lo siento, es la ley, esto no es Venecia —dijo la inspectora con voz neutra.

—Lo fue; un día perteneció a Venecia, cuando antes de llamarse Dubrovnik los

venecianos la llamaban Ragusa; pero no tema, los tiempos de las colonias, afortunadamente, quedaron atrás —contestó el italiano.

—Afortunadamente —respondió con sequedad la mujer.

—Bueno, bueno, si nos ponemos así —terció el comisario Vaucluse—, tendré que recordar que en tiempos de Napoleón también perteneció a Francia. Creo, Marco, que lo mejor será que aproveches el día. Vamos a organizarnos y a investigar sobre el Touareg. Con el permiso de la inspectora Marulic, en cuanto tengamos alguna novedad, ella misma te lo hará saber. ¿No es así, inspectora?

—Sí. Es lo acordado.

Marco Sforza no dijo más, se despidió, dio media vuelta y salió al encuentro de aquella hermosa pero claustrofóbica ciudad convertida en una gran tienda para turistas. Una tienda rodeada de las almenas más transitadas del mundo después de las de la Gran Muralla china.

## Capítulo 55

En el mundo de las nuevas tecnologías, ser el último a la hora de implantar un sistema tiene sus ventajas: cuando el esperado equipo llega, suele ser el más moderno. Es el caso del sistema informático empleado por la Policía de Croacia. Sus equipos son de última generación.

Gracias al potente ordenador que manejan en la sede central de la Policía, en Zagreb, la inspectora Ivana Marulic obtuvo aquella misma mañana la lista y direcciones de todas las personas y empresas que entre los años 2000 y 2003 habían adquirido un vehículo todoterreno modelo Touareg de la marca Volkswagen. De los noventa y tres vendidos, una decena pertenecían a un organismo regional encargado de la conservación del paisaje; el resto habían sido adquiridos por particulares.

—Tenemos trabajo. Éstos —dijo la inspectora señalando la lista en la que aparecían nombres y direcciones— son los compradores. Habrá que ir uno por uno comprobando cómo están los coches, en el caso de que no los hayan vendido...

—Sí, tenemos trabajo —convino el comisario.

—Si le parece bien, creo que de la lista habría que aparcar de momento los coches oficiales, que son diez, y también estos otros dos porque según dice en el informe han sido dados de baja por siniestro total —añadió la mujer.

—Bueno, pues entonces, según mis cálculos, «sólo» nos quedan ochenta y uno; no está mal para empezar, ¿no le parece? —comentó el francés con guasa.

—Bueno, pues esto sí que reclama trabajo de calle. Aquí no hay programa informático que valga, hay que ir casa por casa y ver cómo están los coches.

—Sí, ahora es cuando vamos a tener que pedir ayuda a sus colegas de aquí. No sé cómo andarán de plantilla...

—Mal, como supongo que ocurre en Francia —replicó la inspectora.

—Sí, por los comentarios de los colegas, la precariedad de plantillas es casi un mal universal, salvo en el caso de Estados Unidos y de Alemania.

—Es que son ricos.

Los dos policías se rieron. La inspectora Marulic sacó varias copias del informe y las guardó en una carpeta.

—Voy a ir a hablar con el comisario jefe de Dubrovnik. Como tiene instrucciones de la Dirección en Zagreb, no creo que ponga dificultades para cedernos durante unos días a unos cuantos agentes y formar un equipo. Mientras vuelvo, yo que usted me iría a dar una vuelta por el centro. Como habrá visto cuando veníamos hacia aquí, la calle principal está llena de cafés —dijo la mujer.

—Buena idea. Saldré a dar un paseo; como tiene usted mi móvil, si le parece bien, cuando haya terminado con su comisario, me llama y empezamos —respondió Philippe de Vacluse.

Cuando el policía salió a la calle, el sol bruñía los tejados de las elegantes casas de piedra que a uno y otro lado de la Stradun, la calle principal, parecen escoltar lo que antaño fue el cauce de un arroyo y hoy es un paseo empedrado. Tardó poco en encontrar un café con mesas en la calle. Se sentó junto a una que estaba cerca de la pared, consultó una carta, pidió un *cappuccino* y, mientras aguardaba la llegada del camarero, marcó el número de Marco Sforza.

—Marco, soy Philippe, ¿por dónde andas?

—Estoy dando una vuelta por la ciudad; ya me he recorrido la muralla. ¡Es impresionante! Ahora estoy saliendo del convento de los franciscanos, el que bombardearon durante la guerra y una de las bombas no explotó.

—Ah, sí, sí, me han contado esa historia. Mira, Marco, yo estoy ahora al final de la calle principal, en un café que está cerca de la Columna de Rolando, la estatua que llaman el «codo de Dubrovnik». No tiene pérdida porque, como te digo, está al final de la calle al lado de la puerta de la muralla donde cenamos anoche. Si te pierdes pregunta. Te espero, ¿vale?

—Hecho. Pídeme un café, voy para allá.

Quince minutos después, los dos policías estaban frente a frente. Philippe de Vaucluse le contó a Sforza que la inspectora estaba tratando de conseguir que el jefe de Policía de Dubrovnik asignara unos cuantos agentes al caso para iniciar la investigación visitando a cada uno de los propietarios de los Touareg vendidos en la zona.

—Hasta ahora, todo va bien. Los croatas se están portando estupendamente.

—Estoy asombrado —respondió el italiano—. Quiero decir que me admira el celo que están poniendo en el caso. Debe de ser porque les has impresionado con tu tarjeta de «director de Interpol».

—Bueno, supongo que eso ayuda, ten en cuenta que como aquel que dice acaban de entrar en Interpol y éste es su primer caso en colaboración con nosotros...

—Que dure.

—Sí, eso, esperemos que se mantenga tan buena disposición.

—Oye, la inspectora bien, ¿no?

—Si me preguntas que qué me parece, te diré que me parece muy competente, va al grano, no teoriza. Creo que hemos tenido suerte con ella, aunque tu presencia aquí —añadió el francés— la ha mosqueado un poco. Bueno, para ser justo, debería añadir que lo tuyo la mosquea y lo mío la intriga —concluyó Philippe de Vaucluse con una sonrisa.

—¿Lo tuyo? —preguntó Marco Sforza—. ¿Y qué es lo tuyo?

—Pues «lo mío», querido amigo, es que, según me ha dicho, no acaba de entender qué diablos hace aquí el director de Interpol investigando el caso de una pobre mujer muerta en Trieste; lo «tuyo» es más sencillo de explicar: defiende su

territorio. Esto es Croacia y aquí la Policía italiana no tiene jurisdicción alguna.

—Ni la tengo, ni la pretendo.

—Está claro; si en el fondo ella misma es consciente de que estás aquí como ella podría estar en Venecia intentando seguir un caso en el que se hubiera implicado mucho. En fin, creo que es una tía legal y hay que comprender que su papel no es cómodo.

—Oye, ya que estamos hablando tú y yo solos, quiero decirte que sobre eso que has dicho de que a la inspectora la intriga tu presencia aquí, debería añadir que no está sola...

—¿Cómo? No te entiendo...

—Quiero decirte, Philippe, que también a mí me sorprendió que decidieras venir personalmente. Somos amigos y, si no te lo digo, reviento: tu reacción anoche, durante la cena, cuando ella habló de la casa esa, la de la cúpula, ¿cómo dijo que se llamaba...?

—Villa Cassandra.

—¡Eso, Villa Cassandra! Pues eso: tu reacción fue extraña, a mí me pareció, y creo que ella también lo advirtió, que no era la primera vez que escuchabas ese nombre. ¿Me equivoco mucho? —preguntó Sforza.

Philippe de Vaucluse soltó una carcajada y a punto estuvo de tirar con la mano uno de los vasos de agua que les había servido el camarero.

—¡Qué listos sois! No, Marco, no te equivocas. Creo que ya que estamos aquí, te lo voy a contar. No puedo revelarte la fuente de la que procede la información, pero, efectivamente, no es la primera vez que he oído hablar de Villa Cassandra. Tenemos fundadas sospechas de que en esa casa alguien puede estar implicado en un crimen: un asesinato político. Por eso estoy aquí: tu olfato de buen policía no te engañaba.

—¡Un crimen político! ¡Coño, era lo que nos faltaba! —exclamó el policía italiano sin poder contener su sorpresa—. ¿Lo sabe ella? —preguntó.

—Todavía no; pero creo que debo decírselo, aunque cuando lo sepa no sé si querrá guardar el secreto, porque ya te digo que no puedo revelar la fuente y esa limitación impide oficializar el caso.

—¿Me estás diciendo que la información ha sido obtenida de manera no legal? ¿Gracias a algún confidente inconfesable o tal vez escuchas telefónicas ilegales?

—Lo segundo —respondió lacónicamente el francés.

—¡Joder!

—Hay más, Marco. ¿Recuerdas el *hacker* que entró en vuestros archivos en Roma y pirateó lo que los periodistas de tu país llaman el «Informe San Marcos»?

—¡Cómo no voy a recordarlo! ¡No se me olvidará nunca! Por culpa de ese cabrón, sin tener yo arte ni parte, han estado a punto de mandarme a patrullar con góndola...



—¿Y has olvidado que la cosa salió de aquí, de Dubrovnik?

—No, tampoco lo he olvidado; lo que pasa es que creo que no tenemos ninguna posibilidad de tirar de ese cabo porque el ámbito de la informática es otro mundo y se necesitarían equipos de rastreo que no tenemos...

—Nosotros no, pero un amigo mío sí.

—¿Un amigo? ¿A quién te refieres? —preguntó Marco intrigado.

—Bueno, mira, eres amigo y confío en ti. Voy a hacer un pacto contigo. Yo te cuento lo que vamos a hacer y tú te comprometes a no preguntar. ¿Aceptas?

—¿Me vas a proponer algo ilegal?

—Te voy a ayudar a resolver tu caso al tiempo que tú me ayudas a resolver uno mío sin hacer preguntas. Creo que es un buen trato.

—Está bien, Philippe, confío en ti —respondió el policía italiano—. No habrá preguntas, pero que no pregunte yo no quiere decir que no pregunte ella —añadió refiriéndose a la inspectora Ivana Marulic.

El director de Interpol iba a contestar cuando sonó su móvil.

—Es ella... ¿Sí, inspectora? ¡Estupendo, la felicito! Voy para allá enseguida. Gracias.

Philippe de Vaucluse colgó el teléfono y se quedó mirando fijamente a su amigo.

—Marco, me está esperando ya en la Jefatura. ¡Es increíble! Me ha dicho que ya tenemos a seis agentes a nuestra disposición para iniciar la investigación de los coches y que se pueden poner a trabajar esta misma tarde en cuanto ajusten los turnos. Si no se tuerce, creo que vamos a tener resultados en muy poco tiempo. ¡Camarero! —llamó.

—No, deja, deja —le interrumpió el italiano—, los cafés corren de mi cuenta.

—Bueno, te llamo luego y si he podido hablar con ella para ponerla al tanto de lo otro, te lo digo; si no, hasta que yo no hable primero con ella procura no decir nada que le haga pensar que le ocultamos algo. Eso la cabrearía y la perderíamos, ¿entendido?

—Sí, claro. Esperaré a que me digas algo. No te oculto que me intriga eso que decías de ese amigo tuyo que nos iba a ayudar. ¿Está también él aquí, en Dubrovnik?

—Él no, pero un barco suyo sí. Ya te contaré. Ahora me voy, no quisiera llegar tarde.

—A este paso, esto va a ser el camarote de los hermanos Marx —dijo Marco Sforza, pagando la cuenta y dejando propina.

Se separaron. El italiano se dirigió a su hotel a dejar la chaqueta; hacía calor y se había equivocado de ropa. En el casco viejo de Dubrovnik no circulan los coches, así que Philippe de Vaucluse tuvo que cubrir a pie el recorrido hasta la Jefatura de Policía. Al llegar, la inspectora Ivana Marulic le estaba esperando.

—¿Qué tal su amigo el comisario? —preguntó la mujer.

—Muy bien, gracias —respondió el francés—. Le manda saludos. Me ha dicho que va a tomarse las cosas con calma y que, en fin, espera que le vayamos informando.

—Así será, pero a su debido tiempo. Como le dije, dentro de dos horas, tres a lo sumo, tendremos ya formada la brigadilla de agentes para empezar la investigación. Les manda el sargento Magdag, ¿quiere usted conocerle?

—Sí, por supuesto.

Tras conocer al sargento, éste les explicó que Dubrovnik tiene alrededor de cincuenta mil habitantes y que, puesto que en la ciudad vieja no está permitida la circulación de vehículos, los propietarios de coches que trabajan en los comercios, restaurantes y demás establecimientos turísticos aparcaban en dos aparcamientos que hay en la parte exterior de la muralla, y, por supuesto, en los aparcamientos particulares de las casas y edificios de la ciudad moderna crecida extramuros.

Procediendo con meticulosidad, durante los tres días siguientes los policías fueron visitando uno a uno a los propietarios de coches de las características del señalado por los técnicos del laboratorio de la Policía de Trieste. Fueron inspeccionando y descartando caso por caso hasta que en la lista sólo quedaron tres vehículos cuyos dueños no estaban localizables. Uno de ellos, según sus vecinos, implicado en asuntos turbios durante la guerra, se había ido hada tiempo a Bolivia, país sudamericano en el que tenía parientes; del otro, que era militar y había estado en la Legión Extranjera francesa, nadie sabía nada, pero hablando con los vecinos los agentes llegaron a la conclusión de que podía haber vuelto a su antiguo destino. El tercer vehículo del que tenían constancia y no habían podido inspeccionar ni hablar con su propietario pertenecía a una empresa editorial cuyo Presidente, según constaba en el informe redactado por el agente encargado, era el magnate de las finanzas Mirko Lauer. Aunque la empresa propietaria del vehículo estaba domiciliada en otra calle, el policía había añadido como dato complementario que el mencionado señor Lauer era el dueño de Villa Cassandra, una residencia veraniega cuya dirección se adjuntaba en el informe.

Cuando tuvo el documento en la mano, la inspectora leyó el informe en voz alta traduciéndolo sobre la marcha al inglés.

—¿Cree usted en las casualidades, Ivana? —preguntó el comisario.

—Sí y no. A veces las cosas no son lo que parecen, aunque debo admitir que ya es casualidad que hace tres días, durante la cena en el arsenal, surgiera este nombre y hoy aparezca en la lista de propietarios. Pero las apariencias engañan y creo que no deberíamos apresurarnos.

—No recuerdo haber dicho que debamos hacerlo.

—Es verdad, pero intuyo que lo está pensando, ¿a que sí? —preguntó la mujer.

—Se equivoca. Creo que hasta que sus agentes no completen el trabajo de campo,

ni podemos ni debemos realizar conjeturas ni sobre ése ni sobre ningún otro nombre —respondió Philippe de Vaucluse disimulando el extraño presentimiento que se había apoderado de su cerebro—. Lo que sí creo que sí se podrá hacer es que uno de sus agentes se acerque a esa casa... ¿cómo habíamos dicho que se llamaba?

—Villa Cassandra.

—Eso, Villa Cassandra. Como le decía, creo que podría acercarse hasta la casa y preguntar. Puede que el coche esté en el garaje, ¿no le parece?

La inspectora Marulic aceptó la idea y ordenó a uno de los agentes que se acercara a la villa para indagar sobre el paradero del cuatro por cuatro de color negro que andaban buscando.

## Capítulo 56

La mañana del último día de septiembre, *El Correo* de Skopie publicó la última entrega del informe con los resultados completos de la campaña de análisis de ADN realizados a un segmento considerable de la población. La similitud de la secuencia fundamental era notable.

«Las personas con ADN mitocondriales muy similares —decía el periódico en el comentario editorial— tienen un parentesco más cercano. Poseen un antepasado común que vivió en un pasado más reciente...

»El ADN, por así decirlo, transporta literalmente la información genética esencial de los cuerpos de nuestros antepasados. El ADN que se transmite de generación en generación es, al tiempo, un elemento físico (una sustancia química) y un símbolo de proximidad, de afinidad entre los miembros de un mismo clan.

»Los sociólogos consideran que así que pasan veinticinco años se puede hablar de una nueva generación. Noventa y tres generaciones han transcurrido desde que murió asesinado Filipo II, rey de Macedonia y padre del Gran Alejandro. Sus descendientes directos, nosotros, los macedonios, tenemos derecho a reivindicar su memoria y su legado más tangible: el solar íntegro de nuestra querida patria».

En páginas interiores el periódico ilustraba la información con sendas fotografías de las diminutas cabezas retrato en marfil de Filipo y Alejandro que se guardan en el Museo de Vergina. Al lado un mapa de la antigua Macedonia se sobreponía al de las actuales fronteras que en el caso de la Antigua República Yugoslava de Macedonia lindan por el sudeste con Grecia.

Al pie del mapa explicaban que «sólo un 38 por ciento» de territorio de la antigua Macedonia coincidía con el actual. También se quejaban de que el presidente Mitrovic hubiera cedido en 1995 a la presión internacional y que a requerimiento del Gobierno griego hubiera accedido a cambiar la bandera con el «Sol de Vergina», la estrella que era el símbolo de Filipo II de Macedonia. En uno de los recuadros de la información también se decía que «había que abandonar la nueva bandera que había transformado la estrella de dieciséis rayos en ocho, para adoptar, definitivamente, la que fue izada en el Parlamento de Skopie el Día de la Independencia».

Con un titular de grandes caracteres, el periódico publicaba también en portada un recuadro en el que daba cuenta de otro informe con el ADN del rey Filipo II de Macedonia. La noticia —que remitía a páginas interiores— decía que había sido obtenido a partir del análisis de una muestra obtenida de los restos del cráneo del mencionado rey que se guardan en el Museo de Vergina, una pequeña capital de comarca que el periódico situaba «en el territorio de la antigua Macedonia que hoy pertenece a Grecia».

La noticia había saltado pronto a las agencias internacionales, que la habían

rebotado a todos los medios.

En la Presidencia de la República, la última información de *El Correo* cayó como una bomba. El presidente Mitrovic convocó el Gabinete de Crisis. Mientras acudían los ministros le ordenó a Ivo Pec que preparara un borrador de declaración institucional. También le dio instrucciones para que alertara al director del canal estatal de televisión.

Quería que un equipo con cámara acudiera a la sede de la Presidencia.

—Ivo, esto es obra de tu amigo Lauer. No puedo creer que ese Kostovsky, el director de *El Correo*, se haya atrevido a publicar una cosa así sin consultar a ese viejo cabrón —dijo el presidente Mitrovic con rabia.

—No sé, Presidente, la verdad es que yo también estoy muy sorprendido. Cuando lo leí, no me lo podía creer...

—¡Se acabaron las contemplaciones! Quiero que a ese canalla le ajusten las tuercas. ¡Me da lo mismo cómo sea! ¡Por fraude fiscal o por robo de incunables en la Biblioteca Nacional! Le he dado orden al ministro del Interior para que vayan a por él. La que nos ha montado no tiene nombre. Espera a ver qué hacen los griegos. Me extraña que no me haya llamado Makriyannis amenazando con trasladar un par de divisiones a la frontera.

—Presidente..., yo, la verdad, si me lo permite, creo que quizá es un poco exagerado pensar que Atenas va a tomar una decisión como ésa por una información que publica un periódico que, bien pensado, ni siquiera es un diario oficial...

El político no le dejó terminar.

—Ivo, quiero que sepas que cuando termine todo esto tú y yo tenemos una conversación pendiente —dijo mirando fijamente a su colaborador—. Sé que te cae bien ese loco de Lauer. Te cae bien a ti y a mucha gente que de la Historia sólo sabe fechas y batallas, no las consecuencias políticas de las decisiones impulsivas. Yo también conozco la historia de Filipo II y de su hijo el Gran Alejandro. ¿Y qué? ¿Cuántos años hace que murieron o fueron asesinados? Su grandeza nos enorgullece como macedonios que somos, pero ha llovido mucho desde entonces. Un filósofo griego dijo que nadie se bañaba dos veces en el mismo río. ¡Y tenía razón! Aquella Macedonia fue, pero ya no es. Creo que nuestro deber como patriotas es consolidar nuestra independencia y procurar el bienestar de los macedonios. Lo demás es llenar de pájaros la cabeza de las gentes; mira lo que está a punto de pasar en Kosovo con los albaneses.

—Pero ellos, Presidente, precisamente ellos, son el ejemplo de que pueden hacerse con un territorio que usted y yo sabemos que corresponde a Serbia; es más: es la cuna de Serbia.

—Sí, ¿y qué? ¿De qué le sirve a Serbia que Kosovo fuera su cuna histórica si Washington ha decidido apoyar la independencia de Kosovo? ¿Me quieres decir de

qué les sirve? ¿Debo recordarte que Grecia forma parte de la OTAN y que aunque la OTAN tenga su cuartel general en Bruselas, el mando a distancia está en Washington?

El jefe de Gabinete no insistió. Cumpliendo las instrucciones del Presidente, convocó a los periodistas de la televisión estatal y procedió a elaborar un borrador que sirviera de base a la comparecencia de Mitrovic ante las cámaras. Cuando concluyó la reunión del Gabinete de Crisis, el Presidente salió en la televisión y reprobó las informaciones publicadas; descalificó a sus autores y les pidió a los macedonios que no se dejaran llevar por cantos de sirenas. «No debemos mirar hacia el pasado, porque nuestro gran reto es el futuro. Y ese futuro pasa por tener buenas relaciones con todos nuestros vecinos».

En ningún momento mencionó a Grecia, pero todos los telespectadores entendieron qué era lo que había querido decir. Al término de la emisión, seguido de Ivo Pec, el ministro de Exteriores, que había esperado en una sala contigua al despacho presidencial, entró a felicitarle por la intervención. Una maquilladora del equipo de la televisión le estaba quitando la pintura del rostro.

Cuando terminó, el Presidente —que seguía sentado en su sillón tras la mesa del despacho— le pidió al ministro de Asuntos Exteriores que sondeara a sus contactos en Atenas para tomar la temperatura de la situación. Después, se puso en pie y mirando de frente a su jefe de Gabinete, le dijo que buscara un nuevo empleo porque estaba despedido.

## Capítulo 57

Mientras esperaba la llegada de Merkurio, Marico, el mayordomo de Villa Cassandra, se acercó al coronel Bojovic.

—Coronel, perdone que le moleste —dijo—. ¿Tuvo usted algún accidente de circulación durante el viaje?

—¿Accidente? No, ¿por qué me lo pregunta? ¿Lo dice usted por lo del cambio del parachoques que le comenté? Hay que cambiarlo porque está algo suelto, debe de ser cosa de los golpes que da la gente que no sabe aparcar —respondió el militar recordando que al llegar a la casa le había preguntado al mayordomo si sabía de algún taller.

—Sí, bueno. Es que, verás, es que ayer vino un policía preguntando por el dueño del Touareg y, como es usted quien lo suele conducir, pensé que quizá había pasado algo, un accidente, alguna denuncia por exceso de velocidad, no sé...

—Pues no, ya le digo que nada de eso ha pasado. ¿Le dijo algo el policía?

—No, se limitó a preguntar por el dueño del coche. Yo le dije que pertenece a la editorial del señor Lauer, pero eso ya lo sabía.

—¿Dijo algo más? —preguntó el coronel sin mover un músculo de la cara.

—No. Bueno, sí. Dijo que volvería. Era de aquí, señor. Dijo que cuando volviera el señor Lauer, que, por favor, se pusiera en contacto con la Jefatura de Policía de aquí, de Dubrovnik.

El coronel no preguntó más. La información del mayordomo le había descolocado. No acertaba a ver qué podría estar buscando la Policía. Pensó que quizá era algún problema relacionado con una denuncia falsa contra el vehículo planteada para intentar cobrar del seguro.

Cuando Merkurio llegó a Villa Cassandra era ya de noche. Advertido por teléfono, el coronel había salido a recibirlo. El viaje había sido largo y lo habían hecho de una sola tirada, sin más paradas que las imprescindibles para repostar gasolina y estirar un poco las piernas. Cuando llegaron el anciano entró directamente desde el garaje a la casa. El coronel, intranquilo como estaba, fue a buscar a Merkurio para ponerle al tanto de la novedad.

El anciano fue lacónico:

—Deshágase cuanto antes del coche.

—Pero, señor, es de noche, acabamos de llegar, habrá gente que nos haya visto llegar. Si la Policía pregunta por él y no aparece, resultaría sospechoso, ¿no cree?

—Lo que yo crea o deje de creer es asunto mío. No quiero problemas con las autoridades croatas. Coronel, le he dado una orden. ¡Cúmplala! Haga desaparecer el vehículo cuanto antes. Tenemos cosas importantes que hacer y ahora no podemos distraernos con tonterías.

—Sí, señor —respondió el militar cuadrándose—. Mañana, a primera hora de la mañana, el coche dejará de ser un problema.

El militar salió más preocupado de lo que estaba antes de hablar con el irascible anciano.



## Capítulo 58

Paddy Wilberforce, el jefe de operaciones en Europa de la red Echelon, fue informado puntualmente del contenido de la conversación entre Mercurio y el profesor Wagner que había sido interceptada por el equipo de escuchas de la red. Enseguida relacionó la información con la tensión creada en el flanco sur de los Balcanes por las pretensiones irredentistas de los nacionalistas de Skopie respecto de los territorios del norte de Grecia. Mirando en un mapa que tenía en el despacho la región que centraba el problema, marcó el número de teléfono del director de Interpol.

—¿Philippe? —preguntó—. ¿Eres tú? Te oigo mal.

—Debe de ser que donde estoy la cobertura es mala.

—¿Sigues en Dubrovnik? —preguntó el inglés.

—Sí, aquí sigo, rodeado de amigos.

—Entiendo que no puedes hablar con tranquilidad. Bien, te llamo simplemente para decirte que el personaje principal de la obra, ya sabes, el que se hace llamar como el dios romano del comercio, pues parece que también es el autor del guión que está subiendo la tensión política en la región. ¿Has leído la prensa de hoy?

—No, la verdad es que no he tenido ni tiempo ni ocasión —respondió el comisario Vaucluse.

—Pues entra en Internet y mira la página web de *El Correo* de Skopie. Cuando leas lo que publican sobre el ADN del rey Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro Magno, y el interesante artículo que firma un profesor llamado Alfred Wagner en el *Frankfurter*, comprenderás lo que te digo. Amigo mío, creo que estáis muy cerca del nido del águila. Procurad que no emprenda el vuelo.

Después colgó.

El director de la Interpol se quedó pensativo. Frente a él, la inspectora Ivana Marulic estaba leyendo el último parte redactado por el policía al que habían encargado que comprobara si el coche que buscaban estaba en el garaje de la residencia de Mirko Lauer.

—Voy a tener que empezar a revisar mi escepticismo respecto de las corazonadas —dijo la inspectora Marulic dirigiéndose al comisario—. Según el agente que ha estado preguntando en Villa Cassandra, tienen un coche de las características del que buscamos. Aunque ayer estaba fuera, uno de los empleados le ha dicho que la persona que habitualmente conduce el coche es un antiguo policía o militar, un ex coronel de la *Milicija* de Tito, se llama... —la mujer consultó el papel que tenía encima de la mesa—: Bojovic, Bojislav Bojovic. Tiene la nacionalidad macedonia lo mismo que Mirko Lauer, la persona para quien trabaja.

—Bueno, quizá no tenga nada que ver con lo de Trieste y haya que empezar a

pensar en otros; no sé, estoy pensando en ese que desapareció sin decir ni adiós o en el otro que se piró a Bolivia, quizá ha vuelto...

—No. Creo que no vamos a tener que ir tan lejos. El agente que habló con el empleado le preguntó si el coche había tenido algún accidente en las últimas semanas, según recoge el parte —dijo señalando el informe que tenía en la mano—. El hombre creía recordar que no, pero sí recordaba que el mencionado coronel había llamado a la casa pidiendo que concertaran una cita con un taller de chapa porque, según parece, tenía intención de cambiar el parachoques del coche.

—¡Bingo! —exclamó el comisario.

—Hasta que no veamos el coche, déjelo en «línea». Hay que ser cautos, ¿no le parece? —dijo la inspectora sonriendo.

—Sí, sí, tiene usted razón. Si no le parece mal, creo, Ivana, que ha llegado el momento de poner al comisario Sforza al tanto de las novedades. Bien mirado, éste es un poco su caso.

—De acuerdo, pero quiero que esté en todo momento donde pueda ver qué hace, no quiero que tome ninguna iniciativa. Puede ayudarnos con su experiencia, pero cualquier decisión o acción me corresponde a mí porque estamos en Dubrovnik, no en Venecia, y aunque el sospechoso tiene nacionalidad macedonia, en Croacia respetamos a quienes residen en nuestro país.

—Descuide, Ivana, el comisario Sforza cumplirá lo acordado —respondió el francés al tiempo que buscaba el móvil y llamaba a su amigo para ponerle al tanto de las novedades.

Marco Sforza se presentó en la Jefatura poco después. Se le notaba tenso, expectante. Pidió un papel para anotar el nombre del coronel y, tras consultar con la inspectora Marulic, marcó el número de la Questura de Venecia.

—Soy el comisario Sforza, póngame con el inspector Benzoni.

—¡Hola, comisario, soy Parenti! —contestó el agente que cogió la llamada—. Benzoni no está, ha salido a comer, pero ha dejado dicho que si llamaba usted, que le llamáramos en el acto. ¿Quiere que le pase con él? —preguntó la voz.

—Sí, Michele, pásame con él —respondió el comisario llamando por su nombre al *carabiniere* que había cogido el teléfono.

—¡Comisario! Soy Benzoni. ¿Qué tal van las «vacaciones»?

—De eso nada, Benzoni, ojalá tuviera tiempo. Toma nota de un nombre que te voy a dar y habla con Amedeo Gualtieri en Trieste para que averigüe si un tal Bojislav Bojovic, de nacionalidad macedonia, ha pasado el control de la frontera en las últimas cuatro semanas. Es muy importante. ¿Has anotado bien su nombre? —preguntó el comisario.

—Sí, jefe, creo que sí, se lo deletreo: B-o-j-o-v-i-c. ¿Correcto?

—Sí, Bojovic, Bojislav de nombre. Llámame en cuanto tengas algo.

—¿Es el hombre que buscamos por lo de la mujer muerta en el coche? —preguntó el inspector Benzoni.

—Podría serlo, Benzoni. Pero no quiero adelantar acontecimientos, y menos aún que se filtre algo a la prensa. ¿Entendido?

—Sí, jefe, confíe en mí.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas por ahí?

—Van bien, jefe, ya me he gastado la dieta de lo que queda del año comiendo y cenando en el Harry's Bar, pero por lo demás todo está en orden —contestó el inspector con ironía.

—¡Déjate de bromas, Benzoni! —replicó el comisario—. Estoy hablando en serio.

—Era un farol, jefe. ¿Me ve a mí en el Harry's? ¡Pero, jefe, si con el sueldo que cobramos no me llegaría ni para tomar un *carpaccio* y un Bellini! —respondió el inspector refiriéndose al cóctel de jugo de melocotón y *prosecco* inventado por Giuseppe Cipriani, dueño del mítico establecimiento veneciano.

—Bueno, Benzoni, al loro y llámame en cuanto tengas novedades.

Colgó el teléfono y mirando a la inspectora vio que había entendido la conversación que acababa de mantener en italiano. Después se lo contó a Philippe de Vaucluse. Los dos policías aprobaron la iniciativa de Sforza. Aunque era la hora del almuerzo y para ser un día de finales de septiembre hacía bastante calor, decidieron acercarse a Villa Cassandra.

Ivana Marulic habló con uno de los policías croatas y al cabo de diez minutos otros cinco más se personaron en el antedespacho habilitado para el seguimiento del caso.

Estaban a punto de salir cuando sonó el móvil del comisario Sforza. Era su colega el jefe de Policía de Trieste quien le llamaba.

—Sí, Amedeo, te escucho. Sí, le dije a Benzoni que te llamara. ¿Has podido averiguar algo? —preguntó conteniendo la respiración—. ¿Cómo? ¡Dos y uno de ellos el tal Bojovic! ¡Fenomenal, Amedeo, fenomenal, te debo una! Sí, creo que le tenemos, creo que sí. Pero no comentes nada. Te llamaré, te lo prometo. Gracias, amigo.

Colgó el teléfono y, consciente de la expectación que habían suscitado sus palabras, les contó a los otros dos policías la información que le acababa de dar el jefe de Policía de Trieste.

—El control de frontera de Trieste tiene registrada la entrada a Italia de Bojovic en compañía de otro hombre. Fue hace dos semanas. ¡Le tenemos! —exclamó Sforza excitado.

—Bueno, antes habrá que cogerlo —dijo la inspectora mirando a Philippe de Vaucluse.

El francés asintió y creyó llegado el momento de informar a la inspectora de lo que sabía a través de las confidencias de Paddy Wilberforce sobre las intenciones de algunos de los inquilinos de Villa Cassandra. Les comentó lo que sabía sin revelar que la información procedía de escuchas realizadas por agentes de la red Echelon.

—Si les he ocultado hasta ahora esta información, es porque creía que no tenía nada que ver con la investigación de lo ocurrido en Trieste. La casualidad ha hecho que los caminos confluyan, pero quiero que me crea, Ivana —dijo Philippe de Vaucluse, mirando a los ojos a la inspectora Marulic—. Hasta la noche en la que cenamos en el puerto y mencionó usted el nombre de Villa Cassandra, no tenía ni la más remota idea de que un caso acabaría solapándose con otro.

—Le creo, pero no me gusta que nos haya utilizado; si ha sido en Croacia donde se ha maquinado o perpetrado un delito, nos corresponde a nosotros investigarlo. Sintiéndolo mucho, comisario, al término de esta misión tendré que informar a mis superiores —respondió la mujer con rotundidad.

—Lo comprendo. Para su tranquilidad, quiero decirle que me consta que desde otras instancias estaba previsto informar a su Gobierno y al de Skopie acerca de las sospechas de que pudiera existir una conspiración contra algún miembro del Gobierno de la Antigua República Yugoslava de Macedonia —replicó el comisario francés sosteniendo la mirada de su colega—. Ahora, si le parece bien, creo que no es el momento de profundizar en este desencuentro. Reitero mis disculpas, pero creo que ha llegado el momento de pasar a la acción antes de que, alertado por la visita de ayer, el pájaro o los pájaros levanten el vuelo.

—Sólo una pregunta más —dijo la inspectora, señalando al policía italiano—. ¿El comisario Sforza estaba al tanto de todo?

—No. Hasta esta misma mañana, no sabía nada —respondió Philippe de Vaucluse—. No se lo había dicho por las mismas razones que me han aconsejado ocultárselo a usted hasta hoy —respondió Philippe de Vaucluse en tono convincente.

Se hizo el silencio. Los tres se miraron. Pasó un minuto en el que el tiempo parecía haberse detenido en el interior del pequeño despacho. Después, tras un profundo suspiro, la inspectora Marulic descolgó el teléfono y habló. Ni el francés ni el italiano entendían el croata, pero estaba claro que la mujer estaba dando órdenes.

—Sargento: quiero que sus hombres vayan armados —dijo—. Vamos a salir dentro de quince minutos. Ah, que no olviden los chalecos. Nosotros —añadió en inglés, señalando a los dos comisarios— iremos delante y les esperaremos en las inmediaciones de la mansión. Nadie debe intervenir hasta que yo lo ordene.

Media hora después, al filo de las 15.30, hora local, cuando la mujer y los dos hombres estaban a menos de veinte metros de Villa Cassandra, se les unieron los cinco agentes. Llegaron en dos coches, iban uniformados, llevaban cascos y chalecos protectores y todos portaban fusiles ametralladores Heckler & Kock, un arma letal

dotada de un adaptador para dos cargadores de treinta proyectiles. Les acompañaba el agente que el día anterior había preguntado en la villa por un coche de color negro modelo Touareg.

—Usted y ustedes dos vengan conmigo —ordenó la inspectora, señalando al agente que había realizado la primera averiguación sobre Villa Cassandra—. Los otros tres rodeen la villa y no intervengan salvo que yo les llame o escuchen disparos. Philippe, acompáñeme. Marco —añadió, dirigiéndose al comisario Sforza—, lo siento, pero tendrá que esperar.

El italiano asintió. Estuvo a punto de decir que aquel caso era «su caso»; que estaban allí porque hasta allí les había llevado el hilo del que él venía tirando desde hacía cosa de un mes, pero calló y, apoyado en el capó de uno de los coches, observó el desarrollo del despliegue.

Fue la inspectora Ivana Marulic quien llamó a la puerta de Villa Cassandra. Iba acompañada por el agente que había hablado con uno de los empleados de la casa.

—¿Está el señor Bojovic? —preguntó la mujer.

—¿Quién quiere hablar con él? —respondió desde el interior una voz gangosa.

—La inspectora de primera Ivana Marulic, de la Policía judicial.

La puerta exterior de la villa se abrió. Los policías entraron y a través de un camino trazado en medio de un césped muy cuidado llegaron hasta la puerta principal de la villa. Cuando la inspectora se disponía a llamar a la puerta tirando de una campanilla de barco colgada del dintel, la puerta se abrió y frente a ellos apareció Marko, el mayordomo.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó el hombre inclinando ligeramente la cabeza en un gesto que parecía formar parte de su manera de andar.

—¿Vive aquí el señor Bojislav Bojovic? —preguntó la mujer.

—Ésta es la casa del señor Lauer, de quien seguramente usted habrá oído hablar. El señor Bojovic trabaja para el señor Lauer.

—Lo sabemos, pero no es con el señor Lauer con quien queremos hablar...

—El señor Bojovic está en la casa; veré si puede hablar con ustedes, porque...

El mayordomo no pudo completar la frase porque, inopinadamente, un hombre de gran estatura y pelo cortado a cepillo apareció al fondo del vestíbulo hablando en voz alta. Era el coronel.

—¿Quién pregunta por mí? ¿Es que ahora para cobrar las multas por aparcamiento en lugar prohibido los policías van de dos en dos? ¿Tan mal de fondos andan en Croacia? —dijo mirando desafiante a los recién llegados.

—¿Es usted el señor Bojovic? —preguntó la inspectora.

—«Coronel» Bojovic, si no le importa —respondió en tono agresivo el hombre.

—Le recuerdo que está usted en Croacia —interrumpió la inspectora con la velocidad del rayo—. Tengo entendido que tiene usted la nacionalidad macedonia, así

que le recuerdo que aquí su grado y rango es irrelevante. Tito pasó a la Historia, señor —añadió la mujer aguantando la mirada arrogante del hombre.

—Desde luego, si él viviera, usted no estaría aquí —respondió con desprecio el militar.

—No he venido a discutir con usted sus puntos de vista machistas, estamos aquí para preguntarle si conduce usted un coche modelo Touareg.

—Sí, todo el mundo sabe que manejo un cuatro por cuatro de ese modelo.

—¿Podemos verlo? —preguntó la inspectora señalando a su compañero el policía de uniforme que asistía a la escena en silencio, pero en evidente estado de tensión.

—Está en el garaje, le diré a uno de los criados que se lo enseñe —respondió el coronel con displicencia.

—Será mejor que usted les acompañe —dijo una voz que sonó detrás del militar. Era Merkurio.

Ivana Marulic había visto alguna vez a aquel hombre en la televisión y su cara también le resultaba conocida por las revistas de actualidad, pero ni las fotos ni la televisión hacían justicia al coloso. Su impresionante cabeza coronada por una extraordinaria mata de pelo blanco y su elevada estatura unida a su notable corpulencia transmitían la imagen de estar ante una fuerza de la naturaleza.

Al oír la voz del anciano, el coronel se hizo a un lado. Parecía otro hombre; también su voz había cambiado cuando dijo:

—Por supuesto, señor Lauer, como usted diga. Acompañenme, por favor —añadió mirando a los policías.

La inspectora iba a decir algo cuando el dueño de la mansión se dirigió a ella:

—Es usted muy joven y, si me permite decirlo, también muy bella. A mi edad —añadió el coloso— un hombre ya no tiene tiempo para perderlo en cumplidos. Sólo debe decir la verdad.

—Le agradezco sus palabras, señor, pero soy policía y no he venido a un baile de fin de curso, así que si no le importa, vamos a echar un vistazo al coche del señor Bojovic —respondió la inspectora con voz cortante.

—El vehículo por el cual usted se interesa es de mi propiedad. Como el resto de cuanto tiene usted ante sus ojos —respondió el anciano reprimiendo a duras penas un brote de cólera—. ¿Puedo preguntar qué es lo que buscan ustedes, por qué tanto interés por ese vehículo? —añadió.

—A su debido tiempo. Y, por favor, puesto que reconoce que el vehículo es de su propiedad, le ruego que nos acompañe. Quiero que esté presente en el momento en el que realicemos la inspección —dijo la mujer en un tono que no admitía dudas: era una orden.

—¿Quiere que vaya con ustedes al garaje? —preguntó Merkurio con deliberada lentitud—. Bien, pero debo advertirles que es un lugar un tanto inhóspito.

—Estamos acostumbrados —replicó la inspectora mirando a derecha e izquierda. El anciano ignoró la indirecta.

Precedidos por el coronel, descendieron hasta llegar al garaje. Allí estaba el Touareg junto a dos Mercedes y una motocicleta japonesa. El policía de uniforme se adelantó a reconocer el vehículo. Buscaba una abolladura, los restos de un golpe en la parte izquierda del parachoques, y allí estaban, a la vista de todos. El agente hizo una seña a su compañera para que se acercara. Fue la inspectora quien habló:

—Señor Bojovic, ¿recuerda cuándo se dio este golpe? —preguntó señalando la parte más hundida del parachoques.

—La verdad es que no lo recuerdo, hago muchos kilómetros y no sé, ni me había dado cuenta. Lo más probable es que haya sido al aparcar, alguien que le haya dado un golpe al coche cuando estaba aparcado —respondió con aire burlón el militar.

—¿Está usted seguro?

—Sí, claro. Estoy seguro de que no entiendo por qué diablos estamos aquí y me está usted sometiendo a este ridículo interrogatorio.

—Le diré el porqué del interrogatorio —contestó la inspectora abriendo el bolso con un gesto cien veces ensayado y extrayendo de su interior un revólver—. ¡Levante las manos! —ordenó—. Y usted —dijo señalando a Merkurio—, quédese donde está. Señor Bojovic, le voy a leer sus derechos. Tiene derecho a permanecer en silencio, pero sepa que está acusado de haber participado en la muerte de la ciudadana Dunia Kovacevic, crimen por el que tendrá que responder ante la justicia italiana, puesto que, como usted sabrá, el crimen se cometió en Trieste.

La acusación descolocó al coronel, no se lo esperaba, creía que todo obedecía a un malentendido fruto de algún lance de tráfico, una denuncia falsa hecha por algún otro automovilista con el fin de cargarle al seguro alguna reparación de chapa. El desconcierto sólo duró unos segundos. Después, con una agilidad nacida tras años de practicar taekwondo, lanzó una patada contra el brazo de la mujer. El golpe le arrebató la pistola y el dolor se transformó en alarido. El grito descolocó al otro policía en el momento en el que también él se disponía a extraer de la pistolera su arma reglamentaria. El militar se anticipó: un primer golpe directo al estómago del hombre vació sus pulmones, el siguiente lo tumbó de espaldas.

Merkurio había presenciado la escena en silencio. Su cara tenía un aire dañino.

—Me he equivocado con usted. ¡Es usted un perfecto imbécil! —dijo mirando con odio al coronel—. Le ordené que tuviera usted cuidado, pero al parecer ha ido dejando su nombre por todas partes. ¡Vámonos! ¡Salgamos de aquí cuanto antes! —ordenó dando media vuelta y saliendo del garaje.

El militar se agachó para coger las armas de los agentes. Con el revólver de la inspectora en la mano, por un momento se le pasó por la cabeza la idea de disparar a la mujer que, aterrada, pero sin decir palabra, le miraba aguantando el profundo dolor

que sentía en el brazo.

—Está a punto de cometer un segundo error —dijo la mujer—. No lo haga, entréguese, no empeore las cosas.

El coronel no contestó. Sin dejar de apuntarla con el arma, fue retrocediendo hasta la puerta y después salió y cerró por fuera.

Sobreponiéndose al dolor, la inspectora se acercó al agente caído. Trató de reanimarlo, pero no lo consiguió. Los golpes que había recibido habían sido muy fuertes. La inspectora miró a derecha e izquierda buscando algo con que abrir la puerta. De pronto reparó en el bolso caído en el suelo; su agresor no se lo había llevado. Con ansia buscó en su interior y al encontrar el teléfono móvil suspiró. Marcó un número y esperó.

Quince minutos después, el sargento y dos agentes uniformados y armados hasta los dientes abrían la puerta con estrépito. Detrás de ellos vio las cabezas de sus colegas, el italiano y el francés.

—¿Está usted bien? —preguntó el sargento.

—Sí, sí, yo estoy bien, ocúpense del agente —contestó mientras se frotaba el brazo en el punto en el que había recibido la patada.

Philippe de Vaucluse y Marco Sforza irrumpieron en el garaje.

—¿Está usted bien? ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntaron a dúo.

—Estoy bien —contestó la mujer—. Creo, comisario —añadió con voz cansada dirigiéndose al policía italiano—, que habíamos quedado en que usted permanecía al margen de esta operación.

—Cierto, pero no pensaría que la íbamos a dejar sola —respondió con una sonrisa de oreja a oreja.

La inspectora Marulic no insistió. Ordenó a sus hombres que ayudaran al agente desvanecido y ella, tras requerir al sargento que le prestara un arma, salió del garaje dirigiéndose hacia la primera planta de la mansión. Por el camino contó lo que había pasado.

—Bojovic nos ha desarmado y ha huido. Lauer no iba armado, al menos mientras hemos estado en el garaje.

Al llegar arriba, en el salón encontraron a otros dos agentes. La inspectora ordenó al sargento que buscaran a los huidos. Unos minutos después, uno de los guardias volvió llevando del cuello a Marko, el mayordomo.

—Dice que es el mayordomo; que los demás criados están en la cocina y que el dueño, el señor Lauer, está en su biblioteca. Del señor Bojovic no sabe nada, no le ha visto desde que bajó con usted al garaje.

La inspectora tradujo lo que había dicho el policía. En aquel momento llegó el sargento y entregó una pistola a la inspectora. Había ido a buscarla al coche.

Era una Sig Sauer, último modelo, un arma automática ligera y precisa como



pocas.

—Puede que Bojovic esté escondido en algún lugar de la villa o puede que haya salido e intente escapar.

—Por la puerta principal no ha salido. Mis hombres o yo le habríamos visto —dijo el sargento.

—Pues, entonces, debe seguir escondido aquí, dentro de la casa.

Si sabe esperar, a un hombre humillado el destino siempre le ofrece una oportunidad de venganza. Marko, el mayordomo al que el coronel tantas veces había tratado con prepotencia y desprecio, dio un paso hacia donde estaba la inspectora y habló:

—Perdone, señora, la villa tiene un pasadizo subterráneo que da directamente a un pequeño embarcadero. Allí siempre hay una lancha rápida dispuesta y con el depósito de combustible lleno —dijo mirando fijamente a la mujer.

—¿Dónde está ese pasadizo? —preguntó la inspectora haciendo una señal al sargento.

—Está en el sótano, una planta por debajo del garaje —respondió el mayordomo.

—Gracias —dijo la inspectora mirando al hombre con gratitud.

—No tiene por qué darme las gracias. Soy croata, señora —contestó el hombre echando la cabeza hacia atrás—. Ese hombre horrible al que buscan es un macedonio, un bárbaro.

Mientras el mayordomo acompañaba al sargento y a los otros tres agentes, Ivana Marulic, seguida de Philippe de Vaucluse, se dirigió hacia la biblioteca. El comisario italiano les siguió, pero iba desarmado.

La puerta estaba abierta. Pistola en mano, la inspectora fue la primera en irrumpir en la estancia.

Frente a ella, recortada su figura contra el ventanal que daba al mar, reconoció al coloso de pelo blanco. El hombre que se hacía llamar Merkurio estaba de espaldas.

—¡Las manos arriba! ¡Dése la vuelta muy despacio y no baje las manos! —ordenó la policía hablando en croata.

—Ah, ya está usted aquí —dijo el coloso—. ¿Qué tal va su brazo? —preguntó sin volverse.

—Le he dicho que se dé la vuelta. ¿Es que está usted sordo? —bramó la inspectora.

El anciano obedeció. Se sorprendió de verla en compañía de los dos hombres, ninguno de los cuales parecía ir armado.

—Deberíamos registrarlo —dijo en inglés Philippe de Vaucluse—. Yo me ocuparé.

Al ver acercarse al comisario, Merkurio amagó una sonrisa.

—Veo que ha conseguido usted refuerzos y cuenta con ayuda de la Legión

Extranjera —dijo mirando a los dos hombres.

—Señor Lauer, tiene usted derecho a permanecer callado, cuanto diga...

—Ahórrese la letanía, conozco mis derechos, señorita, o ¿debo decir señora? —contestó en tono impertinente el hombre—. No sé si sabe usted con quién está hablando —añadió.

—Perfectamente. Estoy hablando con alguien a quien en breve un fiscal acusará de complicidad en un caso de asesinato.

—Ivana —interrumpió Marco Sforza—, pregúntele si le dicen algo los nombres de Dunia Kovacevic y Milovan Demeratu.

El anciano no contestó. En aquel momento, a lo lejos, sonaron disparos. Eran disparos de pistola y ráfagas de fusil de asalto. El tiroteo duró poco tiempo, después se oyó una explosión. Cuando Ivana Marulic se asomó al ventanal, vio una gran columna de humo a los pies del acantilado, junto a una escotadura de las rocas.

También observó a dos de los agentes de uniforme inspeccionando el lugar. En aquel momento sonó el móvil. Era el sargento que mandaba la escuadra policial. La inspectora pegó el auricular al oído y escuchó.

—¿Alguno de ustedes ha resultado herido?

Tras escuchar al sargento, colgó.

—Me temo —dijo mirando a Merkurio— que su coronel ya no ascenderá a general. Ha muerto.

Sin bajar las manos, el coloso empezó a caminar por la estancia orientando sus pasos hacia donde estaba su mesa escritorio.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en inglés al comisario.

Philippe de Vaucluse consultó con la mirada a la inspectora.

—Siéntese, pero cuidado con lo que hace. ¡Las manos a la vista! —dijo la mujer.

—No sé lo que tienen contra mí, pero no tengo nada de que avergonzarme —dijo el hombre cuya corpulencia, aun sentado, seguía siendo impresionante.

Sin dejar de mirar al anciano, Philippe de Vaucluse hizo una seña a la inspectora para que se acercara. Cuando estuvo junto a ella, le habló al oído.

—Puesto que yo, por mis fuentes, sé qué es lo que estaba urdiendo en Skopie, ¿le importa que le interrogue preguntándole por el complot político que estaba tramando? —preguntó en voz baja el comisario.

Ivana Marulic asintió.

—Señor Lauer, lo sabemos todo y en su propia voz acerca de sus actividades políticas —dijo el comisario—, pero tengo una curiosidad —añadió—. ¿De verdad creía usted que con esas fantasías del ADN llegaría usted a la Presidencia?

Al oír aquellas palabras, Merkurio cambió de color. Esperaba preguntas relacionadas con las actividades del coronel, no sobre sus maniobras políticas.

—¿Quién es usted? ¿A quién se refiere cuando habla en plural? ¿Me han estado

ustedes espiando? —preguntó levantando la voz—. ¡En Croacia soy extranjero, tengo mis derechos! ¡Exijo un abogado! —gritó.

—Y lo tendrá, no se preocupe, lo tendrá —contestó con voz calma la inspectora.

—Por simple curiosidad, díganos, ¿cómo se le ocurrió un plan tan descabellado? —preguntó el director de Interpol.

Mirko Lauer era un hombre práctico; toda su vida lo había sido. Supo que le tenían atrapado y contó su historia. Como el megalómano que era, no ahorró detalles contando mucho más de lo que ni siquiera sospechaban sus interrogadores.

Los tres policías no perdieron detalle.

Marco Sforza, sobre todo, fue de un asombro a otro cuando el anciano explicó cómo había planeado el robo en San Marcos esperando que la Policía hiciera lo que él había calculado al planificar el asalto como si fuera un robo, enmascarando el verdadero objetivo: remover la tapa del sarcófago en el que se custodian las reliquias del evangelista; estaba seguro —contó— de que la Policía buscaría las huellas de los asaltantes recurriendo a las pruebas de ADN, que las pruebas fueran analizadas en Roma o en Venecia era un problema irrelevante, pues contaba con la pericia de Zorian, el *hacker* capaz de burlar la seguridad de cualquier sistema informático. Merkurio también se jactó de haber previsto la reacción que provocaría la filtración del informe policial; la prensa —dijo— era un instrumento esencial en su plan para dar a conocer al mundo la causa del irredentismo macedonio.

También presumió de haber anticipado la repercusión política que provocaría el artículo del profesor Alfred Wagner. Sin que se lo preguntaran, les contó cómo había pagado para conseguir una copia del viejo papiro guardado en un monasterio del Monte Athos, un documento que revelaba el lugar en el que se halla el Soma, los restos del Gran Alejandro.

Lo contó todo: también que para borrar las huellas de la trama había ordenado la desaparición de cuantos habían participado en las diferentes fases de la conspiración. Demeratu y Miss Lisi habían sido simples instrumentos; necesarios, pero irrelevantes, y por lo tanto prescindibles; el caso de Milena Tomic era diferente, la consideraba una traidora, y —según dijo— al traicionar a la «Gran Macedonia», ella misma había firmado su sentencia de muerte.

También les contó algo que los policías ni sabían ni sospechaban: él, Merkurio, había mandado profanar el cráneo del rey Filipo II de Macedonia para conocer su ADN y estar seguro de que coincidía con el de las reliquias conservadas en San Marcos.

—Pero —preguntó desconcertado Philippe de Vaucluse— ¿para qué lo mandó sustraer si no podía darlo a conocer sin delatarse, descubriendo que había perpetrado un robo en Vergina?

El anciano soltó una carcajada. Su mirada era la de una persona enajenada.

—Me daba igual; no iba a pasar nada que no hubiera pasado ya. Para mí —añadió— lo más importante era estar seguro de que eran los restos del Gran Alejandro y de Filipo, el uno confirmaba al otro y de paso se hablaba en todo el mundo de la Macedonia histórica. Ustedes no pueden comprenderlo —dijo mirando con desprecio a los tres policías.

—Pero ¿qué conseguía con eso? —preguntó Marco Sforza.

—Lo que ya he logrado: sembrar la semilla de la duda y que en el mundo entero se hable de Macedonia y de nuestros derechos históricos. Esa duda —dijo el anciano con una extraña luz en los ojos— atravesará los siglos porque el alma macedonia no conoce la derrota. ¡La Historia me hará justicia!

Fueron sus últimas palabras.

Después, con inopinada rapidez, el hombre que se hacía llamar Merkurio abrió el cajón de la mesa y extrajo una pistola. Era su Walter PPK.

Sin que ninguno de los presentes pudiera impedirlo, metió el cañón del arma en la boca y disparó.

## Capítulo 59

La muerte del magnate y la del coronel ponían fin a lo que, con ironía, Philippe de Vaocluse había bautizado como una *joint venture* policial entre Croacia, Italia y Francia.

La misión en Dubrovnik había concluido, pero el caso no estaba cerrado. Ahora, en palabras de Marco Sforza, faltaba la parte más pesada de todas: elaborar informes, juntar y describir todas las pruebas y hablar una y otra vez con el fiscal y el juez. En su caso —pensó—, la única compensación era volver a Venecia. Otro tanto pasó por la cabeza de Philippe de Vaocluse.

—Creo, querido amigo, que me vas a necesitar en Venecia para ayudarte a reconstruir todo esto, ¿no crees? —había preguntado el francés con guasa.

—Tu adicción al trabajo fuera de casa empieza a ser preocupante —respondió Sforza riendo la broma.

De los tres, la inspectora Ivana Marulic era la única que estaba seria. Se habían reunido para tomar un café en la misma terraza de la taberna del arsenal en la que cenaron el primer día de su estancia en Dubrovnik, y la mujer tenía un estado de ánimo confuso. Por una parte estaba contenta: había resuelto el caso, el director de la Policía en persona la había llamado para felicitarla, pero por otra no estaba del todo satisfecha del resultado. Pensó que había cometido errores al planificar la operación, hubo demasiada improvisación y sentía como un fracaso personal la muerte de aquellos dos hombres. Se había hecho policía porque creía en los valores de la libertad y siempre había pensado que el primero de todos esos valores era la propia vida. Llevaba las dudas escritas en la cara y fue Philippe de Vaocluse el primero en darse cuenta.

—¿Qué le pasa, Ivana? La noto preocupada... —dijo.

—Lo estoy; no estoy contenta con lo que ha pasado. Creo que las muertes eran innecesarias; nuestra tarea como policías era detenerlos y ponerlos a disposición de la justicia. No estamos aquí para juzgar crímenes, esa tarea corresponde a los jueces, nosotros somos policías —respondió la mujer abrumada por las dudas.

—Creo que no debería atormentarse —terció Marco Sforza—. El sargento actuó correctamente; ha explicado, y le creo, que la muerte del coronel fue un caso de legítima defensa. Por otra parte, usted sabe que el viejo nos pilló a los tres por sorpresa y cuando sacó la pistola no pudimos hacer nada para evitar que se volara la tapa de los sesos.

—Todo lo que dicen es verdad y me lo digo una y otra vez a mí misma —respondió la mujer—, pero los hechos están ahí y sigo creyendo que nuestra obligación, por lo menos la mía tal y como yo la entiendo, era detenerles y que hoy estuvieran en disposición de responder de sus crímenes ante la justicia.

—Perdone que se lo pregunte, ¿es usted creyente? —inquirió el francés.

—Sí, soy católica —respondió la mujer.

—Pues, entonces, véalo de esta manera: ha sido el destino el que ha hecho que las cosas rodaran como han rodado y ahora tanto el uno como el otro están respondiendo de sus crímenes ante Él —añadió el comisario Vaocluse levantando una mano y señalando al cielo.

—¡Por favor, no nos pongamos tristes! Hoy es un gran día, hemos resuelto cuatro o cinco casos pendientes y estamos vivos. ¡Qué más se puede pedir! —exclamó Marco Sforza mirando con simpatía a la inspectora—. Créame que la comprendo, pero no debe atormentarse más. A mí también me ha pasado cuando he tenido que defender mi vida y no me ha quedado más remedio que disparar a matar u ordenar que otro policía lo hiciera. Pero así es el juego, hemos hecho lo que debíamos hacer. Somos policías, no somos ángeles. Esos dos eran criminales —añadió—, no merecen que usted les dedique ni una sola lágrima.

La inspectora Marulic suspiró profundamente y se llevó la taza de café a los labios. Sin darse cuenta, los tres estaban sentados de la misma manera que el día de la cena. Desde su posición, Marco Sforza veía Villa Cassandra, la mansión coronada por una esmerilada cúpula de cristal de color azul.

—Villa Cassandra, nunca me olvidaré de ti... —dijo el italiano.

—Cierto. ¡Menuda aventura! No sé qué pasará ahora con esa casa. Después de lo ocurrido, a mí, desde luego, me daría repelús vivir en ella... —comentó Philippe de Vaocluse.

—Mirko Lauer tenía hijos, supongo que la heredarán —dijo la inspectora—. Por cierto, que hablando de aventuras, creo, Philippe, que nos debe usted una explicación extraoficial sobre la naturaleza de sus fuentes, ¿no le parece? —preguntó la mujer.

—En realidad, no es mucho lo que puedo contar. ¿Han oído ustedes hablar alguna vez de la red Echelon, un sofisticado sistema de escuchas patrocinado —según se dice por ahí— por los gobiernos de Estados Unidos, Canadá, el Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda? ¿Una red cuyas actividades, según los periódicos, están siendo investigadas por el Parlamento Europeo? ¿Sí? ¿Alguna vez han oído hablar de la red Echelon? Pues bien, que sepan que no existe... al menos oficialmente —respondió Philippe de Vaocluse sin poder aguantar la risa.

Quedaron para verse el verano siguiente.

## Capítulo 60

En el avión que le devolvía a Venecia, Marco Sforza leyó todos los periódicos de a bordo; uno con otro reflejaban bastante bien lo sucedido en Dubrovnik. La prensa italiana destacaba, sobre todo, lo referido al asalto de San Marcos. Los periodistas ya no hablaban de robo, todos utilizaban la palabra «asalto». *La Stampa* de Turín publicaba una foto suya con un pie que decía que el comisario Marco Sforza había sido pieza clave en la solución del caso de los asesinatos relacionados con lo ocurrido en San Marcos. El *Corriere della Sera* insistía en las dudas que rodeaban la identidad de las reliquias del evangelista. *Il Messaggero* pedía que una comisión de especialistas —hablaban de historiadores, genetistas y teólogos— estudiaran el caso y ofrecieran conclusiones. «Creyentes o no —concluía el editorial—, los italianos tenemos derecho a saber si las reliquias custodiadas en Venecia corresponden a los venerables restos de San Marcos o, por el contrario, son los huesos del Gran Alejandro de Macedonia». Marco Sforza estaba tan cansado que se durmió con el periódico abierto sobre el regazo. A muchos kilómetros de allí, en Roma, quien estaba muy despierto era Ottavio Agrícola, ministro del Interior. Por una parte estaba contento: la víspera se había ido a dormir acunado por los elogios de sus compañeros de Gabinete; hasta el Primer Ministro le había felicitado por la televisión por lo que calificó de «brillante actuación de los servicios policiales italianos que con gran eficacia coordina el ministro del Interior».

Aquella noche durmió de un tirón. Quien por la mañana le había devuelto a la realidad había sido el cardenal Lorenzi, el hombre fuerte del Vaticano.

—Ottavio —le había dicho cuando le llamó directamente al móvil—, tienes que impedir a toda costa que prospere la iniciativa que apoyan hoy algunos periódicos para formar una comisión que investigue las reliquias de San Marcos. Para la Iglesia sería poco menos que un sacrilegio. No podemos tolerar que el morbo de la gente, azuzado por los canales de televisión, convierta este asunto en un espectáculo y le falte al respeto a la memoria de los hombres santos.

—Pero, eminencia —había contestado tímidamente el político—, desde mi puesto poco, o mejor dicho, nada se puede hacer para impedirlo. Italia es una democracia y la libertad de expresión y de prensa son pilares del sistema.

—Ottavio, no quiero que me des una lección de Derecho Constitucional —había replicado el purpurado—, lo que quiero es que hagas algo; que no te quedes con los brazos cruzados. *L'Osservatore* apunta hoy el criterio de la Iglesia en este asunto. Debes leerlo y, como buen cristiano, actuar en consecuencia —añadió el cardenal refiriéndose al periódico que pasa por ser el portavoz del Vaticano.

El cardenal dio por terminada la conversación. El ministro, mirando el grabado del papa Inocencio X, retratado con gran crudeza por Diego Velázquez en 1650, y

aguantando aquella inquisidora mirada, pensó con alivio que pese a todos los problemas y miserias, era una suerte que Italia fuera una democracia.



## Capítulo 61

A primera hora de la mañana del día siguiente en que *El Correo* de Skopie publicara el informe sobre el ADN del rey Filipo II de Macedonia, en Atenas el ministro de Cultura del Gobierno de Grecia se anticipó a su colega de Exteriores y fue el primero en llamar a la residencia del Primer Ministro. Llevaba menos de un mes al frente del ministerio y estaba doblemente nervioso: por la noticia que le desazonaba y por la hora en que llamaba a aquel hombre con fama de cascarrabias al que todos llamaban «el Viejo».

Para su sorpresa no tuvo que esperar. El Gabinete telefónico le comunicó en el acto con el Primer Ministro.

—Buenos días, señor Primer Ministro.

—Sí, ministro, dígame, le escucho —respondió Yeoryos Makriyannis mientras apuraba el segundo café del día.

—Siento molestar a estas horas, pero ha surgido un asunto de la máxima gravedad. Un problema relacionado otra vez con Skopie. No sé si esta mañana le ha dado tiempo a ver las noticias en la televisión.

—Sí, he visto los informativos. ¿A qué noticia se refiere?

—La que publica un periódico de Skopie...

—Al grano, vaya al grano. ¿De qué me está hablando? —interrumpió el político.

—Dicen que hay un informe sobre el ADN del rey macedonio Filipo II.

—¿Y...?

—Pues que dicen que ha sido obtenido de una muestra del cráneo del rey y dicen que fue robada del Museo de Vergina. ¡Es terrible!

—Sí, el asunto es grave —respondió el Viejo—. Hablaré con el ministro del Interior a ver qué sabe. Creo que me está llamando por otra línea. Ah, sobre este caso, si le preguntan, diga que toda la información se va a coordinar desde la Secretaría de Presidencia. ¿Entendido?

—Sí, sí, claro.

—Pues hasta luego —respondió el Primer Ministro sin añadir ningún comentario, circunstancia que dejó sumido en el mayor de los desconciertos a su interlocutor.

Quien llamaba por la otra línea era, en efecto, el ministro del Interior. Era un veterano que había acompañado al Viejo en buena parte de sus aventuras políticas tanto en el Gobierno como en la oposición.

—Te supongo al tanto de la novedad...

—Si te refieres al último regalo envenenado de nuestros vecinos del norte, que siguen con esas paparruchadas del ADN, sí, estoy al tanto.

—Nada más enterarme, he dado orden de que averigüen si es verdad lo del robo en el Museo de Vergina. El director de la Policía de Tesalónica, con el que he hablado

hace diez minutos, me asegura que no tienen ninguna denuncia de robo en toda aquella zona, pero me ha dicho que iba a mandar para allá a un comisario para que investigue el caso. Me llamará en cuanto tenga alguna novedad.

—Bien, has hecho lo que había que hacer. De todo este asunto, lo único que me preocupa es que hay mucha gente, mucho descerebrado que se toma estas cosas en serio, y, como los periodistas no tienen mejores cosas que contar, se pasan el día en la televisión dando la matraca.

—¿Vas a volver a llamar a Mitrovic? —preguntó el ministro refiriéndose al Presidente de la Antigua República Yugoslava de Macedonia.

—No, creo que se portó bien en la crisis creada por el loco ese de Lauer; por nuestra parte, el tema está zanjado. Naturalmente, nos seguiremos oponiendo a que cambien el nombre del país para llamarlo Macedonia, y, si insisten, pues vetaremos su entrada en la OTAN.

El ministro del Interior saludó y se despidió.

Yeoryos Makriyannis tenía planes para dejar de fumar, pero aquella mañana decidió aplazar la cuestión. Abrió uno de los cajones del magnífico escritorio que presidía el despacho del Primer Ministro del Gobierno de Grecia, extrajo una caja de madera de cedro y con estudiada parsimonia encendió un cohiba. La primera calada le supo a gloria.

La mala conciencia, acompañada de un inopinado ataque de tos, le amargó la segunda. «Sabían mejor los de Zino», pensó, evocando la figura del desaparecido Zino Davidoff, el mítico comerciante de tabaco con quien recordaba haber charlado alguna vez a su paso por Ginebra.

Un minuto después, ordenó a su secretaria que localizara a la directora del Museo Arqueológico.

En Grecia la luz es un regalo que invita a salir a la calle cuanto antes, así que en Atenas la gente madruga. Encontraron a la mujer en su despacho y le dieron el sobresalto del día:

—Primer Ministro, ¿me había llamado? —dijo la directora sin disimular lo muy nerviosa que estaba.

—Sí, Dora, quiero preguntarle una cosa, pero antes contésteme a esta otra pregunta: ¿está usted sola en su despacho, puede hablar con tranquilidad?

—Sí, sí, no hay nadie más en mi despacho —respondió la mujer alarmada por la llamada y las cautelas de su interlocutor.

—Bien, Dora, dígame: el cráneo de Filipo de Macedonia ¿sigue ahí, en el Museo?

—¿Cómo? —preguntó la mujer desconcertada.

—No me haga repetir la pregunta, Dora, supongo que me ha oído usted perfectamente.

—Por supuesto, señor, pero es que me sorprende su pregunta. ¡Claro que sigue

aquí! El cráneo del rey de Macedonia Filipo II, padre del Gran Alejandro, sigue aquí; en la urna de cristal a prueba de balas custodiada en el interior de la caja fuerte del Museo. Como usted sabe, fue trasladada aquí en secreto por razones de seguridad, contando con la aprobación del profesor Manolis Andronicos, el arqueólogo que lo descubrió en 1977 en las excavaciones llevadas a cabo en Vergina...

Sin mucha cortesía, el hombre interrumpió la conversación.

—Bien, bien. Eso me tranquiliza. Gracias, Dora. Que tenga usted un buen día.

Al día siguiente, los periódicos de Atenas insistían en el tema haciendo cábalas sobre el supuesto ADN del rey Filipo II de Macedonia. También reproducían otros datos publicados por la prensa de Skopie.

Mientras aguardaba en su despacho la visita del ministro del Interior, Yeoryos Makriyannis repasaba a la carrera los periódicos leyendo las páginas en diagonal. Cuando entró su visitante, tenía abierto por la mitad uno que en grandes titulares se preguntaba por la seguridad de los museos griegos. A la vista de lo ocurrido en Vergina, el autor de la información concluía que no eran seguros.

—¿Has leído lo que dicen aquí? —preguntó el Primer Ministro, señalando el periódico.

—Sí, lo leí anoche, en la primera edición. Tienen razón... a medias. Es verdad que nos han metido un gol en Vergina, pero no hay peligro en Atenas ni en los demás. Aunque reconozco que el revuelo que se ha montado con lo del ADN es grande. Lo que no entiendo —añadió el ministro— es que se haya organizado tanto escándalo por el ADN de un desconocido, porque he llamado esta mañana al Museo Arqueológico Nacional para asegurarme de que la calavera de Filipo II seguía en la caja fuerte y la directora, que, por cierto, parecía muy asustada, me ha dicho que, por supuesto, el cráneo no había salido de allí.

Yeoryos Makriyannis soltó una carcajada que desconcertó al ministro del Interior.

—¡Pobre mujer! No me extraña que esté asustada. Me refiero a la directora del Museo Arqueológico. ¡Yo también la he llamado para preguntarle lo mismo que tú! Ja, ja, ja...

—Ahora entiendo su estado de ánimo —contestó el ministro sumándose a las risas de su jefe—. De todas estas historias que vienen publicando los periódicos, sólo hay un hecho que me desconcierta. Si el cráneo auténtico de Filipo II, el que encontró Manolis Andronicos, está aquí, en Atenas, ¿cómo puede ser que el ADN del que robaron en Vergina los sicarios del tal Lauer fuera similar al de los restos que están en Venecia y que dicen que son los de Alejandro? La verdad, no acabo de entenderlo.

—¿De veras no lo entiendes? ¿Lo dices en serio? —preguntó el Primer Ministro—. ¡Pero, hombre! Todavía no te has enterado de que en este rincón del mundo, después de tantos años de vivir juntos y hasta revueltos, como poco todos somos o primos o cuñados o hermanos... Supongo que no te habrás creído esa bobada de la

«sangre azul», ¿no? —concluyó el Viejo soltando otra carcajada.

Después encendió el segundo habano del día olvidando que su Gobierno tenía previsto enviar al Parlamento una ley que prohibía fumar en los edificios oficiales, hospitales, colegios, centros de trabajo, barcos, trenes, aviones y en todos los demás establecimientos públicos de Grecia.



FERMÍN BOCOS (Santander, 1949). Estudió Medicina y está licenciado en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. Como periodista fue director de los Servicios Informativos de Radio Barcelona y de los de la Cope. En la Cadena Ser dirigió los programas Hora 25 y el Informativo de las 8. Ha sido director del Telediario en TVE, y director de Radio Exterior de España. También fue el primer director de los Servicios Informativos de Telemadrid. Ha sido editor y presentador en los informativos de Tele 5; del programa España a fondo, de CNN+, y de 24 Horas, de RNE; y columnista de Diario 16, El Mundo y AVUI. Es autor de las novelas *El libro de Michael*; *El resplandor de la gloria* y *La venganza de Byron*, y de los ensayos, *Tecnología bélica y censura en la Guerra del Golfo* y *Ellas*. En la actualidad es profesor asociado de la Universidad Carlos III de Madrid y analista político de la agencia Europa Press. Es miembro de la Academia de las Artes y las Ciencias de la Televisión. Entre otros premios ha recibido el «Ondas» (Informativo de las 8. Cadena Ser), el Ciudad de Barcelona, el del Club Internacional de Prensa, el «Víctor de la Serna», el Premio de la Asociación de la Prensa de Cantabria y el «Micrófono de Oro» (2006), concedido por la Federación de Radio Televisión de España.